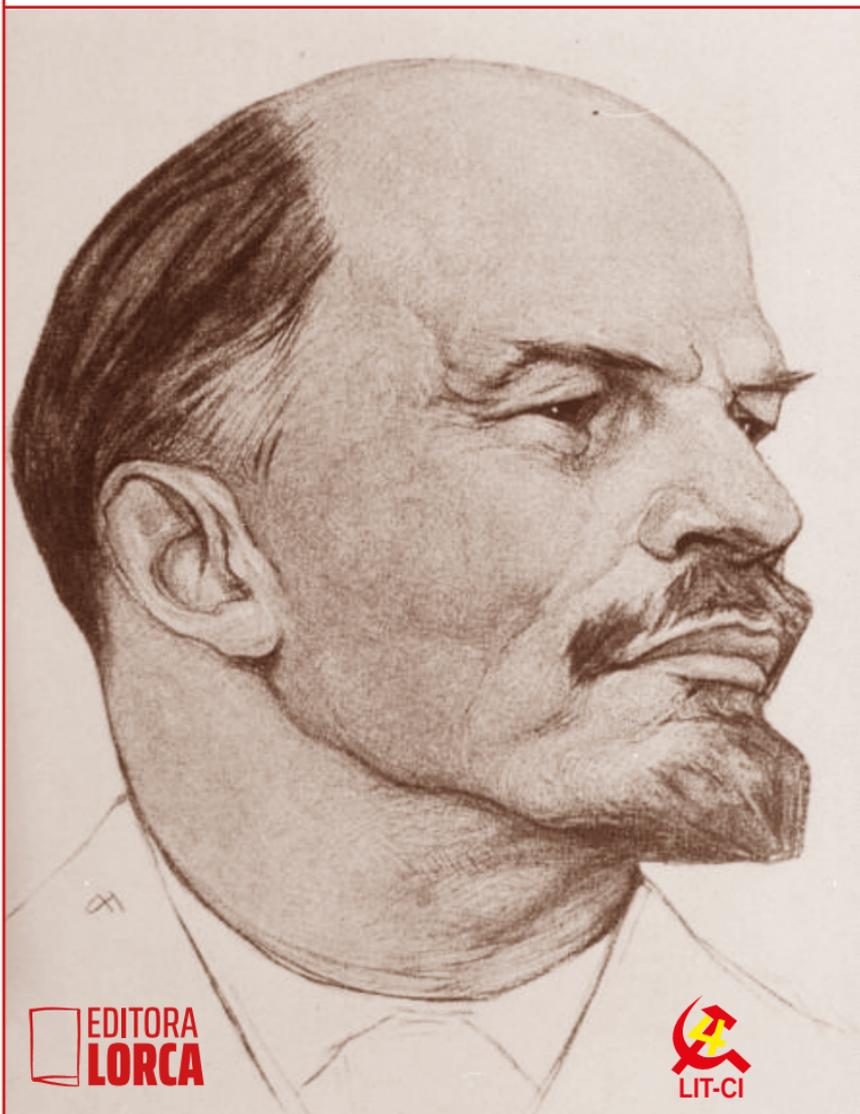


V. I. LENIN – OBRAS ESCOGIDAS

TOMO 2

Lenin y la opresión de la mujer



V.I. LENIN - OBRAS ESCOGIDAS TOMO 2

Editor Nazareno Godeiro

Diseño y diagramación
Luis Aranguren

Revisión de estilo: Natalia Estrada

Textos de la edición en español de Editorial Progreso, Moscú, 1981 – 5ª. Edición: los artículos compilados en el presente volumen fueron extraídos de las *Obras Completas* de Lenin traducidas al español por la Editorial Progreso, 1981, y corresponde a la edición rusa, efectuada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS. Las notas de pie de página, en general, corresponden al propio Lenin. Las notas de final de capítulo son de responsabilidad de los editores rusos.

Publicado en 2024, en homenaje al centenario de la muerte de Lenin, por la Liga Internacional de los Trabajadores – IV Internacional (LIT-CI).

El prefacio es de responsabilidad de quien lo firma. Las notas de pie de página, en general, son del propio Lenin, salvo indicación contraria.

- El número final en las notas de pie de página del Capítulo 1 indica la página del original de la edición rusa de la cual fue extraído el texto, tomado por nosotros del Fondo Documental Euskal Erriko Komunistak (EHK).
- Todas las itálicas y negritas son de Lenin, en el original.

Imagen de portada: dibujo de autor anónimo.

Editora Lorca, abril de 2024



Contenido

Prefacio	7
-----------------------	---

Capítulo 1

La emancipación de la mujer	53
--	----

Del libro: El desarrollo del capitalismo en Rusia	76
--	----

Proyecto de Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia	84
---	----

Congreso Internacional Socialista de Stuttgart	92
---	----

Los europeos civilizados y los asiáticos salvajes.....	96
---	----

Una gran victoria de la técnica.....	99
--------------------------------------	----

La clase obrera y el neomaltusianismo	103
---	-----

El quinto congreso internacional contra la prostitución.....	110
---	-----

La pequeña producción en la agricultura	113
A Inessa Armand	120
De una carta a Inessa Armand	123
Sobre la caricatura del marxismo y el «economismo imperialista»	130
Sobre las tareas de la izquierda de Zimmerwald en el Partido Socialdemócrata Suizo.....	137
Las tareas del proletariado en nuestra revolución	139
Materiales para la revisión del programa del Partido	141
¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?	153
Discurso en el primer Congreso de obreras de toda Rusia	168
Del proyecto de programa del PC(b) de Rusia	175

Una gran iniciativa	177
Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética.....	184
El Poder soviético y la situación de la mujer.....	199
Al Buró del Congreso femenino de la provincia de Petrogrado.....	207
A las obreras	209
Con motivo del Día Internacional de la Obrera	212
Saludo a la Asamblea de secciones femeninas provinciales de toda Rusia	217
El Día Internacional de la Obrera	218
Saludo a la Conferencia de representantes de las secciones femeninas de los pueblos de Oriente en las regiones y repúblicas soviéticas.....	223
Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre.....	225

Sobre el significado del materialismo
militante230

A la Conferencia de obreras y campesinas
sin partido de Moscú y su provincia236

Índice de nombres.....237

Capítulo 2

La revolución bolchevique
y la emancipación de la mujer trabajadora247

La revolución rusa y los primeros decretos
del gobierno soviético248

Capítulo 3

Recuerdos sobre Lenin 315

Capítulo 4

Tesis, manifiestos y resoluciones para
la propaganda entre las mujeres
(III Congreso de la Internacional
Comunista)459

Prefacio

En el centenario de la muerte de Lenin, reivindicamos su figura dando a conocer sus elaboraciones sobre las opresiones en general y la de las mujeres, rescatándolas de la deformación del estalinismo y de la de los plumíferos al servicio de la burguesía. También queremos explicar cuáles fueron las medidas que el partido bolchevique, con Lenin a la cabeza, tomó antes, durante y después de la toma del poder, para liberar a las mujeres de su opresión.

Para ello, hemos elaborado este dossier que contiene en primer lugar una serie de escritos, notas y discursos públicos de Lenin sobre el tema, compilados en la obra *Lenin y la emancipación de la mujer*, con prólogo de Nadejda Krúpskaia. También hemos añadido el capítulo 3 del libro *El marxismo y la liberación de las mujeres trabajadoras: de la internacional de mujeres socialistas a la*

revolución rusa, escrito por Cintia Frencia y Daniel Gaido, que explica cuáles fueron algunos de los más importantes decretos del gobierno soviético con relación a las mujeres tras la revolución rusa. Igualmente, el libro escrito por Clara Zetkin, *Conversaciones sobre Lenin*, que es una muestra muy elocuente de la enorme importancia que Lenin otorgaba a la lucha por la emancipación de la mujer trabajadora y cuál era su estrategia para ganarlas para la causa revolucionaria.

Por último, y por su interés, reproducimos en este dossier las *Tesis para la propaganda entre las mujeres*, aprobadas en 1921, en el tercer Congreso de la III Internacional, y que significaron un salto en el arsenal teórico y político del movimiento marxista en relación con este tema.

La vigencia del leninismo en la lucha contra las opresiones

Para entender la enorme influencia teórica y política de Lenin en la lucha por los derechos democráticos, es importante explicar

que Lenin dio en su vida una batalla teórica despiadada para que la teoría socialista fuese más allá del economicismo y del sindicalismo. Esta lucha teórica se puede ver ya desde sus primeras obras, como el famoso *Qué hacer*. La relación entre las cuestiones democráticas y las cuestiones socialistas siempre fue una obsesión para Lenin, desde la revolución de 1905.

La elaboración teórica de Lenin sobre las opresiones se asienta en Marx, pero con el advenimiento del imperialismo va más allá y se constituye en una orientación general que emana del programa de la revolución socialista, que se apoya en el análisis de la sociedad burguesa y parte de las necesidades históricas del proletariado.

La cuestión de la autodeterminación nacional y el derecho a separación está ya en el programa del POSDR desde 1903. En el congreso de 1903, al que luego nos referiremos, hubo en la comisión de programa una polémica sobre esa cuestión con los polacos, y estos fueron derrotados. Este tema volvió a ser tratado con mucho peso por Lenin en

1913, con varios artículos actualizando el programa.

En sus escritos sobre el derecho de autodeterminación de las nacionalidades oprimidas y sobre otras reivindicaciones democráticas, a las que Lenin solía referirse como “las cuestiones de la democracia”, él nunca contrapuso la lucha por los derechos democráticos a la lucha por el socialismo. Defendió justo lo contrario:

Es absurdo limitar la revolución socialista y la lucha revolucionaria contra el capitalismo a una sola de las cuestiones de la democracia [...] Debemos combinar la lucha revolucionaria contra el capitalismo con un programa revolucionario y un tema revolucionario en relación con todas las reivindicaciones democráticas: república, milicia, elección de funcionarios por el pueblo, igualdad de derechos para las mujeres, autodeterminación de las naciones, etc. (“El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación”, 1915).

Para él, mientras exista capitalismo, todas esas reivindicaciones solo pueden ser realizadas de manera excepcional, incompleta y desvirtuada. Sus principales textos sobre las cuestiones democráticas y la cuestión nacional son de 1915, 1916 y 1917. Él combatió a los oportunistas Otto Bauer y Karl Kautsky, pero también polemizó con Radek y Rosa Luxemburgo que, a partir de la cuestión polaca, defendían una visión sectaria sobre las nacionalidades oprimidas. Trotsky, en ese momento tuvo también una posición centrista y ecléctica en el debate, que superó cuando se hizo bolchevique.

En varios textos, Lenin nos advierte que bajo el capitalismo son habituales, no como casos aislados sino como fenómeno típico, unas condiciones en que es imposible para las clases oprimidas “ejercer” sus derechos democráticos. Veamos lo que dice sobre el divorcio:

En la mayoría de los casos, el derecho al divorcio es irrealizable bajo el capitalismo, ya que el sexo oprimido está agobiado económicamente, y la mujer, cualquiera que

sea la democracia, sigue siendo bajo el capitalismo la “esclava del hogar”, recluida en la alcoba, en el cuarto de los niños, en la cocina. (...)

Y sigue diciendo:

pero ningún socialdemócrata honesto consideraría no ya socialistas, sino ni siquiera demócratas, a quienes nieguen este derecho. Y en esto reside la esencia de la cuestión. Toda “democracia” consiste en proclamar y ejercer “derechos” que tienen muy pocas probabilidades de ser ejercidos y son muy condicionales bajo el capitalismo. Pero el socialismo es imposible sin proclamar estos derechos, sin luchar por la concesión de estos derechos inmediatamente, al instante, y sin educar a las masas en el espíritu de esta lucha.

¿Por qué esto? Porque como tantas veces dijo Lenin:

Cuanto más democrático sea el régimen político, tanto más claro será para los obreros, que la raíz del mal está en el capitalismo, y no en la falta de derechos. Cuanto

más completa sea la igualdad nacional (no es completa sin la libertad de separación), tanto más claro será para los obreros de una nación oprimida, que el quid de la cuestión radica en el capitalismo y no en la falta de derechos. Y así sucesivamente (“Sobre la caricatura del marxismo y el «economismo imperialista»”).

Por eso polemiza con quienes no ven la importancia de las cuestiones democráticas bajo el capitalismo, con la excusa de que estas son irrealizables y, por lo tanto, pasan a ser una tarea solo del socialismo. Él va a explicar que todas las cuestiones de la democracia poseen una dimensión política y otra económico-social. Que el capitalismo no realizará jamás la igualdad económico-social y que incluso la igualdad jurídica que predica es formal, por cuanto ni siquiera puede garantizar esos derechos políticos de forma completa y definitiva para todos. Pero que no es secundario luchar por ellos, sino al contrario, ya que, si bien solo pueden ser conquistados parcialmente antes, durante o después de la toma del poder, la lucha por

conquistarlos da más nitidez a la lucha socialista porque el proletariado y la pequeña burguesía ven con claridad que la desigualdad no es solo una cuestión de *derechos*.

Lenin nunca contrapuso ni subordinó la lucha contra a las opresiones a la lucha por reivindicaciones económicas en este sistema capitalista, sino que consideraba todas ellas igual de importantes y parte del programa de la revolución socialista. Sus elaboraciones, a partir de las enseñanzas de Marx y Engels, que fue capaz de sintetizar, así como la experiencia histórica del movimiento de mujeres socialistas de la II y la III Internacionales, nos muestran el camino para seguir luchando hoy por los derechos de las mujeres y de todos los sectores oprimidos desde una perspectiva revolucionaria.

También nos ayudan a entender que el combate a las opresiones, como el de las mujeres, además de ser imprescindible para unir a la clase, puede servir de *motor* en la lucha por derribar este sistema, a condición de que sea dirigida con independencia de clase y esté al servicio de la revolución socialista. La clase

obrero debe ser la vanguardia de todas las luchas democráticas y contra las opresiones, sin dejarlas en manos de los gobiernos y la burguesía, que nos venden la ilusión de que es posible acabar de forma definitiva con las opresiones bajo el capitalismo. Para Lenin, esta lucha debía ser tomada por la clase trabajadora antes, durante y después de la revolución socialista.

Las posiciones de Lenin, que fueron aplicadas por los bolcheviques en la Revolución Rusa, adoptadas por la III Internacional Comunista y defendidas posteriormente por Trotsky, no solo se demostraron acertadas en distintos momentos de la historia, sino que conservan hoy una vigencia extraordinaria.

Los orígenes del socialismo y la cuestión de la mujer

El movimiento socialista, apoyado en el profundo bagaje teórico del marxismo revolucionario, fue el primer movimiento político que comprendió la importancia de combatir la opresión de las mujeres y que debatió este

tema seriamente entre sus seguidores. En el siglo XIX, los dos principales textos de la época eran la obra de Friedrich Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, (1874) y el libro de August Bebel, *La mujer y el socialismo* de (1879), que causó un gran impacto. El estudio de August Bebel aportaba pruebas estadísticas sobre la discriminación de género en todos los niveles. El libro fue concebido para forzar a los partidos socialdemócratas a incorporar en sus programas las necesidades y las reivindicaciones de las mujeres.

Por supuesto, esto llevaría mucho tiempo y fue una dura pelea de Zetkin, Luxemburgo y otras mujeres socialistas, en las que consiguieron algunas victorias, pero también sufrieron varios retrocesos. Una pelea que tuvieron que dar, además, contra sus propios compañeros de partido, socialistas de carne y hueso, que pese a abrazar teóricamente el marxismo estaban imbuidos de los prejuicios machistas de su época y se resistían a renunciar a sus privilegios. También en los días de hoy, vemos que ser parte de un partido revolucionario no es

ninguna “vacuna” contra el machismo. Esto es así porque, por suerte, nuestros partidos no viven “enlatados al vacío” sino que son parte de la clase obrera, una parte de la cual, como expresión del atraso en su conciencia, reproduce el machismo, el racismo, la lgtbi-fobia, y todos los prejuicios y estereotipos que promueven la clase dominante y las instituciones a su servicio.

Lenin había leído a Marx y los textos citados, que veían la situación de la mujer desde la óptica del marxismo, y en sus discursos, muy a menudo, repetía aquello que dijera en su momento Fourier, el gran socialista utópico: *“la naturaleza progresista o regresiva de una sociedad puede juzgarse por un único criterio: la forma en que esta trata a las mujeres”*.

En las ideas de Lenin sobre la mujer no solo había influido el marxismo. En su adolescencia fue clave también la literatura radical rusa, que Lenin devoraba influido por su hermano, y, en concreto, había una novela muy famosa de Chernyshevski, uno de los fundadores del populismo, que era un ataque

feroz contra la familia tradicional y contra la utilización de las mujeres como esclavas.

Las mujeres rusas que formaban parte de la *intelligentsia*, es decir, intelectuales contra la autocracia zarista, también leían esas novelas y eran políticamente mucho más avanzadas que sus contemporáneas europeas. El número de mujeres que se sumaron a los narodniki (populistas) y que participaron en el movimiento de emigración al campo para trabajar con los campesinos fue sorprendentemente elevado. Algunas de esas intelectuales de mayor talento se afiliaron a finales del siglo XIX a la organización “La Voluntad del Pueblo”. Mujeres como Vera Figner, Anna Korba, Olga Liubatovich, Sophia Perovskaya, Gesia Gelfman, Anna Yakimova, Tatiana Lebedeva y muchas otras, estuvieron a la cabeza de la organización populista. Sofía Perovskaya, descendiente de la alta nobleza, fue responsable por el asesinato del zar Alejandro II, en 1881. Junto con sus camaradas, fue ahorcada en una plaza pública rodeada de 12.000 soldados.

Lenin discrepaba de esos métodos de terrorismo individual que habían llevado a su hermano mayor a intentar asesinar al nuevo zar, hijo del anterior, cuando Lenin tenía 17 años, y cuya ejecución tuvo sin duda un peso muy importante en la determinación de Lenin de hacerse revolucionario. Él, a diferencia de su hermano, perteneció a esa nueva generación de revolucionarios que adhirió al marxismo en un momento de ascenso de las huelgas obreras en las principales ciudades industriales. En la primera organización marxista, *La Emancipación del Trabajo*, estaba Vera Zasúlich, que había atentado sin éxito contra el jefe de policía de San Petersburgo. Después, abandonó el populismo y fundó la organización marxista junto con Plejánov. Lenin trabajó con ella en la redacción de *Iskra* durante dos años.

Aquellas mujeres de la intelectualidad rusa que adhirieron al populismo fueron precursoras de una nueva generación de mujeres educadas en el marxismo y que abrazaron el movimiento obrero e ingresaron en las filas del partido socialdemócrata. Mujeres

contemporáneas de Lenin que fueron fundamentales para despertar a la lucha de clases a las mujeres obreras que, desde el inicio del capitalismo en Rusia, ingresaban a las fábricas en condiciones aún peores que los hombres. Krúpskaia, igual que Lenin, encarnaba esa generación de dirigentes revolucionarias profesionales que dedicaron toda su vida al partido y a la revolución, como Inessa Armand, Alexandra Kollontái, Larissa Reissner, Vera Slutskaya, Eugenia Bosch, Ludmila Stal, Koncordiya Samoilova, y muchas otras.

Es preciso decir que la extraordinaria figura de Lenin, al que durante este año rendiremos homenaje desde la LIT, no puede opacar la vida y obra de estas y otras mujeres. Nadejda Krúpskaia o Inessa Armand a menudo son nombradas despectivamente por la historiografía burguesa como “la esposa y la amante de Lenin”, respectivamente. Pero ellas fueron mucho más que las compañeras femeninas de *alguien*. Eran revolucionarias y adelantadas a su época, y jugaron un papel imprescindible que es preciso reivindicar y estudiar.

En 1918, Lenin mandó hacer una escultura en homenaje a Perovskaya, que también dio nombre a varias calles, en Leningrado y otras ciudades. Lenin sabía que ella y otras mujeres como Vera Figner, que pasó 20 años en la cárcel, habían sido las *precursoras* de la irrupción de las mujeres en la política radical rusa, como se vio en las revoluciones de 1905 y 1917. Pero antes de llegar hasta ahí, es necesario dedicar algunas líneas para explicar qué fue el movimiento socialista internacional de mujeres y qué papel jugó.

El movimiento socialista internacional de mujeres

En el seno del movimiento socialista de la II internacional, de la que Lenin participó, se desarrolló también una Internacional Socialista de Mujeres que aglutinaba toda una serie de tendencias. Su columna vertebral era el movimiento de mujeres proletarias del Partido Socialdemócrata de Alemania y, por extensión, de la Segunda Internacional (1889- 1914), estructurado por Clara Zetkin

en torno al principio de una “separación tajante” (*reinliche Scheidung*) entre las mujeres de las clases explotadoras y explotadas, revelando el carácter revolucionario, transicional, que adquieren las demandas democráticas en manos de los socialistas.

Tanto Clara Zetkin como Rosa Luxemburgo, que han sido tildadas en algunas biografías como feministas, rechazaban sin embargo la creación de un “movimiento de mujeres único y unido en el que las trabajadoras se organizaran con las mujeres de la burguesía y la pequeña burguesía”:

Las mujeres proletarias deben ser conscientes de que no pueden contar con las mujeres burguesas como compañeras de lucha consistentes y confiables, para conquistar su plena igualdad política. (Zetkin 1907)

Esta orientación de Clara Zetkin es muy importante, porque sentó las bases programáticas para el desarrollo de un movimiento de masas de las mujeres trabajadoras en Alemania, que no tiene precedentes y que llegó a

tener 174.754 miembros en 1914. Junto con esto, lograron 216.000 mujeres sindicalizadas antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. En cuanto a su periódico *La Igualdad: diario para los intereses de las trabajadoras*, se distribuía masivamente entre las trabajadoras, alcanzando la asombrosa cifra de 124.000 suscriptoras en 1914.

Como parte del movimiento socialista internacional, Lenin apoyó la medida aprobada en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, que se celebró del 18 al 24 de agosto de 1907, y defendida ardorosamente por Zetkin, de que los partidos socialdemócratas se pusieran a la cabeza de la lucha por el sufragio femenino, rompiendo la resistencia de los socialdemócratas austríacos, los cuales comenzaron la lucha en pro de la concesión del derecho al sufragio para los hombres, pero relegaban “para más tarde” la lucha por el voto femenino.

El movimiento internacional de mujeres hizo varias conferencias. Una en Stuttgart ,en 1907, otra en Copenhague, en 1910, donde se aprobó la proclamación del Día Internacional

de la Mujer, celebrado por primera vez en 1911 con imponentes manifestaciones en favor del sufragio universal femenino. Tenía claramente el carácter de un Día Internacional de la Mujer Trabajadora y, como tal, constituyó el disparador para las manifestaciones de trabajadoras en San Petersburgo en 1917, de las que después hablaremos.

La tercera y última de aquellas conferencias se hizo de urgencia en Berna, en abril de 1915, tras la barbarie imperialista desatada por la Primera Guerra Mundial. Lenin acompañó a la delegación bolchevique en Berna, que incluía a su mujer Krúpskaia y a Lilina Zinoviev. En ella, el movimiento de mujeres socialistas trató de mantener viva la llama del internacionalismo proletario en medio de la traición de los partidos socialdemócratas que habían votado los créditos de guerra, pero frente a la posición de *derrotismo revolucionario* defendido por Zetkin o las bolcheviques rusas, las resoluciones adoptadas por mayoría reflejaron lo que Krúpskaia llamó un “pacifismo santurrón”. A esta conferencia de mujeres siguió la famosa Conferencia de Zimmerwald.

Lenin, la construcción del partido y la situación de la mujer en Rusia

A finales de 1895, con 25 años, Lenin empezó desde la cárcel a estudiar para escribir un libro muy importante: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En él describe cómo explotaban los ganaderos el trabajo de la campesina, cómo explotaban los mayoristas el trabajo de las artesanas encajeras y cómo bajo la influencia del trabajo en la fábrica se ampliaban los horizontes de las obreras. Al igual que escribieran Marx y Engels, a juicio de Lenin, el desarrollo de la gran industria crearía las bases para la plena emancipación de la mujer en Rusia. En 1897 ya había 2,5 millones de obreras industriales en Rusia (25% de la mano de obra fabril).

También en la cárcel comenzó a redactar el proyecto de Programa del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR). Lenin meditó acerca de la necesidad de incorporar al programa, que aún no estaba escrito, las demandas femeninas. Como explica Krúpskaia, él pensaba que había que incluir en

el borrador de programa hecho por el grupo Emancipación del Trabajo, el “*establecimiento de la plena igualdad de derechos del hombre y de la mujer*”, cosa que finalmente se hizo cuando se aprobó el programa del Partido en el II Congreso del POSDR en 1903, que fue un congreso muy importante porque la discusión sobre los estatutos daría lugar a la formación de dos tendencias, la de los bolcheviques, encabezada por Lenin, y la de los mencheviques, dirigida por Martov, que en verdad expresaban dos concepciones diferentes de partido.

La Primera Guerra Mundial, que se llevaba a los hombres por miles al frente, contribuyó sin duda a que el porcentaje de mujeres que trabajaba en las fábricas se duplicase o se triplicase. Al compás de los terribles sufrimientos que padecían, por la guerra y la crisis económica que había, las mujeres obreras fueron radicalizándose políticamente. Es importante señalar que, si bien las condiciones en que vivían las obreras eran terribles en la Rusia zarista, igual o peor aún eran las de las campesinas. Sometidas al peso asfixiante de

una ideología patriarcal y de la religión, eran consideradas poco menos que *bestias de carga* por sus maridos.

Durante los hechos revolucionarios de 1905, numerosas mujeres bolcheviques comenzaron un trabajo en el movimiento femenino ruso, dejando al descubierto la discriminación de clase respecto del feminismo burgués. Del mismo modo, desde hacía tiempo la prensa del partido bolchevique dedicaba un espacio a las problemáticas femeninas. En marzo de 1913 el esfuerzo del partido bolchevique por intensificar el trabajo entre las mujeres se concretó en la preparación de la primera celebración del Día de las Obreras.

Lenin, en su actividad revolucionaria, no desaprovechaba nada para criticar la doble moral y la hipocresía de la aristocracia y de la burguesía en relación con la situación de la mujer, como igualmente hicieron Marx y Engels. En un artículo aparecido en el periódico *Rabóchaya Pravda* (La Verdad del Obrero), núm. 1, del 13 de julio de 1913, Lenin critica que las principales medidas tomadas en un

congreso internacional de la burguesía para acabar con la prostitución fueran dotarse de *más religión y más policía*.

En 1914, el Partido, con el apoyo decidido de Lenin, se decide a sacar una publicación especialmente dedicada a las obreras, llamada *Rabotnitsa*. Fue una revista trimestral que, en su primer año, tuvo una circulación de 12.000 ejemplares. Después se interrumpió por dificultades de la guerra, pero se reanudó en 1917 y logró sacar su primer número, a pesar de que en julio todos los miembros de la editorial fueron encarcelados.

Ese mismo año 1914, el comité central del partido bolchevique instituye un *comité especial* con la tarea de promover los encuentros por el Día Internacional de las Mujeres Trabajadoras: se organizan asambleas en las fábricas y en sedes públicas, donde se discuten los temas principales referidos a la opresión femenina; además, se eligen representantes con la tarea, dentro del nuevo comité, de profundizar las propuestas resultantes.

En 1917, el consenso alrededor de los bolcheviques está en crecimiento y también

aumentan las solicitudes de adhesión de mujeres al partido. Es sabido que la chispa que desencadenó la sublevación de febrero en Rusia y derrocó al zar fue una huelga de mujeres de la industria textil, en su doble papel de obreras y, en muchos casos, de esposas de los soldados en el frente. Hicieron llamamientos a los obreros metalúrgicos para que se unieran a ellas y al final de la jornada había 50.000 trabajadores manifestándose por las calles de la capital. Se les unieron las amas de casa, que se presentaron también ante las puertas de la Duma para exigir pan. Entre las protagonistas de aquella jornada estuvieron Anastasia Deviátkina, obrera industrial que organizó un sindicato de esposas de soldados; Nina Aghadzanova, representante del distrito de Vyborg en el Soviet de Petrogrado; y Zenia Ezeghorova, secretaria del Partido en Vyborg, una de las organizadoras de las acciones en las barricadas de los soldados, entre muchas otras.

Después de los episodios de febrero, estalla la huelga de las lavanderas, el estrato más retrasado de la clase trabajadora de entonces,

que reivindica la nacionalización de las lavanderías bajo el control de las municipalidades locales, posición apoyada solo por los bolcheviques. Se hace cada vez más central la propaganda del periódico *Rabotnitsa*, cuyo comité editorial cuenta con mujeres que se han dedicado totalmente a la causa revolucionaria, organizando encuentros y asambleas contra la guerra: cada fábrica tiene su representante en el comité editorial de la revista, que participa de encuentros semanales para discutir las relaciones de las distintas zonas. Lenin escribe diversos artículos sobre la necesidad de plantear nuevas estrategias y modelos organizativos para acercar a las obreras al socialismo.

Lenin y los decretos en favor de la mujer durante los primeros años de la Revolución Rusa

Damos aquí un salto hasta la Revolución Rusa de octubre, dirigida por el partido bolchevique con Lenin al frente. Y con ello abrimos un capítulo apasionante de la historia, porque *por primera vez*, un gobierno obrero podía

intentar transformar las bases económicas y sociales en las que hundían sus raíces la discriminación milenaria de la mujer, al tener en sus manos el poder político. Tenía la posibilidad de poner en práctica el programa para la emancipación de las mujeres defendido por las mujeres socialistas de la II Internacional, que el partido bolchevique ruso también defendía. En ese momento tan solo había dos mujeres en el Comité Central Bolchevique: Alexandra Kollontái y Elena Stásova. Varvara Yákovleva se incorporó un año después, fue ministra de Educación en 1922, y posteriormente ministra de Hacienda.

Para entender el enorme avance que en todos los terrenos supuso la Revolución Rusa para la mujer soviética, es necesario saber primero cuál era su situación. La mujer proletaria se veía obligada trabajar en los talleres y fábricas 12 o 13 horas diarias en durísimas e insoportables condiciones, cobrando la mitad o dos terceras partes menos que sus compañeros masculinos.

Al no existir derechos laborales por maternidad, a veces daban a luz en el mismo

taller, con lo que más de una tercera parte de los hijos de familias obreras morían antes de llegar a cumplir un año. Con 30 o 40 años, la mujer obrera era ya inválida. En cuanto a la campesina, la inmensa mayoría, eran poco menos que esclava de su marido, al que según la doctrina bizantina debía obediencia absoluta. En las zonas musulmanas, la tradición otorgaba a los maridos el derecho de matar a sus mujeres. El 88% de las mujeres rusas era analfabeta. El Código Civil de la Rusia zarista obligaba a una mujer a tener el permiso de su marido para obtener pasaporte o conseguir trabajo. Divorciarse era prácticamente imposible. La agresión a la esposa por parte del marido no se aceptaba como motivo de separación.

Como explica Wendy Z. Goldman en su libro *La mujer, el Estado y la revolución*, el partido bolchevique, con Lenin a la cabeza, tenía una visión de la liberación de la mujer que se basaba en cuatro pilares. Primero, el “amor libre” o la “unión libre”, entendiéndose por ello que las relaciones deben estar libres de restricciones económicas, control paterno,

interferencia de las autoridades religiosas o del Estado. Segundo, la emancipación de la mujer a través de la independencia económica. Tercero, la socialización del trabajo doméstico. Y cuarto, la desaparición gradual e inevitable de la familia. Esta visión solo se pudo aplicar parcialmente, como veremos, por muchas razones políticas, sociales y económicas. Pero aún hoy nos deja muchas enseñanzas.

Los ideólogos del capitalismo nos dicen que las mujeres ya nos hemos *liberado*. Pero si examinamos todos y cada uno de esos aspectos, vemos que son cada vez más difíciles de conseguir para la mujer, en la medida en que avanza la podredumbre de este sistema de opresión y explotación.

Goldman explica que los debates sobre el papel de la familia nuclear en las ciudades y en el campo, y sobre la función del matrimonio en aquellos días, eran más avanzados y más reales en Rusia que en cualquier otro lugar del mundo, durante los últimos años del siglo XIX y en los inicios del XX, y la Revolución Rusa no hizo sino acelerar esto,

ya que estas discusiones dejaban de ser una abstracción porque era necesario tomar medidas concretas.

Tariq Ali, en su libro *Los dilemas de Lenin*, describe cómo Lenin aprovechaba cualquier ocasión para denunciar “la descomposición, la putrefacción y la inmundicia del matrimonio burgués, con sus dificultades para disolverlo, su libertinaje para el marido y la sumisión de la esposa, y su moral y sus relaciones sexuales asquerosamente falsas”. Pero como buen materialista, Lenin pensaba que la familia desaparecería, dando paso a otras formas de relación más libres e igualitarias, solo cuando el nuevo Estado Obrero pusiese las condiciones materiales para ello.

Para Lenin, las tareas del hogar aplastan, estrangulan y degradan a la mujer. Las soluciones que proponía eran las mismas que las de otros dirigentes revolucionarios de la época: cocinas, lavanderías, talleres de reparación, guarderías, jardines de infancia, etcétera, colectivos. Porque sabía que la igualdad jurídica o ante la ley no era suficiente para acabar con la opresión de las mujeres, que

para lograrlo había que lograr la igualdad en la vida real.

Sabía que no era fácil acabar de un plumazo con prejuicios sociales y religiosos milenarios, que esto llevaría tiempo, como efectivamente ocurrió, pero que para ello era fundamental acabar con las bases materiales que sostenían la opresión a las mujeres. En esa tarea daba una importancia enorme a fomentar la incorporación de las mujeres a la inmensa labor de administrar el Estado soviético. No solo de aquellas mujeres cultas o pertenecientes al Partido, sino de todas las mujeres, las campesinas, las obreras sin partido.

Hasta ahora, la situación de la mujer ha sido tal, que se la ha calificado como propia de una esclava; la mujer ha estado agobiada por su economía doméstica, y de esta situación solo la puede salvar el socialismo. Solo cuando pasemos de las pequeñas haciendas a la economía colectiva y al laboreo en común de la tierra, solo entonces, existirá la plena libertad y emancipación de la mujer. Esta tarea es difícil, pero ahora, cuando se forman los comités de campesinos pobres,

llega el momento en que se afianza la revolución socialista. (...) En Rusia no existe nada tan vil, infame y canallesco como la falta de derechos o la desigualdad jurídica de la mujer, supervivencia indignante de la servidumbre y de la Edad Media, que la burguesía egoísta... retoca en todos los países del globo sin excepción (Lenin, Discurso en la IV Conferencia de obreras sin partido de la ciudad de Moscú, 23 de septiembre de 1919).

Lenin escribe:

Necesitamos que las trabajadoras consigan la igualdad con los trabajadores no solo ante la ley, sino en la vida. Para esto es preciso que las trabajadoras intervengan cada vez más en la administración de las empresas públicas y en la administración del Estado. Administrando, las mujeres aprenderán con rapidez y se pondrán a la misma altura que los hombres (Lenin, *Pravda*, 1920).

Como dirigente del Partido Bolchevique, Lenin redactó y supervisó muchos de los decretos y medidas en favor de la mujer, que fueron aprobados en aquellos años. En

1918 se aprobó un Código de Familia nuevo que fue el más avanzado de todos los tiempos y que instituyó el matrimonio civil, simplificó al máximo el divorcio y, después, las uniones de hecho. Otorgó iguales derechos a los menores nacidos dentro o fuera del matrimonio. En concreto, el acceso a las pensiones alimenticias en caso de separación o divorcio de los padres, algo que dicho sea de paso dio muchos quebraderos de cabeza al nuevo gobierno soviético. Despenalizó la homosexualidad, que pasó a ser un asunto privado.

En 1920 se aprobó el aborto libre y gratuito en los hospitales del Estado. La prostitución, que en la Rusia zarista estaba generalizada y había sido regulada, se consideraba la expresión más extrema de la explotación y degradación de las mujeres. Pero no se criminalizó a quienes la ejercían, sino que se tomaron medidas para resolver las causas que obligaban a las mujeres a prostituirse. Se las atendía de forma gratuita en los hospitales y se intentó mejorar su nivel cultural y sus posibilidades de empleo.

Se estableció la jornada de ocho horas enseguida de la llegada al poder, se prohibió el trabajo nocturno y en las minas para las mujeres y adolescentes. Subsidios y licencias de maternidad remuneradas de ocho semanas, antes y después del parto. En setiembre de 1918, un texto reglamentó la igualdad salarial entre hombres y mujeres. El Código de Tierras, aprobado en 1922, otorgaba a las mujeres campesinas, por primera vez en la historia, la igualdad en el acceso a la tierra, el derecho a irse de la familia si querían, y a participar en las decisiones comunales, aunque esto en la práctica era difícil de implementar por el atraso cultural que existía.

Desde el primer año y a pesar de la situación económica que se vivía, el gobierno se esforzó en crear guarderías, lavanderías, restaurantes públicos y otros establecimientos para liberar a la mujer de la carga de las tareas domésticas. Había un problema enorme, que persistió hasta el estalinismo y que se agravó tras la guerra civil. Eran los llamados “besprizorniky”; menores que vagaban por las calles y se contaban por decenas de

miles, bien por haber quedado huérfanos o porque sus madres solas no podían hacerse cargo de ellos. El gobierno soviético hizo un esfuerzo enorme por alimentar, dar cobijo y educar a estos niños que, además, eran delincuentes en potencia, pero los recursos que tenían para solucionar este problema eran insuficientes.

Para que las mujeres pudiesen cumplir con nuevas y mayores responsabilidades, tanto en el medio rural como en las urbes, el Estado hizo un esfuerzo enorme para acabar con el analfabetismo y miles de mujeres fueron integradas masivamente en cursos técnicos y superiores, en una auténtica “revolución cultural femenina”. En 1928, el número de mujeres en distintos cursos era de 83.137 y en 1933 subió ¡a más de medio millón!

En el ámbito rural tuvo enorme importancia la colectivización de la agricultura. La colectivización cortó con el aislamiento en que vivían las familias campesinas, cortó las raíces de la religión y, de este modo, se lograba poco a poco emancipar a la mujer. El partido bolchevique trajo a estas zonas un primer

mensaje de libertad: se fundaron clínicas de atención a la infancia donde las mujeres nativas mostraban su cuerpo en presencia de otras personas. Aun así, fue una lucha muy dura, donde las mujeres en los koljoses tuvieron que vencer la desconfianza, las burlas y hasta la violencia y la hostil oposición de las capas más atrasadas de los campesinos.

El Zhenotdel

En noviembre de 1918, casi 1.200 mujeres obreras y campesinas, vestidas con trajes típicos de las regiones más lejanas de la Rusia soviética, convergieron en la Sala de Uniones del Kremlin en Moscú para asistir al primer Congreso Panruso de Obreras. Lenin, que fue recibido con enorme entusiasmo, se dirigió a las mujeres para describir las medidas que el gobierno soviético ya había tomado para mejorar la condición de la mujer y las alentó a desempeñar un papel político más activo:

Hasta ahora, ninguna República ha podido emancipar a la mujer. El Poder soviético le ayuda. Nuestra causa es invencible, porque

en todos los países se alza la invicta clase obrera. Este movimiento representa el ascenso de la invencible revolución socialista (...) La experiencia de todos los movimientos de liberación ha demostrado que el éxito de una revolución depende de la medida en la cual las mujeres tomen parte en ella (Lenin, 1918).

Como resultado de aquella Conferencia se establecieron comisiones para la agitación y la propaganda entre las mujeres trabajadoras. Las comisiones se reorganizaron en agosto de 1919 como *Zhenotdel* (Departamento de la Mujer) del Secretariado del Comité Central, bajo la dirección de Inessa Armand, que trabajó en él por solo un año antes de morir de cólera el 24 de setiembre de 1920. Fue sucedida en el cargo por Alexandra Kollontái.

El *Zhenotdel* editaba un periódico propio, *Kommunitska*, y a pesar de todas las dificultades y obstáculos que tuvieron que superar sus directores, cumplió un papel fundamental para iniciar a las mujeres en la política, dirigiéndolas hacia el trabajo del partido, de los sindicatos, de los soviets y promoviendo

la sensibilización y la realización de las reivindicaciones específicas de las mujeres proletarias, para lo cual llevaron a cabo medidas organizativas y de propaganda especial.

En definitiva, podemos afirmar, sin dudarlo, que ningún país capitalista del mundo, ni siquiera los más avanzados, dio a la mujer lo que la Revolución Rusa en sus primeros años, aunque el avance en la liberación de la mujer estuvo indisolublemente ligado desde el minuto uno al avance de la propia revolución. Cuando la revolución avanzaba, la situación de la mujer lo hacía con ella, y cuando la revolución tenía que dar pasos atrás, como ocurrió durante la NEP, o retrocedía, la situación de la mujer también lo hizo.

La III Internacional y la Mujer

Terminamos la presentación de este dossier volviendo a la arena internacional. Lenin, al igual que Trotsky, siempre vio el triunfo de la Revolución Rusa principalmente como trampolín para nuevas revoluciones a lo largo y ancho de Europa. Es por esto

que en medio de la organización del nuevo Estado Obrero y de la guerra civil, dedicaron un esfuerzo heroico a organizar una nueva Internacional que marcara una ruptura definitiva con el federalismo y con el chovinismo y el reformismo de la Segunda Internacional, cuyas secciones habían capitulado ante sus respectivos gobiernos capitalistas, lo cual ya no tenía vuelta atrás.

La Tercera Internacional formuló claramente, desde su primer congreso en marzo de 1919, su actitud frente al problema de la participación de las mujeres. Con el apoyo de Lenin fue convocada la Primera Conferencia de Mujeres Comunistas, y en 1920 fue fundada la Secretaría Internacional para la Propaganda entre las Mujeres, con representación permanente en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. La III internacional, consciente de que la liberación de las mujeres trabajadoras debía ser obra de ellas mismas, llamaba a las mujeres proletarias a no confiar más que en sus propias fuerzas y en las de su clase para la conquista de sus plenos derechos políticos.

En su libro *Recuerdos sobre Lenin*, Zetkin recoge cómo este le dice que sin las mujeres no hubiera sido posible la Revolución Rusa: “*sin ellas no lo hubiésemos conseguido*”. Lenin se lamentaba de que el II Congreso de la Internacional Comunista, celebrado del 19 de julio al 7 de agosto de 1920, no había podido examinar a fondo el problema femenino y que pese a los esfuerzos realizados: “*aún no tenemos un movimiento femenino comunista internacional, y debemos conseguirlo a toda costa*”.

Clara Zetkin explica que Lenin reaccionó airadamente cuando esta le informó que muchos «buenos camaradas» eran hostiles a cualquier propuesta de que el partido creara órganos especiales para un «trabajo sistemático entre las mujeres» y que pensaban que Lenin se había rendido al oportunismo en esa cuestión. Lenin le dijo:

Soy consciente de que incluso en el partido bolchevique, la labor de agitación y propaganda entre las masas femeninas, su despertar y su radicalización, es vista como

algo secundario, y que esto no es otra cosa que una subestimación de la mujer y de su trabajo. (...) Lamentablemente, de muchos de nuestras camaradas aún se puede decir: escarbad en un comunista y encontraréis a un filisteo.

Como explica Mariucha Fontana en su libro *Combatir el machismo para unir a la clase*:

... incluso en la Tercera Internacional, que a raíz de los esfuerzos de Lenin garantizó más espacio que la Segunda Internacional para organizar una comisión femenina y realizar conferencias de mujeres, Clara Zetkin encontró una incomprensión enorme. El apoyo de Lenin ayudaba, pero, con su muerte, Clara y las mujeres sufrieron varias derrotas en la dirección de la Tercera Internacional.

En aquella entrevista, Lenin le pide a Zetkin que escriba “*unas tesis directrices sobre el trabajo comunista entre las mujeres*”. Fruto de aquella conversación, Clara Zetkin escribe sus famosas *Tesis para la propaganda entre las mujeres*, aprobadas en el III Congreso de la Internacional Comunista, celebrado del 22

de junio al 12 de julio de 1921. Tras escuchar el informe de Clara Zetkin sobre el movimiento femenino revolucionario, el Congreso adoptó varias resoluciones: 1) Sobre el reforzamiento de los vínculos internacionales de las comunistas y las tareas del Secretariado internacional de la Komintern sobre la labor entre las mujeres, y 2) Sobre las formas y los métodos del trabajo comunista entre las mujeres. Estas tesis significaron un salto en el arsenal teórico y político del movimiento marxista, en relación con este tema. Estas resoluciones trataban los aspectos políticos y organizativos para la Internacional.

En relación con el aspecto político destacaba la necesidad de la revolución socialista para conseguir la liberación de la mujer, y que los partidos comunistas conquistaran el apoyo de las masas de mujeres si querían conducir la revolución socialista a la victoria. Ninguno de los dos objetivos puede conseguirse sin el otro. La resolución explica que las cuestiones femeninas no eran exclusivas de las mujeres, las reivindicaciones específicas debían ser levantadas y

tomadas dentro del programa pero en lucha común con todo el proletariado, como parte de la causa general de la revolución socialista. Destacaba, en este aspecto, la importancia de condenar el feminismo burgués, que llamaba a las trabajadoras a creer que reformando el sistema capitalista su emancipación podía ser alcanzada.

En el aspecto organizativo explica que no debía haber organización separada de mujeres dentro del partido, a la vez que debían tener organismos especiales para trabajar entre las mujeres. Hizo obligatorio que toda sección organizase una comisión de mujeres, que funcionase en todos los niveles del partido, desde su dirección hasta los organismos de base. Instruía a que los partidos garantizaran que una camarada tuviese la tarea permanente de dirigir ese trabajo a nivel nacional y creó una Secretaría Internacional de la mujer para supervisar el trabajo y convocar, cada seis meses, conferencias regulares de las representantes de las secciones para discutir y coordinar la actividad.

Muerte de Lenin y contrarrevolución

No es casual que uno de los últimos combates de Lenin haya sido contra el tratamiento dado por Stalin a las nacionalidades oprimidas, en aquel momento, Georgia. Aprovechando la muerte de Lenin y de la gran mayoría de dirigentes bolcheviques en el frente de batalla, Stalin comienza a tener también una política de retroceso en los derechos femeninos que se habían conquistado, de la que la disolución del *Zhenotdel* en 1930, fue una expresión. La homosexualidad, las uniones libres y el denominado adulterio, se declararon de nuevo ofensas criminales en 1934, castigados con un mínimo de ocho años de prisión, al tiempo que se pusieron muchos obstáculos al divorcio. Dos años después, el nuevo Código Familiar ilegalizó el aborto.

La ideología oficial del Estado enfatizaba ahora la “familia socialista fuerte”. Durante las purgas estalinistas, muchos de los primeros juristas revolucionarios fueron arrestados y ejecutados.

Esa política contrarrevolucionaria no se correspondía con las necesidades de las mujeres rusas, ignoraba completamente las condiciones sociales y agravaba enormemente la pesada carga de trabajo y de la maternidad soportada por las mujeres (Cecilia Toledo, *Género y Clase*).

El caos de la industrialización estalinista y las colectivizaciones forzosas de tierras, junto a los bajos salarios, deterioraron mucho las condiciones de vida y de vivienda de la mujer trabajadora. Esto, unido al movimiento estajanovista que surgió en el año 1935 y, sobre todo, al abandono de las ideas bolcheviques sobre el camino para la liberación de la mujer, tuvo consecuencias desastrosas para las mujeres.

En su libro *La revolución traicionada* Trotsky explica:

Mientras la obrera y la empleada están sometidas a una opresión social y una esclavitud familiar que se presentan como la misma realización del socialismo, la esposa del alto burócrata, liberada de las preocupaciones

de lo cotidiano gracias a una red de tiendas especializadas y una oferta barata de mano de obra femenina para el servicio doméstico, puede dedicarse al ocio, siempre y cuando la represión policial no venga a enturbiar su bienestar provisional.

El estalinismo necesitó mantener y fortalecer la incorporación de las mujeres a la vida laboral, en su empeño de igualar y superar el desarrollo industrial y económico de las potencias imperialistas. Las mujeres de la URSS lograron una mayor independencia económica y una participación más igualitaria en la vida social si las comparamos con las mujeres del resto de Europa, donde no se consiguió derecho al voto hasta los años 1920 y 1930, y la legislación nazi-fascista supuso un retroceso enorme. Pero las soviéticas pagaron un alto precio por ello.

Se impuso una reaccionaria política familiar, que retornó a la glorificación de la familia y la maternidad, cuyo fin era mantener los privilegios de una casta burocrática en el poder. Una política que devolvió la carga y la responsabilidad de las tareas domésticas

y de cuidados sobre los hombros de las mujeres, impuso la maternidad y la heterosexualidad obligatoria, y la vuelta a una moral sexual burguesa. Y lo peor es que, como señala Goldman, “todo esto se hizo en nombre del socialismo”.

Trotsky, desde el exilio, defendió y aplicó las orientaciones generales de Lenin en la cuestión de las nacionalidades oprimidas —el caso de Ucrania en 1939—, de las mujeres en la lucha por la revolución política en el interior de la URSS estalinista, y en relación con los negros en los Estados Unidos. La teoría y el programa trotskistas que son continuidad del bolchevismo, siguieron incorporando con peso la lucha contra todas las opresiones. *El estalinismo, sin embargo, supuso también una contrarrevolución en relación con esta cuestión*, desde el punto de vista teórico, programático, político y práctico. Cristalizó una visión metodológica que rompe con el materialismo histórico y adopta un materialismo vulgar.

Años de estalinismo abrieron espacio a los movimientos burgueses, pequeñoburgueses, reformistas feministas, de negros, de LGBTI,

como corrientes que explican el mundo por la división de género, de raza o de orientación sexual, y no por la existencia de clases sociales. La aparición del feminismo radical, con su estrategia separatista, etc. en los años 1960, quería desmarcarse tanto de las posiciones reformistas liberales como del estalinismo, del llamado “socialismo realmente existente” (que injustamente asociaron con el marxismo y el socialismo en general). Esto fue también una consecuencia de la secundarización de las opresiones por parte de los partidos comunistas, que reproducían, además, relaciones de opresión dentro de sus organizaciones.

Laura Requena, marzo de 2024

Capítulo 1

La emancipación de la mujer



Prólogo

A lo largo de su actuación revolucionaria, Lenin escribió y habló mucho en sus discursos sobre la emancipación de la mujer trabajadora, de la obrera y la campesina. Naturalmente, la causa de la emancipación de la mujer está ligada de manera indisoluble con toda la lucha por la causa obrera, con toda la lucha por el socialismo. Conocemos a Lenin como guía de las masas trabajadoras, como organizador del Partido, como organizador del Poder soviético, lo conocemos como combatiente y como constructor. Cada obrera y cada koljosiana deben conocer toda la labor de Lenin, toda su actividad en su conjunto, y no solo lo que Lenin dijo sobre la situación de las trabajadoras y sobre su emancipación. Pero precisamente porque existe la vinculación más íntima entre toda la lucha

Recopilación de artículos tomados de la versión de la Editorial Progreso, Moscú, 1971.

de la clase obrera y el mejoramiento de la situación de la mujer, Vladimir Ilich se detuvo con frecuencia en sus discursos y artículos a examinar esta última cuestión —en sus trabajos hay más de cuarenta lugares en que emite su juicio sobre este problema—, y cada una de sus opiniones guarda la más estrecha relación con lo que inquietaba y preocupaba a Vladimir Ilich en cada momento.

Desde el comienzo mismo de su actividad revolucionaria, Lenin dedicó singular atención a la situación de las obreras y de las campesinas y a la incorporación de la mujer al movimiento obrero. Como se sabe, Vladimir Ilich inició su actividad práctica de revolucionario en Píter (Petersburgo, hoy Leningrado), donde organizó un grupo de socialdemócratas que realizó una gran labor entre los obreros petersburgueses, lanzando octavillas ilegales que eran distribuidas por fábricas y talleres. Las octavillas iban dirigidas por lo general a los obreros. En aquellos tiempos, las masas obreras eran todavía poco conscientes, pero la capa más atrasada de la clase obrera estaba constituida por las obreras, a las que los fabri-

cantes pagaban el salario más mísero y cuyos derechos eran pisoteados del modo más brutal. De aquí que, por lo común, las octavillas fuesen dirigidas solo a los obreros (son una excepción dos octavillas a las cigarreras de la fábrica Lafern). Vladimir Ilich redactó una octavilla para los obreros de la fábrica de paños de Thornton (esto fue en 1895), y aunque las obreras de Thornton figuraban entre las más atrasadas, Vladimir Ilich tituló la octavilla: A los obreros y a las obreras de la fábrica Thornton. Una pequeñez, pero muy significativa.

Encontrándose en la deportación, Vladimir Ilich mantuvo correspondencia en 1899 con la organización del Partido (el 1er Congreso del Partido se había celebrado en 1898) sobre los temas en torno a los cuales se proponía escribir en la prensa ilegal. Entre los temas citaba un folleto con el título “La mujer y la causa obrera”. En este folleto, Lenin quería describir la situación de las obreras y de las campesinas y señalar que la única salida para ellas era tomar parte en el movimiento revolucionario. Solo la victoria de la clase obrera podía emancipar a las obreras y a las campesinas.

Al destacar en 1901 la participación de las obreras en la defensa de la fábrica de Obújov¹ y las palabras pronunciadas ante

¹ Defensa de la fábrica de Obújov: Heroica lucha que los obreros de la fábrica de Obújov, en Petersburgo, sostuvieron contra la policía y las tropas el 7 de mayo de 1901. Fue motivada por la protesta de los obreros, que se declararon en huelga contra el despido de 26 participantes en la reunión clandestina de Primero de Mayo. El 7 de mayo, después de que la dirección de la fábrica se negó a satisfacer la exigencia de los obreros de readmisión de los despedidos, 5.000 obreros abandonaron el trabajo. Las principales reivindicaciones presentadas por los obreros fueron: implantación de la jornada de 8 horas, reconocimiento del Primero de Mayo como día feriado, readmisión de los despedidos por haber asistido a la reunión clandestina de Primero de Mayo, aumento de salarios, etc. La policía y las tropas, que trataron de dispersar a los obreros, fueron recibidos por estos a pedradas. Solo después de haber recibido considerables refuerzos, la policía y las tropas pudieron romper la encarnizada resistencia de los obreros.

Entre los obreros hubo muertos y heridos; 800 fueron detenidos, y 29 de ellos enviados a presidio. La sangrienta represión de la policía provocó huelgas de protesta en diversas empresas de Petersburgo.

La defensa de los obreros de la fábrica de Obújov tuvo enorme importancia en la historia del movimiento obrero de Rusia. Dio comienzo a la lucha política abierta de la

el tribunal por la joven obrera Yákovleva, Ilich escribía: “El recuerdo de los heroicos camaradas asesinados y torturados en las cárceles decuplicará las energías de los nuevos luchadores y atraerá a miles de auxiliares que acudirán en su ayuda y que, como la joven de dieciocho años María Yákovleva, dirán abiertamente: “¡Estamos con nuestros hermanos!” El Gobierno, además de las medidas represivas de carácter policíaco y militar contra los manifestantes, tiene el propósito de juzgarlos como insurrectos; a esto responderemos uniendo todas las fuerzas revolucionarias, atrayendo a nuestro lado a todos los oprimidos por la arbitrariedad zarista y preparando de manera sistemática la insurrección de todo el pueblo”².

clase obrera. —6. [En todos los casos, el número al final de las notas de pie de página indica el número de página del original del que fue tomado para hacer la conversión digital por el Fondo Documental EHK – Dokumentu fondoa Euskal HerrikoKomunistak].

² V. I. Lenin. Unas ordenanzas y una sentencia de trabajos forzados. —6.

Vladimir Ilich estudió atentamente la vida y el trabajo de las obreras, las campesinas y las kustares³.

Estando recluido en la cárcel, a base de los informes y los datos estadísticos oficiales, estudió la situación de los campesinos, la influencia que ejercían sobre ellos los oficios artesanos, el proceso de incorporación de los campesinos a la industria fabril y el influjo de la fábrica sobre su nivel cultural y su género de vida. Y al mismo tiempo analizó todas estas cuestiones en lo que se refería al trabajo de la mujer. Indicaba cómo la psicología del campesinado derivada del espíritu de propiedad privada hacía que la mujer ejecutase multitud de labores innecesarias y absurdas (cada campesina de una gran familia patriarcal tenía que fregar tan solo la parte que le correspondía en la mesa común, preparar aparte la comida para su hijo de corta edad y ordeñar aparte para él la leche).

³ Kustares: pequeños productores de artículos industriales que trabajan para el mercado; en esto consiste la diferencia entre los kustares y los artesanos, que trabajan por encargo de los consumidores. —6.

En su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Lenin describe cómo explotaban los ganaderos el trabajo de la campesina, describe cómo explotaban las mayoristas el trabajo de las artesanas encajeras, describe cómo emancipaba a la mujer la gran industria, cómo bajo la influencia del trabajo en la fábrica se ampliaban los horizontes de la obrera, cómo se iba transformando esta en una persona más instruida y más independiente y cómo se iba liberando de las trabas de la familia patriarcal. A juicio de Lenin, el desarrollo de la gran industria crearía la base para la plena emancipación de la mujer. En este sentido es característico el artículo de Vladimir Ilich “Una victoria de la técnica”, escrito en 1913.

Los obreros deben luchar en los países burgueses para conseguir que la mujer tenga los mismos derechos que el hombre.

En el destierro, Lenin meditó el programa del Partido. Entonces el Partido carecía aún de programa. Había un esbozo de programa, redactado por el grupo Eman-

cipación del Trabajo⁴. Examinando este programa en el artículo “Proyecto de programa de nuestro Partido”, Vladimir Ilich escribía que al punto 9 de la parte práctica del programa, que exigía “la revisión de toda nuestra legislación civil y penal y la abolición de las subdivisiones de los estamentos, así como de los castigos, incompatibles con la dignidad humana”, había que añadir: “*establecimiento de la plena igual-*

⁴ Grupo Emancipación del Trabajo: Primera organización socialdemócrata marxista rusa, fundada en 1883 en Ginebra por J. Plejánov. Formaban parte del grupo P. Axelrod, V. Zasúlich y otros.

El grupo Emancipación del Trabajo realizó una gran labor de difusión del marxismo en Rusia. A la vez, el grupo adolecía de graves errores: una idea equivocada del papel de la burguesía liberal en la revolución, subestimación del papel revolucionario del campesino y de la importancia de la alianza del proletariado con los campesinos para la victoria sobre el zarismo.

En su actividad, el grupo Emancipación del Trabajo no estaba vinculado con el movimiento obrero de masas.

El grupo Emancipación del Trabajo “sentó únicamente la base teórica de la socialdemocracia y dio el primer paso al encuentro del movimiento obrero” (Lenin). —7.

dad de derechos del hombre y de la mujer” (subrayado por mí. - N.K.)⁵.

Cuando en 1903 fue aprobado el programa del Partido, se incluyó el punto correspondiente.

En 1907, al informar acerca del Congreso Internacional de Stuttgart⁶, Vladimir Ilich

⁵ V. I. Lenin. *Obras*, t. 4, pág. 219, 4ª ed. en ruso (N. de la Edit.).

⁶ Se alude al Congreso Socialista Internacional de Stuttgart (VII Congreso de la 11 Internacional), que se celebró del 18 al 24 de agosto de 1907.

En este Congreso, el POSDR estuvo representado por 37 delegados. En nombre de los bolcheviques asistieron Lenin, Litvínov, Lunacharski y otros. El Congreso examinó las siguientes cuestiones: 1) El militarismo y los conflictos internacionales; 2) Relaciones entre los partidos políticos y los sindicatos; 3) La cuestión colonial; 4) Inmigración y emigración de los obreros, y 5) Sufragio femenino.

En el Congreso se entabló una lucha entre el ala revolucionaria del movimiento socialista internacional (representada por los bolcheviques rusos, con Lenin al frente, y por Rosa Luxemburgo y otros socialdemócratas alemanes de izquierda) y el ala oportunista (Vollmar, Bernstein, etc.). Como resultado de esta lucha, los oportunistas fueron derrotados, y el Congreso aprobó una resolución que formulaba las tareas principales

señalaba con satisfacción que había sido condenada la práctica oportunista de los socialdemócratas austríacos, los cuales comenzaron la lucha en pro de la concesión del derecho al sufragio a los hombres, pero relegaron “para más tarde” la lucha por el voto femenino.

Como se sabe, el Poder soviético ha concedido a la mujer los mismos derechos que al hombre.

“En Rusia no existe nada tan vil, infame y canallesco como la falta de derechos o la desigualdad jurídica de la mujer, supervivencia indignante de la servidumbre y de la Edad Media, que la burguesía egoísta... retoca en todos los países del globo sin excepción”⁷, decía Vladimir Ilich en el cuarto aniversario de la Revolución de Octubre.

Al examinar en 1913 las formas de la democracia burguesa y poner en evidencia la hipocresía de la burguesía, Lenin se detuvo

de los partidos socialistas en el espíritu del marxismo revolucionario. —8.

⁷ V. I. Lenin. Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre. —8.

en el problema de la prostitución, mostrando cómo, al mismo tiempo que estimula el comercio con el cuerpo de la mujer y viola en las colonias a las muchachas adolescentes indefensas, la burguesía hace ver hipócritamente que combate la prostitución.

En diciembre de 1919, Vladimir Ilich vuelve a tratar este tema, señalando cómo la Norteamérica “libre y civilizada” organiza en los países vencidos la trata de blancas para las casas de tolerancia⁸.

En estrecha relación con este problema, Vladimir Ilich examina también el de la natalidad y recuerda con indignación las exhortaciones hechas por ciertos intelectuales a los obreros en el sentido de que renuncien a tener hijos, supuestamente condenados a la miseria y a toda clase de calamidades. Este es un punto de vista pequeñoburgués. Los obreros miran las cosas de otro modo. Los hijos son nuestro futuro. Y en cuanto a la miseria y demás, es cosa reparable. Luchamos contra el capitalismo: obtenida la victoria,

⁸ V. I. Lenin. Informe al II Congreso de toda Rusia de organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente. —8.

crearemos un porvenir luminoso para nuestros hijos...

Y, por último, cuando en 1916-1917, previniendo la proximidad de la Revolución Socialista y reflexionando acerca de lo que había de ser en esencia la edificación del socialismo y de cómo se debería atraer a las masas a esta edificación, Vladimir Ilich dedica especial atención a la tarea de incorporar a la mujer trabajadora a la actividad pública, escribe sobre la necesidad de hacer participar a todas las mujeres en las labores sociales. Trata de ello en *ocho* artículos escritos en aquella misma época. Esta cuestión va inseparablemente unida en estos artículos a la que se refiere a la necesidad de organizar de una manera nueva bajo el socialismo toda la vida social. Íntimamente vinculada con esto, Vladimir Ilich plantea la cuestión de promover a las capas femeninas más atrasadas a la administración del Estado, la necesidad de reeducar a las masas en el proceso mismo del trabajo social.

El trabajo social es una escuela de gobierno. “Nosotros no somos utopistas –escribía

Lenin en vísperas de la Revolución de Octubre—. Sabemos que cualquier peón y cualquier cocinera no son capaces ahora mismo de ponerse a dirigir el Estado. En eso estamos de acuerdo con los demócratas constitucionalistas⁹, con Breshkóvskaya y con Tsereteli. Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos por el hecho de que exigimos que se rompa

⁹ Demócratas constitucionalistas: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal-monárquica de Rusia. Fundado en octubre de 1905 con elementos de la burguesía, terratenientes e intelectuales burgueses.

Los demócratas constitucionalistas pretendían mantener el zarismo bajo la forma de una monarquía constitucional.

Durante la primera guerra mundial (1914-1918), el Partido Demócrata Constitucionalista apoyó al Gobierno zarista, aspirando a asegurar la realización de los fines anexionistas de la burguesía imperialista rusa. En 1917, el Partido Demócrata Constitucionalista, que formaba parte del Gobierno provisional burgués, luchó para aplastar la revolución.

Después de la Revolución Socialista de Octubre, los demócratas constitucionalistas actuaron como enemigos irreconciliables del Poder soviético, participando en todos los levantamientos armados contrarrevolucionarios y en las campañas de los intervencionistas. —9.

inmediatamente con el prejuicio de que *administrar* el Estado, llevar a cabo el trabajo cotidiano de administración, es cosa que solo pueden hacer los ricos o funcionarios procedentes de familias ricas. Nosotros exigimos que el *aprendizaje* de la administración del Estado corra a cargo de obreros y soldados conscientes, y que se acometa sin demora, es decir, que se *empiece* inmediatamente a hacer participar en este aprendizaje a todos los trabajadores, a toda la población pobre”¹⁰.

Sabemos que el Poder soviético ha hecho todo lo posible para atraer a la administración pública a las campesinas, las koljosianas y las obreras. Conocemos las grandes realizaciones con que contamos en este frente.

Vladimir Ilich saluda calurosamente el despertar de la mujer en el Oriente. Lenin atribuía especial significado al progreso de las nacionalidades aplastadas por el zarismo y el capitalismo. Y se comprende por qué fue tan ferviente su saludo a la Conferencia de representantes de las secciones femeninas

¹⁰ V. I. Lenin. ¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?

de los pueblos de Oriente, organizadas en las regiones y repúblicas soviéticas.

Al hablar de los resultados del II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin señala que “el Congreso ha fortalecido la ligazón con el movimiento comunista femenino, gracias a la Conferencia internacional de obreras, convocada simultáneamente”¹¹.

En octubre de 1932 conmemoramos el XV aniversario del Poder soviético e hicimos el balance de nuestras realizaciones en todos los frentes, incluido el de la emancipación de la mujer.

Las mujeres –nosotros lo sabemos– tomaron la parte más activa en la guerra civil, muchas de ellas sucumbieron en los combates, otras muchas se templaron en estos combates. Por la activa participación en la lucha por los Soviets en los frentes de la guerra civil, buen número de mujeres han sido condecoradas con la Orden de la Bandera Roja. No pocas ex guerrilleras ocupan hoy puestos prominentes. Las mujeres se han esforzado

¹¹ V. I. Lenin. II Congreso de la Internacional Comunista.

mucho para aprender a cumplir la labor social.

Una escuela de trabajo social son las asambleas de delegadas¹². En quince años, cerca

¹² Asambleas de delegadas: se organizaron en las fábricas, localidades rurales y poblados obreros. Tomaban parte en las elecciones a dichas asambleas las más amplias capas de obreras y campesinas. Las delegadas elegidas a las asambleas eran adscritas a diferentes organismos de los Soviets, de las cooperativas y de los sindicatos (secciones de los Soviets, diferentes comisiones) para organizar y controlar la labor de las escuelas y establecimientos sanitarios, casas-cuna y campos de juegos infantiles, comedores, tiendas, etc.

Desde los primeros años del Poder soviético hasta 1933, las asambleas de delegadas fueron la forma fundamental del trabajo de masas del Partido Comunista entre las mujeres. Desempeñaron un gran papel en el desarrollo de la conciencia política de las mujeres y en la incorporación de estas a la administración del Estado y a la vida social del país.

Las asambleas funcionaban bajo la dirección de las correspondientes organizaciones de base del Partido, que designaban organizadoras femeninas para el trabajo entre las mujeres y para dirigir las mencionadas asambleas.

Gran número de mujeres promovidas más tarde a puestos de dirección en el Partido, en los Soviets y en la economía, desarrollaron previamente sus actividades en las asambleas de delegadas. —10.

de diez millones de mujeres han tomado parte en las actividades de estas asambleas.

Al conmemorarse el XV Aniversario de la Revolución de Octubre, de 20 a 25% de los componentes de los Soviets rurales, comités ejecutivos de distrito y Soviets urbanos eran mujeres; 186 mujeres eran miembros del Comité Ejecutivo Central de la RSFSR y del Comité Ejecutivo Central de la URSS. Esta labor las hace desarrollarse en gran manera.

Crece también el número de mujeres comunistas: en 1922 –en vida de Lenin– solo había 40.000 mujeres comunistas y en octubre de 1932 ya sumaban más de medio millón.

En los últimos años hemos dado un paso singularmente grande en el cumplimiento del legado de Lenin sobre la plena emancipación de la mujer.

Asistimos en estos últimos años a un enorme desarrollo de la gran industria, a su reestructuración sobre la base de la técnica moderna y de la organización científica del trabajo. La emulación socialista y el trabajo de choque, que han alcanzado extraordinaria

amplitud, dan origen a una actitud nueva, comunista, ante el trabajo. Y es preciso decir que las obreras manifiestan en este sentido no menos entusiasmo que los hombres. Aparecen cada día nuevas trabajadoras de choque, mujeres de inmensa firmeza y tenacidad en el trabajo. La mujer está acostumbrada a trabajar: en la vieja sociedad, la mujer trabajaba incesantemente, sin descanso, pero su trabajo era mirado con desprecio y llevaba impreso el sello de la esclavitud; ahora, el temple y la tenacidad en el trabajo elevan a la mujer a las primeras filas de los constructores del socialismo, a las filas de los héroes del trabajo.

Para la emancipación de la mujer ha tenido singular importancia la colectivización de la agricultura. Desde el comienzo mismo de su actividad, Lenin veía en la colectivización la vía de la reestructuración de la agricultura sobre bases socialistas. Ya en 1894, en el libro *¿Quiénes son los “amigos del pueblo»?* Lenin cita las palabras de Marx acerca de que después de la “expropiación de los expropiadores”, es decir, cuando se haya arrebatado

la tierra a los terratenientes y las fábricas a los capitalistas, llegará la hora de la cooperación (agrupación - *N.K.*) de los trabajadores libres, la hora de su posesión comunal (“colectiva”, aclara Lenin) de la tierra y de los medios de producción por ellos producidos.

Después de la Revolución de Octubre, que dio comienzo a la total “expropiación de los expropiadores”, el Poder soviético planteó el problema de organizar arteles y comunas agrícolas. A esto se dedicó particular atención en los años 1918 y 1919, pero, como lo había previsto Lenin, hicieron falta años y años para que la colectivización fuese un fenómeno de masas y echase hondas raíces. Los años de la guerra civil, cuando la lucha de clases abarcó al campo, el desarrollo del Poder soviético en las aldeas, los años de ayuda del Poder soviético al campo y la ayuda cultural a las zonas rurales, todo ello hizo posible la colectivización, que crece y se vigoriza en la lucha contra los kulaks¹³.

¹³ Kulaks: “Campesinos ricos que explotan trabajo ajeno, bien contratando obreros, bien prestando dinero con intereses usurarios, etc.” (Lenin). —11.

La economía agrícola pequeña y media mantenía a la mujer campesina en terrible sujeción. La ataba fuertemente a la hacienda individual, estrechaba su horizonte, la convertía en esclava del marido, que la tundía a golpes. La pequeña economía campesina creaba la base para la religión: “Cada uno por sí y Dios por todos”. Lenin recordó repetidas veces este lema, que caracteriza a la perfección la psicología del pequeño propietario. La colectivización hace que el campesino se convierta de pequeño propietario en colectivista, corta las raíces del aislamiento en que vivían los campesinos, corta las raíces de la religión y emancipa a la mujer. Lo que decía Lenin –que solo el socialismo emancipa a la mujer– se está cumpliendo. Hoy vemos cómo ha cambiado la situación de la mujer en los koljoses.

El Congreso de koljosianos de choque, celebrado a mediados de febrero, ha mostrado elocuentemente los progresos del cultivo colectivo de la tierra. Ahora no contamos con 6.000 koljoses, sino con 200.000. En el Congreso se trató de cómo mejor organizar todo

el trabajo en los koljoses. Gran número de koljosianas tomó parte en el Congreso. El discurso de la koljosiana Sópina, de la Zona de Tierras Negras del Centro, fue muy brillante y levantó una tempestad de aplausos de todo el Congreso. Participando en la construcción de los koljoses, las campesinas crecen, aprenden a administrar, a luchar con todas sus fuerzas contra los kulaks, contra el enemigo de clase...

Decae la religión. Ahora la koljosiana, cuando llega a la biblioteca, dice: “¿Por qué me das un libro en el que solo se dice que no hay Dios? Eso ya lo sé yo. Dame un libro en el que se diga cómo y por qué nació la religión y cómo y por qué ha de desaparecer”. En los últimos años vemos un crecimiento colosal del grado de conciencia de las masas. Las secciones políticas adjuntas a las estaciones de máquinas y tractores¹⁴ (de dichas

¹⁴ Secciones políticas: organismos del Partido creados por el CC del PCUS para reforzar la dirección y la labor política en distintos sectores de la edificación del socialismo que tenían gran importancia para la economía nacional y para todo el país. Las secciones políticas adjuntas a las estaciones de máquinas y tractores fueron organizadas en 1933 y existieron hasta 1934. —12.

secciones forman parte también las organizadoras del trabajo entre las mujeres) no solo contribuirán a fortalecer los koljoses en el sentido económico, sino que ayudarán a las amplias masas de koljosianos y koljosianas a desprenderse de los restos de las viejas concepciones, de los restos de la incultura; quedará relegado para siempre en el pasado la falta de derechos a que vivía condenada la mujer.

Han pasado diez años desde la muerte de Lenin. En este luctuoso aniversario comprobaremos en todos los aspectos cómo hemos cumplido los legados de Lenin. Haremos el balance. En lo que atañe a la emancipación de la mujer bajo la dirección del Partido, el legado de Lenin se cumple. Seguiremos adelante por este camino.

30-XI-1933

N. Krúpskaia

Del libro: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*

Del capítulo VI: La manufactura capitalista y el trabajo capitalista a domicilio

... El trabajo capitalista a domicilio va ligado inevitablemente a unas condiciones de trabajo antihigiénicas en extremo. Plena miseria del trabajador, imposibilidad completa de someter a regla alguna las condiciones del trabajo, utilización de la vivienda como local de trabajo: tales son las condiciones que transforman las habitaciones de los obreros ocupados en su casa en un escandaloso foco antihigiénico y de enfermedades profesionales. En las empresas grandes es aún posible la lucha contra fenómenos análogos; en cambio, el trabajo a domicilio es en este sentido el tipo más “liberal” de explotación capitalista.

La desmesurada duración de la jornada es también una de las particularidades inherentes al trabajo en casa para el capitalista y a las pequeñas industrias en general. Más arriba se ha dado ya algunos ejemplos comparando

la duración de la jornada en las “fábricas” y entre los “*kustares*”.

En el sistema de trabajo a domicilio se observa casi siempre la incorporación de las mujeres y de los niños, que empiezan a trabajar desde la edad más temprana. Para ilustrarlo aduciremos algunos datos extraídos de la descripción de las industrias que ocupan mujeres en la provincia de Moscú. En el devanado de hilo de algodón hay ocupadas 10.004 mujeres; los niños empiezan a trabajar a los cinco y seis años (¡!), el salario diario es de 10 kopeks y el anual de 17 rublos. La jornada en las industrias que ocupan mujeres llega en general a las 18 horas. En la industria de géneros de punto se comienza a trabajar a los seis años, el salario diario es de 10 kopeks, y el anual de 22 rublos. Balance de las industrias que ocupan mujeres: hay 37.514 obreras, que empiezan a trabajar a los cinco o seis años (en 6 industrias de 19, con la particularidad de que estas 6 industrias dan 32.400 obreras), el salario medio diario es de 13 kopeks, y el anual de 26,20 rublos¹⁵.

¹⁵ La Sra. Gorbunova, que ha descrito las industrias que ocupan mujeres, calcula erróneamente 18 kopeks

Uno de los aspectos más dañinos del trabajo capitalista a domicilio es que conduce a la disminución del nivel de consumo del trabajador. El patrono obtiene la posibilidad de escoger obreros en sitios apartados, donde el nivel de vida de la población es especialmente bajo y donde la ligazón con la tierra permite trabajar por un jornal insignificante. El dueño de una empresa rural dedicada a la fabricación de medias explica, por ejemplo, que en Moscú son caras las habitaciones y que a las oficialas “hay que... darles pan blanco..., mientras que en nuestro pueblo trabajan en su isba y comen pan negro... ¿Cómo va Moscú a hacernos la competencia?”¹⁶ En la industria del devanado de hilo de algodón, el nivel extraordinariamente bajo de los salarios se explica por el hecho de que para las mujeres, hijas, etc., de los campesinos ese trabajo no es más que un in-

y 37,77 rublos, operando solo con los datos medios de cada industria y no tomando en consideración el diferente número de trabajadores en las distintas industrias.

¹⁶ Recopilación de datos estadísticos de la provincia de Moscú, t Vil, fascíc. II, p. 104.

greso auxiliar. “Así, pues, el sistema actual de esta producción, para las personas que viven exclusivamente del ingreso obtenido de ella, hace descender hasta lo imposible el salario, que para las personas que viven solamente del trabajo fabril llega a hacerse inferior al mínimo del consumo o frena el ascenso de este último. Lo uno y lo otro crea unas condiciones en extremo anormales”¹⁷. “La fábrica busca al tejedor barato –dice el Sr. Jarizoménoy– y lo encuentra en su aldea natal, lejos de los centros de la industria... Es un hecho indudable que el salario va descendiendo a medida que uno se aleja de los centros industriales hacia las zonas periféricas”¹⁸. Por consiguiente, los patronos saben aprovechar a la perfección las condiciones que de un modo artificial retienen a la población en las aldeas.

¹⁷ Recopilación de datos estadísticos de la provincia de Moscú, t. VII, fascíc. II. p. 285.

¹⁸ Las industrias de la provincia de Vladimir, III. 63. Conf. ibíd., p. 250.

Del capítulo VII: Desarrollo de la gran industria mecánica

La gran industria mecánica, concentrando masas de obreros que a menudo acuden de distintos extremos del país, no admite ya en absoluto los restos de relaciones patriarcales y de la dependencia personal, diferenciándose por una verdadera “actitud despectiva hacia el pasado”. Y precisamente esta ruptura con las tradiciones caducas fue una de las condiciones esenciales que permitieron e hicieron indispensables la regulación de la producción y el control social de la misma. En particular, hablando de la transformación de las condiciones de vida de la población por la fábrica, es preciso advertir que la incorporación de mujeres y adolescentes a la producción¹⁹ es un fenómeno progresivo en su esencia. Indudablemente, la fábrica capitalista coloca a estas categorías de la población obrera en una situación parti-

¹⁹ Según datos del Índice, en 1890, en las fábricas de la Rusia europea había un total de 875.764 obreros, de ellos 210.207 (24%) mujeres, 17.793 (2%) niños y 8.216 (1%) niñas.

cularmente penosa, y con respecto a ellas es especialmente necesario reducir y reglamentar la jornada, asegurar condiciones higiénicas de trabajo, etc., pero sería reaccionaria y utópica la tendencia a prohibir por completo el trabajo de las mujeres y de los adolescentes en la industria o a mantener el régimen patriarcal de vida que excluía este trabajo. Destruyendo el retraimiento patriarcal de estas categorías de la población, que antes no salían del estrecho círculo de las relaciones domésticas, familiares; llevándolas a participar de manera directa en la producción social, la gran industria mecánica impulsa su desarrollo, les da mayor independencia, es decir, crea unas condiciones de vida que están incomparablemente por encima de la inmovilidad patriarcal de las relaciones precapitalistas²⁰.

²⁰ “La pobre tejedora va a la fábrica tras su padre y su marido, trabaja a su lado e independientemente de ellos. Es un sostén de la familia, lo mismo que el hombre”. la fábrica... la mujer es un productor completamente independiente, igual que su marido”. El nivel cultural de las obreras fabriles crece con especial rapidez (Las industrias de la provincia de Vladimir, 111, 113, 118, 112 y otras). Es absolutamente justa la conclusión

siguiente del Sr. Jarizomérov: la industria destruye “la dependencia económica en que la mujer se encuentra con respecto a la familia... y con respecto al amo... En la fábrica ajena, la mujer queda equiparada al hombre; es la igualdad del proletario... La industria capitalista desempeña un papel notable en la lucha de la mujer por su independencia dentro de la familia”. “La industria crea a la mujer una situación nueva y completamente independiente de la familia y del marido” (Revista Jurídica, 1883, N° 12, págs. 582, 596). En la Recopilación de datos estadísticos de la provincia de Moscú (tomo VII, fascíc. II, Moscú, 1882, págs. 152, 138-139), los investigadores comparan la situación de la obrera en la producción manual y en la producción mecánica de medias. En la producción manual, el salario es al día de unos 8 kopeks; en la mecánica, de 14 a 30 kopeks. En la producción mecánica, la situación de la obrera se describe así: “...Nos encontramos ya ante una muchacha libre de toda traba, que se ha emancipado de la familia y de cuanto constituye las condiciones de existencia de la mujer campesina, una muchacha que puede cambiar de residencia en cualquier momento, cambiar de patrono, quedarse en cualquier momento sin trabajo..., sin pedazo de pan... En la producción manual, la mujer que hace punto tiene el salario más mezquino, que no bastaría para cubrir los gastos de la comida, un salario que solo es posible a condición de que ella, como miembro de una familia con hacienda, con parcela, goce en parte de los productos de esta tierra; en la producción mecánica, la oficiala, además de la comida y el té, tiene

T. 3, pp. 388-389, 480-181

Escrito en 1896-1899. Publicado por primera vez en libro aparte a fines de marzo de 1899.

un salario que le permite vivir fuera de la familia y no utilizar ya el ingreso que la familia saca de la tierra... Al mismo tiempo, en las condiciones actuales, el salario de la oficiala en la industria mecánica es más seguro”.

Proyecto de Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia^{21 22}

(B)

XIII. El más importante de estos vestigios del régimen de servidumbre, el más potente

²¹ * La parte de este proyecto concerniente a los principios es el proyecto propuesto por Frei, uno de los miembros de la comisión de redacción (y formulado por él sobre la base del proyecto inicial de J. Plejánov). La parte práctica (desde el lugar indicado más abajo hasta el final) es propuesta por toda la comisión, o sea por sus cinco miembros

²² El programa del Partido aprobado en el II Congreso del POSDR en 1903 fue elaborado por la Redacción del periódico leninista Iskra en 1901-1902. El proyecto inicial fue redactado por J. Plejánov. Persuadido de que el proyecto inicial y los sucesivos proyectos de Plejánov eran inaceptables. Lenin escribió su propio proyecto en enero-febrero de 1902. La Redacción de Iskra designó una comisión conciliadora, encargada de confeccionar un proyecto único de programa sobre la base de los de Lenin y Plejánov. Lenin consiguió que en el proyecto definitivo de programa figurase un punto de la mayor importancia sobre la dictadura del proletariado, se formulara con precisión el papel dirigente de la clase obrera en la revolución se subrayara de modo especial el carácter proletario del Partido, Lenin escribió también toda la parte agraria del programa. El proyecto de programa fue publicado en el número 21 de Iskra, el r de junio de 1902. —17.

baluarte de toda esta barbarie es la autocracia zarista. Es el peor y más peligroso enemigo del movimiento de liberación del proletariado y del desarrollo cultural de todo el pueblo.

(C)

Por eso²³, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia plantea como su tarea política más inmediata el derrocamiento de la autocracia zarista y su sustitución por la *República* sobre la base de una Constitución democrática, que garantice:

1) la soberanía del pueblo, es decir, la concentración de todo el Poder supremo del Estado en manos de la Asamblea Legislativa, compuesta de representantes del pueblo;

2) sufragio universal, igual y directo en las elecciones tanto a la Asamblea Legislativa como a todos los organismos de la administración autónoma local, para todo ciudadano que haya cumplido los 21 años; voto secreto en todas las elecciones; derecho de cada

²³ A partir de aquí, el proyecto es aceptado por toda la comisión.

elector a ser elegido a todas las asambleas representativas; retribución de los representantes del pueblo;

3) inviolabilidad de la personalidad y del domicilio de los ciudadanos;

4) libertad ilimitada de conciencia, de palabra, de prensa, de reunión, de huelga y de asociación;

5) libertad de tránsito y de actividad económica;

6) abolición de los estamentos y plena igualdad de derechos de todos los ciudadanos, independientemente del sexo, de la religión y de la raza;

7) reconocimiento del derecho de autodeterminación a todas las naciones que formen parte del Estado;

8) concesión a cada ciudadano del derecho de querrela ante los tribunales contra cualquier funcionario, sin necesidad de tener que limitarse a elevar quejas a su propio jefe inmediato superior;

9) sustitución del ejército permanente por el pueblo en armas; ...

10) separación de la Iglesia y el Estado y de la escuela y la Iglesia;

11) enseñanza general gratuita y obligatoria hasta los 16 años; dotación de los hijos de familias poco pudientes con alimentos, ropa y manuales de estudio a expensas del Estado.

(D)

Con el fin de proteger a la clase obrera y de elevar su capacidad combativa²⁴, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia exige:

1) limitación de la jornada de trabajo a ocho horas para todos los obreros asalariados;

2) establecimiento por la ley del descanso semanal, de una duración ininterrumpida de no menos de 36 horas, para los obreros asalariados de ambos sexos en todas las ramas de la economía nacional;

²⁴ * Proposición de Frei: modificar el comienzo de este párrafo en los términos siguientes: "Para proteger a la clase obrera de la degeneración física y moral, así como para elevar su capacidad de lucha por su emancipación..."

3) prohibición absoluta de las horas extraordinarias;

4) prohibición del trabajo nocturno (desde las 9 de la noche hasta las 5 de la madrugada) en todas las ramas de la economía nacional, a excepción de aquellas en las que es absolutamente necesario por razones técnicas;

5) prohibición a los patronos de utilizar el trabajo asalariado de niños menores de 15 años;

6) prohibición del trabajo de la mujer en las ramas en que es especialmente perjudicial para el organismo femenino;

7) establecimiento por la ley de la responsabilidad civil de los patronos por la pérdida total o parcial de la capacidad de trabajo de los obreros a causa de accidentes o de las condiciones nocivas de la producción; el obrero quedará exento de la obligación de demostrar que la indicada pérdida de la capacidad de trabajo ha sobrevenido por culpa del empresario;

8) prohibición del pago del salario en especie²⁵;

9) concesión de pensiones por el Estado a los obreros de edad avanzada que hayan perdido la capacidad de trabajo;

10) aumento del número de inspectores fabriles; designación de inspectoras en las ramas donde predomina el trabajo femenino; control del cumplimiento de las leyes fabriles a través de representantes elegidos por los obreros y retribuidos por el Estado, así como control de la fijación de tarifas de salarios y de la determinación de la producción defectuosa, a través de representantes electos de los obreros;

11) control de los organismos de la administración autónoma local con la participación de representantes elegidos por los obreros, en lo referente al estado sanitario de las casas que los patronos destinan a vivienda de los obreros, así como en lo tocante al régi-

²⁵ * Proposición de Frei: agregar aquí (a este punto):
"establecimiento por la ley del pago semanal en todos los contratos de trabajo".

men interno de las mismas y a las condiciones en que se conceden en alquiler, con el fin de proteger a los obreros asalariados de la intervención de los patronos en su vida y en su actividad como particulares y como ciudadanos;

12) control sanitario completo y bien organizado de las condiciones de trabajo en todas las empresas que empleen mano de obra asalariada;

13) extensión del control de la inspección fabril a la industria artesana, doméstica y de los *kustares* y a las empresas del Estado;

14) responsabilidad criminal por infracción de las leyes de protección del trabajo;

15) prohibición a los empresarios de hacer descuentos en metálico del salario, cualesquiera que sean el motivo y la finalidad de los mismos (multas, descuentos por producción defectuosa, etc.);

16) creación de tribunales de trabajo²⁶ en to-

²⁶ Los tribunales de trabajo en la industria y la agricultura tenían por misión examinar los asuntos y adoptar

das las ramas de la economía nacional sobre la base de una representación paritaria de obreros y patronos.

T. 6, pp. 13-16.

Escrito a fines de enero y comienzos de febrero de 1902.

decisiones en conflictos de diverso género entre obreros y patronos, en cuestiones de salario y de protección del trabajo, etc. Se tenía el propósito de conceder a los tribunales de trabajo en la agricultura atribuciones para rebajar los arrendamientos rústicos abusivos, anular transacciones leoninas, etc. —20.

Congreso Internacional Socialista de Stuttgart

La resolución sobre el derecho femenino al sufragio fue aprobada también por unanimidad. Solo una inglesa, de la semiburguesa Sociedad Fabiana²⁷, defendió la idea de que es admisible luchar no por la plenitud de derechos electorales para la mujer, sino por derechos restringidos en favor de las clases poseedoras. El Congreso rechazó esto de manera concluyente y se declaró partidario de que las obreras luchan por el derecho al voto, no al lado de las defensoras burguesas de la igualdad de derechos de la mujer, sino con los partidos de clase del proletariado.

²⁷ Sociedad Fabiana: sociedad reformista, fundada en 1884 por un grupo de intelectuales burgueses en Inglaterra. Debe su nombre al caudillo romano Fabio Cunctátor, conocido por su táctica circunspecta, que consistía en rehuir los combates decisivos. Negando la lucha de clases, los fabianos se proponían como tarea “impregnar” a la burguesía de ideas “socialistas” y afirmaban que era posible el paso al socialismo mediante pequeñas reformas. En 1900, la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista. —21.

El Congreso reconoció que en la campaña por el voto femenino es necesario defender plenamente los principios del socialismo y la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, sin desvirtuar estos principios por ninguna consideración de conveniencia.

En la comisión surgió una interesante disparidad de opiniones sobre este punto. Los austríacos (Víctor Adler, Adelheid Popp) justificaron su táctica en la lucha por el sufragio universal de los hombres: en aras de la conquista de este derecho estimaban conveniente no presentar en el primer plano de la agitación la reivindicación de derechos electorales también para la mujer. Los socialdemócratas alemanes, en particular Zetkin, habían protestado ya contra esto cuando los austríacos realizaron su campaña por el sufragio universal. Zetkin declaró en la prensa que de ningún modo había que relegar la reivindicación de derechos electorales para la mujer, quedos austríacos sacrificaban de un modo oportunista el principio, movidos por consideraciones de conveniencia, y que, lejos de debilitar el alcance de la agitación y la

fuerza del movimiento popular, los vigorizarían si defendiesen con la misma energía los derechos electorales de la mujer. En la comisión se adhirió plenamente a Zetkin otra destacada socialdemócrata alemana, Zitz.

La enmienda de Adler, que indirectamente justificaba la táctica austríaca (en esta enmienda solo se dice que no haya intermitencias en la lucha por el derecho al sufragio efectivo para todos los ciudadanos, y no que la lucha por el derecho al sufragio gire siempre en torno a la reivindicación de la igualdad de derechos para el hombre y la mujer), fue *rechazada* por doce votos contra nueve. Como mejor puede ser expresado el punto de vista de la comisión y del Congreso es con las siguientes palabras de la mencionada Zitz, tomadas de su discurso en la Conferencia internacional de mujeres socialistas (esta Conferencia se celebró en Stuttgart al mismo tiempo que el Congreso): “Tenemos que exigir por principio todo lo que consideramos justo —dijo Zitz—, y solo cuando no existen fuerzas suficientes para la lucha, aceptamos lo que podemos conseguir. Esta ha sido siempre la táctica de la socialdemocracia. Cuanto más

modestas sean nuestras exigencias, tanto más modestas serán también las concesiones del Gobierno. Por esta discusión entre las social-demócratas austríacas y alemanas podrá ver el lector cuán severa es la actitud de los mejores marxistas ante las menores desviaciones de una táctica revolucionaria consecuente, de principios.

T. 13. pp. 73-75.

Escrito en septiembre de 1907.

*Publicado en octubre de 1907 en el
Calendario de 1908 para todos.*

Los europeos civilizados y los asiáticos salvajes

El conocido socialdemócrata inglés Rotshtein refiere en la prensa obrera alemana un alocucionador y típico hecho acaecido en la India inglesa. Mejor que cualquier razonamiento, lo ocurrido nos permite ver por qué madura con tanta rapidez la revolución en ese país de más de 300 millones de habitantes.

El periodista inglés Arnold, que edita un periódico en Rangún, importante ciudad (más de 200.000 habitantes) de una de las provincias de la India, publicó un artículo con este título: *Un ultraje a los tribunales británicos*. En él se denunciaba a un juez inglés de la ciudad, Andrew. Arnold fue condenado por este artículo a un año de cárcel, pero él no se conformó y, como cuenta con relaciones en Londres, “apeló” a la instancia superior de la metrópoli. El propio gobierno de la India se apresuró a “rebajar” la pena a cuatro meses, y Arnold fue puesto en libertad.

¿Cuál fue la causa de este escándalo?

El coronel del ejército inglés Mck Cormic tenía una amante, a cuyo servicio estaba una niña india de once años llamada Ana. El distinguido representante de una nación civilizada, valiéndose de engaños, llevó a Ana a su casa, la violó y la dejó encerrada.

El padre de Ana, que se encontraba en la agonía, mandó buscar a su hija. Fue entonces cuando se conoció en la aldea toda la historia. La indignación de los vecinos se desbordó. La policía se vio obligada a detener a Mck Cormic.

Pero el juez Andrew lo puso en libertad bajo fianza, y luego, tras burlarse repetidas veces y cínicamente de la ley, ¡absolvió a Mck Cormic! El bigardo coronel, como hacen en tales casos todos los señores de noble procedencia, afirmó que Ana era una prostituta, y como prueba aportó los testimonios de cinco testigos. En cuanto a los ocho testigos presentados por la madre de Ana, ¡el juez Andrew ni siquiera quiso interrogarlos!

Cuando fue juzgado el periodista Arnold por calumnia, el presidente del tribunal, sir Fox, no consintió que Arnold recurriese como comprobación a las declaraciones de los testigos.

Todo el mundo sabe que cosas como esta suceden en la India a millares y hasta a millones. Solo unas circunstancias completamente excepcionales permitieron al “calumniador” Arnold (¡hijo de un influyente periodista londinense!) salir de la cárcel y lograr que el asunto se hiciera público.

No hay que olvidar que los liberales ingleses colocan al frente de la administración de la India a sus “mejores” hombres. No hace mucho era virrey de la India, jefe de los Mck Cormic, de los Andrew y de los Fox, el conocido escritor radical John Morley, “lucero de la ciencia europea” y “persona honorabilísima” para todo liberal europeo y ruso.

En Asia se ha despertado ya el espíritu “europeo”, los pueblos de Asia han adquirido conciencia democrática.

T, 19, pp. 37-38.

Pravda, núm. 87, del 14 de abril de 1913.

Una gran victoria de la técnica

El químico inglés William Ramsay, de renombre universal, ha descubierto la manera de obtener gas directamente de las capas de hulla. Ramsay está ya en tratos con el dueño de unas minas de carbón para montar prácticamente el asunto.

Uno de los grandes problemas de la técnica moderna está, pues, próximo a ser resuelto. Esto producirá una verdadera revolución.

En la actualidad, para utilizar la energía contenida en la hulla, se la transporta, distribuyéndola por todo el país, y se la somete a un proceso de combustión en infinidad de empresas y de viviendas.

El descubrimiento de Ramsay significa una gigantesca revolución técnica en esta rama, tal vez la más importante, de la producción de los países capitalistas.

Ramsay ha hallado el procedimiento para convertir el carbón en gas directamente, en el mismo yacimiento, sin extraerlo a la superficie. Un procedimiento semejante, pero mucho más simple, se emplea a veces para

la obtención de la sal: no se saca a la superficie de manera directa, sino que es disuelta en agua y la disolución se sube luego por tubos.

El procedimiento de Ramsay transforma las minas de hulla en una especie de gigantescos aparatos de destilación para obtener gas. El gas pone en movimiento los motores, que permiten aprovechar *doble cantidad* de energía —contenida en la hulla— que con las máquinas de vapor. Los motores de gas, a su vez, servirán para convertir la energía en electricidad, que hoy la técnica puede ya trasladar a distancias enormes.

El costo del fluido eléctrico se reduciría, con esta revolución técnica, a *una quinta*, y quizá a *una décima parte* del actual. Se ahorraría una inmensa cantidad de trabajo humano, que hoy se requiere para extraer y transportar el carbón. Podrían aprovecharse incluso los yacimientos de hulla más pobres, que en la actualidad no se explotan. Los gastos de alumbrado y calefacción de las viviendas se reducirían en proporciones extraordinarias.

La revolución que este descubrimiento producirá en la industria será enorme.

Pero las consecuencias de esta revolución para toda la vida social en el régimen capitalista contemporáneo serán muy distintas de las que este descubrimiento traería bajo el socialismo.

Bajo el capitalismo, la “liberación” del trabajo de los millones de mineros ocupados en la extracción de hulla acarreará inevitablemente el paro forzoso en masa, una colosal agudización de la miseria, un empeoramiento de la situación de los obreros. En cuanto a las ganancias derivadas de este gran descubrimiento, se las embolsarán los Morgan, los Rockefeller, los Riabushinski, los Morósov, con su séquito de abogados, directores, profesores y demás lacayos del capital.

Bajo el socialismo, la aplicación del procedimiento de Ramsay, al hacer “innecesario” el trabajo de millones de mineros, etc., permitirá inmediatamente reducir *para todos* la jornada de trabajo de 8 horas, por ejemplo, a 7, y aún menos. La “electrificación” de todas las fábricas y ferrocarriles hará que

las condiciones de trabajo sean más higiénicas, pondrá a millones de obreros a salvo del humo, del polvo y de la suciedad, acelerará la transformación de los repelentes y sórdidos talleres en laboratorios limpios, luminosos, dignos del hombre. El alumbrado y la calefacción eléctrica de cada vivienda librará a millones de “esclavas domésticas” de la necesidad de perder tres cuartas partes de su vida en una cocina pestilente.

La técnica del capitalismo demuestra cada día más ser *superior* a las condiciones sociales que condenan a los trabajadores a la esclavitud asalariada.

T. 19, pp. 41-42.

Pravda, núm. 91, del 21 de abril de 1913.

La clase obrera y el neomaltusianismo*

En el Congreso de médicos convocado en memoria de Pirogov²⁸ ha suscitado gran interés y promovido numerosos debates la cuestión del aborto. El informante Lichkus adujo datos demostrativos de cuán extraordinariamente difundido está el aborto en los llamados Estados civilizados modernos.

²⁸ Congresos en memoria de Pirogov: Congresos convocados por la Sociedad de Médicos Rusos en memoria del gran cirujano y anatomista ruso N. I. Pirogov.

En el artículo de Lenin se trata del XII Congreso, celebrado en Petersburgo del 29 de mayo al 5 de junio de 1913. —27.

* Maltusianismo: doctrina reaccionaria del economista inglés Tomás althus (1766-1834), que pretendió demostrar que la población aumenta con mayor rapidez que los medios de subsistencia, y que las calamidades y la miseria de la clase obrera bajo el capitalismo son resultado de un crecimiento demasiado veloz de la población, y no consecuencia de la explotación de los obreros por los capitalistas.

El maltusianismo representaba una tentativa de los ideólogos de la burguesía de justificar el capitalismo y de demostrar que eran inevitables los sufrimientos y la miseria de la clase obrera, cualquiera que fuese la organización de la sociedad; una tentativa de ocultar a las masas las causas efectivas de su calamitosa situación y de apartarlas de la lucha contra el régimen capitalista.

En Nueva York ha habido en un año 80.000 abortos, en Francia se registran mensualmente hasta 36.000. En Petersburgo, el porcentaje de abortos ha aumentado en cinco años en más del doble.

Marx sometió a una crítica demoledora la teoría de Malthus, demostrando que la miseria de las masas es consecuencia del capitalismo y se debe a que los capitalistas se apropian el trabajo no retribuido de los obreros, y que con la destrucción del capitalismo y con el paso al socialismo desaparecerán las calamidades y los sufrimientos de la clase obrera.

Marx demostró que, en realidad, no existe una ley absoluta del crecimiento de la población: a cada formación económico-social le es inherente su propia ley específica de la población.

En los años del 70 del siglo XIX. el malthusianismo renació bajo la forma de neomalthusianismo, que pretendía encubrir la depauperación de los trabajadores, cada vez más acentuada, con teorías seudocientíficas sobre la “superpoblación absoluta”, sobre la supuesta fertilidad decreciente del suelo, etc. El neomalthusianismo ve el medio de reforzar el capitalismo y de mitigar las calamidades originadas por él en la reducción de la natalidad con medidas anticoncepcionales, en las guerras y epidemias. Muchos de los representantes del neomalthusianismo preconizan el racismo. —27.

El Congreso de médicos en memoria de Pirogov ha acordado que en ningún caso incurrirá la madre en responsabilidad criminal por el aborto intencionado, y que los médicos deben ser sancionados únicamente cuando se compruebe que les mueven “miras egoístas”.

En los debates, la mayoría, al pronunciarse por la impunidad del aborto, ha tratado, como es natural, la cuestión del llamado neomaltusianismo (medidas artificiales para prevenir el embarazo), refiriéndose además al aspecto social de la cuestión. Por ejemplo, el señor Vigdórchik, según la reseña del periódico *Rússkoe Slovo*²⁹, afirmó que “es preciso saludar las medidas anticoncepcionales”, y el señor Astraján exclamó, provocando una tempestad de aplausos:

“¡Debemos persuadir a las madres de que deben parir hijos para que luego sean inutilizados en los centros de enseñanza, se les lleve al sorteo de quintas y se les haga llegar hasta el suicidio!”

²⁹ “Rússkoe Slovo”: periódico burgués liberal, que apareció en Moscú desde 1895 hasta 1917. —27.

Si es cierta la noticia de que semejantes frases declamatorias del señor Astraján suscitaron clamorosos aplausos, este hecho a mí no me extraña. Los oyentes eran burgueses, medios y pequeños, con una sicología filisteá. ¿Qué se puede esperar de ellos sino el más vulgar liberalismo?

Pero desde el punto de vista de la clase obrera, difícilmente se podrá encontrar una expresión más patente del carácter reaccionario y de la indigencia espiritual del “neomaltusianismo social” que las mencionadas palabras del señor Astraján.

... “Parir hijos para que luego sean inutilizados”... ¿Solo para eso? ¿¿Por qué no para que *luchen* mejor, más unidos, de un modo más consciente y con mayor energía que nosotros contra las actuales condiciones de vida, que mutilan e inutilizan a nuestra generación??

En esto consiste la diferencia radical entre la sicología del campesino, del artesano, del intelectual, del pequeño burgués en general, y la sicología del proletario. El pequeño burgués ve y palpa que sucumbe, que la vida se hace cada vez más difícil, que la lucha por la

existencia es cada vez más despiadada y que la situación suya y de su familia resulta más desesperada cada día. El hecho es indiscutible. Y el pequeño burgués protesta contra él.

Pero, ¿cómo protesta?

Protesta como representante de una clase que parece sin remisión y ha perdido toda esperanza en su futuro, de una clase sumisa y cobarde. Todo es inútil; lo único que cabe es tener menos hijos que sufran nuestras penas y calamidades, nuestra miseria y nuestras humillaciones: este es el clamor del pequeño burgués.

El obrero consciente está bien lejos de un tal punto de vista. No consentirá que oscurezcan su conciencia semejantes plañidos, por sinceros y sentidos que sean. Nosotros, los obreros, y la masa de pequeños propietarios arrastramos una existencia marcada con el estigma de un yugo y de unos sufrimientos insoportables. Para nuestra generación la vida es más dura que lo fue para nuestros padres, pero en un sentido somos mucho más afortunados que ellos: *hemos aprendido y estamos aprendiendo con rapidez a luchar,*

y a luchar no solos, como lucharon los mejores de nuestros antecesores, no en nombre de consignas de los parlanchines burgueses, eminentemente ajenas a nosotros, sino en nombre de nuestras propias consignas, de las consignas de nuestra clase. Nosotros luchamos mejor que nuestros padres. Nuestros hijos lucharán aún mejor, y *vencerán*.

La clase obrera, lejos de perecer, crece, se vigoriza, madura, se une, se instruye y se temple en la lucha. Somos pesimistas respecto al régimen de servidumbre, al capitalismo y a la pequeña producción, pero somos fervorosamente optimistas respecto al movimiento obrero y a sus fines. Estamos ya sentando los cimientos del nuevo edificio, y nuestros hijos darán remate a la obra.

Por eso —y solo por eso— somos incondicionalmente enemigos del neomaltusianismo, de esta corriente propia de las parejas mesocráticas fosilizadas y egoístas que cuchichean despavoridas: Vivamos nosotros como podamos y mejor será no tener hijos.

Naturalmente, esto no nos impide en modo alguno exigir la abolición absoluta de todas

las leyes que castigan el aborto o la difusión de obras de medicina en las que se exponen medidas anticoncepcionales, etc. Semejantes leyes no indican sino la hipocresía de las clases dominantes. Estas leyes no curan las dolencias del capitalismo, sino que las hacen ser particularmente malignas y perniciosas para las masas oprimidas. Una cosa es la libertad de la propaganda médica y la protección de los derechos democráticos elementales del ciudadano y de la ciudadana, y otra cosa es la doctrina social del neomaltusianismo. Los obreros conscientes sostendrán siempre la lucha más implacable contra los intentos de imponer esta reaccionaria y medrosa doctrina a la clase social contemporánea más avanzada, más fuerte y más preparada para las grandes transformaciones.

T. 19, pp. 203-207.

Pravda, núm. 137, del 16 de junio de 1913.

El quinto congreso internacional contra la prostitución

En Londres se ha clausurado recientemente el “quinto Congreso internacional de lucha contra la trata de blancas”.

¡Se han despachado a su gusto duquesas, condesas, obispos, pastores, rabinos, funcionarios de la policía y toda clase de filántropos burgueses! ¡Cuántos banquetes solemnes y pomposas recepciones oficiales! ¡Cuántos discursos grandilocuentes sobre los estragos y las ignominias de la prostitución!

¿Qué medios de lucha han preconizado los distinguidos delegados burgueses del Congreso? Principalmente dos: la religión y la policía. Según ellos, esto es lo más seguro y eficaz contra la prostitución. El corresponsal en Londres de la *Gaceta Popular*³⁰ de Leipzig informa que un delegado inglés se jactó de haber presentado en el Parlamento un proyecto de ley estableciendo los *castigos*

³⁰“Gaceta Popular”, de Leipzig (Leipziger Volkszeitung): diario socialdemócrata alemán, que apareció desde 1894 hasta 1933. —30.

corporales por proxenetismo. ¡Ahí tenéis un héroe moderno y “civilizado” de la lucha contra la prostitución!

Una dama del Canadá expresó su admiración por la policía y por la vigilancia policiaca femenina contra las mujeres “que han caído”; pero en lo que se refiere al aumento de salarios, señaló que las obreras no merecían una mejor remuneración.

Un pastor alemán execró el materialismo contemporáneo, que, según él, alcanza una difusión cada vez mayor entre el pueblo y contribuye a que se extienda el amor libre.

Cuando el delegado austríaco Gártner intentó plantear la cuestión relativa a las causas sociales de la prostitución, a las privaciones y a la miseria de las familias obreras, a la explotación del trabajo infantil, a las insostenibles condiciones de vivienda, etc., ¡el orador fue reducido al silencio por las exclamaciones hostiles del auditorio!

En cambio, entre los grupos de delegados se contaban de encumbradas personalidades cosas enjundiosas, dichas en tono solemne. Por ejemplo, cuando la emperatriz alemana visita

una casa de maternidad, en Berlín, las madres de hijos “naturales” *tienen que ponerse anillos de boda* ¡¡para que no se impresione la augusta dama a la vista de unas mujeres que no están casadas!!

Esto permite juzgar acerca de la repulsiva hipocresía burguesa que impera en estos congresos aristocrático-burgueses. Los acróbatas de la beneficencia y los defensores policíacos de las burlas que se hacen de las necesidades y la miseria se reúnen para “luchar contra la prostitución”, que es mantenida precisamente por la aristocracia y la burguesía...

T. 19, pp. 230-231.

*Rabóchaya Pravda (La Verdad del Obrero),
núm. 1, del 13 de julio de 1913.*

La pequeña producción en la agricultura

La cuestión campesina en los modernos Estados capitalistas es la que más incomprendimientos y titubeos suscita entre los marxistas, la que da lugar a más ataques contra el marxismo por parte de la Economía política burguesa (profesoral).

La pequeña producción en la agricultura —dicen los marxistas— está condenada, bajo el capitalismo, a perecer, está condenada a una situación increíblemente agobiadora y deprimente. Dependiendo del gran capital, atrasada en comparación con la gran producción agrícola, la pequeña producción solo se sostiene debido a una tremenda reducción de las necesidades y a un trabajo sobrehumano, propio de forzados. Dispersión y despilfarro de trabajo humano, las peores formas de dependencia del productor, agotamiento de las fuerzas de la familia campesina, de su ganado y de su tierra: esto es lo que en todas partes reporta el capitalismo al campesino.

El campesino *no tiene salvación* sino uniéndose, ante todo, a la acción del proletariado, de los obreros asalariados.

La Economía política burguesa y sus partidarios, no siempre conscientes, tales como los populistas³¹ y los oportunistas, tratan de demostrar, por el contrario, que la pequeña producción tiene capacidad vital y es más ventajosa que la grande: El campesino, que goza de una situación sólida y segura en el régimen capitalista, no debe tender hacia

³¹ Populistas: partidarios del populismo, corriente político-ideológica que surgió en Rusia en la década del 70 del siglo XIX. Los rasgos distintivos de su concepción del mundo eran los siguientes: negaban el papel dirigente de la clase obrera en el movimiento revolucionario, consideraban erróneamente que la revolución socialista puede ser obra del pequeño propietario, del campesino, y veían la base del socialismo en la comunidad campesina, que era de hecho una supervivencia del feudalismo y de la servidumbre en el campo ruso. El socialismo de los populistas no se basaba en el desarrollo real de la sociedad, y no era más que una frase huera, un sueño, un buen deseo.

En los años 80 y 90 del siglo pasado, los populistas emprendieron la vía de la reconciliación con el zarismo, expresaron los intereses de los kulaks y lucharon encarnizadamente contra el marxismo. —32.

el proletariado, sino hacia la burguesía, no debe aspirar a la lucha de clases de los obreros asalariados, sino a afianzar su situación como propietario y dueño: esta es en esencia la teoría de los economistas burgueses.

Intentemos comprobar a base de datos exactos la consistencia de la teoría proletaria y de la burguesa. Veamos los datos sobre el trabajo *femenino* en la agricultura de Austria y Alemania. En lo referente a Rusia, hasta ahora no existen datos completos, por la falta de deseo del Gobierno de realizar el censo de todas las empresas agrícolas sobre bases científicas.

En Austria, según el censo de 1902, de 9.070.682 personas ocupadas en la agricultura, 4.422.981, o sea el 48,7%, eran mujeres. En Alemania, donde el capitalismo alcanza un nivel mucho más elevado, las mujeres constituían la *mayoría* entre los trabajadores agrícolas, a saber: el 54,8%. Cuanto más se desarrolla el capitalismo en la agricultura, tanto más recurre al trabajo femenino, es decir, *empeora* las condiciones de vida de las masas trabajadoras. En la industria alemana,

las mujeres representan el 25% del total de trabajadores, y en la agricultura más del doble de esta cifra. Esto significa que la industria absorbe los *mejores* brazos, dejando a la agricultura la mano de obra más débil.

En los países capitalistas desarrollados, la agricultura se ha convertido ya en una ocupación predominantemente femenina.

Pero si examinamos los datos relativos a las haciendas agrícolas de distintas dimensiones, veremos que es en la *pequeña* producción donde la explotación del trabajo femenino alcanza proporciones singularmente grandes. Por el contrario, la gran producción capitalista utiliza también en la agricultura preferentemente el trabajo del hombre, aunque no iguale en este sentido a la industria.

He aquí los datos comparativos referentes a Austria y Alemania:

Haciendas	Grupos de haciendas	Porcentaje de mujeres en el número total de los que trabajan	
		Austria	Alemania
Proletarias	Hasta ½ Ha.*	52,0	74,1
	De ½ a 2 Ha.	50,9	65,7
Campesinas	“ 2 a 5 “	49,6	54,4
	“ 5 a 10 “	48,5	50,2
	“ 10 a 20 “	48,6	48,4
Capitalistas	“ 20 a 100 “	46,6	44,8
	“ 500 y más. “	27,4	41,0
	Total	48,7	54,8

* Una hectárea equivale a 9/10 de una desiatina.

Vemos en ambos países la misma ley de la agricultura capitalista. Cuanto menor es la producción, tanto *peor* es la composición de la mano de obra, tanto más predomina la mujer en el número total de personas ocupadas en la agricultura.

La situación general bajo el capitalismo es la siguiente: En las haciendas proletarias, es decir, en aquellas cuyos “dueños” viven principalmente del trabajo asalariado (mozos

de labranza, jornaleros y, en general, obreros asalariados con una minúscula parcela de tierra), *predomina el trabajo de la mujer sobre el del hombre*, a veces en proporciones enormes.

No hay que olvidar que el número de estas haciendas proletarias o de jornaleros es inmenso: en Austria asciende a 1,3 millones de un total de 2,8 millones, y en Alemania, incluso a 3,4 millones de un total de 5,7 millones.

En las haciendas campesinas, el trabajo del hombre y el de la mujer alcanzan aproximadamente la misma difusión.

Por último, en las haciendas capitalistas, el trabajo del hombre *predomina sobre el de la mujer*.

¿Qué significa esto?

Esto significa que en la pequeña producción la mano de obra es peor que en la gran producción capitalista.

Esto significa que en la agricultura la obrera –la proletaria y la campesina– debe esforzarse mucho más, derrengarse, deslomarse en el trabajo en perjuicio de su salud y de la

de sus hijos, para equipararse en lo posible a los hombres que trabajan en la gran producción capitalista.

Esto significa que la pequeña producción solo se mantiene bajo el capitalismo a base de *exprimir* al obrero *más* cantidad de trabajo que la que saca de él la gran producción.

El campesino está más atado, más enmarañado en la complicada red de la dependencia capitalista que el obrero asalariado. Cree que es independiente, que puede “salir adelante”, pero, en realidad, para sostenerse, tiene que realizar (en beneficio del capital) un trabajo más penoso que el del obrero asalariado.

Los datos sobre el trabajo *infantil* en la agricultura demuestran esto con mayor claridad aún.

T. 19. pp. 250-252.

*Rabóchaya Pravda, núm. 5,
del 18 de julio de 1913.*

A Inessa Armand

Dear friend!³²

Le aconsejo encarecidamente que escriba con más detalle el plan del folleto³³. De lo contrario quedan muchas cosas confusas.

De momento debo expresar mi opinión sobre lo siguiente:

§3 — le aconsejo que suprima en absoluto la «reivindicación [femenina) del amor libre».

Prácticamente, es una reivindicación burguesa, y no proletaria.

En realidad, ¿qué entiende usted por esta reivindicación? ¿Qué *se puede* entender por una tal reivindicación?

1. ¿Que mujer se vea libre *de* todo cálculo de carácter material (financiero) en cuestiones de amor?
2. ¿Que se vea también libre *de* toda preocupación material?

³² * ¡Querida amiga! (N. de la Edtit.)

³³ S e trata de un folleto para las obreras, que se proponía escribir I. Armand. El folleto no fue escrito. —35.

3. ¿de los prejuicios religiosos?
4. ¿de las prohibiciones del cabeza de familia, etc.?
5. ¿de los prejuicios de la “sociedad”?
6. ¿de la mezquina atmósfera (campesina, o pequeñoburguesa, o intelectual-burguesa) del medio ambiente?
7. ¿de las trabas de la ley, de los tribunales y de la policía?
8. ¿de la seriedad en el amor?
9. ¿de la procreación?
10. ¿la libertad de adulterio?, etc.

He enumerado muchos matices (no todos, naturalmente). Usted, naturalmente, no comprende por esta reivindicación los N 8-10, sino los números 1-7 o *algo así como* los Nos 1-7.

Mas para los Nos 1-7 es preciso elegir otra denominación, pues el amor libre no expresa con exactitud esta idea.

Y el público, los lectores del folleto comprenderán *inevitablemente* por “amor libre”

algo parecido a los números 8-10, incluso *a pesar de la voluntad de usted.*

Precisamente porque en la sociedad moderna las clases más locuaces, alborotadoras y “mejor situadas” comprenden por “amor libre” los números 8-10, precisamente por eso dicha reivindicación no es una reivindicación proletaria, sino burguesa.

Para el proletariado, lo más importante son los números 1-2, y luego los números* 1-7, pero esto no es el “amor libre” propiamente hablando.

El quid no está en cómo usted “quiere comprender” *subjetivamente* este concepto. El quid está en la *lógica objetiva* de las relaciones de clase en las cuestiones del amor.

Friendly shakc hands!

W. I³⁴

T. 35, págs. 137-138.

Escrito el 17 de enero de 1915 en Berna.

Publicado por primera vez en 1939 en la revista Bolshcvik, núm. 13.

³⁴ * ¡Un amistoso apretón de manos! V. I. (N. de la Edit.)

De una carta a Inessa Armand

Querida amiga: Pido excusa por mi tardanza en contestar: quise hacerlo ayer, pero estuve tan atareado que no dispuse de tiempo para ponerme a escribirle.

Examinando el plan de su folleto encuentro que la “reivindicación del amor libre” no es clara, e independientemente de su voluntad y de su deseo (subrayo esto, diciendo: la cuestión reside en las relaciones objetivas, de clase, y no en los deseos subjetivos de usted) es en la presente situación social una reivindicación burguesa, y no proletaria.

Usted no está de acuerdo.

Bien. Examinemos la cuestión una vez más.

Para hacer claro lo que no lo está, enumeré aproximadamente una decena de interpretaciones *posibles* (e inevitables en el ambiente de lucha de clases), señalando además que, a mi juicio, las interpretaciones 1-7 serán típicas o características para las proletarias, y las interpretaciones 8-10 lo serán para las burguesas.

De impugnar esto, hay que demostrar: (1) que estas interpretaciones son inexactas (y entonces hay que sustituirlas por otras o señalar cuáles son las inexactas) o (2) incompletas (y entonces añadir lo que falte) ó (3) que no es así como se dividen en proletarias y burguesas.

Usted no hace ni lo primero, ni lo segundo, ni lo tercero.

De los puntos 1-7 usted no trata para nada. ¿Quiere esto decir que usted reconoce (en general) que son justos? (Lo que usted escribe sobre la prostitución de las proletarias y sobre su estado de dependencia –“imposibilidad de negarse”– entra de lleno en los puntos 1-7. En esto no hay divergencia alguna entre nosotros.)

Tampoco pone usted en tela de juicio que esta es la interpretación *proletaria*.

Quedan los puntos 8-10.

Usted “no los comprende en parte” y “hace objeciones”: “no comprendo cómo *se puede* (¡así está escrito!) *identificar* (!!??) el amor libre con” el punto 10...

¿Resulta que soy yo el que “identifica”, y que usted se ha propuesto vapulearme y pulverizarme *a mí*?

¿Cómo es eso? ¿Qué significa?

Las burguesas entienden por amor libre los puntos 8-10: esta es mi tesis.

¿Lo rebate usted? Diga: ¿qué entienden las damas *burguesas* por amor libre?

Usted no lo dice. ¿Es que la literatura y la vida no *demuestran* que las burguesas entienden por amor libre eso precisamente? ¡Lo demuestran plenamente! Usted lo reconoce de manera implícita.

Y siendo así, el quid está en la posición de clase de esas gentes; no es menester “rebatir” *a esas damas*, ello sería ingenuo.

Es preciso establecer una clara *delimitación* con respecto a ellas y *oponerles* el punto de vista proletario. Es preciso tener en cuenta el hecho objetivo de que, si no, *ellas* entresacarán los correspondientes pasajes de su folleto, los interpretarán a su modo, harán que el folleto de usted lleve el agua

a su molino, desvirtuarán las ideas de usted ante los obreros, “llevarán la confusión” a los obreros (sembrando entre ellos la sospecha de si no trata *usted* de inculcarles ideas *extrañas* a ellos). Para ello cuentan con gran número de periódicos, etc.

Pues bien, usted se olvida por completo del punto de vista objetivo y de clase para pasar al “ataque” contra *mí*, echándome en cara que “identifico” el amor libre con los puntos 8-10... Extraño, muy extraño...

“Incluso una pasión y unas relaciones fugaces” son “más poéticas y limpias” que los “besos sin amor” de unos esposos (amorales y adocenados). Así escribe usted. Y así piensa escribir en el folleto. Magnífico.

¿Es lógica la contraposición? Los besos sin amor de unos esposos vulgares son *sucios*. Estoy de acuerdo. A ello es preciso oponer... ¿qué?... Podría parecer que los besos con *amor*. Pero usted opone una “pasión” (¿por qué no amor?) “fugaz” (¿por qué fugaz?): resulta, según esta lógica, como si los besos sin amor (fugaces) se opusieran a los besos sin amor de unos esposos... Cosa extraña.

¿No es mejor, para un folleto de divulgación, contraponer el amoral y sucio matrimonio pequeñoburgués-intelectual-campesino sin amor (a que se refiere el punto 6 o el punto 5 de mi enumeración) al matrimonio civil proletario con amor (añadiendo, *si usted lo desea sin falta*, que también una pasión y unas relaciones fugaces pueden ser sucias y pueden ser limpias)? En el plan de usted resulta no la contraposición de *tipos* de clase, sino algo así como un “caso”, que es posible, naturalmente. Pero ¿es que se trata de casos aislados? De elegir como tema el caso individual de unos besos sucios en el matrimonio y de unos besos limpios en unas relaciones fugaces, este tema es preciso desarrollarlo en una novela (pues en tal caso todo el *quid* está en la situación *individual*, en el análisis de los *caracteres* y de la sicología de los *tipos dados*). Pero ¿en un folleto?

Usted ha comprendido muy bien mi idea de que no sirve la cita de Key, diciendo que es “absurdo” intervenir en el papel de “profesores *es amor*”. Precisamente. ¿Y en el papel de profesores *es de pasiones fugaces*, etc.?

La verdad sea dicha, yo no quiero de ningún modo entrar en polémicas. De buena gana dejaría esta carta y aplazaría el examen de este asunto hasta el momento de entrevistarnos personalmente. Pero yo quiero que el folleto sea bueno, que *nadie pueda* tomar de él frases que resulten desagradables para usted (a veces basta *un garbanzo* para descomponer la olla...), que *nadie pueda* interpretar *torcidamente* las ideas de usted. Estoy seguro de que también esto lo ha escrito usted “sin querer”, y le remito esta carta solo porque pudiera ser que examinase usted el plan a la vista de estas cartas con más detenimiento que como resultado de unas conversaciones, ya que el plan es una cosa muy importante.

¿No hay entre sus conocidas una socialista francesa? Tradúzcale (como si fuera del inglés) mis puntos 1-10 y las observaciones de usted sobre la pasión “fugaz”, etc., y mírela, escúchela atentamente: esta pequeña experiencia le permitirá apreciar lo que pueden decir personas que ven las cosas *desde fuera*, cuáles son sus impresiones, lo que esperan del folleto.

Le estrecho la mano y le deseo que sufra menos dolores de cabeza y se restablezca pronto.

V.U.

T. 35, pp. 139-141.

Escrito el 24 de enero de 1915 en Berna.

Publicado por primera vez en 1939

en la revista Bolshevik. núm. 13.

Sobre la caricatura del marxismo y el «economismo imperialista»

P. Kíevski sigue sin comprender la diferencia entre las consignas que “niegan” o estigmatizan las calamidades *políticas* y las *económicas*. Esta diferencia consiste en que determinadas calamidades económicas son inherentes al capitalismo en general, cualesquiera que sean las superestructuras políticas que se erijan sobre él, en que desde el punto de vista económico *es imposible* acabar con estas calamidades sin destruir el capitalismo y no se puede aducir ni un solo ejemplo de una tal destrucción. En cambio, las calamidades políticas consisten en desviaciones con respecto a la democracia, que desde el punto de vista económico es plenamente posible “sobre la base del régimen vigente”, es decir, bajo el capitalismo, y a título de excepción es una realidad bajo el capitalismo, en unos Estados en un aspecto parcial de la democracia, y en otros en otro aspecto parcial. ¡Una vez más, el autor no ha comprendido precisamente las condiciones generales

en que es factible la democracia en general!

Lo mismo cabe decir de la cuestión del divorcio. Recordemos al lector que fue Rosa Luxemburgo la primera que abordó esta cuestión en la discusión sobre el problema *nacional*. Expresó la justa opinión de que, al defender la autonomía dentro del Estado (de una región o un territorio, etc.), nosotros, como socialdemócratas centralistas, debemos defender la idea de que el Poder de todo el Estado, el Parlamento de todo el Estado, tienen que resolver los problemas más importantes del Estado, entre los que figura la legislación sobre el *divorcio*. El ejemplo del divorcio muestra patentemente que no se puede ser demócrata y socialista sin exigir inmediatamente la plena libertad de divorcio, pues la falta de esta libertad representa una ultravejación del sexo oprimido, de la mujer, ¡aunque no es difícil comprender que el reconocimiento de la *libertad* de dejar al marido no es una *invitación* a que todas las esposas lo hagan!

P. Kíevski “objeta”:

“¿Qué representaría este derecho” (al divorcio) “si en *estos casos*” (cuando la mujer *quiere* dejar al marido) “la esposa no pudiese ejercerlo”? ¿O si el ejercicio de este derecho dependiese de la voluntad de *terceras* personas, o. lo que todavía es peor, de la voluntad de los pretendientes a la “mano” de dicha esposa? ¿Reclamaríamos la proclamación de *semejante* derecho? ¡Naturalmente que no!”

Esta objeción denota la incomprensión más completa de la relación existente entre la democracia *en general* y el capitalismo. Bajo el capitalismo son habituales, no como casos aislados, sino como fenómeno típico, unas condiciones en que es imposible para las clases oprimidas “ejercer” sus derechos democráticos. En la mayoría de los casos, el derecho al divorcio es irrealizable bajo el capitalismo, ya que el sexo oprimido está agobiado económicamente, y la mujer, cualquiera que sea la democracia, sigue siendo bajo el capitalismo la “esclava del hogar”, recluida en la alcoba, en el cuarto de los niños, en la cocina. De igual manera, en

la mayoría de los casos, es imposible ejercer bajo el capitalismo el derecho de elegir “sus propios” jueces populares, funcionarios, maestros, jurados, etc., precisamente en virtud de la opresión económica de que son víctimas los obreros y los campesinos. Esto mismo puede decirse de la República democrática: nuestro programa la “proclama” como “soberanía del pueblo”, aunque todos los socialdemócratas saben muy bien que, bajo el capitalismo, hasta la República más democrática no conduce sino al soborno de los funcionarios por la burguesía y a la alianza de la Bolsa con el Gobierno.

Solo gentes completamente incapaces de pensar o que desconocen en absoluto el marxismo, deducen de aquí la conclusión de que la República, la libertad de divorcio, la democracia, la autodeterminación de las naciones no tienen ningún valor. Pero los marxistas saben que la democracia *no* suprime la opresión de clase, sino que hace que la lucha de clases sea más pura, más amplia, más abierta y más aguda; y esto es lo que necesitamos. Cuanto más plena sea la libertad de divorcio, más

claro será para la mujer que el origen de su “esclavitud doméstica” reside en el capitalismo, y no en la falta de derechos. Cuanto más democrático sea el régimen político, tanto más claro será para los obreros que la raíz del mal está en el capitalismo, y no en la falta de derechos. Cuanto más completa sea la igualdad nacional (*no* es completa sin la libertad de separación), tanto más claro será para los obreros de una nación oprimida que el quid de la cuestión radica en el capitalismo, y no en la falta de derechos. Y así sucesivamente.

Repito una vez más: es violento recordar el abecé del marxismo, pero ¿qué hacer, si P. Kíevski no lo conoce?

P. Kíevski discurre acerca del divorcio más o menos como discurría en el *Golos*³⁵ de París, según recuerdo, Semkovski, uno de los secretarios en el extranjero del Comité de Organización³⁶. Es cierto, decía, que

³⁵ “Golos”: diario menchevique-trotskyista, que apareció en París desde septiembre de 1914 hasta enero de 1915.

—43.

³⁶ Comité de Organización: centro dirigente de los mencheviques: se constituyó en 1912. —43.

la libertad de divorcio no significa invitar a todas las mujeres a que dejen a sus maridos, pero si se demuestra a una mujer que todos los maridos son mejores que el suyo, ¡¡la cosa se reduce a ló mismo!!

Al razonar así, Semkovski olvidaba que ser extravagante no representa una infracción de las obligaciones del socialista y del demócrata. Si Semkovski hubiese tratado de convencer a cualquier mujer de que todos los maridos son mejores que el suyo, nadie habría visto en ello una violación de los deberes del demócrata, ¡lo más que habrían dicho es que un gran partido no puede existir sin que haya en él grandes excéntricos! Pero si a Semkovski se le hubiese ocurrido la idea de defender y llamar demócrata a una persona que negara la libertad de divorcio y que, por ejemplo, recurriera a los tribunales, o a la policía, o a la iglesia contra la mujer que lo abandonaba, ¡estamos seguros de que *incluso* la mayoría de los colegas de Semkovski del Secretariado en el extranjero, aunque son socialistas flojillos, se habrían negado a solidarizarse con Semkovski!

Tanto Semkovski como P. Kíevski, al “hablar” del divorcio, han demostrado no comprender la cuestión y han eludido el fondo del asunto: bajo el capitalismo, el derecho al divorcio, lo mismo que *todos* los derechos democráticos sin excepción, es de difícil realización, es algo condicional, limitado, restringido en virtud de las formalidades a que está sujeto, pero ningún socialdemócrata honesto consideraría no ya socialistas, sino ni siquiera demócratas, a quienes nieguen este derecho. Y en esto reside la esencia de la cuestión. *Toda* “democracia” consiste en proclamar y ejercer “derechos” que tienen muy pocas probabilidades de ser ejercidos y son muy condicionales bajo el capitalismo, mientras que el socialismo es *imposible* sin proclamar estos derechos, sin luchar por la concesión de estos derechos inmediatamente, al instante, y sin educar a las masas en el espíritu de esta lucha.

T. 23, pp. 60-62.

Escrito en agosto-octubre de 1916.

Publicado por primera vez

en 1924 en la revista Zvezdá,

núms. 1 y 2.

Sobre las tareas de la izquierda de Zimmerwald³⁷ en el Partido Socialdemócrata Suizo

III. Transformaciones democráticas de especial urgencia y utilización de la lucha política y del parlamentarismo

17. Abolición de *todas* las limitaciones sin excepción de los derechos políticos de la mujer en comparación con los derechos del hombre. Explicación a las masas de la espe-

³⁷ Las tesis “Tareas de la izquierda de Zimmerwald en el Partido Socialdemócrata Suizo” fueron escritas en ruso y alemán, traducidas por I. Armand al francés y distribuidas para su discusión entre los socialdemócratas de izquierda suizos.

El grupo de izquierda de Zimmerwald fue fundado por Lenin en la primera Conferencia Internacional Socialista de Internacionalistas, celebrada a comienzos de septiembre de 1915 en Zimmerwald (Suiza). Lenin calificó esta Conferencia de “primer paso” en el desarrollo del movimiento internacional contra la guerra. Los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, ocuparon en el grupo de izquierda de Zimmerwald una posición que era la única acertada y consecuente hasta el fin contra la guerra. —45.

cial urgencia de esta transformación en ir-
nos momentos en que la guerra y la carestía
inquietan a las amplias masas populares y
suscitan en la mujer de manera particular el
interés y la atención Hacia la política.

T. 23, p. 131.

*Escrito a finales de octubre y comienzos
de noviembre de 1916.*

*Publicado por primera vez en
1918 en folleto aparte en francés.*

Las tareas del proletariado en nuestra revolución

12. La sustitución de la policía por la milicia del pueblo es una transformación que se deriva de todo el proceso revolucionario y que se está realizando actualmente en la mayoría de los lugares de Rusia. Es necesario que hagamos ver a las masas que, en la mayoría de las revoluciones burguesas de tipo corriente, esta transformación ha sido siempre muy efímera y que la burguesía, incluso la más democrática y republicana, ha acabado siempre restableciendo la vieja policía de tipo zarista, separada del pueblo, colocada bajo las órdenes de los elementos burgueses y capaz de oprimir al pueblo por todos los medios.

Solo hay un modo de *impedir* la restauración de la policía: la creación de una milicia popular y su fusión con el ejército (la sustitución del ejército permanente por todo el pueblo en armas). A esta milicia deberán pertenecer absolutamente todos los ciudadanos y ciudadanas, desde los 15 hasta los 65 años, edades que solo ponemos a título de ejemplo y para indicar que no deben quedar excluidos de ella ni

los adolescentes ni los viejos. Los capitalistas deberán abonar a los obreros asalariados, a los criados, etc., el jornal de los días en que presten servicio social en la milicia. Sin llevar a la mujer a la participación independiente no solo en la vida política en general, sino también en los servicios públicos permanentes que todo el mundo debe prestar, ni hablar se puede no ya del socialismo, sino ni siquiera de una democracia plena y estable. Hay, además, funciones de “policía”, como el cuidado de los enfermos, la asistencia a los niños vagabundos, la inspección de la alimentación, etc., que es imposible resolver satisfactoriamente sin conceder a la mujer, y no solo sobre el papel, sino en la realidad, plena igualdad de derechos.

Impedir el restablecimiento de la policía, aplicar las fuerzas organizadoras de todo el pueblo a la creación de una milicia que abarque a toda la población: tales son las tareas que el proletariado ha de llevar a las masas en interés de la salvaguardia, de la consolidación y del desarrollo de la revolución.

T. 24, pp. 49-50.

Publicado por primera vez en septiembre de 1917 en folleto aparte por la Editorial Pribói.

Materiales para la revisión del programa del Partido³⁸

La Constitución de la República democrática de Rusia debe asegurar:

I. La soberanía del pueblo; todo el Poder supremo del Estado debe pertenecer a los representantes del pueblo, elegidos y revocables en cualquier momento por el pueblo que constituirán una sola Asamblea popular, una sola Cámara.

1. La soberanía del pueblo, es decir, la concentración de todo el Poder supremo del Estado en manos de la Asamblea Legislativa, que estará compuesta de los representantes del pueblo y formará una sola Cámara.

³⁸ En la presente edición se incluye un fragmento del proyecto de programa del POSDR redactado en abril-mayo de 1917. Para comodidad de los lectores, V. I. Lenin insertó el viejo y el nuevo texto del programa, destacando con caracteres corrientes las partes del viejo programa que no habían sufrido modificaciones en el nuevo programa; con cursiva, las partes del programa que fueron suprimidas en el nuevo, y con negrilla, las partes del nuevo programa que no figuraban en el viejo. —48.

2. El sufragio universal, igual y directo en las elecciones tanto a la Asamblea Legislativa como a todos los organismos de la administración autónoma local, para todos los ciudadanos y las ciudadanas que hayan cumplido los veinte años; el voto secreto en las elecciones; el derecho de cada elector a ser elegido a todas las instituciones representativas; una duración de dos años para cada legislatura parlamentaria; la retribución de los representantes del pueblo; el sistema de representación proporcional en todas las elecciones; la revocación de todos los delegados y representantes electos, sin excepción, en cualquier momento y por decisión de la mayoría de sus electores.

3. Una amplia administración autónoma local; la administración autónoma regional para todos los lugares que se distingan por condiciones específicas de vida y por su población; la anulación de todos los nombramientos de autoridades locales y regionales hechos por el Estado.

4. La inviolabilidad de la personalidad y del domicilio.

5. La libertad ilimitada de conciencia, de palabra, de prensa, de reunión, de huelga y de asociación.

6. La libertad de tránsito y de actividad económica.

7. La abolición de los estamentos y la plena igualdad de derechos de todos los ciudadanos, independientemente del sexo, de la religión, de la raza y de la nacionalidad.

8. El derecho de la población a recibir enseñanza en la lengua materna, garantizado por la creación de las escuelas necesarias para ello a cargo del Estado y de los organismos de la administración autónoma local; el derecho de todo ciudadano a hablar en el idioma materno en las asambleas; el reconocimiento de la lengua materna en pie de igualdad con el idioma del Estado en todas las instituciones locales públicas y del Estado; la anulación de la obligatoriedad de un idioma único del Estado.

9. El reconocimiento del derecho de autodeterminación a todas las naciones que formen parte del Estado.

9. El reconocimiento del derecho a la libre separación y a la formación de su propio Estado a todas las naciones que integran el Estado. La República del pueblo ruso debe atraerse a otros pueblos o nacionalidades no con la violencia, sino exclusivamente por medio de un acuerdo voluntario para la creación de un Estado común. La unidad y la alianza fraternal de los obreros de todos los países son incompatibles con la violencia directa o indirecta sobre otras nacionalidades.

10. El derecho de cada persona a querellarse por la vía normal ante los tribunales de jurados contra cualquier funcionario.

11. La elección de los jueces por el pueblo.

La elección de los jueces y funcionarios por el pueblo, tanto en la administración civil como en el ejército; la revocabilidad de todos ellos en cualquier momento por decisión de la mayoría de sus electores.

12. La sustitución del ejército permanente por el pueblo en armas.

La sustitución de la policía y del ejército permanente por el pueblo en armas; los obreros y empleados deben recibir de los capitalistas el salario habitual por el tiempo dedicado al servicio social en la milicia de todo el pueblo.

13. La separación de la Iglesia y el Estado y de la escuela y la Iglesia; el pleno carácter laico de la escuela.

14. La enseñanza general y profesional gratuita y obligatoria para todos los niños de ambos sexos hasta los 16 años; la dotación de los hijos de familias poco pudientes con alimentos, ropa y manuales de estudio a expensas del Estado.

La enseñanza general y politécnica (conocimiento de la teoría y la práctica de todas las ramas principales de la producción) gratuita y obligatoria para todos los niños de ambos sexos hasta los 16 años; estrecha ligazón del estudio con el trabajo social productivo de los niños.

15. La dotación de todos los alumnos con alimentos, ropa y manuales de estudio a cuenta del Estado.

16. La transmisión de la instrucción pública a los organismos democráticos de la administración autónoma local; la abstención del Poder central de toda intervención en el establecimiento de programas escolares y en la selección del personal docente; la elección de los maestros directamente por la propia población y el derecho de esta a destituir a los maestros indeseables.

Como condición fundamental de la democratización de nuestra economía estatal, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia exige: la abolición de todos los impuestos indirectos y el establecimiento del impuesto progresivo sobre los ingresos y las herencias.

De un lado, el alto grado de desarrollo del capitalismo ya alcanzado en la Banca y en las ramas monopolistas de la industria, y, de otro, la ruina económica originada por la guerra imperialista, ruina que suscita en todas partes la reivindicación del control de la producción y de la distribución de los productos más importantes por el Estado y por

la sociedad, impulsan al Partido a reclamar la nacionalización de los Bancos, de los Sindicatos (trusts), etc.

Con el fin de proteger a la clase obrera de la degeneración física y moral, así como para desarrollar su capacidad de participación en la lucha liberadora, el Partido exige:

1. Limitación de la jornada de trabajo a ocho horas para todos los obreros asalariados.

Limitación de la jornada de trabajo a ocho horas para todos los obreros asalariados, incluyendo, para los casos en que la jornada sea continua, no menos de un intervalo de una hora para la comida. En los trabajos peligrosos e insalubres, la jornada deberá ser reducida a 4-6 horas.

2. Establecimiento por la ley del descanso semanal, de una duración ininterrumpida de no menos de 42 horas; para los obreros asalariados de ambos sexos en todas las ramas de la economía nacional.

3. Prohibición absoluta de las horas extraordinarias.

4. Prohibición del trabajo nocturno (desde las 9 de la noche hasta las 6 de la madrugada) en todas las ramas de la economía nacional, a excepción de aquellas en las que es absolutamente necesario por razones técnicas, previa la aprobación de las organizaciones obreras.

Prohibición del trabajo nocturno (desde las 8 de la noche hasta las 6 de la madrugada) en todas las ramas de la economía nacional, a excepción de aquellas en las que es absolutamente necesario por razones técnicas, previa la aprobación de las organizaciones obreras, con la salvedad de que el trabajo nocturno de los obreros no pueda exceder de cuatro horas.

5. Prohibición a los patronos de utilizar el trabajo de los niños en edad escolar (hasta los 16 años) y limitación de la jornada de trabajo para los adolescentes (de 16 a 18 años) a seis horas.

Prohibición a los patronos de utilizar el trabajo de los niños en edad escolar (hasta los 16 años), limitación de la jornada de trabajo de los jóvenes (de 16 a 20 años) a cuatro horas y prohibición de que trabajen de noche en empresas insalubres y en las minas.

6. Prohibición del trabajo de la mujer en las ramas en que es perjudicial para el organismo femenino; liberar a la mujer del trabajo cuatro semanas antes y seis semanas después del parto, manteniendo el salario en las proporciones habituales durante todo este tiempo.

Prohibición del trabajo femenino en las ramas en las que es perjudicial para el organismo femenino; prohibición del trabajo femenino nocturno; liberar a la mujer del trabajo ocho semanas antes y ocho semanas después del parto, manteniendo el salario completo durante todo este tiempo, con asistencia facultativa y medicamentos gratuitos.

7. Establecimiento en todas las fábricas y demás empresas donde trabajen mujeres, de casas-cuna para niños de pecho y de corta edad; liberar a las madres lactantes del trabajo cada tres horas como máximo, y no menos de media hora cada vez.

Instalación en todas las fábricas y demás empresas donde trabajen mujeres, de casas-cuna para niños de pecho y de corta edad y de locales para la lactancia; liberar a las mujeres

lactantes del trabajo cada tres horas como máximo y no menos de media hora cada vez; concesión de subsidios a las madres lactantes y reducción de su jornada de trabajo a seis horas.

8. Seguros del Estado para los obreros en caso de vejez y de pérdida total o parcial de la capacidad de trabajo, a cargo de un fondo especial, formado mediante un impuesto a los capitalistas.

Seguros sociales completos para los obreros:

- a) en todo género de trabajo asalariado;
- b) en caso de toda clase de pérdida de la capacidad de trabajo, a saber: por enfermedad, accidentes, invalidez, vejez, enfermedades profesionales, maternidad, viudez y orfandad, así como en caso de paro forzoso, etc.;
- c) plena administración autónoma de los asegurados en todas las instituciones de seguros;
- d) pago de los gastos de seguros a cargo de los capitalistas;

e) asistencia facultativa y medicamentos gratuitos, encomendando el servicio médico a las cajas de seguros administradas en régimen de autonomía y regidas por representantes electos de los obreros.

9. Prohibición del pago del salario en especie, establecimiento del pago semanal y en metálico del salario en todos los contratos de trabajo sin excepción, y entrega del salario dentro de la jornada de trabajo.

10. Prohibición a los patronos de hacer descuentos en metálico del salario, cualesquiera que sean el motivo y la finalidad de los mismos (multas, descuentos por producción defectuosa, etc.).

11. Designación del número suficiente de inspectores fabriles en todas las ramas de la economía nacional y extensión del control de la inspección fabril a todas las empresas que empleen trabajo asalariado, sin excluir a las empresas del Estado (el servicio doméstico entra también en la esfera de este control); designación de inspectoras en las ramas donde se emplee trabajo femenino; participación

de representantes elegidos por los obreros y retribuidos por el Estado en el control del cumplimiento de las leyes fabriles, así como de la fijación de tarifas de salarios, de la recepción de piezas fabricadas y de la determinación de la producción defectuosa y de los resultados del trabajo.

12. Establecimiento de la inspección del trabajo, elegida por las organizaciones obreras, y extensión de la misma a todos los tipos de empresas que empleen trabajo asalariado, sin excluir el servicio doméstico; institución del cuerpo de inspectoras en las ramas donde se emplee trabajo femenino.

T. 24, pp. 434-438.

Escrito en abril-mayo de 1917.

Publicado en junio de 1917 en el folleto Materiales para la revisión del programa del Partido, Editorial Pribói, Petrogrado.

¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?

Se nos dice que el proletariado no será capaz de poner en marcha el aparato del Estado.

Gobernaban a Rusia, después de la revolución de 1905, 130.000 terratenientes, y gobernaban sobre 150 millones de personas, con un sinfín de violencias, con escarnios sin límites, obligando a una inmensa mayoría a trabajar como forzados y a vivir semihambrientos.

Y ahora resulta que no podrán gobernar a Rusia 240.000 miembros del Partido Bolchevique, gobernar en interés de los pobres y contra los ricos. Esas 240.000 personas tienen ya ahora a su favor, por lo menos, un millón de votos de la población adulta, porque la experiencia de Europa y la de Rusia –por ejemplo, las elecciones de agosto a la Duma de Petrogrado– establecen precisamente esa proporción entre los efectivos del Partido y los sufragios emitidos a su favor. Ya tenemos un “aparato estatal” de *un millón* de personas, fieles al Estado socialista por convicción, y

no por embolsar el 20 de cada mes una bonita suma.

Es más, tenemos un “recurso maravilloso” para *decuplicar* en seguida, de golpe, nuestro aparato estatal, un recurso del que nunca ha dispuesto ni puede disponer ningún Estado capitalista. Este recurso maravilloso es la incorporación de los trabajadores, de los pobres, al trabajo cotidiano de dirección del Estado.

Para explicar cuán fácil es de aplicar ese maravilloso recurso, y cuán infalible es su eficacia, escogeremos el ejemplo más sencillo y más claro.

El Estado necesita desahuciar de su vivienda, valiéndose de apremio, a una familia, para alojar en ella a otra. Esto lo hace a cada paso el Estado capitalista, y lo hará también nuestro Estado proletario o socialista.

El Estado capitalista desahucia a una familia obrera que, habiendo perdido a la persona que la mantenía, deja de pagar el alquiler. Aparece el alguacil, un policía o un guardia, o un pelotón entero. En un barrio obrero, para ejecutar un desahucio, tiene que acudir

un destacamento de cosacos. ¿Por qué? Porque el alguacil y el guardia se niegan a ir sin el auxilio de una nutrida escolta. Saben que el espectáculo del desahucio suele provocar en toda la población de los alrededores, en miles y miles de personas, llevadas casi a la desesperación, una ira tan furiosa, un odio tal contra los capitalistas y contra el Estado capitalista, que el alguacil y todo el pelotón de guardias pueden quedar despedazados en un momento. Hacen falta importantes fuerzas armadas, hay que traer a una gran ciudad unos cuantos regimientos, precisamente de alguna zona alejada, para que los soldados no sepan nada de la vida de los pobres de la ciudad, para que no puedan “contagiarse” de socialismo.

El Estado proletario recurre a la coerción para instalar en la vivienda de un rico a una familia extremadamente necesitada. Nuestro destacamento de la milicia obrera se compone, supongamos, de 15 personas: dos marineros, dos soldados, dos obreros conscientes (basta- rá que uno de ellos sea miembro de nuestro Partido o simpatizante), un intelectual y ocho

trabajadores pobres, y entre ellos, por lo menos, cinco mujeres, criados, peones, etc. El destacamento se presenta en la casa de la familia rica, la revisa y se encuentra con cinco habitaciones ocupadas por dos hombres y dos mujeres. “Ciudadanos –les dicen–, acomódense ustedes por este invierno en dos habitaciones, y dejen otras dos para alojar en ellas a dos familias que viven en el sótano. Temporalmente, mientras con la ayuda de los ingenieros (usted es ingeniero, ¿verdad?) no hayamos construido buenas viviendas para todos, forzosamente tendrán ustedes que estrecharse un poco. Su teléfono se pondrá a disposición de diez familias, con lo cual se economizarán unas cien horas de trabajo, caminatas por tiendas, etc. Además, hay en su familia dos semiobreros desocupados, que pueden ejecutar un trabajo fácil: una ciudadana de 55 años y un ciudadano de 14. Harán diariamente una guardia de 3 horas para velar por la distribución justa de víveres entre las 10 familias y llevar el correspondiente registro. El ciudadano estudiante que forma parte de nuestro destacamento redactará ahora en

dos copias esta orden oficial y ustedes tendrán la bondad de firmarnos una declaración, por la que se comprometan a cumplirla exactamente”.

Tal podría ser, a mi juicio, expuesta en ejemplos concretos, la diferencia entre el aparato y la administración estatal vieja, burguesa, y la nueva, socialista.

Nosotros no somos utopistas. Sabemos que cualquier peón y cualquier cocinera no son capaces ahora mismo de ponerse a dirigir el Estado. En eso estamos de acuerdo con los demócratas constitucionalistas, con Breshkóvskaya y con Tsereteli. Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos por el hecho de que exigimos que se rompa inmediatamente con el prejuicio de que *administrar* el Estado, llevar a cabo el trabajo cotidiano de administración, es cosa que solo pueden hacer los ricos o funcionarios procedentes de familias ricas. Nosotros exigimos que el *aprendizaje* de la administración del Estado corra a cargo de obreros y soldados conscientes, y que se acometa sin demora, es decir, que se *empiece* inmediatamente a hacer participar

en este aprendizaje a todos los trabajadores, a toda la población pobre.

Ya sabemos que los demócratas constitucionalistas están también dispuestos a enseñar al pueblo los principios de la democracia. Las damas demócratas constitucionalistas están dispuestas a dar conferencias a las criadas sobre la igualdad de derechos de la mujer, inspirándose en las mejores fuentes inglesas y francesas. Y quizá, en un próximo concierto-mitin, miles de espectadores verán en el escenario dar un “ósculo de paz”: la señora conferenciante demócrata constitucionalista besará a Breshkóvskaya, Breshkóvskaya al ex ministro Tsereteli, y el pueblo, agradecido, aprenderá de este modo prácticamente lo que son la igualdad, la libertad y la fraternidad republicanas...

Sí, reconocemos que los demócratas constitucionalistas, Breshkóvskaya y Tsereteli son, a su modo, fieles al espíritu democrático y lo predicán al pueblo. Pero ¡qué se le va a hacer!, nosotros tenemos una idea algo distinta del espíritu democrático.

A nuestro modo de ver, para mitigar los inauditos sufrimientos y desgracias de la guerra, así como para curar las horribles heridas que esta ha causado al pueblo, se impone una democracia *revolucionaria*, se imponen medidas *revolucionarias*, cabalmente del tipo de la que hemos puesto como ejemplo en la distribución de viviendas en beneficio de los pobres. *Del mismo modo* hay que proceder en la ciudad y en el campo con los víveres, con las prendas de vestir, con el calzado, etc., y en el campo, con la tierra y lo demás. Para administrar el Estado en *este* sentido, podemos *disponer en seguida* de un aparato *estatal* de unos diez millones de hombres, si no veinte, un aparato como jamás lo ha conocido ningún Estado capitalista. Solo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con la adhesión completa y sin reservas de la inmensa mayoría de la población. Solo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con obreros conscientes, disciplinados por un largo “aprendizaje” capitalista (no en vano hemos estado estudiando en la escuela del capitalismo), obreros que son *capaces*

de formar una milicia obrera y de ampliarla paulatinamente (comenzando a ampliarla en seguida) hasta convertirla en milicia *general de todo el pueblo*. Los obreros conscientes deben dirigir, pero pueden incorporar a la labor de administración a verdaderas masas de trabajadores y oprimidos.

Claro que no podrán evitarse los errores en los primeros pasos del funcionamiento de ese nuevo aparato. Pero ¿es que no cometieron errores los campesinos cuando, al quedar en libertad después de la servidumbre, empezaban a organizar por cuenta propia sus asuntos? ¿Es que hay otro camino para enseñar al pueblo a gobernarse a sí mismo, para evitar los errores, que el de la práctica, que el de instaurar inmediatamente un verdadero autogobierno popular? Hoy por hoy, lo más importante es acabar con el prejuicio intelectual burgués según el cual solo pueden regir el Estado funcionarios especiales, totalmente dependientes del capital por la posición social que ocupan. Lo principal es poner término a un estado de cosas en que intentan gobernar como en el pasado los burgueses, los funcionarios y los

ministros “socialistas”, pero que no pueden gobernar, y a los siete meses se encuentran, en un país de campesinos, ¡¡con una sublevación en el campo!! Lo más importante es infundir a los oprimidos y a los trabajadores fe en sus ‘propias fuerzas, demostrarles en la práctica que pueden y deben ellos mismos establecer una distribución *justa*, severísimamente reglamentada, organizada, del pan, de todos los alimentos, de la leche, del vestido, de la vivienda, etc., *en interés de los pobres*. No hay otro modo de salvar a Rusia de la quiebra y de la perdición, y cuando se inicie honrada y decididamente en todas partes la entrega de la administración a proletarios y semiproletarios, se producirá un entusiasmo revolucionario de las masas nunca visto en la historia, se multiplicarán de tal modo las energías del pueblo en su lucha contra las calamidades, que muchas cosas que parecen imposibles a nuestras mezquinas y viejas fuerzas burocráticas serán realizables para las fuerzas de la masa de millones de hombres que *empiecen a trabajar para sí* y no para el capitalista, para el señorito, para el burócrata, y no a la fuerza.

... Temen la resistencia de los capitalistas y, al mismo tiempo, se llaman revolucionarios y quieren figurar entre los socialistas. ¡Qué ignominia! ¡Hasta dónde ha tenido que llegar la postración ideológica del socialismo internacional corroído por el oportunismo, para que *puedan* tener cabida en él esas voces!

Nosotros, y con nosotros el pueblo entero, hemos visto ya la fuerza de resistencia de los capitalistas, pues estos son más conscientes que las otras clases y se han dado cuenta inmediatamente de la importancia de los Soviets; han puesto en tensión en seguida y hasta un grado extremo *todas sus fuerzas*, han intentado todo lo posible, han puesto en juego todas las palancas, han echado mano de los recursos más inauditos de la mentira y la calumnia, han apelado a conspiraciones militares *para destruir los Soviets*, para reducirlos a la nada, para prostituirlos (con ayuda de los mencheviques y eseristas³⁹), para convertirlos en corrillos

³⁹ Mencheviques: partidarios de la corriente oportunista pequeñoburguesa en la socialdemocracia rusa. Los mencheviques fueron llamados así a partir del II Congreso

de parlanchines y agotar la paciencia de los obreros y campesinos con meses y más meses de charlar en balde y jugar a la revolución.

del POSDR, celebrado en agosto de 1908, cuando se quedaron en minoría al ser elegidos en las últimas sesiones los organismos centrales del Partido mientras que los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría (en ruso, menchevikí significa minoritarios, y bolchevikí, mayoritarios). De aquí la denominación de bolcheviques y mencheviques. Después de la Revolución de Febrero de 1917, los mencheviques, junto con los eseristas, entraron a formar parte del Gobierno provisional; apoyaron la política imperialista de este y lucharon contra la inminente revolución proletaria.

Después de la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques actuaron abiertamente como un partido contrarrevolucionario, que organizó complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético y tomó parte en los mismos.

Socialrevolucionarios (eseristas): partido pequeñoburgués fundado a finales de 1901 y comienzos de 1902. Los eseristas, que en un principio reflejaban las reivindicaciones democráticas del campesinado y su anhelo de apoderarse de las tierras de los terratenientes, se convirtieron más tarde en un partido de los kulaks, y después de la Revolución de Octubre en un partido abiertamente contrarrevolucionario, que luchó al lado de la burguesía, los terratenientes y los intervencionistas extranjeros con miras a derrocar el Poder soviético. —58.

Lo que *no hemos visto todavía* es la fuerza de resistencia de los proletarios y de los campesinos pobres, pues esta fuerza no se nos revelará en toda su grandeza mientras el proletariado no tenga en sus manos el Poder, mientras las decenas de millones de hombres que hoy se ven oprimidos por la miseria y la esclavitud capitalista no vean y *sientan* por propia experiencia que el Poder del Estado pertenece a las clases oprimidas, ayuda a los pobres en su lucha contra los terratenientes y los capitalistas y *vence* la resistencia de estos. *Solo* entonces podremos ver cuánta fuerza virgen de resistencia contra los capitalistas dormita en el pueblo, solo entonces se revelará a la luz del día lo que Engels llama el “socialismo latente”, solo entonces se alzarán contra cada *diez mil* enemigos francos o emboscados, activos o pasivos, del Poder de la clase obrera, *un millón* de luchadores nuevos que hasta ahora vivían sumidos en el letargo político, vegetando en los tormentos de su miseria y desesperación, perdida ya la fe en que también ellos son seres humanos, en que también ellos tienen derecho a la existencia,

en que todo el Poder de un Estado moderno centralizado puede estar al servicio suyo y los destacamentos de la milicia proletaria les llaman también *a ellos*, con plena confianza, a intervenir en la labor directa más próxima y cotidiana de regir el Estado.

Con la colaboración benévola de los Plejánov, Breshkóvskaya, Tsereteli, Chernov y Cía., los capitalistas y terratenientes lo han hecho *todo* para *manchar* la República democrática, para prostituir la sirviendo a los ricos hasta el punto de que el pueblo cayese en la apatía y en la indiferencia y *todo le diera igual*, pues a quien tiene hambre lo mismo le da República que monarquía, y un soldado que tiritaba de frío, descalzo y martirizado, a quien se lanza a la muerte para defender intereses que no son los suyos, no está en situación de sentir amor por la República.

Pero cuando el último peón, cualquier parado, cada cocinera, cada campesino arruinado, vean —y no por los periódicos, sino por sus propios ojos— que el Poder proletario no se humilla ante la riqueza, sino que ayuda a la población pobre; cuando vean que este

Poder no retrocede ante las medidas revolucionarias, que despoja a los parásitos de los productos que les sobran para entregarlos a los que tienen hambre, que hace instalar en las viviendas de los ricos a los que carecen de techo, que obliga a los ricos a pagar la leche, sin darles una gota de ella mientras no tengan cuanto necesiten los niños de *todas* las familias pobres; cuando vean que la tierra pasa a manos de los trabajadores, que las fábricas y los Bancos son puestos bajo el control de los obreros y que se castiga inmediatamente y con severidad a los millonarios que ocultan sus riquezas; cuando la población pobre vea y sienta todo eso, no habrá en el mundo fuerza alguna de capitalistas y de kulaks, fuerza alguna del capital financiero mundial que maneja millares de millones, capaz de derrotar la revolución popular; será *esta* la que triunfe en el mundo entero, pues la revolución socialista madura en todos los países.

Nuestra revolución es invencible, siempre y cuando que no se tenga miedo a sí misma y ponga todo el Poder en manos del proletariado, pues detrás de nosotros están las

fuerzas incomparablemente mayores, más desarrolladas, mejor organizadas del proletariado mundial, deprimidas de momento por la guerra, pero no aplastadas, sino, por el contrario, multiplicadas por ella.

T. 26, pp. 87-90, 100-102

Escrito entre finales de septiembre y el 1 (14) de octubre de 1917.

Publicado en octubre de 1917 en el núm. 1-2 de la revista Prosveschenie.

Discurso en el primer Congreso de obreras de toda Rusia⁴⁰

19 de noviembre de 1918

Camaradas:

En cierto sentido, el Congreso de la parte femenina del ejército proletario reviste singular importancia, ya que en todos los países son las mujeres las que con más dificultad se suman al movimiento. No puede haber revolución socialista si la inmensa mayoría de las mujeres trabajadoras no participan en ella en grado considerable.

En todos los países civilizados, incluso en los más avanzados, la situación de la mujer

⁴⁰ Congreso de obreras de toda Rusia: convocado por el CC del PC(b) de Rusia, se celebró en Moscú del 16 al 21 de noviembre de 1918. Asistieron al Congreso 1.147 delegadas de fábricas y campesinas pobres. El Congreso aprobó la política internacional del Poder soviético y llamó a las obreras y campesinas a apoyarlo y defenderlo. El Congreso refrendó la nueva forma orgánica para incorporar a las obreras sin partido a la edificación socialista —las asambleas de delegadas— y dio comienzo a una amplia labor de organización realizada por el Partido entre las obreras y las campesinas. —61.

es tal, que no sin motivo se la denomina esclava del hogar. En ningún Estado capitalista, ni siquiera en la República más libre, existe plena igualdad de derechos de la mujer.

La tarea de la República Soviética consiste, en primer término, en acabar con todas las restricciones de los derechos de la mujer. El Poder soviético ha suprimido por completo el proceso de divorcio, que en la sociedad burguesa es fuente de ignominias, de opresión y de humillaciones.

Pronto hará un año que existe una legislación plenamente libre sobre el divorcio. Hemos dictado un decreto que ha puesto fin a la diferencia entre hijos legítimos y naturales y a toda una serie de trabas de orden político; en ninguna otra parte se han visto realizadas con tanta plenitud la igualdad y la libertad de la mujer trabajadora.

Sabemos que todo el peso de las normas anticuadas recae sobre las mujeres de la clase obrera.

Nuestra ley, por primera vez en la historia, ha tachado todo lo que convertía a la mujer en un ser privado de derechos. Pero la cuestión

no reside solo en la ley. En nuestras ciudades y en las zonas fabriles, esta ley sobre la plena libertad de matrimonio arraiga bien, pero en el campo es muy frecuente que quede únicamente en el papel. Allí predomina hasta ahora el matrimonio eclesiástico.

Esto se debe a la influencia de los clérigos; es más difícil luchar contra este mal que contra la vieja legislación.

Es preciso luchar contra los prejuicios religiosos con extraordinaria cautela; causan grave daño quienes en esta lucha hieren los sentimientos religiosos. Hay que luchar por medio de la propaganda, por medio de la ilustración. Enconando la lucha, podemos exasperar a la masa; una lucha así acentúa la división de las masas según su credo religioso, cuando lo cierto es que nuestra fuerza reside en la unión. La fuente más profunda de los prejuicios religiosos está en la miseria y la ignorancia; este es el mal contra el que debemos luchar.

Hasta ahora, la situación de la mujer ha sido tal, que se la ha calificado como propia de una esclava; la mujer ha estado agobiada

por su economía doméstica, y de esta situación solo la puede salvar el socialismo. Solo cuando pasemos de las pequeñas haciendas a la economía colectiva y al laboreo en común de la tierra, solo entonces existirá la plena libertad y emancipación de la mujer. Esta tarea es difícil, pero ahora, cuando se forman los comités de campesinos pobres⁴¹, llega el

⁴¹ Comités de campesinos pobres: fueron constituidos por decreto del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, promulgado el 11 de junio de 1918. En virtud del decreto, la actividad de los comités de campesinos pobres comprendía: la distribución de los cereales, de los artículos de primera necesidad y de los aperos agrícolas, así como la ayuda a los organismos locales de abastos en orden a la incautación de los excedentes de grano pertenecientes a los kulaks y a otros propietarios ricos. El decreto establecía diversas ventajas para los campesinos pobres en la distribución de cereales y aperos agrícolas.

Los comités de campesinos pobres fueron puntos de apoyo de la dictadura del proletariado en el campo. Desempeñaron un enorme papel en la lucha contra los kulaks, en la redistribución de las tierras confiscadas y en el abastecimiento de los centros obreros y del Ejército Rojo.

La organización de los comités de campesinos pobres constituyó una nueva etapa en el desarrollo de la revolución socialista en el campo. Los comités de campesinos pobres

momento en que se afianza la revolución socialista.

Solo ahora se organiza la parte más pobre de la población en el campo, y en estas organizaciones de los campesinos pobres el socialismo adquiere una base sólida.

Antes ocurría con frecuencia que la ciudad emprendía el camino revolucionario y después de ella actuaba el campo.

La presente revolución se apoya en el campo, y en esto consisten su significado y su fuerza. La experiencia de todos los movimientos liberadores confirma que el éxito de la revolución depende del grado en que participen en ella las mujeres. El Poder soviético hace todo cuanto puede para que la mujer desarrolle independientemente su actividad socialista proletaria.

coadyuvaron al afianzamiento del Poder soviético en el campo y tuvieron una inmensa importancia en la obra de atraer a los campesinos medios al lado del Poder soviético.

Por acuerdo del VI Congreso Extraordinario de los Soviets de toda Rusia (noviembre de 1918), los comités de campesinos pobres, cumplida su misión, se fusionaron con los Soviets rurales. —62.

La situación del Poder soviético es difícil por cuanto los imperialistas de todos los países odian a la Rusia Soviética se disponen a hacerle la guerra por haber sido ella la que ha provocado el incendio de la revolución en toda una serie de países y ha dado pasos decididos hacia el socialismo.

Ahora, cuando quieren aplastar a la Rusia revolucionaria, ellos mismos ven que no pisan terreno firme. Sabéis cómo crece el movimiento revolucionario en Alemania; en Dinamarca, los obreros luchan contra el Gobierno. Se intensifica el movimiento revolucionario en Suiza y Holanda. En estos pequeños países, el movimiento revolucionario no tiene importancia por sí solo, pero es particularmente significativo porque en estos países no ha habido guerra y allí existía el régimen democrático más “jurídico”. Si tales países se ponen en movimiento, esto infunde en nosotros la seguridad de que el movimiento revolucionario se extiende a todo el mundo.

Hasta ahora, ninguna República ha podido emancipar a la mujer. El Poder soviético le

ayuda. Nuestra causa es invencible, porque en todos los países se alza la invicta clase obrera. Este movimiento representa el ascenso de la invencible revolución socialista. (*Prolongados aplausos. Se canta “La Internacional”.*)

T. 28, pp. 160-162.

Reseña publicada el 20 de noviembre de 1918 en Izvestia del CEC de toda Rusia, núm. 258.

Del proyecto de programa del PC(b) de Rusia⁴²

Primer párrafo del punto del programa sobre los tribunales.

En el camino hacia el comunismo a través de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista, desechando las consignas democráticas, suprime también en absoluto organismos del dominio burgués como los tribunales de la vieja estructura, sustituyéndolos por tribunales de clase, obreros y campesinos. Después de tomar todo el Poder en sus manos, el proletariado, en lugar de la antigua e imprecisa fórmula: “Elección de los jueces por el pueblo”, proclama la consigna de clase: “Elección de jueces procedentes de las clases trabajadoras y solo por los trabajadores” y la aplica en toda la organización de los tribunales. Al elegir para los tribunales

⁴² Los materiales y documentos sobre el proyecto de programa de la IC(b) de Rusia, escritos por Lenin, sirvieron de base para las labores de la Comisión encargada de redactar el programa del Partido. El nuevo programa del Partido fue aprobado por el VIII Congreso del PC(b) de Rusia, reunido en marzo de 1919. —64.

exclusivamente a representantes de los obreros y de los campesinos que no empleen trabajo asalariado con fines de lucro, el Partido Comunista no establece diferencias para las mujeres, igualando a ambos sexos en todos los derechos tanto al elegir los jueces como en el cumplimiento de las obligaciones propias de estos últimos. Una vez anuladas las leyes de los gobiernos derrocados, el Partido da a los jueces elegidos por los ciudadanos soviéticos la consigna de cumplir la voluntad del proletariado, poniendo en práctica los decretos de este, y, cuando falte el correspondiente decreto o resulte incompleto, de guiarse por la conciencia jurídica socialista, rechazando las leyes de los gobiernos derrocados.

T. 29, p. 111.

Publicado por primera vez en 1930.

Una gran iniciativa

(El heroísmo de los obreros en la retaguardia. Los «sábados comunistas»⁴³)

⁴³ Sábados comunistas: trabajo voluntario y gratuito que realizan los trabajadores para satisfacer las necesidades de la sociedad; expresión de su actitud comunista ante el trabajo.

Surgieron en los años de la guerra civil, cuando estaba en ruinas la economía nacional y escaseaba la mano de obra. En respuesta a una carta del CC del PC(b) de Rusia sobre el trabajo a la manera revolucionaria, los obreros de la línea férrea Moscú-Kazán organizaron el día 10 de mayo de 1919 el primer sábado comunista: después de la jornada trabajaron gratis seis horas más en la reparación de vagones y locomotoras, carga y descarga de materiales, etc. Su iniciativa fue secundada, y los sábados comunistas se convirtieron en un movimiento de masas. El 1º de Mayo de 1920 fue organizado un sábado comunista en toda Rusia.

Los sábados comunistas desempeñaron un destacado papel en el período de restauración y fomento de la economía nacional de la URSS después de la guerra civil y de la intervención militar extranjera. Fueron el comienzo de un vasto desarrollo de la emulación socialista. V. I. Lenin concedió enorme importancia a los sábados comunistas, calificándolos de “gran iniciativa” en el “desarrollo de la productividad del trabajo, en el tránsito a una nueva

Todos tenemos que reconocer que, a cada paso, en todas partes, y también en nuestras filas, pueden verse huellas del modo charlatanesco, propio de intelectuales burgueses, de abordar los problemas de la revolución. Nuestra prensa, por ejemplo, lucha poco contra estos restos putrefactos de un pasado democrático-burgués caído en la podredumbre, y presta débil apoyo a los brotes sencillos, modestos, cotidianos, pero vivos, de verdadero comunismo.

Observad la situación de la mujer. Ningún partido democrático del mundo, en ninguna de las repúblicas burguesas más avanzadas, ha hecho, en este aspecto, en decenas de años ni la centésima parte de lo que hemos hecho nosotros en el primer año de nuestro Poder. No hemos dejado, en el verdadero sentido de la palabra, piedra sobre piedra de las vergonzosas leyes que establecían la inferioridad jurídica de la mujer, que ponían obstáculos al divorcio, de los odiosos requisitos que se exigían

disciplina de trabajo y en la creación de condiciones socialistas de economía y de vida". —65.

para él, de la ilegitimidad de los hijos naturales, de la investigación de la paternidad, etc. En todos los países civilizados subsisten numerosos vestigios de estas leyes, para vergüenza de la burguesía y del capitalismo. Tenemos mil veces razón para estar orgullosos de lo que hemos realizado en este sentido. Pero *cuanto más* nos deshacemos del farrago de viejas leyes e instituciones burguesas, tanto más claro vamos viendo que solo se ha descombrado el terreno para la construcción, pero no se ha comenzado todavía la construcción misma.

La mujer continúa siendo *esclava del hogar*, a pesar de todas las leyes liberadoras, porque está agobiada, oprimida, embrutecida, humillada por los *pequeños quehaceres domésticos*, que la convierten en cocinera y en niñera, que malgastan su actividad en un trabajo absurdamente improductivo, mezquino, enervante, embrutecedor y fastidioso. La verdadera *emancipación de la mujer* y el verdadero comunismo no comenzarán sino en el país y en el momento en que empiece la lucha en masa (dirigida por el proletariado dueño

del Poder del Estado) contra esta pequeña economía doméstica, o más exactamente, cuando empiece su *transformación en masa* en una gran economía socialista.

¿Concedemos en la práctica suficiente atención a este problema que, teóricamente, es indiscutible para todo comunista? Desde luego, no. ¿Dedicamos el debido interés a los *brotos* de comunismo, que ya existen a este respecto? No, y mil veces no. Los comedores públicos, las casas-cuna, los jardines infantiles son otras tantas muestras de estos brotes, son medios sencillos, ordinarios, sin pompa, elocuencia ni solemnidad, *efectivamente* capaces de *emancipar a la mujer*, efectivamente capaces de aminorar y suprimir su desigualdad respecto al hombre, por su papel en la producción y en la vida social. Estos medios no son nuevos. Fueron creados (como, en general, todas las premisas materiales del socialismo) por el gran capitalismo; pero bajo el régimen capitalista han sido, en primer lugar, casos aislados y, en segundo lugar –lo que es muy importante–, o eran empresas *mercantiles*, con los peores

aspectos de la especulación, del lucro, de la trapacería y del engaño, o bien “ejercicios acrobáticos de beneficencia burguesa” que, con toda razón, odiaban y despreciaban los mejores obreros.

Es indudable que esos establecimientos son ya mucho más numerosos entre nosotros y que *empiezan* a cambiar de carácter. Es indudable que entre las obreras y campesinas hay muchas más personas dotadas de *capacidad de organización*, de las conocidas por nosotros; personas que saben organizar las cosas prácticas, con la participación de un gran número de trabajadores y de un número mucho mayor de consumidores, sin la facundia, el alboroto, las disputas, la charlatanería sobre planes, sistemas, etc., que “padecen” los “intelectuales”, demasiado presuntuosos siempre, o los “comunistas” precoces. Pero *no cuidamos* como es debido estos brotes de lo nuevo.

Fijaos en la burguesía. ¡Qué admirablemente sabe dar publicidad a lo que le conviene *a ella!* ¡Cómo exalta las empresas “modelo” (a juicio de los capitalistas) en los millones

de ejemplares de *sus* periódicos! ¡Cómo sabe hacer de instituciones burguesas “modelo” un motivo de orgullo nacional! Nuestra prensa no se cuida, o casi no se cuida, de describir los mejores comedores públicos, las mejores casas-cuna; de conseguir, insistiendo un día y otro día, la transformación de algunos de ellos en establecimientos modelo, de hacerles propaganda, de describir detalladamente la economía del esfuerzo humano, las ventajas para los consumidores, el ahorro de productos, la liberación de la mujer de la esclavitud doméstica, las mejoras de índole sanitaria, que se consiguen por un *ejemplar trabajo comunista* y que se pueden realizar y extender a toda la sociedad, a todos los trabajadores.

Una producción ejemplar, sábados comunistas ejemplares, un cuidado y una honradez ejemplares en la obtención y distribución de cada *pud*⁴⁴ de grano, comedores públicos ejemplares, la limpieza ejemplar de una vivienda obrera, de un barrio determinado, todo esto tiene que ser, diez veces más que ahora,

⁴⁴ Pud: antigua medida rusa de peso, equivalente a 16,381 kg. —67.

objeto de atención y cuidado, tanto por parte de nuestra prensa como por parte de *cada* organización obrera y campesina. Todo esto son brotes de comunismo, y el cuidarlos es una obligación primordial de todos nosotros. Por difícil que sea la situación del abastecimiento y de la producción, en año y medio de Poder bolchevique el avance es indudable *en todo el frente*: los acopios de grano han pasado de 30 millones (del 1 de agosto de 1917 al 1 de agosto de 1918) a 100 millones de puds (del 1 de agosto de 1918 al 1 de mayo de 1919); se ha extendido la horticultura; ha disminuido la extensión de los campos que quedan sin sembrar; ha comenzado a mejorar el transporte ferroviario, a pesar de las gigantescas dificultades con que se tropieza para obtener combustible, etc. Sobre este fondo general, y con el apoyo del Poder del Estado proletario, los brotes de comunismo no se agostarán, sino que crecerán y se convertirán en comunismo pleno.

T. 29. pp. 395-397.

Publicado en julio de 1919 en folleto aparte, Moscú.

Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética

(Discurso en la IV Conferencia de obreras sin partido de la ciudad de Moscú, 23 de septiembre de 1919)

Camaradas:

Mucho me congratulo de saludar a la Conferencia de obreras. Me permito no referirme a los temas y a las cuestiones que, naturalmente, más inquietan hoy a cada obrera y a cada trabajador consciente. Estas cuestiones más palpitantes son la relativa a los cereales y la de nuestra situación militar. Pero, como he visto por las reseñas de prensa de vuestras reuniones que estos problemas han sido expuestos aquí del modo más completo por el camarada Trotsky en lo tocante al aspecto militar y por los camaradas Yákovleva y Sviderski en lo que se refiere a los cereales, permitidme que no toque este punto.

Yo quisiera decir unas palabras acerca de las tareas generales del movimiento obrero femenino en la República Soviética, tanto de

las relacionadas con el paso al socialismo en general como de las que hoy se plantean en primer plano de manera singularmente imperiosa. Camaradas: La cuestión relativa a la situación de la mujer ha sido planteada por el Poder soviético desde el primer momento. Yo creo que la tarea de todo Estado obrero que pase al socialismo será de género doble. La primera parte de esta tarea es relativamente simple y fácil. Se refiere a las viejas leyes que colocaban a la mujer en situación de desigualdad con respecto al hombre.

Desde tiempos lejanos, los representantes de todos los movimientos liberadores en Europa Occidental, no durante decenios, sino durante siglos, propugnaron la abolición de estas leyes anticuadas y reivindicaron la igualdad jurídica de la mujer y del hombre, pero ningún Estado democrático europeo, ni siquiera las repúblicas más avanzadas, han conseguido realizar esto, porque donde existe el capitalismo, donde se mantiene la propiedad privada de la tierra y la propiedad privada de las fábricas, donde se mantiene el poder del capital, los hombres siguen gozando de

privilegios. Si en Rusia se ha logrado esto, se debe exclusivamente a 3uc desde el 25 de octubre de 1917 se instauró aquí el Poder de los obreros. Desde el primer momento, el Poder soviético se planteó la tarca de actuar como Poder de los trabajadores, enemigo de toda explotación. Se planteó la tarea de suprimir la posibilidad de que los trabajadores fuesen explotados por los terratenientes y capitalistas y de destruir el dominio del capital. El Poder soviético aspiró a conseguir que los trabajadores organizarasen su vida sin propiedad privada de la tierra, sin propiedad privada de las fábricas, sin esa propiedad privada que en todas partes, en todo el mundo, incluso con la plena libertad política, incluso en las repúblicas más democráticas, sumía de hecho a los trabajadores en la miseria y la esclavitud asalariada, y a la mujer en una doble esclavitud.

Desde los primeros meses de su existencia, el Poder soviético, como Poder de los trabajadores, realizó el cambio radical más decidido en la legislación referente a la mujer. En la República Soviética no ha quedado piedra

sobre piedra de todas las leyes que colocaban a la mujer en una situación de dependencia. Me refiero precisamente a las leyes que utilizaban de modo especial la situación desventajosa de la mujer, haciéndola víctima de la desigualdad de derechos y a menudo hasta de humillaciones, es decir, a las leyes sobre el divorcio, sobre los hijos naturales y sobre el derecho de la mujer a demandar judicialmente del padre alimentos para el sostenimiento del hijo.

Hay que afirmar que es precisamente en esta esfera donde la legislación burguesa, incluso en los países más avanzados, se aprovecha de la situación de inferioridad de la mujer, condenándola a la desigualdad de derechos y humillándola. Y justamente en esta esfera, el Poder soviético no ha dejado piedra sobre piedra de las viejas leyes, injustas, insoportables para las masas trabajadoras. Ahora podemos decir con todo orgullo, sin exageración alguna, que, exceptuando la Rusia Soviética, no existe ningún país del mundo donde la mujer goce de plena igualdad de derechos y no esté colocada en una

situación humillante, particularmente sensible en la vida cotidiana, familiar. Esta fue una de nuestras primeras y más importantes tareas.

Si tenéis ocasión de entrar en contacto con partidos hostiles a los bolcheviques, o llegan a vuestras manos periódicos editados en ruso en las regiones ocupadas por Kolchak o Denikin, o habláis con gente que se atiende al punto de vista de estos periódicos, podréis escuchar frecuentemente de sus labios la acusación de que el Poder soviético ha infringido la democracia.

A nosotros, representantes del Poder soviético, comunistas bolcheviques y partidarios del Poder soviético, se nos echa en cara constantemente que hemos violado la democracia, y como prueba de esta acusación se aduce que el Poder soviético disolvió la Asamblea Constituyente⁴⁵. A estas acusa-

⁴⁵ Asamblea Constituyente: fue convocada por el Poder soviético el 5 de enero de 1918. Las elecciones a la Asamblea Constituyente se celebraron en lo fundamental antes de la Gran Revolución Socialista de Octubre, y la composición de dicha Asamblea reflejaba una etapa ya superada del desarrollo del país, la etapa en que ocupaban

ciones respondemos habitualmente así: no concedemos ningún valor a una democracia y a una Asamblea Constituyente que surgieron existiendo la propiedad privada sobre la tierra, cuando los hombres no eran iguales, cuando el que tenía capital propio era el amo, y los restantes, trabajando para él, eran sus esclavos asalariados. Esa democracia encubría

el Poder representantes de los partidos menchevique y eserista, así como del demócrata constitucionalista. Se produjo un divorcio evidente entre la voluntad de la inmensa mayoría de las masas populares, voluntad reflejada en la creación del Poder soviético y en sus decretos, y la política que aplicaba la parte eserista-menchevique-demócrata constitucionalista de la Asamblea Constituyente, política que expresaba los intereses de la burguesía y de los kulaks. La Asamblea Constituyente no quiso examinar la Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado, propuesta por los bolcheviques, ni quiso refrendar los decretos sobre la paz y la tierra y sobre el paso del Poder a los Soviets, decretos aprobados por el II Congreso de los Soviets.

Los bolcheviques, después de dar lectura a la Declaración, se retiraron de la Asamblea Constituyente, que había demostrado de modo patente ser enemiga de los intereses reales del pueblo trabajador. El 7 de enero de 1918, la Asamblea Constituyente fue disuelta por decreto del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia. —70.

la esclavitud incluso en los Estados más avanzados. Nosotros, como socialistas, somos partidarios de la democracia únicamente en tanto en cuanto mitiga la situación de los trabajadores y de los oprimidos. El socialismo se propone en todo el mundo la lucha contra toda explotación del hombre por el hombre. Para nosotros ofrece verdadero valor la democracia que sirve a los explotados, a los que sufren la desigualdad. Si al que no trabaja se le priva de derechos electorales, esta es precisamente la verdadera igualdad entre los hombres. El que no trabaja, no debe comer.

En respuesta a esas acusaciones, decimos que es preciso comprobar cómo se practica en uno u otro Estado la democracia. En todas las repúblicas democráticas vemos que se proclama la igualdad, pero en las leyes civiles y en las leyes sobre los derechos de la mujer, en el sentido de su situación dentro de la familia y en el sentido del divorcio, vemos a cada paso la desigualdad y la humillación de la mujer, y decimos que esto es una violación de la democracia, y precisamente una violación de que son víctimas los

oprimidos. El Poder soviético, en mayor medida que todos los demás países, incluidos los más avanzados, ha puesto en práctica la democracia al no haber dejado en sus leyes ni el menor rastro de desigualdad de derechos de la mujer. Lo repito, ningún Estado, ninguna legislación democrática ha hecho por la mujer ni la mitad de lo que ha hecho el Poder soviético en los primeros meses de su existencia.

Naturalmente, no bastan las leyes, y a nosotros no nos satisfacen de ningún modo simples decretos. Pero en el terreno de la legislación hemos hecho todo lo que de nosotros se exigía para equiparar la situación de la mujer a la del hombre, y podemos con razón enorgullecernos de esto. Actualmente, es tal la situación de la mujer en la Rusia Soviética, que desde el punto de vista de los Estados más avanzados es ideal. Pero afirmamos que, naturalmente, esto es solo el comienzo.

Al tener que dedicarse a los quehaceres de la casa, la mujer aún vive coartada. Para la plena emancipación de la mujer y para su igualdad efectiva con respecto al hombre,

se requiere una economía colectiva y que la mujer participe en el trabajo productivo común. Entonces la mujer ocupará la misma situación que el hombre.

Como es lógico, no se trata de igualar a la mujer en cuanto a la productividad del trabajo, al volumen, a la duración y a las condiciones del mismo, etc., sino de que la mujer no se vea oprimida por su situación económica diferente a la del hombre. Todas vosotras sabéis que aun con la plena igualdad de derechos, subsiste de hecho esta situación de ahogo en que vive la mujer, ya que sobre ella pesan todos los quehaceres de la casa. Estos son, en la mayoría de los casos, los más improductivos, más bárbaros y más penosos de cuantos realiza la mujer. Este trabajo es extraordinariamente mezquino, no contiene nada que contribuya de algún modo al progreso de la mujer.

En aras del ideal socialista, nosotros queremos luchar por la plena realización del socialismo, y en este sentido se abre ante la mujer un vasto campo de actividad. Ahora nos preparamos seriamente para desbrozar el

terreno con miras a la edificación socialista, pero la propia edificación de la sociedad socialista no comenzará sino cuando nosotros, una vez conseguida la plena igualdad de la mujer, emprendamos la nueva tarca junto con la mujer liberada de este trabajo menudo, embrutecedor e improductivo. A este respecto tenemos labor para muchos, muchos años.

Esta labor no puede dar rápidos resultados, ni tiene nada de efectismo brillante.

Estamos creando instituciones, comedores y casas-cuna modelo, que liberen a la mujer del trabajo doméstico. Y es precisamente a la mujer a la que más incumbe la labor de organización de todas estas instituciones. Hay que reconocer que hoy existen en Rusia muy pocas instituciones de este tipo, que ayuden a la mujer a salir del estado de esclava del hogar. El número de estas instituciones es insignificante, y las condiciones por las que hoy atraviesa la República Soviética —las condiciones militares y las del abastecimiento, de las que os han hablado aquí con detalle los camaradas— nos estorban en esta labor.

Pero hay que decir que estas instituciones, que liberan a la mujer de su estado de esclava doméstica, surgen en todas partes donde para ello existe la menor posibilidad.

Decimos que la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos, y de igual modo la emancipación de las obreras debe ser obra de las obreras mismas. Son ellas las que deben preocuparse de desarrollar esas instituciones, y esta actividad de la mujer conducirá a un cambio completo de la situación en que vivía bajo la sociedad capitalista.

En la vieja sociedad capitalista, para ocuparse de política hacía falta una preparación especial, razón por la cual era insignificante la participación de la mujer en la vida política, incluso en los países capitalistas más avanzados y más libres. Nuestra tarea consiste en hacer que la política sea asequible para cada trabajadora. Desde el momento en que está abolida la propiedad privada de la tierra y de las fábricas y ha sido derrocado el poder de los terratenientes y los capitalistas, las tareas de la política para la masa trabajadora y para las mujeres trabajadoras pasan

a ser sencillas, claras y plenamente asequibles para todos. En la sociedad capitalista, la mujer está colocada en una situación tal de falta de derechos, que su participación en la vida política es mínima en comparación con el hombre. Para que cambie esta situación, es preciso que exista el Poder de los trabajadores, y entonces las tareas principales de la política se reducirán a todo lo que directamente atañe a la suerte de los propios trabajadores.

En este sentido es necesaria también la participación de las obreras, no solo de las militantes del Partido, de las que son conscientes, sino de las sin partido y de las más inconscientes. En este sentido, el Poder soviético brinda a las obreras un vasto campo de actividad.

Hemos atravesado una situación muy difícil en la lucha contra las fuerzas hostiles a la Rusia Soviética, que sostienen la campaña contra ella. Nos ha sido difícil luchar en el terreno militar contra las fuerzas que están haciendo la guerra al Poder de los trabajadores, y en la esfera del abastecimiento contra

los especuladores, porque no es lo bastante grande el número de personas, el número de trabajadores que acuden plenamente en nuestra ayuda con su propio trabajo. En este sentido, el Poder soviético nada puede apreciar tanto como el concurso de las amplias masas de obreras sin partido. Ellas deben saber que en la vieja sociedad burguesa se requería, tal vez, para la actividad política una preparación compleja, inasequible para la mujer. Pero la República Soviética se propone como tarea principal de su actividad política la lucha contra los terratenientes y los capitalistas, la lucha por la supresión de la explotación, y de ahí que en la República Soviética se abra para las obreras el campo de la actividad política, que consistirá en que la mujer ayude al hombre con su capacidad organizadora.

No necesitamos solamente la labor de organización de millones de personas. Necesitamos además la labor de organización en la más modesta escala, que permita también trabajar a las mujeres. La mujer puede trabajar asimismo en tiempo de guerra,

cuando se trate de ayudar al ejército y de realizar propaganda dentro de él. En todo esto debe tomar parte activa la mujer para que el Ejército Rojo vea que hay preocupación y desvelo por él. La mujer puede ser útil igualmente en todo cuanto se relaciona con el abastecimiento: distribución de los productos y mejora de la alimentación pública, desarrollo de los comedores que tan ampliamente han sido organizados ahora en Petrogrado.

Estas son las esferas en las que la actividad de las obreras adquiere verdadera importancia desde el punto de vista de la organización. La participación de la mujer es necesaria también en la creación de grandes haciendas experimentales y en el control de las mismas, para que esto no sea obra de unos pocos. Esta empresa es irrealizable si no participa en ella un gran número de trabajadoras. Las obreras pueden perfectamente intervenir en esta labor, además, controlando la distribución de los productos y procurando que sea más fácil adquirirlos. Esta tarca es plenamente proporcionada a las fuerzas

de las obreras sin partido, y su realización contribuirá poderosamente al afianzamiento de la sociedad socialista.

Una vez abolida la propiedad privada de la tierra y suprimida casi por entero la propiedad privada de las fábricas, el Poder soviético tiende a que en esta edificación económica participen todos los trabajadores, no solo los militantes del Partido, sino también los sin partido, y no solo los hombres, sino también las mujeres. Esta obra iniciada por el Poder soviético puede progresar únicamente cuando en ella tomen parte, en toda Rusia, no cientos, sino millones y millones de mujeres. Entonces, estamos seguros de ello, se afianzará la obra de la construcción socialista. Entonces los trabajadores demostrarán que pueden vivir y pueden administrar sin terratenientes ni capitalistas. Entonces será tan firme en Rusia la edificación socialista, que no causará temor a la República Soviética ningún enemigo, exterior ni interior.

T. 30, pp. 22-28.

Pravda, núm. 213. del 25 de septiembre de 1919.

El Poder soviético y la situación de la mujer

El segundo aniversario del Poder soviético nos invita a echar una ojeada de conjunto a lo que hemos hecho en este período y a reflexionar sobre la importancia y los fines de la revolución realizada.

La burguesía y sus partidarios nos acusan de violar la democracia. Nosotros afirmamos que la revolución soviética ha ampliado y profundizado la democracia en escala sin precedente en el mundo, y precisamente la democracia para los trabajadores y para las masas oprimidas por el capitalismo, es decir, la democracia para la enorme mayoría del pueblo, o sea la democracia socialista (para los trabajadores), a diferencia de la democracia burguesa (para los explotadores, para los capitalistas, para los ricos).

¿Quién lleva razón?

Meditar detenidamente esta cuestión, comprenderla con más profundidad, significa tener en cuenta la experiencia de estos dos años y prepararse mejor para su desarrollo futuro.

La situación de la mujer demuestra con particular relieve la diferencia entre la democracia burguesa y la democracia socialista y responde con particular claridad a la pregunta planteada.

En la República burguesa (es decir, donde existe la propiedad privada sobre la tierra, las fábricas, las acciones, etcétera), aunque se trate de la República más democrática, la mujer no ha sido plenamente equiparada en derechos *en ninguna parte del mundo, en ningún país, ni aun en el más adelantado*. Y eso a pesar de que desde el momento de la Gran Revolución Francesa (democrático-burguesa) ha transcurrido más de un siglo y cuarto⁴⁶.

De palabra, la democracia burguesa promete igualdad y libertad. De hecho, las repúblicas burguesas, por avanzadas que fueren, *no han dado* a la mujer, que constituye la mitad el género humano, plena igualdad con el hombre ante la ley ni la han liberado de la tutela y de la opresión del hombre.

⁴⁶ La gran revolución democrático-burguesa francesa tuvo lugar en 1789-1794. —75.

La democracia burguesa es la democracia de las frases pomposas, de la palabrería solemne, de las promesas rimbombantes, de las consignas grandilocuentes de *libertad e igualdad*, pero, en la práctica, todo eso oculta la falta de libertad y la desigualdad de la mujer, la falta de libertad y la desigualdad de los trabajadores y de los explotados.

La democracia soviética o socialista rechaza las palabras pomposas, pero falsas, declara una guerra sin cuartel a la hipocresía de los “demócratas”, de los terratenientes, de los capitalistas o de los campesinos hartos, que se lucran vendiendo a los obreros hambrientos los excedentes de trigo a precios de especulación.

¡Abajo esta vil mentira! No puede haber, ni hay, ni habrá “igualdad” de los oprimidos, y opresores, de los explotados y explotadores. No puede haber, no hay, ni habrá “libertad” verdadera mientras los privilegios que la ley concede a los hombres impidan la libertad de la mujer, mientras el obrero no se emancipe del yugo del capital, mientras el campesino trabajador no se libere del yugo

del capitalista, del terrateniente o del comerciante.

Que los embusteros e hipócritas, los obtusos y ciegos, los burgueses y sus partidarios engañen al pueblo, hablándole de la libertad en general, de la igualdad en general, de la democracia en general.

Nosotros decimos a los obreros y campesinos: arrancad la careta a esos embusteros, abrid los ojos a esos ciegos. Preguntad:

—¿La igualdad de qué sexo con qué sexo?

—¿La de qué nación con qué nación?

—¿*La de qué clase con qué clase?*

—¿La liberación de qué yugo o del yugo de qué clase? ¿La libertad para qué clase?

Quien hable de política, de democracia, de libertad, de igualdad, de socialismo, sin *plantear* estas cuestiones, sin promoverlas a primer plano, sin combatir la ocultación, el escamoteo, el encubrimiento de estas cuestiones, es el peor enemigo de los trabajadores, un lobo con piel de oveja, el adversario más encarnizado de los obreros y campesinos, un

servidor de los terratenientes, de los reyes, de los capitalistas.

En dos años, y en uno de los países más atrasados de Europa, el Poder soviético ha hecho en pro de la emancipación de la mujer, de su igualdad con el sexo “fuerte”, lo que no han hecho en ciento treinta años todas las repúblicas avanzadas, ilustradas y “democráticas” del mundo tomadas en su conjunto.

Instrucción, cultura, civilización, libertad: en todas las repúblicas capitalistas y burguesas del mundo, todas estas palabras pomposas van unidas a leyes inauditamente infames, repugnantes y sucias, brutales y groseras, que refrendan la desigualdad de la mujer: leyes como la del derecho matrimonial y el divorcio, la de la desigualdad del hijo natural y el “legítimo”, la de los privilegios para el hombre y la humillación y el ultraje para la mujer.

El yugo del capital, la opresión que ejerce la “sacrosanta propiedad privada”, el despotismo de la estupidez pequeñoburguesa y de la codicia de los pequeños propietarios: he ahí lo que ha impedido que las repúblicas

burguesas más democráticas atenten contra estas leyes sucias y viles.

La República Soviética, la República de los obreros y campesinos, barrió de una vez dichas leyes y no dejó piedra sobre piedra de los edificios de la mentira burguesa y de la hipocresía burguesa.

¡Abajo esta mentira! Abajo los falsarios que hablan de libertad e igualdad *para todos*, mientras existe un sexo oprimido, mientras existen clases opresoras, mientras existe la propiedad privada sobre el capital y sobre las acciones, mientras existen hartos que con sus excedentes de trigo esclavizan a los hambrientos. No libertad para todos, no igualdad para todos, sino *lucha* contra los opresores y explotadores, *eliminación de la posibilidad* de oprimir y de explotar. ¡Esa es nuestra consigna!

¡Libertad e igualdad para el sexo oprimido!

¡Libertad e igualdad para el obrero, para el campesino trabajador!

¡Lucha contra los opresores, lucha contra los capitalistas, lucha contra el kulak especulador!

He ahí nuestra divisa de combate; he ahí

nuestra verdad proletaria, la verdad de la lucha contra el capital, la verdad que arrojamos a la faz del mundo capitalista con sus frases empalagosas, hipócritas y altisonantes sobre la libertad y la igualdad *en general*, sobre la libertad y la igualdad *para todos*.

Y precisamente porque hemos arrancado la máscara a esta hipocresía, porque practicamos con energía revolucionaria la libertad y la igualdad para los oprimidos y para los trabajadores, contra los opresores, contra los capitalistas, contra los kulaks, precisamente por eso el Poder soviético goza de tan alta estima entre los obreros del mundo entero.

Precisamente por eso, en el día del segundo aniversario del Poder soviético, las simpatías de las masas obreras, las simpatías de los oprimidos y explotados de todos los países del mundo están de nuestra parte.

Precisamente por eso, en el día del segundo aniversario del Poder soviético, pese al hambre y al frío, pese a todas las calamidades que nos acarrea la invasión de la República Soviética de Rusia por los imperialistas, estamos pictóricos de fe incommovible en la

justicia de nuestra causa, de fe inconmovible en el inevitable triunfo del Poder soviético en el mundo entero.

T. 30, págs. 99-102.

Pravda, núm. 249, del 6 de noviembre de 1919.

Al Buró del Congreso femenino de la provincia de Petrogrado

Camaradas:

No siéndome posible asistir a vuestro Congreso, quisiera transmitir por escrito mi saludo y deseáros los mayores éxitos.

Estamos poniendo término felizmente a la guerra civil. La República Soviética se fortalece con sus victorias sobre los explotadores. La República Soviética puede y debe concentrar desde ahora sus fuerzas en una tarea más importante, más sentida y más entrañable para todos nosotros, para todos los trabajadores: en la guerra incruenta, en la guerra por la victoria sobre el frío, el hambre y la ruina económica. Y en esta guerra incruenta, las obreras y las campesinas están llamadas a desempeñar un papel de singular importancia.

Que el Congreso femenino de la provincia de Petrogrado ayude a fundar, unir y organizar el ejército femenino de los trabajadores en esa guerra incruenta, que debe reportar

y reportará al Poder soviético victorias aún más grandes.

Saludos comunistas

V. Uliánov (Lenin)

10-1-1920.

T. 30, p. 275.

*Petrográdsкая Pravda, núm. 11
del 16 de enero de 1920.*

A las obreras

Camaradas:

Las elecciones al Soviet de Moscú muestran el fortalecimiento del Partido Comunista entre la clase obrera.

Es preciso que las obreras tomen una parte más activa en las elecciones: el Poder soviético es el primero y el único en el mundo que ha revocado totalmente las viejas e infames leyes burguesas, que colocaban a la mujer en una situación de desigualdad con respecto al hombre y concedían a este privilegios, por ejemplo, en el terreno del derecho matrimonial o en cuanto a los hijos. El Poder soviético es el primero y el único en el mundo que, como Poder de los trabajadores, ha suprimido todas aquellas prerrogativas que, vinculadas con la propiedad, subsisten en el derecho familiar a favor del hombre en todas las repúblicas burguesas, hasta en las más democráticas.

Donde hay terratenientes, capitalistas y comerciantes, no puede haber igualdad entre el hombre y la mujer ni siquiera ante la ley.

Donde no hay terratenientes, ni capitalistas, ni comerciantes, donde el Poder de los trabajadores edifica la nueva vida sin estos explotadores, existe igualdad entre el hombre y la mujer ante la ley.

Pero esto no basta.

La igualdad ante la ley no es la igualdad en la vida.

Necesitamos que las trabajadoras consigan la igualdad con los trabajadores no solo ante la ley, sino en la vida. Para esto es preciso que las trabajadoras intervengan cada vez más en la administración de las empresas públicas y en la administración del Estado.

Administrando, las mujeres aprenderán con rapidez y se pondrán a la misma altura que los hombres.

Elegid más obreras al Soviet, lo mismo comunistas que sin partido. Con tal de que sean obreras honradas, capaces de realizar una labor inteligente y concienzuda, aunque sean obreras sin partido, ¡elegidlas al Soviet de Moscú!

¡Más obreras en el Soviet de Moscú! ¡Que el proletariado de Moscú demuestre que está dispuesto a hacer y hace todo lo necesario para la lucha hasta la victoria, para la lucha contra la vieja desigualdad, contra la vieja humillación burguesa de la mujer!

El proletariado no puede lograr la victoria completa sin conquistar la plena libertad para la mujer.

N. Lenin

21 de febrero de 1920.

T. 30. pp. 346-347.

Pravda, núm. 40, del 22 de febrero de 1920.

Con motivo del Día Internacional de la Obrera⁴⁷

El capitalismo combina la igualdad formal con la desigualdad económica y, por tanto, social. En esto reside una de las particularidades fundamentales del capitalismo, particularidad que es velada falazmente por los partidarios de la burguesía, por los liberales, e incomprensida por los demócratas pequeñoburgueses. De esta particularidad del capitalismo se desprende, entre otras cosas, la necesidad de que en la lucha resuelta por la igualdad económica se reconozca abierta-

⁴⁷ Día Internacional de la Obrera o Día Internacional de la Mujer (8 de Marzo): jomada de solidaridad internacional de las trabajadoras de todos los países en la lucha por la paz, la democracia y el socialismo, fiesta de las trabajadoras.

Fue instituida por la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, celebrada en Copenhague en 1910, a propuesta de Clara Zetkin, con el fin de movilizar a las amplias masas femeninas para la lucha contra la dominación burguesa. El Día Internacional de la Mujer fue celebrado por primera vez en 1911 en Alemania, Austria, Dinamarca y Suiza; en Rusia comenzó a celebrarse en 1913. —82.

mente la desigualdad capitalista e incluso, bajo determinadas condiciones, se coloque este reconocimiento abierto de la desigualdad como base de la organización estatal proletaria (Constitución soviética).

Pero el capitalismo *no puede* ser consecuente ni siquiera en lo que atañe a la igualdad formal (igualdad ante la ley, “igualdad” del harto y el hambriento, del poseedor y el desposeído). Y una de las manifestaciones más flagrantes de esta inconsecuencia es la *desigualdad de derechos* de la mujer respecto al hombre. Ningún Estado burgués, ni siquiera el Estado republicano más progresivo y democrático, ha dado la plena igualdad de derechos.

En cambio, la República Soviética de Rusia acabó inmediatamente con todos los restos, *todos sin excepción*, de la desigualdad jurídica de la mujer y le aseguró al punto la plena igualdad ante la ley.

Se dice que la situación jurídica de la mujer es lo que mejor caracteriza el nivel cultural. En este aserto se contiene un grano de profunda verdad. Y desde este punto de vista, solo

la dictadura del proletariado, solo el Estado socialista ha podido lograr y ha logrado el más alto nivel cultural.

El nuevo e inusitado impulso dado al movimiento obrero femenino está, pues, inevitablemente vinculado a la fundación (y afianzamiento) de la primera República Soviética y, a la vez, y en relación con esto, a la Internacional Comunista⁴⁸.

⁴⁸ Internacional Comunista (Comintern, III Internacional): organización proletaria revolucionaria internacional, que existió desde 1919 hasta 1943 y representaba la unión de los partidos comunistas de los distintos países.

El objetivo de la Internacional Comunista era conquistar a las masas fundamentales de trabajadores para el comunismo y luchar por la dictadura del proletariado, por la liquidación del régimen capitalista y su sustitución por el régimen socialista, luchar por suprimir la explotación del hombre por el hombre.

La Internacional Comunista restableció y fortaleció los vínculos de los trabajadores de todos los países, rotos a consecuencia de la traición de los líderes de la II Internacional durante la primera guerra mundial, defendió la doctrina del marxismo-leninismo contra su desvirtuación por los oportunistas, elaboró diversos problemas teóricos del movimiento obrero y de la lucha por el socialismo en el período comprendido entre las dos guerras mundiales,

Tratándose de aquellos que estaban oprimidos por el capitalismo directa o indirectamente, totalmente o en parte, el régimen soviético y solo él es el que garantiza la democracia. Lo atestigua claramente la situación de la clase obrera y de los campesinos pobres; lo prueba claramente la situación de la mujer.

Pero el régimen soviético es la lucha final y decidida por la *supresión de las clases*, por la igualdad económica y social. *A nosotros no nos basta* la democracia, ni siquiera la democracia para los oprimidos por el capitalismo, incluido el sexo oprimido.

La tarca principal del movimiento obrero femenino consiste en la lucha por la igualdad económica y social de la mujer, y no solo por la igualdad formal. La tarea principal es incorporar a la mujer al trabajo social produc-

realizó una gran labor para difundir entre las masas las ideas del socialismo científico y contribuyó a reforzar los partidos comunistas de los distintos países.

Fue disuelta en mayo de 1943 por acuerdo de su Comité Ejecutivo, ya que en las nuevas condiciones esta forma orgánica de dirección del movimiento obrero había quedado anticuada. —83.

tivo, arrancarla de la “esclavitud del hogar”, liberarla de la subordinación –embrutecedora y humillante– al eterno y excepcional ambiente de la cocina y del cuarto de los niños.

Esta es una lucha prolongada, que requiere una radical transformación de la técnica social y de las costumbres. Pero esta lucha terminará con la plena victoria del comunismo.

4 de marzo de 1920

T. 30, pp. 382-383.

Pravda, 8 de marzo de 1920

(número extraordinario).

Saludo a la Asamblea de secciones femeninas provinciales de toda Rusia

Camaradas:

Lamento profundamente no haber podido asistir a vuestro Congreso. Os ruego transmitáis a las delegadas y a cuantos participan en la asamblea mis sinceros saludos y el deseo de que obtengáis los mejores éxitos.

La participación de la mujer en la labor del Partido y de los Soviets adquiere gigantesca importancia precisamente ahora, cuando la guerra ha tocado a su fin y pasa a primer plano –confío que para mucho tiempo– el pacífico trabajo de organización. En esta labor, las mujeres deben desempeñar un papel primordial y, naturalmente, lo desempeñarán.

El Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo

V. Uliánov (Lenin)

6 de diciembre de 1920

T. 81, p. 430.

Pravda, núm. 286,

del 19 de diciembre de 1920.

El Día Internacional de la Obrera

Lo principal y fundamental del bolchevismo y de la Revolución de Octubre en Rusia consiste en la incorporación a la política de los que sufrían mayor opresión bajo el capitalismo. Los capitalistas los oprimían, los engañaban y los saqueaban con monarquía y con repúblicas democráticas burguesas. Esta opresión, este engaño, este saqueo del trabajo del pueblo por los capitalistas eran inevitables mientras existía la propiedad privada sobre la tierra y las fábricas.

La esencia del bolchevismo, la esencia del Poder soviético radica en concentrar la plenitud del Poder estatal en manos de las masas trabajadoras y explotadas, desenmascarando la mentira y la hipocresía de la democracia burguesa y aboliendo la propiedad privada sobre la tierra y las fábricas. Estas masas toman a su cargo la política, es decir, la tarea de edificar una nueva sociedad. La obra es difícil; las masas están atrasadas y agobiadas en virtud de haber vivido bajo el capitalismo,

pero no hay ni puede haber otra salida de la esclavitud asalariada, de la esclavitud capitalista.

Y no es posible incorporar las masas a la política sin incorporar a las mujeres. Porque, bajo el capitalismo, la mitad femenina del género humano está doblemente oprimida. La obrera y la campesina son oprimidas por el capital y, además, incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, no tienen plenitud de derechos, ya que la ley les niega la igualdad con el hombre. Esto, en primer lugar; y, en segundo lugar —lo que es más importante—, permanecen en la “esclavitud casera”, son “esclavas del hogar”, viven agobiadas por la labor más mezquina, más ingrata, más dura y más embrutecedora: la de la cocina y, en general, la de la economía doméstica familiar individual.

La revolución bolchevique, soviética, corta las raíces de la opresión y de la desigualdad de la mujer tan profundamente como no osó cortarlas jamás un solo partido ni una sola revolución en el mundo. En nuestro país, en la Rusia Soviética, no han quedado ni rastros

de la desigualdad de la mujer y el hombre ante la ley. Una desigualdad sobremanera repulsiva, vil e hipócrita, la desigualdad en cuanto al derecho matrimonial y familiar, la desigualdad en lo referente al niño, ha sido eliminada totalmente por el Poder soviético.

Esto constituye tan solo el primer paso hacia la emancipación de la mujer. Pero ninguna República burguesa, aun a más democrática, se atrevió jamás a dar ni siquiera este primer paso. No se atrevió por temor ante la “sacro-santa propiedad privada”.

El segundo paso, el principal, ha sido la abolición de la propiedad privada sobre la tierra y las fábricas. Así, y únicamente así, se abre el camino para la emancipación completa y efectiva de la mujer, para su liberación de la “esclavitud casera”, mediante el paso de la pequeña economía doméstica individual a la grande y socializada.

El tránsito es difícil, pues se trata de transformar las “normas” más arraigadas, rutinarias, rudas y osificadas (a decir verdad, son bochorno y salvajismo, y no “normas”). Pero el tránsito ha comenzado, se ha puesto inicio

a la obra, hemos entrado en el nuevo camino.

Y en el Día Internacional de la Obrera, en innumerables reuniones de trabajadoras de todos los países del mundo resonarán saludos a la Rusia Soviética, que ha emprendido una obra difícil y pesada hasta lo inaudito, pero grande, de trascendencia universal, verdaderamente liberadora. Resonarán llamamientos optimistas, exhortando a no desfallecer ante la reacción burguesa, brutal y a menudo feroz. Cuanto más “libre” o “democrático” es un país burgués, tanto más brutalidades y ferocidades comete la banda capitalista contra la revolución de los obreros; la República democrática de los Estados Unidos de Norteamérica es, a este respecto, un ejemplo ilustrativo. Pero el obrero ha despertado ya en masa. La guerra imperialista ha despertado definitivamente a las masas durmientes, soñolientas y rutinarias tanto en América como en Europa y en la atrasada Asia.

Se ha roto el hielo en todos los confines del mundo.

La liberación de los pueblos del yugo del imperialismo, la liberación de los obreros y

de las obreras del yugo del capital avanza inconteniblemente. La han impulsado decenas y cientos de millones de obreros y obreras, de campesinos y campesinas. Y por eso la causa de la emancipación del trabajo del yugo del capital triunfará en el mundo entero.

4.III.1921.

T. 32, pp. 138-140.

*Publicado el 8 de mayo de 1921
en el suplemento al núm. 51 de Pravda.*

Saludo a la Conferencia de representantes de las secciones femeninas de los pueblos de Oriente en las regiones y repúblicas soviéticas⁴⁹

Con profundo pesar debo manifestaros que ocupaciones inaplazables no me permiten estar presente en vuestra Conferencia. Os saludo calurosamente y os envío mis mejores votos de éxitos en el trabajo, sobre todo en la labor de preparación del primer Congreso de toda Rusia de mujeres sin partido de los pueblos de Oriente, próximo a celebrarse y que, bien preparado y realizado, desempeñará sin duda un papel inmenso *en el despertar de la*

⁴⁹ Primera Conferencia de representantes de las secciones femeninas de los pueblos de Oriente en las regiones y repúblicas soviéticas: Se celebró en Moscú del 5 al 7 de abril de 1921 con asistencia de 45 delegadas comunistas de Turkestán, Azerbaiyán, Bashkiria, Crimea, Cáucaso, Tartaria, Siberia y otras provincias pobladas por montañeses y nacionalidades turcas.

Las delegadas dirigieron una carta a Lenin, invitándole a participar en la Conferencia. En respuesta, Lenin envió un telefonema, que publicamos en esta recopilación. —88.

conciencia y en la obra de lograr la unidad orgánica de las mujeres de Oriente.

Lenin

T. 32, p. 277.

Pravda, núm. 77, del 10 de abril de 1921.

Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre

¿Cuáles eran las principales manifestaciones, supervivencias, vestigios del régimen de servidumbre en Rusia hacia 1917? La monarquía, los estamentos, las formas de propiedad y de usufructo de la tierra, la situación de la mujer, la religión y la opresión de las nacionalidades. Tomad cualquiera de estos “establos de Augias”⁵⁰ —que, dicho sea de paso, todos los Estados avanzados han dejado en gran parte sin limpiar al hacer *sus* revoluciones democrático-burguesas hace 125, 250 o más años (en 1649 en Inglaterra)—, tomad cualquiera de estos establos de Augias y veréis que los hemos limpiado a fondo. En unas *diez semanas*, desde el 25 de

⁵⁰ Establos de Augias: en la mitología griega, enormes establos del rey Augias, que durante muchos años estuvieron sin limpiar.

La limpieza de estos establos se considera como una de las hazañas de Hércules. En sentido figurado, la expresión “establos de Augias” sirva para denominar el extremo abandono, desorden y suciedad. —89.

octubre (7 de noviembre) de 1917 hasta que fue disuelta la Constituyente (5 de enero de 1917), hicimos en este terreno mil veces más de lo que hicieron *durante los ocho meses* que detentaron el Poder los demócratas y liberales burgueses (demócratas constitucionalistas) y los demócratas pequeñoburgueses (mencheviques y escristas).

¡Estos cobardes, charlatanes, Narcisos enamorados de sí mismos y esos pequeños Hamlet blandían una espada de cartón y ni siquiera destruyeron la monarquía! Nosotros hemos arrojado fuera toda la basura monárquica, como nadie, como nunca. No hemos dejado piedra sobre piedra, ladrillo sobre ladrillo en el edificio secular del régimen de estamentos (¡los países más adelantados, como Inglaterra, Francia y Alemania, no se han desembarazado todavía de los vestigios de dicho régimen!). Hemos extirpado definitivamente las raíces más hondas de los estamentos, a saber: los restos del feudalismo y de la servidumbre en la propiedad de la tierra. “Puede discutirse” (en el extranjero hay bastantes literatos, demócratas constitucionalistas, mencheviques

y escritas para dedicarse a tales discusiones) acerca de lo que resultará “al fin y al cabo” de las transformaciones agrarias de la Gran Revolución de Octubre. No queremos perder ahora el tiempo en estas discusiones, porque nosotros resolvemos luchando esta disputa y toda la serie de disputas que de ella se derivan. Pero lo que no puede discutirse es el hecho de que los demócratas pequeñoburgueses estuvieron ocho meses “entendiéndose” con los terratenientes, que guardaban las tradiciones de la servidumbre, mientras que nosotros en unas cuantas semanas hemos barrido definitivamente de la tierra rusa a esos terratenientes y todas sus tradiciones.

Tomad la religión, o la inferioridad jurídica de la mujer, o la opresión y la desigualdad de derechos de las nacionalidades no rusas. Todos ellos son problemas de la revolución democrático-burguesa. Los entes vulgares de la democracia pequeñoburguesa se pasaron ocho meses hablando de ello; *ni uno* de los países más adelantados del mundo ha resuelto *hasta el fin* estos problemas en sentido *democrático-burgués*. En nuestro país,

la legislación de la Revolución de Octubre los ha resuelto hasta el fin. Nosotros hemos luchado y luchamos de verdad contra la religión. Hemos dado a *todas* las nacionalidades no rusas *sus propias* repúblicas o regiones autónomas. En Rusia no existe nada tan vil, infame y canallesco como la falta de derechos o la desigualdad jurídica de la mujer, supervivencia indignante de la servidumbre y de la Edad Media, que la burguesía egoísta y la pequeña burguesía obtusa y asustada retocan en todos los países del globo sin excepción alguna.

Todo esto es contenido de la revolución democrático-burguesa. Hace 150 y 250 años, los dirigentes más avanzados de esta revolución (de estas revoluciones, si se trata de cada aspecto nacional de un solo tipo común) habían prometido a los pueblos libertar a la humanidad de los privilegios medievales, de la inferioridad de la mujer, de las ventajas acordadas por el Estado a favor de una u otra religión (o a la “*idea* de religión”, a la “religiosidad” en general), de la desigualdad de derechos de las nacionalidades. Lo

habían prometido y no lo cumplieron. No podían cumplirlo, porque lo impedía el “respeto”... a la “sacrosanta propiedad privada”. En nuestra revolución proletaria no ha habido este maldito “respeto” a ese tres veces maldito medioevo y a esa “sacrosanta propiedad privada”.

14.X.1921

T. 33, pp. 30-31.

*Pravda, núm. 234,
del 18 de octubre de 1921.*

Sobre el significado del materialismo militante

En conclusión, traeré un ejemplo que no se refiere al terreno de la filosofía, pero que, en todo caso, se refiere al de las cuestiones sociales, a las que la revista *Bajo la Bandera del Marxismo*⁵¹ también quiere dedicar su atención.

Este es uno de los ejemplos de cómo la pseudociencia de nuestros días, en realidad, sirve de vía para los conceptos reaccionarios más groseros e ignominiosos.

Hace poco me enviaron el núm. 1 de la revista *Ekonomist*⁵² (1922), editada por la XI Sección de la “Sociedad Técnica Rusa”. El joven comunista que me la envió (seguramente no había tenido tiempo de conocer el contenido de la revista) tuvo el descuido de

⁵¹ “Bajo la Bandera del Marxismo”: revista mensual filosófica y económico-social; se publicó en Moscú desde enero de 1922 hasta junio de 1944.-91.

⁵² “Ekonomist”: Revista de la sección económico-industrial de la Sociedad Técnica Rusa; apareció en Retrogrado de 1921 a 1922. —91.

recomendármela con mucha simpatía. En realidad, esta revista es, no sé en qué medida conscientemente, un órgano de prensa de los esclavistas modernos que, naturalmente, se encubren con el manto de la sabiduría, de la democracia, etc.

Un tal P. A. Sorokin publica en dicha revista unos estudios pseudo-“sociológicos” titulados *Acerca de la influencia de la guerra*. El artículo científico está lleno de citas científicas de los trabajos “sociológicos” del autor y de sus numerosos maestros y cofrades del extranjero. He aquí una muestra de su sabiduría.

En la página 83 leemos:

“En la actualidad, de cada 10.000 matrimonios en Petrogrado se cuentan 92.2 divorcios: una cantidad fantástica; además, de cada 100 casos de divorcio, el 51,1% de los matrimonios duraron menos de un año; el 11%, menos de un mes; el 22%, menos de dos meses; el 41%, menos de 3-6 meses, y solo el 26% duraron más de 6 meses. Estas cifras testimonian que el matrimonio

legal moderno es una forma que, en realidad, encubre las relaciones sexuales extramatrimoniales y que ofrece la posibilidad a los amantes “de la manzana” de satisfacer de un modo “legal” sus apetitos” (*Ekonomist*, núm. 1, p. 83).

No cabe duda que tanto dicho señor, como la sociedad técnica rusa que edita la revista mencionada, publicando en ella semejantes raciocinios, se consideran a sí mismos partidarios de la democracia y tomarán por grandísima ofensa el que se les llame por el nombre que en la realidad se merecen, es decir, esclavistas, reaccionarios, “lacayos diplomados del clericalismo”.

El más mínimo conocimiento de la legislación de los países burgueses referente al matrimonio, divorcio e hijos naturales, así como de la situación real a este respecto, mostrará a cualquiera que se interese por esta cuestión que la democracia burguesa moderna, incluso en todas las repúblicas burguesas más democráticas, se revela, precisamente en este sentido, como esclavista con respecto a la mujer y a los hijos naturales.

Esto, claro está, no impide a los mencheviques, a los eseristas y a una parte de los anarquistas, y a todos los correspondientes partidos en el Occidente, continuar gritando acerca de la democracia y de la violación de la misma por parte de los bolcheviques. En realidad, la única revolución consecuentemente democrática con respecto a cuestiones como las del matrimonio, el divorcio y la situación de los hijos naturales, es, precisamente, la revolución bolchevique. Y esta es una cuestión que atañe de un modo directo a los intereses de más de la mitad de la población de cualquier país. Solo la revolución bolchevique, por primera vez, a pesar de la enorme cantidad de revoluciones burguesas que le precedieron y que se llamaban democráticas, ha llevado a cabo una lucha decidida en dicho sentido, tanto contra la reacción y la esclavitud, como contra la hipocresía habitual de las clases pudientes y gobernantes.

Si los 92 divorcios, en proporción a 10.000 matrimonios, le parecen una cifra fantástica al señor Sorokin, nos queda por suponer que el autor o bien ha vivido y se ha educado en

algún monasterio tan alejado de la vida que es dudoso que alguien crea en la existencia de tal monasterio, o bien dicho autor tergiversa la verdad para complacer a la reacción y a la burguesía. Cualquiera que conozca, por poco que sea, las condiciones sociales de los países burgueses, sabrá que el número real de los divorcios reales (naturalmente, no sancionados por la Iglesia y por la ley) es, en todas partes, inconmensurablemente más grande. En este sentido, Rusia solo se distingue de otros países en que sus leyes no santifican la hipocresía y la falta de derechos de la mujer y de su hijo, sino que declara, abiertamente y en nombre del Poder del Estado, una guerra sistemática contra toda hipocresía y toda falta de derechos.

La revista marxista tendrá que hacer la guerra también a semejantes esclavistas “cultos” de nuestros tiempos. Seguramente, una parte no pequeña de ellos incluso recibe entre nosotros honorarios del Estado y está al servicio del Estado para ilustrar a la juventud, a pesar de que sirve para tales fines en un grado no mayor del que servirían

corruptores manifiestos para desempeñar el cargo de pasante en instituciones de enseñanza para menores.

La clase obrera de Rusia supo conquistar el Poder, pero no ha aprendido todavía a utilizarlo, puesto que, en caso contrario, hace ya mucho que habría enviado, lo más cortésmente posible, a semejantes pedagogos y miembros de sociedades científicas a los países de la “democracia” burguesa. Ese es el lugar más adecuado para semejantes esclavistas.

Pero ya aprenderá, con tal de que tenga ganas de aprender.

12. III. 1922.

T.38,pp. 208-210

*Bajo la Bandera del Marxismo, núm. 3,
marzo de 1922*

A la Conferencia de obreras y campesinas sin partido de Moscú y su provincia⁵³

Queridas camaradas:

Os agradezco cordialmente vuestros buenos votos y saludos. Mucho lamento no poder asistir personalmente a vuestras reuniones.

Os felicito con motivo del quinto aniversario de la Revolución y deseo toda clase de éxitos al Congreso.

Vuestro Lenin

6-XI-1922.

7. 33, p. 373.

*Rabóchaya Moskvá, núm. 227,
9 de noviembre de 1922.*

⁵³ Conferencia de obreras y campesinas sin partido de Moscú y su provincia: se celebró el 6 de noviembre de 1922. Asistieron a ella más de 2.000 delegadas. La carta de saludo de Lenin fue transmitida a las delegadas elegidas por la Conferencia que le visitaron para rogarle que pronunciase un discurso. —94.

Índice de nombres

Adler, Víctor (1852-1919): uno de los fundadores de la socialdemocracia austríaca; más tarde, uno de los líderes reformistas de la II Internacional. —21, 22

Armand, Inssa (Elizaveta Fiódorovna) (1875-1920): destacada dirigente del movimiento femenino y comunista internacional, miembro del Partido Comunista desde 1904. —35, 37, 110

Astraján, I. D. (1862-1918): médico, autor de varios trabajos acerca de los seguros sociales, la lucha contra el traumatismo, etc. —27, 28

Bebel, Augusto (1840-1913): destacado dirigente del movimiento obrero alemán e internacional, uno de los fundadores y jefes de la socialdemocracia alemana; tornero de profesión. —101

Breshko-Breshkóvskaya, Ekaterina Konstantínovna (1844-1934): uno de

los organizadores y dirigentes del partido eserista; pertenecía a su ala ultraderechista. Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre luchó contra el Poder soviético. —9, 56, 59

Chernov, Víctor Mijáilovich (1876-1952): líder del partido eserista. En el Gobierno Provisional burgués fue ministro de Agricultura. Después de la Revolución Socialista de Octubre, uno de los organizadores de las acciones contrarrevolucionarias contra el Poder soviético. Emigrado blanco desde 1920. —59

D'Annunzio, Gabriel (1863-1938): escritor y político italiano; durante la primera guerra mundial (1914-1918), chovinista. 108

Denikin, Antón Ivánovich (1872-1947): general del ejército zarista; durante la guerra civil, uno de los cabecillas de la contrarrevolución burgués-terrateniente. Al frente de los ejércitos de guardias blancos del Sur de Rusia,

Denikin emprendió en 1919 una ofensiva contra Moscú. Fue derrotado por el Ejército Rojo a comienzos de 1920. —70

Dittmann, Guillermo (1874-1954): líder socialdemócrata alemán; centrista. —124

Engels, Federico (1820-1895)— 58, 107

Frei: uno de los seudónimos de V. I. Lenin. —17, 18, 19

Freud, Sigmundo (1856-1939): neuropatólogo y sicólogo austríaco. —101

Gärtner: funcionario del Ministerio de Vías de Comunicación de Austria, miembro de la Sociedad internacional de lucha contra la prostitución. — 30

Gorbunova (Kablukova), Minna Kárlovna (1840-1931): economista especializada en estadística, escritora de orientación populista. —14

Jarizoménov. C. A. (1854-1917): estadístico ruso de los zemstvos, economista. —14, 16

Jognichés. Leo (Tyszka) (1867*-1919): destacado dirigente del movimiento obrero polaco y alemán, luchó junto con Rosa Luxemburgo contra el centrismo en la socialdemocracia alemana. —99

Key, Elena (1849-1926): escritora burguesa sueca; trató las cuestiones del movimiento femenino y de la educación de la infancia. —39

Kolchak, Alexandr Vasilievich (1873-1920): almirante de la flota zarista. En 1918. con ayuda de los imperialistas norteamericanos, ingleses y franceses, implantó una dictadura militar burgués-terrateniente en los Urales, en Siberia y en el Extremo Oriente. En la primavera de 1919 encabezó una ofensiva contra la República Soviética. En febrero de 1920 fue derrotado por el Ejército Rojo. —70

Krúpskaia, Nadejda Konstantínovna (1869-1939): destacada dirigente del Estado soviético, uno de los miembros más antiguos del PCUS, esposa y colaboradora muy próxima de Lenin; eminente pedagoga soviética. — 7, 11, 12

Legien. Carlos (1861-1920): socialdemócrata alemán de derecha: uno de los dirigentes de los sindicatos alemanes; revisionista; durante la primera guerra mundial (1914-1918), acérrimo socialchovinista. — 124

Lichkus. L. G. (1858-1926): médico; fue director de la casa de maternidad Mariinski, de Petersburgo. —27

Lutero, Martin (1483-1546): reformador religioso alemán; fundador del luteranismo (una de las ramas del protestantismo). —124

Luxemburgo, Rosa (1871-1919): destacada dirigente del movimiento obrero internacional, uno de los fundadores

del Partido Comunista de Alemania.
—41, 99, 100

Marx, Carlos (1818-1883). —11

Morgan: nombre de una dinastía de multimillonarios norteamericanos.
—26

Morley, John (1838-1923): destacado político y escritor inglés; liberal; de 1905 a 1910, Secretario de Estado para los asuntos de la India; aplicaba una política de represión del movimiento de liberación nacional. —24

Morósov: nombre de una familia de grandes capitalistas textiles rusos. —26

Plejánov, Jorge (1856-1918): destacado dirigente del movimiento socialista ruso e internacional. eminente propagandista del marxismo; a partir de 1903, menchevique. —17, 59

Popp, Adellieid (n. 1869): militante del Partido Socialdemócrata Austríaco; publicista y escritora; fundadora

y dirigente del movimiento
socialdemócrata femenino en Austria.
—21

Ramsay, William (1852-1916): químico
inglés, conocido principalmente por
sus trabajos en el terreno de la química
física. —25

Riabushinski: nombre de una familia de
grandes capitalistas y banqueros rusos.
—26

Rockefeller: nombre de una dinastía de
grandes capitalistas norteamericanos.
—26

Rotshtein, Fiódor Arónovich (1871-1953):
socialdemócrata ruso; en 1890 se vio
obligado a emigrar de Rusia; participó
activamente en el movimiento obrero
inglés y en la fundación del Partido
Comunista de Gran Bretaña (1920). En
1920 regresó a la Rusia Soviética; autor
de varios trabajos sobre la historia del
imperialismo. —23

Scheidmann, Felipe (1865-1939): uno de los líderes de la extrema derecha de la socialdemocracia alemana. De febrero a junio de 1919, jefe del Gobierno burgués alemán; uno de los organizadores de la represión sangrienta del movimiento obrero alemán de 1918-1921. —124

Sorokin. Pitirim Alcxándrovich (1889-1968): sociólogo burgués reaccionario ruso. De 1918 a 1922, catedrático de la Universidad de Petrogrado. En 1922 fue desterrado al extranjero. —91, 92

Tsereteli, Irakli Gueórguicvich (1882-1959): uno de los líderes mencheviques. Ministro de Correos y Telégrafos y, más tarde, del Interior en el Gobierno Provisional burgués (1917); después de la Revolución Socialista de Octubre, jefe del Gobierno menchevique contrarrevolucionario de Georgia. A raíz de la victoria del Poder soviético en Georgia (1921), emigrado blanco. —9, 56, 59

Vigdórehik, N. A. (1874-1954): médico, autor de varios trabajos acerca de los seguros sociales y las enfermedades profesionales. —27

Wrángel, Piotr Nikolácvich (1878-1928): general del ejército zarista, uno de los dirigentes de la contrarrevolución durante la guerra civil. Desde abril de 1920, comandante en jefe de las fuerzas armadas contrarrevolucionarias del Sur de Rusia. En noviembre de 1920, después de la derrota de sus tropas por el Ejército Rojo, huyó al extranjero. —110, 119

Zetkin, Clara (1857-1933): destacada dirigente del movimiento obrero alemán e internacional, uno de los fundadores del Partido Comunista de Alemania; durante muchos años, organizadora y dirigente del movimiento femenino comunista internacional. —21, 95, 101, 109, 118, 122, 125

Zitz, Luisa (1865-1922): militante activa del Partido Socialdemócrata Alemán; maestra de profesión. En el Congreso de la II Internacional, celebrado en Stuttgart (1920), apoyó la reivindicación del sufragio universal para las mujeres. —21

Capítulo 2

La revolución bolchevique
y la emancipación de la mujer
trabajadora



"Empuñad un rifle", cartel ruso de 1917.

La revolución rusa y los primeros decretos del gobierno soviético

En su Historia de la Revolución Rusa, Trotsky recuerda que las mujeres trabajadoras fueron la vanguardia de la revolución de febrero:

El 23 de febrero (en el calendario juliano, 8 de marzo en el calendario gregoriano) era el Día Internacional de la Mujer. Los elementos socialdemócratas se proponían festejarlo en la forma tradicional: con asambleas, discursos, manifiestos, etc. A nadie se le pasó por la mente que el Día de la Mujer pudiera convertirse en el primer día de la revolución. Ninguna organización hizo un llamamiento a la huelga para ese día. La organización bolchevique más combativa de todas, el Comité de la barriada obrera de Vyborg, aconsejó que no se fuese a la huelga. [...] Tal era la posición del Comité, al parecer unánimemente aceptada, en vísperas del 23 de febrero. Al día siguiente, haciendo caso omiso de sus instrucciones, se declararon en

huelga las obreras de algunas fábricas textiles y enviaron delegadas a los metalúrgicos, pidiéndoles que secundaran el movimiento. [...] Es evidente, pues, que la Revolución de Febrero empezó desde abajo, venciendo la resistencia de las propias organizaciones revolucionarias; con la particularidad de que esta espontánea iniciativa corrió a cargo de la parte más oprimida y cohibida del proletariado: las obreras del ramo textil, entre las cuales hay que suponer que habría no pocas mujeres casadas con soldados. Las colas estacionadas a las puertas de las panaderías, cada vez mayores, se encargaron de dar el último empujón. [...]

Manifestaciones de mujeres en que figuraban solamente obreras se dirigían en masa a la Duma municipal pidiendo pan. Era como pedir peras al olmo. Salieron a relucir en distintas partes de la ciudad banderas rojas, cuyas leyendas testimoniaban que los trabajadores querían pan, pero no querían, en cambio, la autocracia ni la guerra (Trotsky 1973, Tomo 1: febrero, 1917, pp. 106-107).

La descripción de Trotsky se ve confirmada por el testimonio de los protagonistas. El bolchevique V. N. Kaiurov, uno de los líderes del Comité del Distrito de Vyborg de San Petersburgo, recordaba seis años después de la revolución de febrero:

La víspera del “día de las mujeres” me habían enviado a una reunión de obreras en Lesnaia, donde definí el sentido del “día de las mujeres” y del movimiento femenino en general; al llegar al momento actual, insistí, sobre todo, en invitar a las obreras a evitar toda manifestación parcial y a actuar exclusivamente bajo las instrucciones del Comité del partido [...].

Entonces, cuáles no serían mi sorpresa e indignación cuando al día siguiente, el 23 de febrero, en un pasillo de la fábrica Erikson, el camarada Nikífor Ilitch vino a informarme del estallido de una huelga en varias fábricas textiles y de la llegada de una delegación de obreras que traían una resolución donde pedían el apoyo para los metalúrgicos.

Estaba indignado con la conducta de las huelguistas: en primer lugar, porque mani-

fiestamente estas habían hecho caso omiso de las decisiones del Comité Regional del Partido, pero, además, porque había llamado personalmente a las obreras a la contención y a la disciplina la noche anterior y, de repente, una huelga.

Una huelga que, al parecer, no tenía más objetivo ni razón de ser que las colas, esencialmente compuestas de mujeres y niños, que se formaban delante de las panaderías para conseguir el pan (*Proletarskaia Revoliutsia*, 1923, No. 1, p. 13, citado en Marie 2010, p. 449).

La revolución de febrero dio lugar a una dinámica de doble poder entre el gobierno provisional y los soviets que culminó con la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917. La revolución bolchevique tuvo un carácter combinado: fue la combinación de una revolución obrera socialista en las ciudades con una revolución democrático-burguesa respaldada por una gran revuelta campesina en las zonas rurales, en las cuales residía la aplastante mayoría de la población, el 84% en 1926 (Lewin 2005, p. 61). La legislación

soviética temprana también tiene, en consecuencia, un carácter combinado, que refleja este proceso de revolución permanente – es decir, de combinación de las tareas democráticas y socialistas en la revolución. Así, entre los primeros decretos del gobierno soviético encontramos medidas de carácter democrático (la paz, la reforma agraria, la jornada de trabajo de ocho horas, la separación de la Iglesia y el Estado, la introducción del calendario gregoriano y del sistema métrico decimal), junto con medidas de carácter transicional (el control obrero en la industria, la anulación de las deudas de Estado, la nacionalización de la banca y del comercio exterior, la elección de los oficiales en el ejército) y otras de carácter socialista (la nacionalización de los ferrocarriles y de la gran industria, el establecimiento del Ejército Rojo obrero y campesino, el servicio obligatorio universal de trabajo, etc.).

Entre las medidas de carácter democrático destinadas a impulsar la liberación de la mujer trabajadora se cuentan los Decretos sobre el matrimonio civil y el divorcio del 18-19

de diciembre de 1917, el Código de Leyes sobre el estado civil y las relaciones domésticas, el matrimonio, la familia y la tutela, del 16 de septiembre de 1918, y el Decreto sobre la legalización del aborto promulgado el 10 de noviembre de 1920. Según Elizabeth Brainerd:

Para poner esta revolución en la legislación familiar en perspectiva, prácticamente ningún otro país en el mundo había puesto en práctica dicha legislación liberal sobre el divorcio a principios de 1920 (aunque muchos países occidentales habían secularizado el matrimonio en ese momento). En los Estados Unidos, por ejemplo, el divorcio unilateral -el divorcio a petición de uno o ambos cónyuges- solo se volvió disponible por primera vez en 1969 en el Estado de California, casi medio siglo después de que el divorcio unilateral estuviera disponible en la Unión Soviética (Brainerd 2016).

El Código familiar de 1918

El primer Código de Leyes de la República Soviética de Rusia sobre el estado civil y

las relaciones domésticas, el matrimonio, la familia y la tutela fue aprobado por el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia el 16 de septiembre de 1918. Se guiaba por los principios expresados en dos decretos sobre el matrimonio y el divorcio del 18 de diciembre de 1917, y en un decreto del 27 de abril de 1918 aboliendo el derecho de herencia.

El editor en jefe del Colegio de Leyes, A. G. Hoichbarg, en el prólogo a una edición del Código publicado por el Comisariado del Pueblo de Justicia en Moscú, escribía lo siguiente acerca de la transitoriedad de la dictadura del proletariado según la legislación soviética:

Es de entenderse que, en la publicación de sus códigos, el gobierno del proletariado dedicado a establecer el socialismo en Rusia no busca que sean de larga duración. No desea establecer “códigos eternos”. No desea emular a la burguesía, que siempre ha tratado de reforzar su posición con la ayuda de este tipo de códigos eternos. [...] El gobierno proletario construye sus leyes de manera tal que cada día de su existencia haga

su permanencia menos necesaria. [...] Por ejemplo, la Constitución Soviética, basada en el principio de la supremacía política y la dictadura del proletariado, está concebida de tal manera que cada día de su aplicación, rompiendo la resistencia y la organización de las clases de los antiguos opresores y uniendo a los antiguos oprimidos, disminuya la necesidad de esta forma de constitución, de esta supremacía política por la fuerza, y de la supremacía política por la fuerza en general. [...] El poder proletario francamente reconoce que sus leyes no deben ser duraderas, que están hechas para satisfacer las necesidades de un período de transición, cuya duración desea fervientemente acortar. Este período de transición es inevitable; podemos adoptar medidas para acortar su duración, pero no podemos saltar por encima de él (*The Marriage Laws of Soviet Russia* 1921, pp. 5-6).

El prefacio al Código familiar de 1918 señalaba que, al igual que el conjunto de la legislación soviética temprana, el Código contenía medidas de carácter democrático, transicional y socialista, y que “la mezcla de

los tres estratos que componen el código ofrece un registro instructivo para el historiador, que va a aprender de ellos, como el geólogo aprende de las formaciones de rocas superpuestas, las diversas etapas de la lucha revolucionaria” (*The Marriage Laws of Soviet Russia* 1921, p. 11). Según el prefacio:

En este Código de leyes relativas al estado civil y las relaciones domésticas, pueden discernirse tres tipos de medidas que lo marcan como la expresión característica del poder proletario en su lucha por efectuar la transición del antiguo orden al nuevo. Hay, en primer lugar, disposiciones revolucionarias agresivas, orientadas hacia la destrucción del viejo orden; en segundo lugar, contiene medidas transicionales que, reconociendo la supervivencia obstinada de las viejas condiciones dentro del nuevo orden, operan para acelerar su desaparición; y, por último, hay aquí también formas verdaderamente socialistas, los fundamentos constructivos de la nueva organización. En la primera categoría, entre los rasgos agresivamente revolucionarios de este código,

se encuentran los golpes secos asestados contra las viejas opresiones, contra los antiguos privilegios de clase y los tabúes bárbaros. Tales son las cláusulas dirigidas contra el dominio de las relaciones humanas por el poder temporal de un clero corrupto, las disposiciones sobre la abolición de la herencia, el reconocimiento de la obligación social del cuidado de los niños, el restablecimiento de la familia sobre la base de la ascendencia, y la eliminación de las discriminaciones crueles contra los llamados hijos “ilegítimos”. Estas disposiciones, sin duda, no son todas esencialmente socialistas. Ciertas reformas en estas direcciones se han logrado en los estados burgueses de Occidente. Pero en Rusia el proletariado debió llevar a cabo muchos cambios revolucionarios que la burguesía había fracasado en lograr. El lector occidental, que está al menos familiarizado, si no totalmente habituado, a ideas tales como la separación de la Iglesia y el Estado, la igualdad de los sexos, y el reconocimiento de los derechos de los niños “ilegítimos”, debe recordar constantemente la pesada carga

impuesta al proletariado ruso por el atraso económico y social del país en el momento de la revolución. El significado completo de un logro como este Código solo puede ser comprendido a la luz de estas dificultades especiales que enfrenta la lucha del proletariado en Rusia. Los trabajadores rusos no solo tuvieron que destruir el capitalismo; también tuvieron que atacar a los restos del feudalismo que la burguesía rusa había sido demasiado inerte y tímida como para eliminar. Su éxito en esta doble tarea es la medida de su fuerza creativa y de su capacidad (*The Marriage Laws of Soviet Russia* 1921, p. 7).

El prefacio al Código familiar de 1918 también señalaba lo siguiente en cuanto a la contribución de la legislación soviética a la liberación de la mujer trabajadora:

El código es una excelente refutación de aquellos psicópatas que difunden chismes enfermizos acerca de una supuesta “nacionalización de las mujeres”. Las leyes se distinguen quizás por encima de todo por

su reconocimiento de la función social y de la situación económica de las mujeres. Pueden ser leídas de principio a fin sin revelar ningún rastro de las antiguas discriminaciones económicas, políticas y jurídicas entre los sexos. Se hace tabla rasa. Nada queda de la antigua esclavitud o los viejos tabúes. Esto en sí mismo, por supuesto, no es una solución completa de la “cuestión de la mujer”. Ninguna ley puede aniquilar las costumbres y los prejuicios. Eso se debe dejar a otros procesos. Pero este código abre el camino. “Se establece,” dice Hochberg, “absoluta igualdad de hombres y mujeres ante la ley. En la medida en que es posible liberar a las mujeres en el período de transición antes del establecimiento completo del socialismo, esta ley las libera y permite su más fácil aceptación de los principios del socialismo, que finalmente las liberará” (*The Marriage Laws of Soviet Russia* 1921, pp. 11-12).

Quizás la provisión más sorprendente del Código familiar de 1918 haya sido la prohibición de las adopciones, basada

en la premisa de que una crianza socializada sería más beneficiosa para los niños huérfanos: “La adopción de niños, ya sea que tengan o no relación de parentesco con sus adoptantes, no se permitirá después de que la presente ley entre en vigor. Ninguna adopción, después de la fecha indicada en esta sección, dará lugar a derechos u obligaciones para los adoptantes o los adoptados” (*The Marriage Laws of Soviet Russia* 1921, p. 65).

Entre los logros de la legislación soviética, la líder bolchevique Inessa Armand destaca que “Se ha prohibido el trabajo infantil hasta los 16 años. De 16 a 18 años los jóvenes no trabajan más de 6 horas al día. Se libera a las madres de todo trabajo durante ocho semanas antes de dar a luz y otras tantas después; y durante todo este tiempo se les paga una cantidad que equivale a su salario habitual. Además, se han aprobado una serie de decretos que protegen a la mujer embarazada y sobre la protección general de la mujer en el trabajo” (Armand 1920, p. 12).

La prohibición de las adopciones sería revertida en el Código Familiar de 1926, redactado en el marco de la NEP, del aislamiento de la revolución rusa, y de la enorme miseria generada por los efectos combinados del atraso histórico de Rusia (en la que la servidumbre fue abolida en 1861, cinco siglos después que en Inglaterra) y de la masacre y la devastación económica causados por la Primera Guerra Mundial (1.500.000 muertos), la guerra civil, producto de la intervención de 14 ejércitos extranjeros, y la guerra rusopolaca (las cuales resultaron en 3.000.000 de muertos), y su producto directo, la hambruna de 1921 (que resultó ella sola en 4.000.000 de muertos). Todo esto que había dejado como saldo en el año 1922 al menos 7 millones de niños sin hogar (besprizorniki), reducidos al vagabundeo, la limosna, la delincuencia y la prostitución (Ball 1994, p. 1).

Decreto soviético sobre el aborto (18 de noviembre de 1920)

Dadas estas condiciones extremas de atraso, miseria y devastación, es sorprendente que la Rusia soviética se convirtiera en el primer Estado del mundo en legalizar el aborto mediante un decreto promulgado el 10 de noviembre de 1920, el cual permitía “que este tipo de operaciones se practique libremente y sin ningún cargo en los hospitales soviéticos, donde las condiciones necesarias para minimizar el daño de la operación estén aseguradas”. Dada la importancia y el carácter absolutamente pionero de esta legislación, lo reproducimos íntegramente (fuente: N. A. Semashko, *Health Protection in the USSR*, London: Gollancz, 1934, pp. 82-84):

*Comisariado del Pueblo de Salud: “Sobre la protección de la salud de las mujeres”
(18 de noviembre de 1920)*

Durante las últimas décadas, el número de mujeres que recurren a la interrupción artificial del embarazo ha crecido tanto en Occidente como en este país. La legislación de

todos los países combate este mal mediante el castigo de la mujer que decide tener un aborto y del médico que lo practica. Sin arrojar resultados favorables, este método de lucha contra el aborto ha impulsado la práctica de abortos clandestinos y ha hecho de las mujeres víctimas de charlatanes mercenarios y a menudo ignorantes, que hacen una profesión de las operaciones secretas. Como resultado, hasta el 50 por ciento de estas mujeres desarrollan infecciones en el transcurso de la operación, y hasta el 4 por ciento de ellas mueren.

El Gobierno obrero y campesino es consciente de este grave mal a la comunidad. Combate este mal por la propaganda contra los abortos entre las mujeres trabajadoras. Al trabajar por el socialismo, y la introducción de la protección de la maternidad y la infancia en gran escala, se siente seguro de lograr la desaparición gradual de este mal. Pero en la medida en que las supervivencias morales del pasado y las difíciles condiciones económicas de la actualidad todavía obligan a muchas mujeres a recurrir a esta operación, los Comisariados del

Pueblo de Salud y de Justicia, deseosos de proteger la salud de las mujeres, y teniendo en cuenta que el método de la represión en este campo ha fracasado por completo en lograr este objetivo, han decidido:

1. Permitir que este tipo de operaciones se practique libremente y sin ningún cargo en los hospitales soviéticos, donde las condiciones necesarias para minimizar el daño de la operación estén aseguradas.

2. Prohibir absolutamente a cualquiera que no sea un médico llevar a cabo esta operación.

3. Cualquier enfermera o partera que fuera encontrada culpable de realizar una operación de este tipo será privada del derecho a la práctica y juzgada por un tribunal popular.

(4) Un doctor que lleve a cabo un aborto en su práctica privada con fines mercenarios será llamado a rendir cuentas ante un tribunal popular.

Comisario del Pueblo de Salud, N. Semashko.

Comisario del Pueblo de Justicia, Kurskii.

De la lectura del decreto surge claramente que para los bolcheviques el derecho al aborto era, como Trotsky lo expresaría más tarde en “Termidor en el hogar”, “uno de sus derechos cívicos, políticos y culturales esenciales mientras duren la miseria y la opresión familiar” (Trotsky, 1936).

Las conferencias de trabajadoras, las asambleas de delegadas y el *Zhenotdel*

En julio de 1920 Inessa Armand (que era de origen francés), publicó un artículo muy interesante en el *Bulletin communiste*, bajo el pseudónimo de Hélène Blonina, titulado “La obrera en la Rusia soviética”. En dicho artículo, Armand, luego de hacer un repaso de la legislación soviética que emancipaba a la mujer de la tutela del hombre y le otorgaba igualdad de derechos recordaba que las primeras conferencias de trabajadoras soviéticas habían sido “ la Conferencia de Moscú, en mayo de 1918, la conferencia de la provincia de Moscú, en junio de 1918, y la primera Conferencia de toda Rusia de trabajadoras y

campesinas, en noviembre de 1918, a la que asistieron más de mil delegadas, representado a más de un millón de proletarias” (Armand 1920, p. 13).

El Primer Congreso de toda Rusia de Obreras (*Peroyi ose-rossiiskii s “rabotnits EZD*), también conocido como el Congreso de Mujeres Trabajadoras y Campesinas o el Primer Congreso de toda Rusia de Mujeres Trabajadores y Campesinos, celebrado en noviembre de 1918, fue el primer gran congreso para las mujeres sin partido celebrado en la Rusia posrevolucionaria. De esta manera el liderazgo revolucionario intentaba asumir la tarea de informar a las mujeres trabajadoras acerca de su nueva condición legal y de sus nuevos derechos, así como animarlas a participar en la vida pública (una tarea particularmente difícil, teniendo en cuenta que por aquel entonces más del 80 % de las mujeres rusas eran analfabetas). Un número de activistas mujeres, prominentes en los esfuerzos anteriores a la Primera Guerra Mundial para organizar a las trabajadoras, en particular Inessa Armand, Aleksandra

Kollontái, Nadejda Krúpskaia, Klavdiia Nikolaeva, y Konkordiia Samoilova, jugó un papel decisivo en la obtención de la aprobación oficial para la creación de nuevos mecanismos de organización para las mujeres trabajadoras. Varias pequeñas conferencias de las mujeres se llevaron a cabo en los meses de posrevolucionarios inmediatamente anteriores al congreso. Aunque se esperaba que la atendieran solo 300 delegados, más de 1.147 mujeres obreras y campesinas vestidas con trajes típicos de las regiones más lejanas de la Rusia soviética convergieron en la Sala de Uniones Kremlin en Moscú en noviembre de 1918 para asistir al primer Congreso Panruso de Obreras.

El Congreso tuvo lugar antes de que la aprobación oficial hubiera sido concedida para la creación de organismos especiales para el trabajo entre las mujeres. Lenin se dirigió a las mujeres y fue recibido con enorme entusiasmo. Lenin describió las medidas que el gobierno soviético ya había tomado para mejorar la condición de la mujer y alentó a las mujeres desempeñar un papel político

más activo (Lenin 1918). Siete temas estaban en la agenda del Congreso: (1) las trabajadoras en la Rusia soviética, (2) la relación entre la familia y el gobierno bolchevique, (3) las políticas sociales en favor de las mujeres, (4) la revolución proletaria internacional y la trabajadora, (5) la organización, (6) la lucha contra la prostitución, y (7) la cuestión de la vivienda (Wilson 2001).

La Conferencia de toda Rusia de trabajadoras y campesinas de noviembre de 1918 adoptó una resolución que decía:

El poder soviético, después de haber otorgado una emancipación integral a toda la clase obrera, después de haber realizado la igualdad en derechos del hombre y la mujer, ha hecho de la obrera tanto como del obrero los dueños absolutos de la vida, después de darles la posibilidad de organizarla tal como es necesario para la clase obrera y la clase pobre de la ciudad y el campo. Como consecuencia de la revolución de octubre, tras la transferencia de poder a los Soviets, la completa emancipación de las trabajadoras mediante la eliminación de las

viejas formas de la familia y de la economía doméstica se convierte no solo en posible, sino que es una condición necesaria para el establecimiento del socialismo (Armand 1920, p. 13).

Considerando que “la tarea esencial de la trabajadora es la más activa participación en todas las formas y aspectos de la lucha revolucionaria”, la conferencia constataba que “las viejas formas de familia y de la economía doméstica” eran “una pesada carga que pesa sobre las trabajadoras y evita que se conviertan en una luchadora de la revolución y el comunismo, y que estas formas pueden ser abolidas solo por la creación de nuevas formas de economía”. Llamaba por ende a las trabajadoras a “prestar especial atención a la creación de nuevas formas de alimentación, de prestaciones públicas que supriman la antigua servidumbre de la familia”. La conferencia afirmaba que “La economía colectiva debe sustituir a la economía doméstica y liberar a la trabajadora como ama de casa. La educación y el mantenimiento de los hijos a la cuenta del gobierno de los trabajadores

(en guarderías, jardines de infancia, campamentos, etc.) deben eliminar los problemas materiales del padre y la madre. Una unión libre, pero sólida por los lazos de fraternidad espiritual de dos ciudadanos iguales del Estado obrero, tal es el nuevo matrimonio proletario” (Armand 1920, p. 13).

Sobre la prostitución, la resolución incluía el siguiente párrafo: “constatando que las raíces de la prostitución están profundamente arraigadas en la sociedad capitalista, la primera Conferencia de toda Rusia de obreras y campesinas pobres invita a luchar contra la prostitución no solo mediante el cierre de los prostíbulos, no solo mediante el castigo a los proxenetas... sino por la erradicación de todas las huellas del capitalismo, a través de la aplicación del seguro de maternidad, la realización la educación de los niños y la sustitución de la familia burguesa por el matrimonio libre” (Armand 1920, p. 13).

Como resultado de Conferencia de toda Rusia de trabajadoras y campesinas de noviembre de 1918, se establecieron comisiones para la agitación y la propaganda entre

las mujeres trabajadoras. Las comisiones se reorganizaron en agosto de 1919 como *Zhenotdel* (Departamento de la Mujer) del Secretariado del Comité Central, bajo la dirección de Inessa Armand (Wilson 2001). La primera líder del *Zhenotdel*, Inessa Armand, trabajó en él por solo un año antes de morir de cólera el 24 de setiembre de 1920. Fue sucedida en el cargo por Alexandra Kollontái, desde 1920 hasta 1922. Durante los siguientes ocho años, antes de ser clausurado por Stalin, tres mujeres destacadas dirigieron el *Zhenotdel*: Sofia Smidovich, Klavdiia Nikolaeva, y Aleksandra Artiujina. El *Zhenotdel* trató de mejorar los servicios de salud para las mujeres y los niños, desarrollar servicios de guardería para las madres trabajadoras, y abordar las cuestiones de la discriminación en el lugar de trabajo. El *Zhenotdel* era responsable por la publicación de varias revistas para mujeres, incluyendo *Rabotnitsa* (Trabajadora), *Krestianka* (Campesina) y *Kommunistka* (La Comunista). *Rabotnitsa* y *Krestianka*, que tenían sus raíces en el movimiento revolucionario, continuaron siendo las principales revistas femeninas de

la era soviética. Stalin puso fin al *Zhenotdel* como organización nacional en 1930, un año después del lanzamiento del primer plan quinquenal, y declaró que la cuestión de la mujer había sido resuelta (Corigliano Nonnan 2001).

Armand describía en su artículo los métodos utilizados por el gobierno bolchevique para movilizar a las mujeres trabajadoras, especialmente a las sin partido:

Fue necesario desarrollar nuevos métodos de propaganda, nuevas maneras de abordar a las trabajadoras y campesinas adaptadas a sus peculiaridades psicológicas y a las nuevas tareas que debían acometer. Aquí la propaganda por la acción adquiere un significado especial, es decir, la propaganda que conduce directamente a las trabajadoras y campesinas a participar en tal o cual organización soviética u otro trabajo similar.

Se organizaron asambleas de delegadas de las trabajadoras, que prestaron el servicio más grande en esta dirección. Estas asambleas de delegadas están conformadas por representantes de todas las fábricas y talleres

de un distrito determinado, elegidas en las asambleas generales de las diferentes empresas. [...]

Las delegadas se dividen en grupos de personas que trabajan en esta o aquella sección soviética (hasta ahora principalmente en el trabajo de seguridad social, en la educación pública, la preservación de la salud) y allí llevan adelante actividades para la inspección y el control de los asilos, refugios, guarderías, escuelas de escritura y la lectura y otras, así como para su creación; para el control y la inspección de los comedores y cocinas, y por la abolición de abusos y desórdenes; para la observación en las escuelas de la distribución regular del calzado, de las prendas de vestir; para la recolección de información para su uso por las inspectoras de trabajo; por el control de una perfecta aplicación de las normas de protección del trabajo de las mujeres y los niños. Organización de las ambulancias y los hospitales y la atención y visitas a los enfermos y heridos. Inspección y control de los cuarteles, participación en la milicia. Acción para la justa dis-

tribución de la ración de los guardias rojos, para hacer que las trabajadoras tomen una parte más activa en todas las formas de gestión y administración de la producción, etc.

Además, las delegadas, continuando su trabajo en su fábrica o lugar de trabajo, realizan informes periódicos a sus electores sobre su actividad y sobre la actividad de las secciones en las que trabajan, organizan en las fábricas un recorrido de servicio para escuchar las reclamaciones y quejas, y para conocer las necesidades de las trabajadoras

Las delegadas participan activamente en todas las campañas emprendidas por el partido y los soviets [...] Las asambleas de delegadas se reúnen de dos a cuatro veces al mes.

Las conferencias de trabajadoras sin partido cumplen un rol de propaganda muy importante; se reúnen en las diferentes ciudades, las provincias, los distritos, aproximadamente cada tres o cuatro meses (en toda Rusia una sola Conferencia fue convocada el año pasado). Estas conferencias

han demostrado ser una gran manera de agitar y despertar a las masas que permanecieron ajenos al movimiento y, en esta área, han dado buenos resultados (en este momento, las campesinas están interesadas en estas conferencias). En octubre pasado, por ejemplo, en Moscú, tuvo lugar una conferencia de las mujeres sin partido a la que asistieron más de 3.000 delegadas, en representación de 60.000 trabajadoras de Moscú (en Moscú hay cerca de 180.000 trabajadoras).

La propaganda y la agitación también se llevan a cabo por vía personal y a través de la prensa. Casi todos los órganos del partido incluyen una 'página de las trabajadoras' (Arman, 1920, p. 14).

Al final de su artículo Armand refutaba la fábula de que los bolcheviques habían nacionalizado a las mujeres (ver la refutación de esta calumnia en Rothstein 1919):

El otoño pasado, los representantes de los círculos imperialistas franceses y británicos pusieron en circulación esa calumnia odiosa

y estúpida de que supuestamente el poder soviético había “nacionalizado” o “socializado” a las mujeres. [...] Entre las trabajadoras de otros países, la Constitución, los decretos del poder soviético, toda su actividad, así como las resoluciones y las declaraciones de las propias trabajadoras rusas son las mejores y más irrefutables respuestas (Armand 1920, p. 15).

La política bolchevique de erradicación de la prostitución

Todas estas medidas fueron acompañadas por una política sistemática de erradicación de la prostitución, a la cual los bolcheviques no consideraban de ninguna manera como un “trabajo sexual” sino como la forma más extrema de explotación y degradación de la mujer en la sociedad de clases, es decir, como un producto de las desigualdades sociales destinado a desaparecer con ellas¹.

¹ Los conceptos “género” (gender, del latín genus, originalmente utilizado para referirse a los tres géneros gramaticales), para hacer referencia a la opresión de la mujer bajo el capitalismo, y “trabajo sexual” (sexual work), como eufemismo para referirse a la prostitución, comenzaron a utilizarse esporádicamente en los Estados Unidos en la

A fines del siglo XIX la mayoría de los Estados europeos habían comenzado a legalizar y regular la prostitución, lo que significaba que los prostíbulos fueron autorizados por el

década de 1970, pero su uso se generalizó recién en la década de 1980. Las expresiones “rol de género” e “identidad de género” fueron empleadas por primera vez por John Money en 1955, en un contexto médico, para referirse a la transexualidad (Money et al. 1955), pero incluso durante la década de 1970 no existía un consenso sobre la aplicación del término; por ejemplo, Janet Chafetz tituló la edición de 1974 de su libro *Masculine/Feminine or Human?* (que emplea las expresiones “género innato” y “roles sexuales aprendidos”) *An Overview of the Sociology of Sex Roles*, pero la edición de 1978 ya llevaba el subtítulo: *An Overview of the Sociology of the Gender Roles*. Para década 1980, el empleo del término “género” se había vuelto ya generalizado para designar los que los marxistas siempre llamaron opresión y emancipación de la mujer, o de la mujer trabajadora, o, más raramente, opresión y emancipación del sexo femenino. Carol Leigh reivindica la dudosa gloria de haber inventado el término “trabajo sexual” para referirse a la prostitución en una conferencia de *Women Against Violence in Pornography and Media* celebrada en San Francisco “en 1979 o 1980” (Leigh 1997). Según el *Oxford English Dictionary*, el término “sex worker” aparece por primera vez en *The New York Times Theater Reviews* en noviembre de 1971 (en un contexto humorístico-teatral), y por segunda vez en un despacho de la *Associated Press* de julio de 1984. [11 en la nota del original]

gobierno y se requirió de las prostitutas registrarse y someterse a exámenes médicos periódicos. La reglamentación de la prostitución fue vista como una reforma social destinada a mejorar la salud pública y reducir las enfermedades venéreas. Bebel, criticando la regulación tal como se practicaba en Alemania, afirmó que hacía “extremadamente difícil, incluso imposible, para la prostituta volver a encontrar alguna vez un trabajo decente. Una mujer que ha caído bajo el control de la policía está perdida para la sociedad, y por lo general se hunde en la miseria en unos pocos años (Bebel 1879, p. 183 of the Jubilee English edition, New York: Socialist Literature Co., 1910). Más tarde Inessa Armand reflexiona sobre el punto: “en ningún sitio ni en ningún momento, la prostitución, el fenómeno más repugnante, el más odioso de la esclavitud asalariada del proletariado, se ha extendido tan escandalosamente como bajo el reino del capitalismo.” (Armand 1920, p. 12).

Siguiendo la tendencia de los Estados burgueses europeos, el gobierno zarista instituyó el enfoque regulatorio en la década de 1840,

requiriendo a las prostitutas que se registraran y se presentaran a exámenes médicos. El gobierno entregaba una tarjeta amarilla en lugar del documento de identidad ordinario a las prostitutas. No se les permitía cambiar de residencia sin permiso de la policía y tenían que llevar un brazalete de color o un vestido de un color especial.

Este sistema estigmatizaba brutalmente a las prostitutas y hacía que fuera muy difícil para dichas mujeres abandonar la prostitución (Bernstein 1995).

En la Rusia zarista, la prostitución estaba generalizada. Un sistema de registro de las prostitutas estaba en uso, y poco antes de la Primera Guerra Mundial, 40.000 mujeres se habían registrado en San Petersburgo y 20.000 en Moscú. Muchas más mujeres practicaban la prostitución sin registrarse (Quigley 1991, p. 1204). El objetivo de la erradicación de la prostitución se afirmó en el Primer Congreso de Toda Rusia de Mujeres Trabajadoras y Campesinas, celebrado en noviembre de 1918, que Lenin inauguró con un discurso que comenzaba diciendo:

“En todos los países civilizados, incluso los más avanzados, las mujeres no son en realidad más que esclavas domésticas”, y concluía afirmando: “La experiencia de todos los movimientos de liberación ha demostrado que el éxito de una revolución depende de la medida en la cual las mujeres tomen parte en ella” (Lenin 1918). El congreso declaró que la mujer rusa, como ciudadana libre e igual, ya no debía estar sujeta a la prostitución, y aprobó una resolución que afirmaba que “la ciudadana de la Rusia soviética nunca debe ser objeto de compra y venta” (Wood 1997, p. 112).

En consonancia con la actitud de Bebel, el gobierno soviético abolió la política regulatoria zarista hacia la prostitución y se opuso tanto a la regulación como a la criminalización. Por lo tanto, la prostitución no fue considerada un delito, pero se prohibió el proxenetismo o regentar un prostíbulo. Mikhail Strogovich, un especialista en derecho penal, criticaba el enfoque regulador zarista como “un sistema de tarjetas amarillas, registro de burdeles y controles médicos” sumamente opresivo para las mujeres.

Explicaba que “en nuestra ley, la prostitución ha perdido por completo el carácter de una institución jurídica, ya que no existen normas legales que regulen la participación en la prostitución” y afirmaba: “La ley penal protege por igual a los derechos de la mujer, independientemente de si es una prostituta o no. Una prostituta no puede considerarse como una especie de ser de un orden inferior” (Mikhail Strogovich, “Bor’ba s prostitutsiei putem ugolovnoi repressii” [“La lucha contra la prostitución a través de la represión penal”], *Ezhenedel’nik Sovetskoi Iustitsii* [Semanao judicial soviético] n.2 (no. 37, 1925), pp. 1212,1214, citado en Quigley 1991, pp. 1210, 1213.)

Nikolái Semashko, el primer Comisario del Pueblo de Salud, afirmó que “los viejos métodos de control utilizados en la Rusia pre-revolucionaria, que en lugar de proteger a las mujeres las oprimían, deben ser absolutamente repudiados. Esto incluye las razias, la investigación de las prostitutas y los exámenes médicos forzados. [...] La lucha contra la prostitución no debe de ninguna manera

convertirse en una lucha contra las prostitutas”. Semashko pedía a los Consejos de Lucha contra la Prostitución educar al público a través de los grupos juveniles, las unidades del ejército y las escuelas. El objetivo era “explicar a los trabajadores la esencia de la prostitución, el hecho de que es inadmisibles y una vergüenza en la república de los trabajadores, y los peligros relacionados con ella” (Circular del Comisario del Pueblo de Salud (Semashko), No. 21, “O merakh bor’by s prostitutsiei (Gubispolkomam dlia vsekh ot-delov i gubprofsovetam)”

[“Acercas de las medidas para la lucha contra la Prostitución (A las Comisiones Ejecutivas Provinciales de todos los Departamentos y a los Consejos Sindicales Provinciales)”, *Ezhenedel’nik sovetskoi iustitsii* [Semanao judicial soviético], 26 de enero de 1923, p. 381, citado en Quigley 1991, pp. 1210, 1214).

Dentro del Partido Comunista, se estableció en 1919 una Sección Femenina (Zhenotdel) que consideraba a la eliminación de la prostitución como uno de sus objetivos principales. En 1919, el Comisariado del Pueblo

de Salud formó por primera vez una comisión contra la prostitución, la cual fue reorganizada en 1923 bajo el Comisariado del Pueblo de Salud como el Consejo Central de Lucha contra la Prostitución. También se crearon Consejos de Lucha contra la Prostitución a nivel provincial. El Consejo Central más tarde fue colocado bajo la jurisdicción del Comisariado del Pueblo para la Seguridad Social, bajo el título de Comisión Interinstitucional de Lucha contra la Prostitución. Los Consejos de Lucha contra la Prostitución organizaban el trabajo en el ámbito local, con diferentes grados de éxito. Proporcionaban viviendas temporarias a mujeres desempleadas y a campesinas que migraban a las ciudades. Ambos grupos de mujeres eran vistos como poblaciones vulnerables que podrían recurrir a la prostitución. El gobierno soviético también estableció clínicas para el tratamiento de enfermedades venéreas en forma gratuita (Quigley 1991, p. 1215).

Alexandra Kollontái, la Comisaria del Pueblo para la Asistencia Pública, pronunció en 1921, en ocasión de la tercera conferencia

de dirigentes de los Departamentos Regionales de la Mujer de toda Rusia, un discurso titulado “La prostitución y las formas de combatirla”, en el cual sugirió que no debían instituirse medidas especiales en contra de la prostitución, sino que, en el marco de la política del comunismo de guerra (instituida durante la guerra civil, 1918-1921), las prostitutas profesionales debían ser consideradas como “desertoras del trabajo” y ser objeto de la obligación universal del trabajo como todos los otros ciudadanos soviéticos (Kollontái 1921a) – una política abandonada luego de la reaparición del desempleo con la adopción de la Nueva Política Económica en marzo de 1921. Según Comisario del Pueblo de Salud, N. Semashko: “La Nueva Política Económica dio a luz una vez más un aumento de la prostitución, que había desaparecido. Está llegando información de varias partes de la república acerca del resurgimiento de todo tipo de prostitución profesional, de burdeles secretos y de proxenetismo” (Circular del Comisario del Pueblo de Salud (Semashko), No. 21, “O merakh bor’by s prostitutsiei

(Gubispolkomam dlia vsekh otdelov i gub-profsovetam)” [“Acerca de las medidas para la lucha contra la Prostitución (A las Comisiones Ejecutivas Provinciales de todos los Departamentos y a los Consejos Sindicales Provinciales)”], *Ezhenedel’nik Sovetskoi Iustitsii* [Semanao judicial soviético], 26 de enero de 1923, p. 381, citado en Quigley 1991, p. 1206).

En 1921, un tribunal ruso condenó a varias mujeres por dedicarse a la prostitución. En el mismo caso, el tribunal condenó a otras personas por proxenetismo y por permitir la prostitución en su departamento. El Comisariado del Pueblo de Justicia, en ejercicio de su poder de “control judicial supremo”, revocó las condenas por ejercicio de la prostitución, mientras que mantuvo las convicciones de las demás personas. El Comisariado explicó de la siguiente manera los motivos de su decisión:

Si bien es indiscutible que el proxenetismo y el mantenimiento de un centro de corrupción son delitos penales, el acto de ejercicio de la prostitución como tal no puede de por sí ser considerado punible; la lucha contra este mal

social, que es el resultado, principalmente, de la pobreza de las masas y de la condición inferior de la mujer [en la sociedad], como una herencia inevitable del orden burgués-capitalista, debe llevarse a cabo a través de medidas dirigidas a la eliminación de las causas que lo generan (“Praktika Vysshego sudebno-go kontroliia” [“La práctica del control judicial supremo”], *Ezhedel’nik sovetskoi iustitsii* [Semanao judicial soviético] 12-13, (no. 16, 1922) (Comisariado del Pueblo de Justicia, Decisión en la causa penal No. 2828 de 1921, citado en Quigley 1991, p. 1211).

Por lo tanto, el ejercicio la prostitución no estaba tipificada como delito. El Consejo Central de Lucha contra la Prostitución, establecido por el gobierno para coordinar los esfuerzos contra la prostitución, explicaba: “no podemos aceptar la opinión de que [dedicarse a la prostitución] debe ser castigado, mientras persista el desempleo y no podamos acabar con él” (Halle 1934, p. 229).

El primer Código Penal de la Rusia Soviética fue promulgado en 1922. No penalizaba ejercer la prostitución o la compra de

los servicios de una prostituta. Pero en línea con la decisión del Comisariado del Pueblo de Justicia de 1921, el artículo 171 prohibía el proxenetismo y el artículo 172 penalizaba regentar un prostíbulo. Los tribunales imponían penas severas, por lo general de tres años o más, a las personas condenadas en virtud de estos artículos (V.D. Men'shagin. "Pritonoderzhatel'stvo (sotsiologicheskii ocherk)" ["La explotación de prostíbulos (una pieza sociológica)"], en K. Krasnushkina et al. (eds.), *Pravonarusheniia v oblasti seksual'nykh otnoshenii* [Violaciones de la ley en el ámbito de las relaciones sexuales], 1927, pp. 158, 178, en Quigley 1991, p. 1211).

Strogovich afirmó que la responsabilidad en virtud de los artículos 171 y 172 se basaba en el móvil de ganancia material por parte del proxeneta. Explicó que los artículos 171 y 172 se incluían en un capítulo del Código Penal titulado Crímenes contra la vida, la salud, la libertad y la dignidad del individuo: "Esto significa que los crímenes previstos por los dos artículos indicados se practica en contra de la personalidad de las mujeres

que ejercen la prostitución [...] en los casos de los delitos previstos en los artículos 170 y 171 del Código Penal, una mujer dedicada a la prostitución es la víctima” (Mikhail Strogovich, “Bor’ba s prostitutsiei putem ugolovnoi repressii” [“La lucha contra la prostitución a través de la represión penal”], *Ezhenedel’nik Sovetskoi Iustitsii* [Semanaario judicial soviético] n.2 (no. 37, 1925), p. 1213, citado en Quigley 1991, p. 1211). La explicación de Strogovich refleja la opinión del gobierno soviético de que la prostituta era la víctima de la prostitución.

Los bolcheviques creían que la prostitución comenzaría a desaparecer cuando, por un lado, consiguieran terminar con el desempleo y, por el otro, consiguieran convencer a los trabajadores de la vergüenza que implicaba la compra de un cuerpo humano. El Consejo de Lucha contra la Prostitución instaba a que los nombres de los clientes masculinos fueran colocados en las pizarras de anuncios de las fábricas en las que trabajaban (Halle 1934, p. 231). La policía informaba a los empleadores de los clientes,

cuyos nombres se publicaban en los periódicos locales. El Partido Comunista incluso expulsaba a miembros que hubieran frecuentado una prostituta (Quigley 2007, p. 44).

La visión de la prostituta como víctima también se reflejaba en las prácticas de control. La policía local se movilizaba activamente a mediados de los años 1920 para cerrar prostíbulos. El Consejo Central de Lucha contra la Prostitución incluso estableció una “Milicia para luchar contra la prostitución”. En las instrucciones enviadas a la milicia en 1924, dicho Consejo destacó que, si bien la milicia debía cerrar burdeles, también debía tratar a las prostitutas como víctimas:

4. Mientras que la milicia debe cumplir con su deber en la búsqueda de centros de vicio con la mayor determinación y tenacidad, debe abstenerse de todo acto de opresión hacia las prostitutas individuales cuando, en caso de necesidad, se les cita como testigos.

5. Recordando que una mujer que ejerce la prostitución solamente ha caído en ella como resultado de circunstancias desfavorables,

materiales o de otro tipo, los miembros de la milicia deben observar todas las reglas de cortesía en el ejercicio de sus funciones y no deben en ningún caso tratar rudamente a las mujeres (Halle 1934, pp. 227-228).

Aun así, el desempleo femenino era alto bajo la NEP (1921-1928) y era considerado el principal problema que subyacía a la prostitución. Las trabajadoras ganaban menos que los trabajadores varones, porque la mayoría de las mujeres pertenecían a la mano de obra no calificada. El gobierno soviético trató, sin embargo, de reducir el desempleo femenino, con el objetivo declarado de reducir la prostitución.

Los Consejos de Lucha contra la Prostitución ayudaban a las mujeres a encontrar trabajo y trataban de asegurar que las mujeres recibieran una parte justa de los lugares en los programas de entrenamiento de trabajo existentes. Los Consejos de Lucha contra la Prostitución también organizaban cooperativas industriales y agrícolas para las mujeres trabajadoras no calificadas (el gobierno proporcionaba a las cooperativas locales por alquileres

bajos y les otorgaba privilegios fiscales). Buscaron una consideración especial para las mujeres en los casos de despidos de la fábrica, sobre todo para las mujeres solteras, para las niñas que no vivían con sus familias y para las mujeres embarazadas con niños pequeños.

La falta de atención sobre este asunto, afirmaba el Comisario del Pueblo de Salud Semashko, “inevitablemente empuja a los sectores más vulnerables a la prostitución” (-Circular del Comisario del Pueblo de Salud (Semashko), No. 21, “O merakh bor’by s prostitutsiei (Gubispolkomam dlia vsekh ot-delov i gubprofsovetam)” [“Acerca de las medidas para la lucha contra la Prostitución (A las Comisiones Ejecutivas Provinciales de todos los Departamentos y a los Consejos Sindicales Provinciales)”], *Ezhenedel’nik sovetskoi iustitsii* [Semanao judicial soviético], 26 de enero de 1923, p. 381, citado en Quigley 1991, p. 1215).

A principios de mayo 1919, el Comisariado de Bienestar Social decretó la creación de “instituciones educativas” para las

prostitutas que sufrieran de enfermedades venéreas y buscaran ayuda médica voluntaria. En estas residencias, las prostitutas debían ser tanto curadas como reeducadas para el trabajo. El decreto también anunciaba la construcción de comunas de trabajo “para prostitutas sanas que desean volver a una vida de trabajo” (Wood 1997, p. 112). A partir de 1923, el gobierno estableció instituciones para enseñar a las prostitutas un oficio, conocidas como “profilactorios”, que funcionaban de manera similar a los “liberatorios de prostitución” creados más adelante por las anarquistas durante la guerra civil española.

Durante la década de 1920, el gobierno y los académicos soviéticos analizaron las condiciones de vida de las mujeres que ejercían la prostitución, como base para su eliminación. Utilizaron métodos de encuesta para saber por qué las mujeres ejercían la prostitución y el impacto que esta tenía en su vida. Descubrieron que las mujeres que ejercían la prostitución con frecuencia desarrollaban problemas de alcoholismo. También encontraron que las

prostitutas eran frecuentemente detenidas por robo o por alteración del orden público. Por otra parte, las mujeres que ejercían la prostitución vivían en viviendas deficientes o eran personas sin hogar. Muchas eran analfabetas o no habían completado la educación primaria, y pocas tenían habilidades que les permitieran conseguir un trabajo. Estos hechos indicaban que las mujeres habían sido arrastradas a la prostitución provenían de las clases más humildes, tal como los estudios habían concluido en tiempos zaristas. La igualdad que debía eliminar la prostitución aún no se había realizado (Quigley 1991, pp. 1206-1207).

En “Termidor en el hogar”, escrito en 1936, Trotsky constataba que “la prostitución, última degradación de la mujer en provecho del hombre capaz de pagar, existe en la URSS” (Trotsky 1936). El retorno de la prostitución era un producto directo del aumento de las desigualdades sociales fomentado por la burocracia estalinista: “Pero el regreso a las relaciones fundadas sobre el dinero provoca inevitablemente un nuevo aumento de

la prostitución y de la infancia abandonada. En donde hay privilegios también hay parias” (Trotsky 1936). Trotsky concluía afirmando que “es imperdonable hablar del triunfo del socialismo mientras subsista la prostitución” (Trotsky 1936).

Los intentos frustrados de socializar el trabajo doméstico.

En su artículo conmemorando el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, escrito el 7 de marzo de 1921, Lenin afirmaba:

Bajo el capitalismo, la mitad femenina del género humano sufre una doble opresión. La obrera y la campesina están oprimidas por el capital, y, por encima de ello, aun en las repúblicas burguesas más democráticas, para empezar, ellas no disponen de los mismos derechos que el hombre, puesto que la ley no les concede la igualdad con los hombres; y después, -y esto es lo esencial-, viven en la “esclavitud del hogar”, se convierten en las “esclavas domésticas” que sufren el yugo del trabajo más mezquino, más oscuro, más pesado, el más embrutecedor, el trabajo de la cocina y, en general, el trabajo doméstico.

La revolución bolchevique, soviética, arranca las raíces de la opresión y de la desigualdad de las mujeres de forma más profunda que ningún partido ni ninguna revolución en el mundo. Aquí, en la Rusia soviética, no ha quedado rastro alguno de la desigualdad jurídica entre el hombre y la mujer. El poder soviético ha abolido completamente la desigualdad particularmente innoble, abyecta e hipócrita en el derecho del matrimonio y de la familia, la desigualdad concerniente a los niños.

Todo ello no es más que un paso en la emancipación de la mujer. Sin embargo, ninguna de las repúblicas burguesas, incluso la más democrática, se ha atrevido a dar este primer paso. No se han atrevido por miedo de la “sacrosanta propiedad privada”.

El segundo y más importante paso fue la abolición de la propiedad privada sobre la tierra, las fábricas y los talleres; eso, y solo eso, abre la vía a la emancipación completa y real de la mujer, a su liberación de la “esclavitud doméstica” mediante la transición del trabajo doméstico en el pequeño

hogar individual a los servicios domésticos socializados a gran escala.

Este paso es difícil, puesto que se trata de la transformación del “orden” más enraizado, habitual, firme, empedernido (a decir verdad, no es un “orden” sino infamia y barbarie). Pero este paso ha empezado a darse, la obra ha comenzado, nos hemos comprometido con la nueva vía (Lenin 1921, p. 162).

A diferencia de las feministas, quienes se limitan a exigir una nueva división de las tareas domésticas dentro de la familia a fin de reducir la proporción de trabajo doméstico que cae sobre los hombros de las mujeres, los teóricos bolcheviques buscaban transferir las tareas domésticas a la esfera pública. La socialización del trabajo doméstico a través de la creación de comedores, lavanderías y guarderías comunales, y mediante la educación de social los niños por maestros pagados por el Estado, era la clave de la emancipación de las mujeres, ya que les permitiría integrarse a la producción social, tanto material como intelectual,

así como a la esfera pública, en condiciones de igualdad con los hombres. De esta manera se eliminaría la dependencia económica de las mujeres de los hombres y se promovería una nueva libertad en las relaciones entre los sexos (Trotsky 1923, p. 42).

Pero los primeros intentos hechos en este sentido por el gobierno bolchevique debieron ser revertidos porque las revueltas campesinas y el aislamiento de la revolución condujeron en marzo de 1921 al abandono del comunismo de guerra y a la adopción de la Nueva Política Económica (NEP), una suerte de capitalismo de Estado bajo el cual se restauró el comercio privado entre la ciudad y el campo y se estableció que las industrias, agrupadas en ramas de producción, debían manejarse por criterios contables de rentabilidad. Los efectos negativos de la NEP sobre la situación de las mujeres trabajadoras incluyeron reducciones drásticas en los servicios sociales y establecimientos para el cuidado de niños (guarderías pagas, desaparición de los comedores comunales), el aumento del desempleo femenino y la reaparición de la prostitución (Goldman 2011).

Un debate en el seno de la cúpula bolchevique

En este contexto de aislamiento y miseria se dio en el seno de la cúpula bolchevique un debate, no suficientemente documentado hasta el presente, entre Alexandra Kollantai, Comisaria del Pueblo para la Asistencia Pública, y la primera línea de los dirigentes bolcheviques. Más allá del acuerdo sobre cuestiones básicas como el matrimonio civil, el derecho al divorcio y el aborto, la socialización de las tareas domésticas y la lucha contra la prostitución, existían divergencias sobre el carácter de las relaciones sexuales, de pareja y familiares en el socialismo.

Lo que parece haber irritado particularmente a la primera línea de los dirigentes bolcheviques fueron sus “Tesis sobre la moral comunista en la esfera de las relaciones sexuales”, publicadas por primera vez en mayo de 1921, en las que Kollontái afirmó que “la sexualidad es un instinto humano tan natural como el hambre o la sed” (Kollantai 1921c, p. 229). Kollantai misma sostiene en sus memorias que “mi tesis, mis

puntos de vista sexuales y morales, fueron amargamente combatidos por muchos compañeros del Partido de ambos sexos”(Kollantai 1926, p. 43).

Según los recuerdos de Zetkin de sus conversaciones con Lenin, el líder bolchevique hizo el siguiente comentario sobre dichas tesis:

La famosa teoría del vaso de agua es, a mi juicio, completamente antimarxista y, además, antisocial. En la vida sexual, no solo se reflejan las condiciones dadas por la naturaleza [das Naturgegebenen], sino también las condiciones creadas por la cultura [das Kulturgewordene], sea esta de nivel elevado o inferior. [...] Las relaciones entre los sexos no son por ende un simple reflejo de la interacción entre de la sociedad y una necesidad física conceptualmente aislada por la observación fisiológica. El querer reducir directamente a la base económica de la sociedad la transformación de estas relaciones, aislándolas y desglosándolas de su conexión con la ideología general, no sería marxismo, sino racionalismo. (Zetkin 1925, cotejado con el original en alemán).

Lenin ligaba ineludiblemente las relaciones familiares y sexuales a la responsabilidad social que estas comprendían frente a las tareas de reproducción, asignándole a las mismas un deber hacia la colectividad”. Finaliza:

Y no es que yo, con mi crítica, quiera predicar el ascetismo. Nada de eso. El comunismo no puede traer el ascetismo, sino alegría de vivir, vitalidad también a través de una vida amorosa plena. Pero, a mi parecer, esa hipertrofia de lo sexual que hoy se observa a menudo no infunde alegría de vivir y vitalidad, sino todo lo contrario (Zetkin 1925)². [12]

Un punto de vista similar aparece en el ensayo de David Riazanov titulado “Los puntos de vista de Marx y Engels sobre el matrimonio y la familia”, editado en castellano con el título *El comunismo y la familia*:

² Para entender esta observación, hay que recordar que Lenin (a diferencia de Trotsky) tenía una opinión muy pobre sobre las teorías de Sigmund Freud: “La teoría freudiana es también, hoy, una de esas tonterías a la moda” (*Die Freud'sche Theorie ist jetzt auch solch eine Modenarrheit*) (Zetkin 1925) [12 en la nota del original].

Según la teoría que proclama al hombre un ser superior para el hombre; que demuestra la necesidad de la abolición de todas las condiciones sociales que humillan al hombre y lo transforman en objeto de humillación, de explotación y de satisfacción de los deseos de otro; según esta teoría, toda tentativa de poner sobre el mismo plano un deseo tan natural como el de la alimentación y un deseo tan natural como el instinto sexual, prueba solamente un nivel cultural extremadamente inferior. El objeto que satisface la primera de estas necesidades no es más que una cosa; el objeto que satisface la segunda es un ser humano, un ser que vive, que puede sufrir: un ser social. [...] Yo repito la idea perfectamente desarrollada por Marx: la humanidad se libera, debe liberarse y se liberará de los sentimientos de bestialidad que existen en los gallineros humanos.

Ciertamente, no puede liberarse de las leyes de la naturaleza, pero ella hace humanas todas sus necesidades animales: las somete a la inteligencia. Solamente los cretinos morales pueden tener en cuenta este “materialismo”, para el cual satisfacer

el hambre y satisfacer el instinto sexual es la misma cosa. El objeto del primer deseo es un objeto inanimado; el objeto del otro es un ser humano capaz de gozar y sufrir (Riazanov 1927, pp. 16 y 34).

En su ensayo “La familia y el comunismo” Kollantai desarrolló la idea (que Wendy Goldman, en su libro *La mujer, el Estado y la revolución: Política familiar y vida social soviéticas 1917-1933*, atribuye a los líderes bolcheviques en su conjunto) de que la familia desaparecería y sería reemplazada por una “unión libre”, a la cual definía vagamente como “dos miembros iguales de estado de los trabajadores que están unidos por el amor y el respeto mutuo”.

En términos igualmente generales, Kollontái afirmaba que “en lugar de la familia individual y egoísta, una gran familia universal de los trabajadores se va a desarrollar, en la que todos los trabajadores, hombres y mujeres, van a ser sobre todo compañeros” (Kollantai 1920, p. 259).

¿Cuál sería el lugar de la sexualidad, de los hijos y de la relación de pareja en esta visión?

Kollantai ofrecía algunos detalles más en sus “Cartas a la juventud trabajadora” de 1922-1923, en las cuales, utilizando metáforas (las relaciones sexuales no acompañadas por vínculos sentimentales son llamadas el “Eros sin alas”, mientras que las relaciones sexuales acompañadas por vínculos sentimentales son el “Eros alado”) intentaba analizar la cuestión desde una perspectiva histórica:

La ideología burguesa hundió en las mentes de los hombres la idea de que el amor da el derecho a poseer enteramente y\ sin compartir el corazón del ser amado. Tal ideal, tal exclusividad en el amor, se derivaba naturalmente de la forma establecida del matrimonio por parejas y del ideal burgués del “amor absorbente” entre los esposos. ¿Pero puede este ideal corresponder a los intereses de la clase obrera? ¿No es importante y deseable, por el contrario, desde el punto de vista de la ideología proletaria, que las sensaciones de los hombres se hagan más ricas y más numerosas? ¿La multiplicidad del alma no constituye justamente un hecho que facilita el desarrollo y la educación de los

vínculos del corazón y del espíritu mediante los cuales se consolidará la comunidad del trabajo? Cuanto más numerosos sean los hilos tendidos de alma a alma, de corazón a corazón, de un cerebro a otro, tanto más sólido será el espíritu de solidaridad y más fácilmente se realizará el ideal de la clase obrera: la camaradería y la unidad. La exclusividad en el amor, lo mismo que la “absorción” por el amor, no pueden, desde el punto de vista de la ideología proletaria, constituir el ideal de amor que determine las relaciones entre los sexos. Por el contrario, el proletariado, constatando la multiplicidad del “eros alado”, no teme a este descubrimiento y este no le inspira indignación moral como a la burguesía hipócrita (Kollantai 1923).

En este lenguaje esópico, probablemente debido la voluntad de evitar una referencia explícita a la noción anarquista de “amor libre”³, Kollantai transmitía a sus jóvenes

³ Ver la carta de Lenin a Inessa Armand fechada el 17 de enero de 1915, en la que rechaza la prédica del “amor libre” como “una demanda no proletaria, sino burguesa”, y la

lectores (la serie de artículos fue publicada originalmente en el periódico *La guardia joven*) la idea de que el sexo podía ser practicado tanto en el marco de relaciones de pareja estables como de relaciones pasajeras:

La moral hipócrita de la cultura burguesa arrancaba sin piedad las plumas de brillantes colores a las alas de Eros, obligándolo a visitar solamente la “pareja casada legalmente.” Fuera del matrimonio, no había para la ideología burguesa que un Eros sin alas, un Eros desplumado - la atracción pasajera de los sexos en forma de caricias compradas (prostitución) o robadas (adulterio).

Por el contrario, la moral de clase obrera rechaza claramente la forma externa que rige la relación de amor entre los sexos. Para las tareas de clase del proletariado es completamente irrelevante que el amor tome la forma de una unión duradera o que se exprese en la forma de una relación pasajera (Kollontái, 1923).

Kollontai llegaba –en directa contraposición a la tesis de Engels según la cual “dado

respuesta a las objeciones de Armand en su carta del 24 de enero de 1915 (Lenin 1915a, p. 181).

que, por su propia naturaleza, amor sexual es exclusivista, el matrimonio fundado en el amor sexual es, por su propia naturaleza, monógamo”⁴ a la conclusión de que en la sociedad comunista del futuro “el amor en el sentido contemporáneo de la palabra” desaparecería:

Cuanto más fuertemente esté soldada la nueva humanidad por vínculos de solidaridad duraderos, tanto más estrechamente estará unida en todos los ámbitos de la vida, la creación y las relaciones mutuas, y menos espacio quedará para el amor en el sentido contemporáneo de la palabra. El amor contemporáneo siempre ha pecado por el hecho de que absorbe todos los pensamientos y sentimientos de los “corazones amantes”,

⁴ “Pero dado que, por su propia naturaleza, el amor sexual es exclusivista –aun cuando en nuestros días ese exclusivismo no se realiza nunca plenamente sino en la mujer [debido a la existencia de la prostitución]–, el matrimonio fundado en el amor sexual es, por su propia naturaleza, monógamo. (Da nun die Geschlechtsliebe ihrer Natur nach ausschließlich ist - obwohl sich diese Ausschließlichkeit heutzutage nur in der Frau durchweg verwirklicht–, so ist die auf Geschlechtsliebe begründete Ehe ihrer Natur nach Einzelehe.)” (Engels 1884).

aislando y separando de la comunidad a la pareja de enamorados. Esta separación de la “pareja de amantes” [de la sociedad], este aislamiento moral, se convertirá no solo en innecesario sino en psicológicamente imposible, en una sociedad en la que estarán estrechamente ligados los intereses, los derechos y las aspiraciones de todos los miembros. En este nuevo mundo, la forma reconocida, normal y deseable de relaciones entre los sexos tendrá probablemente por base la sana, la libre, la natural atracción entre los sexos (sin perversiones y sin excesos); tendrá por base el “eros transfigurado” (Kollontái 1923).

Esta nueva forma de relaciones entre los sexos, basada en el “reconocimiento por parte de uno de los derechos de la otra y viceversa, sin pretender poseer en forma indivisa el corazón y el alma del ser amado (sentimiento de pertenencia, fomentado por la civilización burguesa)”, estaría subordinada a los intereses de la comunidad:

Pero, mientras que proclama los derechos del “eros alado” (del amor), la ideología de la clase obrera, al mismo tiempo, subordina

el amor que siente un miembro de la colectividad laboriosa por otro a un sentimiento más potente, un sentimiento de deber hacia la comunidad. Por grande que sea el amor que une a dos personas de distinto sexo, por muy numerosos que sean los lazos del corazón y del espíritu entre ellos, los lazos con la comunidad deben ser más fuertes y más numerosos, y por así decirlo más orgánicos. La moral burguesa dice: todo para el ser amado. La moral proletaria prescribe: todo para la comunidad (Kollontai 1923).

Las polémicas generadas por estas ideas no ha sido objeto de un análisis histórico serio hasta el presente, por lo que nos limitaremos a señalar que el razonamiento de Kollontai choca frontalmente con las respuestas que Trotsky (quien difícilmente pueda ser acusado de intentar mantener a las mujeres en sus roles tradicionales, ver el Apéndice III) dio a las “Catorce preguntas sobre la vida y la moral en la Unión Soviética”, del 17 de setiembre de 1932, las cuales están en sintonía con la visión de Lenin y de Riazanov (Trotsky 1932).

En dicha entrevista reafirmó la concepción marxista sobre la familia y la opresión de la mujer. Ante la pregunta “¿Destruye el bolchevismo deliberadamente la familia?”, Trotsky afirmaba:

Si se considera “familia” la unión compulsiva basada en el contrato matrimonial, la bendición de la iglesia, el derecho de propiedad y el pasaporte único, entonces el bolchevismo destruyó de raíz esta familia policial. Si se entiende por “familia” la dominación ilimitada de los padres sobre los hijos y la carencia de derechos legales por parte de la esposa, entonces, desgraciadamente, el bolchevismo aún no ha destruido por completo este lastre de la vieja barbarie social (Trotsky 1932, pp. 185).

Al mismo tiempo Trotsky, junto con los principales líderes bolcheviques y a diferencia de Kollontai, no planteaba la existencia de ningún esquema pseudo-evolutivo de la pareja a una forma superior de relaciones sexuales:

Liberado de las cadenas de la policía y el clero, más tarde también de las de la

necesidad económica, el lazo entre hombre y mujer hallará una expresión propia, que estará determinada por la fisiología, la psicología y la preocupación por el bienestar de la raza humana. El régimen soviético todavía está lejos de haber solucionado este como tantos otros problemas, pero creó bases serias para su solución. De todos modos, el problema del matrimonio dejó el terreno de la tradición acrítica y de la fuerza ciega de las circunstancias para pasar al de la razón colectiva (Trotsky 1932, pp. 185).

En este sentido, la concepción de los líderes bolcheviques empalma con la del propio Engels, quien, al igual que Marx, se negaba a “formular recetas de cocina para el bodegón del porvenir” (Marx 1867, p. 17):

Así, pues, lo que podemos conjeturar hoy acerca de la regularización de las relaciones sexuales después de la inminente supresión de la producción capitalista es, más que nada, de un orden negativo, y queda limitado, principalmente, a lo que debe desaparecer. Pero, ¿qué sobrevendrá? Eso se verá

cuando haya crecido una nueva generación: una generación de hombres que nunca se hayan encontrado en el caso de comprar a costa de dinero, ni con ayuda de ninguna otra fuerza social, el abandono de una mujer; y una generación de mujeres que nunca se hayan visto en el caso de entregarse a un hombre en virtud de otras consideraciones que las de un amor real, ni de rehusar entregarse a su amante por miedo a las consideraciones económicas que ello pueda traerles. Y cuando esas generaciones aparezcan, enviarán al cuerno todo lo que nosotros pensamos que deberían hacer. Se dictarán a sí mismas su propia conducta, y, en consonancia, crearán una opinión pública para juzgar la conducta de cada uno. ¡Y todo quedará hecho! (Engels 1884, Capítulo II: La Familia)

En general, el atraso y el aislamiento de la revolución rusa, que en sí misma no fue una revolución socialista pura sino una combinación de una revuelta campesina en el campo, en el cual vivía la aplastante mayoría de la población, con una revolución obrera en las ciudades, imprimió al debate sobre la familia el carácter de una discusión

abstracta sobre principios ideológicos más que de un balance de experiencias concretas de relaciones de pareja resultantes de la socialización de las tareas domésticas y de la educación de los niños, y de la completa independencia económica de la mujer como producto de su integración plena en los procesos de producción y en la esfera pública.

Era imposible plantear una forma nueva y superior forma de familia en el marco de la cruda realidad de la clase obrera soviética, y en particular de la penosa situación de las mujeres y los niños. La disolución de la familia se desenvolvía de manera acelerada; muy por el contrario, las instituciones tendientes a la socialización de trabajo doméstico y la crianza de los niños se encontraban en un franco retroceso durante la NEP. En este marco las mujeres eran recluidas nuevamente a la vida doméstica individual, y sumergidas en la miseria frente a la desintegración del núcleo familiar, sin que el Estado pudiera absorber las tareas de la crianza de los niños.

Trotsky en “Termidor en el hogar” señala:

La familia, considerada como una pequeña empresa cerrada, debía ser sustituida, según la intención de los revolucionarios, por un sistema acabado de servicios sociales: maternidades, casas cunas, jardines de infancia, restaurantes, lavanderías, dispensario, hospitales, sanatorios, organizaciones deportivas, cines, teatros, etc. La absorción completa de las funciones económicas de la familia por la sociedad socialista, al unir a toda una generación por la solidaridad y la asistencia mutua, debía proporcionar a la mujer, y, en consecuencia, a la pareja, una verdadera emancipación del yugo secular (Trotsky 1936).

Sin embargo, Trotsky enfatizaba que los recursos reales del Estado no correspondían a los planes y las intenciones del partido comunista, es decir, a “la educación colectiva y la socialización de la economía familiar”:

La familia no puede ser abolida: hay que reemplazarla. La emancipación verdadera de la mujer es imposible en el terreno de la “miseria socializada”. [...] No, la mujer so-

viética aún no es libre. La igualdad completa representa también muchas más ventajas para las mujeres de las capas superiores que viven del trabajo burocrático, técnico, pedagógico, intelectual en general, que para las obreras y, especialmente, para las campesinas. Mientras que la sociedad no esté capacitada para asumir las cargas materiales de la familia, la madre no puede desempeñar con éxito una función social, si no dispone de una esclava blanca, considera, nodriza, etc. (Trotsky 1936).

Los debates respecto a las nuevas formas que podría adquirir la familia no podrán desligarse del análisis material concreto de la sociedad en los que se desarrollan. El carácter de las relaciones sexuales, así como la conformación de la familia en tanto producto de una organización social determinada, se encontraban sujetos a los avances y retrocesos propios de la revolución bolchevique y del proceso revolucionario a nivel mundial. En este contexto, el ideal del “amor libre” defendido por Kollontai no encontraba un terreno concreto de desarrollo.

Capítulo 3

Recuerdos sobre Lenin



Pintura de Isaak
Brodsky, 1925

* En estas horas difíciles, en que cada uno de nosotros siente angustiosamente, con hondo dolor personal, que hemos perdido a alguien insustituible, se alza resplandeciente, plétórico de vida, el recuerdo de momentos en los que vemos traslucirse como en una llamareda, a través del gran guía, al gran hombre. La conjunción armónica de la grandeza del guía y de la del hombre acuñaba la figura de Lenin y le ha “atesorado para siempre en el gran corazón del proletariado mundial”, para decirlo con las palabras con que Marx ensalzaba la gloria de los luchadores de la Comuna de París. Pues los trabajadores, los sacrificados a la riqueza, los que, como el poeta, no conocen esa “postiza cortesía de Europa” –es decir, las mentiras y las hipocresías convencionales del mundo burgués–, saben distinguir con fino y sensible instinto lo auténtico de lo falso, la grandeza sencilla

* (Texto tomado de la “Colección Clásicos Universales de Formación Política Ciudadana” - PRD

Primera edición, diciembre de 2019, México)

y la vanidad afectada y ampulosa, el amor de quien se consagra a ellos con el sacrificio de su vida y con la voluntad ardiendo en el afán de realizaciones y la postura de quienes vienen a su campo buscando una popularidad en la que solo se refleja un deseo necio de fama.

Siempre me ha repugnado sacar a la publicidad cosas personales. Pero hoy considero un deber estampar aquí, extraídos de lo íntimo de mis recuerdos personales, algunos asociados a nuestro inolvidable guía y amigo. Deber hacia quien, por la teoría y por el hecho, nos enseñó cómo la voluntad revolucionaria puede moldear conscientemente los fenómenos necesarios y preparados por la historia. Deber hacia aquellos a quienes se consagraban su amor y sus actos; hacia los proletarios, los creadores, los explotados, los esclavos del mundo entero, a quienes su corazón abrazaba, compartiendo sus dolores y en quienes su idea indomable veía los luchadores revolucionarios, los constructores de un nuevo y más alto orden social.

Fue en los primeros días del otoño de 1920 cuando volví a encontrarme con Lenin por vez primera desde que la revolución rusa había comenzado a “estremecer el mundo”. Fue, si mal no recuerdo, inmediatamente de llegar yo a Moscú, en una asamblea del Partido, que se celebraba en la sala Sverdlov del Kremlin. Lenin no había cambiado nada, apenas había envejecido. Hubiera jurado que aquella chaqueta, pulcramente cepillada, era la misma modesta chaqueta con que le había conocido en 1907, en Stuttgart, en el Congreso mundial de la Segunda Internacional. Rosa Luxemburgo, con su ojo certero de artista para todo lo característico, me señaló a Lenin, diciéndome: “¡Fíjate bien en él! Es Lenin. Observa su cabeza voluntariosa y tenaz. Es una cabeza de aldeano auténticamente rusa, con ligeras líneas asiáticas. Esa cabeza se ha propuesto derribar una muralla. Acaso se estelle, pero no cederá jamás.”

Ahora, en el Kremlin, la actitud de Lenin y su modo de comportarse eran los mismos, los de siempre. Los debates se hacían de vez en cuando agitados y turbulentos. Lenin se

distinguía, como se había distinguido siempre en los Congresos de la Segunda Internacional, por el modo de observar y seguir atentamente los debates, por su gran serenidad y por aquella calma, segura de sí misma, que era concentración, energía y elasticidad interiores reconcentradas. Así lo atestiguan, de vez en cuando, sus interrupciones y observaciones y sus largos análisis, una vez que tomaba la palabra. Nada notable parecía escapar a su aguda mirada y a su claro espíritu. Durante aquella sesión –como después, en todos sus actos– me pareció que el rasgo más saliente del carácter de Lenin era la sencillez y la cordialidad, la naturalidad de su trato con todos los camaradas. Y digo “naturalidad”, pues tenía la sensación firme de que aquel hombre no podía comportarse de otro modo. Su conducta para con todos los camaradas era la expresión natural de lo más íntimo de su ser.

Lenin era el jefe indiscutido de un partido que había marchado a la cabeza de los proletarios y los campesinos, trazándoles el camino y señalándoles los derroteros en su

lucha por el Poder, y que ahora, sostenido por la confianza de estas masas, gobernaba el país y ejercía la dictadura del proletariado. En la medida en que puede serlo un individuo, Lenin era el guía y el caudillo de aquel gran imperio transformado por la revolución en el primer Estado obrero y campesino del mundo. Sus ideas, su voluntad resonaban en millones de hombres, dentro y fuera de las fronteras de la Rusia soviética. Su criterio pesaba con fuerza decisiva en toda resolución, de importancia dentro de este país y su nombre era símbolo de esperanza y de liberación donde quiera que hubiese explotados y oprimidos. “El camarada Lenin nos lleva hacia el comunismo, y afrontaremos, por duro que sea, cuanto haya que afrontar”, declaraban los obreros rusos que, acariciando en su alma un reino ideal de humanidad suprema, corrían a los frentes, sufriendo hambre y frío o luchaban entre dificultades indecibles por la restauración de la industria. “No hay que temer que vuelvan los señores y nos arrebatén las tierras. El padrecito Lenin y los soldados rojos nos salvarán”, exclamaban los

campesinos. “¡Viva Lenin!”, se leía en las paredes de más de una iglesia italiana, como grito entusiasta de admiración de algún proletario que saludaba en la revolución rusa la vanguardia de su propia emancipación. El nombre de Lenin congregaba, en América, en el Japón y en la India, a todos los que se rebelaban contra el poder esclavizador de la riqueza.

Y, sin embargo, ¡cuán sencilla, cuán modesta era la figura de aquel hombre que tenía ya detrás de sí una obra histórica gigantesca y sobre cuyos hombros pesaba una carga agobiadora de confianza ciega, de terrible responsabilidad y de trabajo sin fin! Lenin se hundía y se perdía por entero en la masa de los camaradas, confundiéndose con ellos, como uno cualquiera, como uno de tantos. Ningún gesto, ningún movimiento que le destacase sobre los demás como una “personalidad”. Su personalidad auténtica y legítima no necesitaba esos adobos. Desfilaban incesantemente mensajeros con noticias y avisos de las más diversas oficinas, de autoridades civiles y militares. Noticias

contestadas muchas veces con un par de líneas escritas sobre la marcha. Lenin tenía para todos una sonrisa o un afectuoso movimiento de cabeza, cuyo reflejo era siempre una cara resplandeciente de alegría. Durante los debates, eran frecuentes los cambios de impresiones en voz baja con camaradas dirigentes. En los descansos, caían sobre Lenin verdaderas avalanchas. Camaradas de ambos sexos de Moscú, de Petrogrado, de los más diversos centros; jóvenes, muchos jóvenes, le cercaban. “Vladimir Ilich, haga el favor...” “Camarada Lenin, no puede negarse ...” “Sabemos de sobra, Ilich, que usted ...; pero...”. Los ruegos, las preguntas, las proposiciones zumbaban como un verdadero enjambre.

La paciencia de Lenin para escuchar y contestar era inagotable, verdaderamente maravillosa. No había cuidado de partido ni dolor personal que no encontrasen en él un oído alerta y un consejo afectuoso. Pero lo más hermoso de toda era su modo de tratar a los jóvenes. Hablaba con ellos como un camarada más, libre de toda pedantería escolástica, sin pensar nunca, ni por asomo, que la

edad fuese por sí sola una virtud insuperable. Lenin se movía entre los jóvenes como un igual entre iguales, unido a ellos por todas las fibras de su corazón. En él no había ni rastro de “hombre de mando”; su autoridad dentro del partido era la de un padre ideal a cuya superioridad se sometía todo el mundo, con la conciencia de que aquel hombre sabía comprender y ser comprendido. Respirando aquella atmósfera que rodeaba a Lenin, yo no podía dejar de pensar con amargura en la estirada y mayestática grandeza de los “jefes venerables” de la socialdemocracia alemana. ¡Y no digamos el repugnante “arribismo” con que el socialdemócrata Ebert se desvive en acechar como “excelentísimo señor presidente de la República” todos los gestos de la burguesía, copiando de ella hasta el modo de escupir y carraspear; arribismo que olvida todo el orgullo del papel histórico del proletariado y hasta toda la dignidad humana. Claro está que esos caballeros no fueron nunca tan “necios y tan audaces” para “querer hacer una revolución” como Lenin. Bajo su guarda y tutela, la burguesía puede, por

ahora, seguir roncando en el que fue “Sacrorromano Imperio”, más tranquila todavía que en los tiempos de Enrique Heine, bajo el reinado de treinta y tres monarcas. Hasta que llegue el día en que la revolución se alce también aquí de entre las olas de los hechos históricamente necesarios, lanzando a la cara de esa sociedad, como un trueno, el grito de *¡Quos Ego!*

* * *

La primera visita que hice a casa de Lenin ahondó la impresión que había sacado de la Asamblea del Partido, y que, desde entonces, se confirmó y robusteció en varias entrevistas. Es cierto que Lenin vivía en el Kremlin, la antigua fortaleza zarista, y que para llegar hasta él había que pasar por delante de varios centinelas, medida esta justificada por la campaña terrorista y contrarrevolucionaria de atentados contra los jefes de la revolución, que por aquel entonces no había cesado todavía. Cuando no había más remedio, Lenin recibía también en los grandes salones de palacio. Pero sus habitaciones particulares

no podían ser más sencillas ni más modestas. Yo he visitado más de una casa obrera instalada con más lujo que el hogar del “omnipotente dictador de Moscú”. Encontré a la mujer y a la hermana de Lenin tomando la cena, que inmediatamente me invitaron a compartir con la mayor cordialidad. Era una cena sobria, como lo requería la dureza de aquellos tiempos: té, pan negro, manteca y queso. Más tarde, la hermana hubo de buscar a todo trance si había algo “dulce” “en honor del huésped”, hasta que descubrió un vasito de fruta en conserva. Todo el mundo sabía que los campesinos obsequiaban a “su Ilich” con abundantes regalos de harina blanca, tocino, fruta, etc. Pero todo el mundo sabía también que nada de esto se quedaba en casa de Lenin. Los regalos iban a parar todos a los hospitales y a los asilos infantiles; la familia de Lenin se atenía rigurosamente al principio de no vivir mejor que los demás, es decir, que las masas trabajadoras.

Desde el Congreso Internacional Socialista de la Mujer, celebrado en Berna, en marzo de 1915, no había vuelto a ver a la camarada

Krúpskaia, la mujer de Lenin. Su cara bondadosa, con sus ojos cálidos y llenos de simpatía, presentaba rasgos imborrables de la pérfida enfermedad que la mina. Pero, aparte de esto, también ella era la misma de siempre, la encarnación viva de la sinceridad, de la modestia de carácter y de una sencillez verdaderamente puritana. Con aquel pelo liso, peinado hacia atrás y recogido en un moño hecho a la ligera, y con aquel vestido libre de todo adorno, parecía una de tantas mujeres obreras, una de esas mujeres ajetreadas cuyo eterno cuidado es ahorrar tiempo, ganar tiempo. La “primera mujer del gran Imperio ruso” –según la idea que se forma y las palabras en que se expresa la burguesía– es, indiscutiblemente, la primera en sacrificarse alegremente y, sin preocuparse de sí misma, la primera en entregarse a la causa de los oprimidos y atormentados. Fue la íntima e inseparable comunidad de los caminos y de la obra de su vida lo que la unió a Lenin. Imposible hablar de él sin pensar en ella. Era la “mano derecha de Lenin”, su suprema y mejor secretaria, su camarada más firme en

ideas, la intérprete y mediadora más fiel de sus opiniones, igualmente incansable en la obra de reclutar, enérgicamente y con habilidad, amigos y partidarios para el maestro genial, en su labor de propaganda entre las masas obreras. Además de todo esto, tenía su radio propio y personal de acción, al que se consagra con toda su alma: la cultura y la enseñanza de las masas populares.

Sería ridículo, injurioso, el solo hecho de presumir que la camarada Krúpskaia representaba en el Kremlin el papel de “señora de Lenin”. Trabajaba y velaba con él y para él, como lo había hecho toda la vida, aun durante las épocas en que la ilegalidad y las más duras persecuciones los separaron. Con su temperamento profundamente maternal, la camarada Krúpskaia –ayudada amorosamente por María Ilichna, la hermana de Lenin– convertía la casa en “hogar”, en el sentido más noble de esta palabra. Este sentido no era, evidentemente, el de esa gazmoñería pequeñoburguesa de los “hogares” alemanes, sino el de una atmósfera espiritual, que lo llenaba y que era la emanación de las relaciones establecidas

entre los seres que vivían y laboraban en él. Tenía uno la sensación de que en aquellas relaciones todo se basaba y armonizaba sobre la verdad y la veracidad, la cordialidad y la comprensión. Yo, aunque hasta entonces apenas había conocido personalmente a la camarada Krúpkaia, me sentía en seguida en su “reino” y bajo sus cuidados amorosos como en mi propia casa. Y cuando más tarde llegó Lenin, recibido alegremente por los suyos, y un gato grande saltó sobre el hombro de aquel “hombre terrible” y se acomodó tranquilamente en su regazo, casi me imaginaba estar sentada en mi casa o en casa de Rosa Luxemburgo, con su gata “Mima”, histórica ya entre los amigos de Rosa.

Lenin nos encontró a las tres mujeres hablando de arte y de cuestiones de cultura y educación. Yo expresaba en aquel mismo instante mi admiración entusiasta por la labor titánica de cultura de los bolcheviques, por la fermentación y la agitación de las fuerzas creadoras que pugnaban por abrir al arte y a la cultura nuevos caminos. Pero, al hacerlo, no ocultaba mi impresión de que

en todo aquello había mucho, muchísimo de vago e inseguro, de tanteo y experimentación y de que, con la pugna apasionada por encontrar nuevo contenido, nuevas formas, nuevos caminos de vida cultural, se mezclaba también algo de *esnobismo* cultural y artístico a la moda occidental. Lenin intervino en la conversación inmediatamente y con toda vivacidad.

“Ese despertar, esa plétora de fuerza que luchan por dar a la Rusia soviética un nuevo arte y una nueva cultura –dijo Lenin– está bien, muy bien. El ritmo tempestuoso de esta evolución es natural y conveniente. La Rusia soviética quiere y debe recobrar el tiempo perdido durante siglos. Esa fermentación caótica, esa búsqueda febril de nuevas fórmulas y soluciones, ese «Hosanna» que hoy se canta a determinadas tendencias artísticas y espirituales, para mañana cantarles el «Crucifícalas»: todo eso es inevitable.

“La revolución desencadena todas las fuerzas contenidas y las sacas del fondo a la superficie. Para poner un ejemplo. Pienso en la presión que ejercieron sobre

el desarrollo de nuestra pintura, de nuestra escultura y arquitectura, las modas y los caprichos de la corte zarista y los gustos y las preferencias de los señores aristócratas y burgueses. En una sociedad basada en la propiedad privada, el artista produce artículos para el mercado, y necesita compradores. Nuestra revolución ha librado a los artistas del peso de este prosaico estado de cosas. Ha convertido al Estado soviético en su protector y cliente. Todo artista y todo el que se tenga por artista se cree, y tiene razón, con derecho a crear libremente con arreglo a su ideal, sin preocuparse de que lo que crea sirva o no para algo. Ahí tiene usted el porqué de toda esa fermentación, de todos esos experimentos, de todo ese caos.

“Pero, naturalmente, nosotros somos comunistas. No podemos cruzarnos de brazos y dejar que el caos fermenta como le apetezca. Tenemos que encauzar también, clara y conscientemente, esta evolución, procurando moldear y dirigir sus resultados. Y en esto sí que no estamos todavía, ni mucho menos, a la altura de las circunstancias. Somos demasiado

«iconoclastas». Hay que conservar lo bello y tomarlo por modelo, empalmar con ello, aunque sea «viejo», ¿Por qué volverse de espaldas a lo que es realmente bello y repudiarlo definitivamente como punto de arranque para seguir evolucionando por el mero hecho de ser «viejos? ¿Y por qué adorar a lo nuevo como a un dios al que se debe obediencia solo por ser «nuevo»? Esto es un absurdo, un puro absurdo. Por lo demás, aquí hay también mucho de *esnobismo* convencional y de respeto a la moda artística de Occidente. Inconscientemente, claro está. Somos buenos revolucionarios, pero nos creemos obligados a demostrar que estamos al «nivel de la cultura contemporánea». Yo tengo el valor de aparecer como un «bárbaro». No acierto a considerar como las revelaciones más altas del genio artístico el expresionismo, el futurismo, el cubismo, y todos esos ismos. No los comprendo. No me producen la menor emoción.”

Yo no pude por menos de confesar que tampoco poseía el órgano adecuado para comprender que la forma de expresión artística de un

alma apasionada fuese un triángulo en vez de una nariz, ni concebía que el impulso de realizaciones revolucionarias convirtiese el cuerpo del hombre en un saco informe puesto sobre dos zancos y con dos tenedores de cinco púas por brazos. Lenin se echó a reír con todas sus ganas.

“Si, querida Clara; no hay duda que somos ya viejos. Nos contentaremos con seguir siendo jóvenes, por ahora, en la revolución y conseguir marchando en la vanguardia revolucionaria. Con el nuevo arte, ya no podemos, no hacemos más que renquear detrás de él.

“Pero —prosiguió Lenin— lo que interesa no es nuestra opinión acerca del arte. Ni interesa tampoco lo que dé el arte a unos cuantos cientos o a unos cuantos miles, en un pueblo que cuenta tantos millones como el nuestro. El arte es para el pueblo. Debe clavar sus raíces más profundas en las grandes masas trabajadoras. Debe ser comprendido y amado por estas. Debe unir las y levantarlas en sus sentimientos, en sus ideas y en su voluntad. Debe sacar y educar artistas en ellas. No podemos

alimentar a una minoría con bizcocho dulce y hasta refinado, mientras las masas obreras y campesinas carecen de pan negro. Y no digo esto, como se comprende, en el sentido literal de la palabra, sino también en un sentido figurado. No perdamos nunca de vista a los obreros y a los campesinos.

Aprendamos a administrar y a calcular con la vista puesta en ellos, sin excluir tampoco el arte y la cultura.

“Para que el arte pueda llegar al pueblo y el pueblo al arte, lo primero que tenemos que hacer es levantar nuestro nivel general de educación y de cultura. Se entusiasma usted ante la inmensa obra cultural que hemos realizado desde que estamos en el Poder. Y es verdad; sin jactancia, podemos decir que en este respecto hemos hecho mucho, muchísimo. No nos hemos limitado a cortar cabezas, como nos achacan los mencheviques de todos los países y sus Kautskys; también hemos llevado a ellas la luz. A muchas. Pero «muchas», si las medimos por el pasado y por los pecados de las clases y pandillas que antes gobernaban nuestro país. Ante nosotros se alza,

grande, gigantesca, la necesidad de educación y de cultura despertada y espoleada por nosotros en los obreros y en los campesinos. No solo en Petrogrado y en Moscú, en los centros industriales, sino también en el campo, en las aldeas. Y hay que tener en cuenta que somos un pueblo pobre, un pueblo de mendigos. Querámoslo o no, la mayoría de los viejos resultan, culturalmente, sacrificados, desheredados. Es cierto que desplegamos una lucha verdaderamente tenaz contra el analfabetismo. Fundamos bibliotecas y «chozas de lectura» en las pequeñas ciudades y las aldeas. Organizamos cursos de la más diversa especie. Organizamos buenas representaciones teatrales y buenos conciertos, enviamos al campo «cruzadas culturales» y «exposiciones volantes». Pero, repito, que todo esto significa muy poco comparado con los muchos millones de seres que carecen hasta de los conocimientos más elementales, de la cultura más primitiva. Mientras que en Moscú se entusiasmarán esta noche unas diez mil personas, y mañana otras diez mil, asistiendo a brillantes representaciones

teatrales, grita clamorosamente la apetencia de millones de seres por poseer el arte de deletrear, de escribir su nombre, de saber sumar, grita clamando por cultura, clamando por saber que la tierra es una bola y no un disco, que el mundo se gobierna por leyes naturales y no por brujas y encantadores, aliados al Padre celestial.”

—No se queje usted tan amargamente del analfabetismo, camarada Lenin —intervine yo—; pues, seguramente, que hasta cierto punto ha servido para facilitar la revolución. Gracias a él, el cerebro de los obreros y los campesinos no se ha visto atascado y apesadado de ideas y concepciones burguesas. En esos cerebros, la propaganda y la agitación caen en tierra virgen. Es más fácil sembrar y cosechar en tierra como esa que no donde antes de labrar hay que desarraigar toda una selva de prejuicios.

—Sí, es exacto —replicó Lenin—; pero solo hasta cierto punto; mejor dicho, dentro de una cierta etapa de lucha. El analfabetismo era perfectamente compatible con la lucha por la conquista del Poder, con la necesidad de destruir

la vieja máquina del Estado. Pero ¿acaso nosotros destruimos por el solo gusto de destruir? No; destruimos para construir otra cosa mejor. Y el analfabetismo se concilia mal, no se concilia, en modo alguno, en la obra constructiva. Y esta obra ha de ser, según Marx, realizada por los propios obreros, y también por los campesinos, añadido yo, si quieren emanciparse. Nuestro régimen soviético facilita estas tareas. Gracias a él, miles de trabajadores aprenden a laborar constructivamente en los diversos Soviets y órganos soviéticos. Son hombres y mujeres “en lo mejor de la vida”, como ustedes suelen decir. Se trata, por tanto, y esto es lo que interesa, de gentes que, en su mayoría, se han criado bajo el antiguo régimen y, por consiguiente, sin educación y sin cultura. Hoy, estos hombres pugnan apasionadamente por alcanzar la cultura y la educación que no les dieron. Nosotros nos esforzamos cuanto podemos por incorporar a la labor de los Soviets a nuevos hombres y nuevas mujeres educándolos de este modo práctica y teóricamente. Pero, a pesar de todos nuestros esfuerzos, la necesidad de elementos

administrativos y constructivos dista mucho de estar cubierta. Esto nos obliga a emplear a burócratas a la antigua usanza, y nos encontramos con un burocratismo gremial. Yo lo odio de todo corazón. No al burócrata individual, que puede ser un hombre muy útil. Odio el sistema, pues lo paraliza y corrompe todo de arriba a abajo. Pero para vencer y desterrar el burocratismo, no hay más que un camino decisivo: llevar a las grandes masas del pueblo la enseñanza y la cultura.

“¿Qué perspectivas se abren ante nosotros para el porvenir? Hemos creado instituciones magníficas, y hemos adoptado medidas realmente buenas para que la juventud proletaria y campesina pueda aprender, estudiar, adquirir cultura. Pero otra vez nos sale al paso la pregunta torturante: ¿qué significa esto para tantos millones? Peor todavía. Nos faltan muchos, muchísimos jardines de infancia; muchas, muchísimas casas-cunas y escuelas elementales. Millones de niños se crían sin educación y sin enseñanza. Se crían entregados a la ignorancia y a la cultura de sus padres y de sus abuelos. ¡Cuántos talentos

estrangulados, cuántas ansias pisoteadas! Esto es un crimen horrible contra el derecho de las nuevas generaciones a ser felices y un desfalco que se comete contra la riqueza del Estado soviético, llamado a desarrollarse hacia el comunismo. Es un peligro muy grave para el porvenir”.

En la voz de Lenin, tan serena de ordinario, gruñía ahora una indignación contenida. “Mucho tiene que apasionarle, que subyugarle —pensé yo— este problema, cuando se pone a pronunciar ante nosotras tres un discurso de agitación.” Alguien —no recuerdo quién— apuntó algunas observaciones, señalando “circunstancias atenuantes” en ciertos aspectos salientes de la vida artística y cultural y explicándolos por la situación actual de las cosas. A esto replicó Lenin:

—¡Ya sé, ya sé! Algunos están sinceramente convencidos de que, con “pan y diversiones”, salvaremos las dificultades y los peligros de momento. Pan, ¡bien está! Diversiones, ¡no hay inconveniente! Pero no debe olvidarse que las diversiones no son ningún arte grande ni verdadero, sino simples entretenimientos. Ni

debe olvidarse tampoco que nuestros obreros y nuestros campesinos no son el proletariado andrajoso de Roma. No viven a costa del Estado, sino que sostienen a este con su trabajo. Han «hecho» la revolución y han defendido su obra con sacrificios sin cuento, con ríos de sangre. Nuestros obreros y nuestros campesinos merecen realmente algo más que diversiones de circo. Tienen derecho a que se les dé un arte auténtico y grande. Por eso, lo más urgente es difundir la cultura y la educación entre las masas del pueblo. Esta obra creará – siempre y cuando que las masas tengan el pan asegurado– el terreno cultural sobre el que florecerá un arte realmente nuevo y grande, un arte comunista, que sabrá moldear las formas adecuadas a su contenido. Hay aquí una cantera de tareas inmensas y dignas de atención para nuestros “intelectuales”. Comprendiéndolas y realizándolas, pagarían estos su tributo a la revolución proletaria, que les ha abierto también a ellos de par en par las puertas hacia la libertad, sacándolos de ese mísero nivel de vida que el *Manifiesto Comunista* describe de un modo tan insuperable.

Aquella noche –era ya tarde– hablamos todavía de una serie de problemas. Pero la impresión de estas otras conversaciones se esfumó apenas apagarse el eco de las palabras, ahogada por las manifestaciones de Lenin acerca del arte, la cultura, la educación y la enseñanza popular. “¡Con qué sinceridad y con qué calor –cavilaba yo, al volver a casa con la cabeza febril a través de la noche fría– ama este hombre al pueblo del trabajo! ¡Y pensar que hay quien le tiene por una fría máquina especulativa, por un rígido fanático de las fórmulas, para quien los hombres no son más que categorías históricas, con las que juega y especula como un calculador insensible!”

En mi recuerdo se ha quedado grabada inextinguiblemente otra conversación con Lenin. Como muchos de los que por aquel entonces iban de los países occidentales a Moscú, también yo hube de pagar mi tributo al cambio del régimen de vida, y caí enferma en cama. Lenin me visitó. Preocupado por mí, como la mejor de las madres, se informó de si estaba bien atendida y alimentada, de

si tenía un buen tratamiento médico, etc., y me preguntó qué deseaba o apetecía. Detrás de él, vi la cara bondadosa de la camarada Krúpskaia. Lenin dudaba que todo estuviese tan bien y tan magníficamente como yo decía. Lo que más le preocupaba era que estuviese metida en el cuarto piso de una casa soviética, “que, si bien teóricamente tenía ascensor, de hecho, no funcionaba”. Exactamente lo mismo que la decisión y la simpatía de los kaustkianos por la revolución —añadió Lenin sarcásticamente—. Y de pronto la navicilla de nuestra charla se puso a surcar las aguas políticas.

La brusca helada de la retirada del Ejército rojo en su marcha sobre Polonia no dejó madurar los floridos sueños revolucionarios que yo, y conmigo muchos otros, nos habíamos forjado al ver a las tropas soviéticas avanzar sobre Varsovia como un rayo. Describí a Lenin la impresión que había producido sobre la vanguardia revolucionaria del proletariado alemán y la que había causado a los Scheidemann y los Dittmann, a la burguesía y a la pequeña burguesía el ver

a los tovarischi con la estrella soviética en la gorra, vestidos con aquellas estrafalarias prendas de uniformes viejos y de trajes de paisano, con los pies envueltos en trapos o metidos en botas desgarradas, avanzar sobre la frontera alemana, montados en sus caballos menudos y vivos. “¿Conseguirían o no conseguirían ocupar Polonia y pasar la frontera?” “¿Y si la pasan?” Tales eran las preguntas que inquietaban y apasionaban los espíritus en Alemania por aquel entonces, y que los estrategas de mesa de cervecería contestaban esbozando grandiosas batallas ante las caras asombradas de sus interlocutores. En aquellas incidencias se ponía de relieve que, en todas las clases, en todos los sectores sociales se acumulaba mucho más odio chovinista contra la Polonia imperialista de los guardias blancos que contra el “enemigo jurado” francés. Pero, más fuerte todavía que el odio chovinista contra Polonia, y más imponente que la devoción ante la santidad del Tratado de Versalles, era el miedo a las perspectivas de la revolución. Ante este miedo, el patriotismo feroz en las palabras y el

suave y dulce pacifismo se acurrucaban por igual. Y la burguesía y la pequeña burguesía, y con ellas su séquito reformista, dentro del campo proletario, miraban con un ojo riendo y otro llorando la marcha de los acontecimientos en Polonia.

Lenin escuchaba atentamente mis palabras acerca de todo esto y acerca de la actitud del partido comunista y de los dirigentes del partido y de los sindicatos reformistas en particular. Se estuvo unos minutos callado, pensativo.

“Sí —dijo por último—; en Polonia ha sucedido lo que ha sucedido, lo que acaso tenía que suceder. Ya conoce usted todas las causas que impidieron que nuestra intrépida vanguardia, segura de su triunfo, recibiese de la retaguardia refresco de tropas y municiones, e incluso, pan seco en abundancia. No tuvo más remedio que requisar a los campesinos polacos el pan y otros artículos indispensables. Esto hizo que los campesinos viesan en los soldados del Ejército rojo enemigos y no hermanos que iban a liberarlos. Y sintieron, pensaron

y obraron no socialmente, revolucionariamente, sino de un modo nacionalista, imperialista. La revolución polaca, con la que habíamos contado, no estalló. Los campesinos y los obreros, engañados por las gentes de Pilsudski y Daszynski, defendieron a sus enemigos de clase, dejaron a nuestros valientes soldados rojos morir de hambre, les tendieron la celada y los aplastaron.

“Nuestro Budionny es hoy, tal vez, el mejor jefe de Caballería del mundo. Es, naturalmente, como sin duda sabe usted, hijo de campesinos. Como los soldados del Ejército revolucionario francés, llevaba el bastón de mariscal en la mochila, que en este caso era la alforja. Este hombre no posee un gran bagaje de ciencia guerrera, pero tiene un magnífico instinto estratégico. Es valiente hasta la temeridad, hasta la locura. Comparte con sus soldados, que se dejarían cortar en pedazos por él, las más duras privaciones y los peligros más difíciles. El solo vale por varios escuadrones. Pero todos los méritos de Budionny y de otros caudillos revolucionarios, no podían compensar nuestra desventaja en

materia técnica y militar, ni mucho menos nuestro error político de cálculo, al confiar que estallaría en Polonia la revolución. Por lo demás, ya Radek nos había anticipado lo que tenía que ocurrir. Fue él quien nos previno. Por cierto, yo me indigné mucho con él, y le insulté, llamándole «terrorista». Pero, en líneas generales, se demostró que tenía razón. Conoce las cosas de fuera de Rusia, sobre todo las de los países occidentales, mejor que nosotros, y tiene talento. Me he reconciliado con él hace poco. Nos es muy útil. Tuvimos una larga conversación política por teléfono en plena noche o hacia el amanecer. Así vive uno.

“¿Y sabe usted que la paz con Polonia provocó al principio una fuerte resistencia en el partido? Algo así como la Paz de Brest-litovsk. Se me combatió durísimamente por defender la necesidad de aceptar las condiciones de paz, que eran, indudablemente, muy favorables para Polonia y perjudiciales para nosotros. Casi todos nuestros peritos sostenían que, dada la situación reinante en Polonia, sobre todo, teniendo en cuenta la

malísima situación financiera de aquel país, habríamos podido conseguir condiciones de paz mucho más ventajosas para nosotros, manteniéndonos en estado de guerra un poco de tiempo más. Hasta hubiéramos podido arrancar, según ellos, un triunfo completo. De haber proseguido la guerra, los antagonismos y conflictos nacionales de la Galizia oriental y de otras partes del país habrían debilitado considerablemente la fuerza militar de la Polonia oficial, imperialista. A pesar de las subvenciones y los créditos de Francia, las cargas cada vez más agobiadoras de la guerra y la penuria financiera habrían acabado por echar al campo a los campesinos y a los obreros. Además, se aducían toda una serie de razones en pro de la continuación de la guerra, con perspectivas cada vez mejores para nosotros.

“Y yo mismo creo –prosiguió Lenin, reanudando el hilo de sus pensamientos después de una breve pausa– que nuestra situación no nos obligaba a concertar la paz a todo trance. Podíamos haber resistido durante el invierno. Pero, políticamente, me pareció

que era más cuerdo dar facilidades al enemigo. Y los sacrificios pasajeros de aquella dura paz se me antojaban más aceptables que la continuación de la guerra. Las consignas pacifistas de Polonia y de sus amigos, de todos los imperialistas, no son, naturalmente, más que palabrería, palabrería nada más. Ellos confían en Wrángel. Pero nosotros nos aprovecharemos de la paz con Polonia para lanzarnos con todas nuestras fuerzas contra Wrángel y aplastarlo tan concienzudamente, que nos deje en paz para siempre. En la situación actual, la Rusia soviética solo puede salir ganando si demuestra, con su conducta, que ella solo guerrea para defenderse, para proteger a la revolución; que es el único gran Estado pacifista del mundo; que nada está más lejos de su ánimo que el designio de robar territorios, sojuzgar a naciones y lanzarse a aventuras imperialistas. Y, sobre todo, ¿es que podíamos, sin que nos obligase una necesidad imperiosa e inexcusable, someter al pueblo ruso a los horrores, a las torturas de un nuevo invierno de guerra? ¿A nuestros heroicos soldados rojos

de los frentes, a nuestros obreros y campesinos, que han sufrido ya tantas penalidades y privaciones? ¿Después de los años de la guerra imperialista y de la guerra civil, un nuevo invierno de guerra, para que pasasen hambre y frío y muriesen, desesperando en silencio, millones de seres? Los víveres y las prendas de vestir van escaseando. Los obreros se quejan, los campesinos murmuran que no hacemos más que quitarles, y no les damos nada ... No; el solo pensar en las torturas de un nuevo invierno de guerra se me hacía insoportable. Era necesario concertar la paz a todo trance.”

Mientras Lenin hablaba, su rostro se había ido contrayendo ante mis ojos. Profundas arrugas, grandes y pequeñas, un sinnúmero de arrugas, lo surcaban en todas direcciones. Cada una de aquellas arrugas estaba trazada por un grave cuidado o un dolor mordiente. En el rostro de Lenin había una expresión de sufrimiento callado e indecible. Yo me sentía emocionada, conmovida. Ante mi alma se alzaba la imagen de un Cristo crucificado, el Cristo medieval del maestro Grünewald.

Creo que este cuadro se conoce con el nombre de Cristo de la Amargura. El crucificado de Grünewald no tiene ni pizca de parecido con el famoso y dulzón mártir indulgente de Guido Reni, con el que sueñan como “esposo de las almas” tantas viejas solteronas y tantas malcasadas. El crucificado de Grünewald es el hombre cruelmente martirizado y torturado hasta la muerte, en quien se descargan los pecados del mundo. Así veía yo a Lenin ante mí, como un Cristo de la Amargura, agobiado, lacerado con el pensamiento de los dolores y los sacrificios que el pueblo ruso del trabajo había soportado y tenía que soportar en la lucha por su libertad, para poder triunfar sobre sus pérfidos y cínicos enemigos. No tardó en irse. Antes de irse me dijo, entre otras cosas, que se habían encargado diez mil trajes de cuero, bien cerrados, para los soldados rojos que habían de tomar Perecop desde el mar. Antes de que estos trajes tuvieran tiempo de terminarse recibimos con júbilo la noticia de que los heroicos defensores de la Rusia soviética, bajo la dirección tan genial como intrépida

del camarada Piatakof, habían tomado por asalto aquella faja de tierra, poniendo así fin al régimen de terror de Wrángel en la Crimea. Una hazaña militar sin igual de caudillos y acaudillados. Tampoco en el frente Sur hubo guerra aquel invierno.

* * *

En 1921, el tercer congreso mundial de nuestra Internacional y la segunda conferencia internacional de los comunistas me llevaron por segunda vez a Moscú para una larga temporada. Eran tiempos sofocantes. No tanto porque las sesiones cayesen en la segunda quincena de junio y en la primera quincena de julio, en que el sol derramaba sus rayos más ardientes sobre las cúpulas doradas y policromas de la ciudad, como por la atmósfera reinante en los partidos de la Internacional Comunista. Sobre todo, en el partido comunista alemán la atmósfera estaba cargada de electricidad. Las tormentas, los rayos y los truenos eran un espectáculo diario. En nuestras filas, los pesimistas, que solo se entusiasman cuando creen acechar un temporal, profetizan el derrumbamiento,

el fin del partido. Los comunistas organizados en la Tercera Internacional serían malos “internacionalistas” si las apasionadas polémicas que se reñían en torno a la teoría y a la práctica dentro del partido alemán no hubiesen apasionado también los ánimos de los camaradas de otros países. La “cuestión alemana” era, en realidad, una cuestión internacional y ocupaba por aquellos días la atención de la Internacional Comunista.

La “acción de marzo” y la llamada “teoría de la ofensiva” en que aquella se basaba, y que no era posible separar de su punto de partida, aunque no se hubiese formulado con toda claridad y nitidez hasta más tarde, para justificarla, obligaron al pleno de la Internacional Comunista a analizar concienzudamente la situación de la economía y de la política mundiales. Con este análisis trataba de encontrar un terreno seguro para sus posiciones tácticas y de principio; es decir, para sus objetivos más próximos, para movilizar y poner en pie revolucionariamente al proletariado, a las masas trabajadoras.

Como es sabido, yo me contaba entre los críticos más severos de la “acción de marzo”, en cuanto no había sido una lucha de proletarios, sino una acción de partido, mal concebida, mal preparada, mal organizada, mal dirigida y mal realizada. La “teoría de la ofensiva”, engendrada con dolor y estrépito, fue combatida por mí con toda energía. Además, en mi “Debe” personal figuraban otras partidas. Las vacilaciones de la dirección del partido alemán ante el congreso de la socialdemocracia italiana de Livorno y ante la táctica de la Ejecutiva me impulsaron a separarme de la noche a la magna, como protesta, del Comité Central. Lo que más me torturaba era la conciencia de colocarme con este acto de “indisciplina” frente a aquellos que más cerca estaban de mí, política y personalmente: los amigos rusos.

En la Ejecutiva y en el Partido, como en muchas otras Secciones de la Internacional Comunista, la “acción de marzo” tenía no pocos defensores fanáticos, que la celebraban como una lucha revolucionaria de masas, reñida por cientos de miles de

proletarios lanzados a la acción. La “teoría de la ofensiva” se había convertido en algo así como en un nuevo evangelio de la revolución. Sabía que me aguardaban luchas reñidísimas y estaba firmemente resuelta a afrontarlas en torno a la gran línea de principio de la política comunista, ya terminasen con un triunfo o con una derrota.

¿Cómo pensará Lenin acerca de todos los problemas planteados, él que sabe plasmar como ninguno en hechos los principios revolucionarios marxistas, que enfoca los hombres y las cosas en su concatenación histórica y sabe ponderar los balances de fuerzas? ¿Figurará Lenin entre los “izquierdistas” o entre los “derechistas”? Pues, naturalmente, a todo aquel que no aclamase sin condiciones la “acción de marzo” y la “teoría de la ofensiva” se le colgaba a escape la etiqueta de “derechista” y “oportunista”. Yo aguardaba con temblorosa impaciencia ‘el momento en que estas preguntas habían de recibir una contestación categórica. Se trataba de problemas decisivos para los objetivos, la fuerza de acción y hasta para la misma existencia

de la Internacional Comunista. Desde mi salida del Comité Central del partido alemán habían quedado rotos los hilos de mi correspondencia con los amigos de Rusia. En estas condiciones, solo sabía acerca de la posición de Lenin, respecto a la “acción de marzo” y a la “teoría de la ofensiva”, aquello que había llegado a mis oídos en forma de conjeturas más o menos fidedignas.

Lenin me pidió ante todo que le informase acerca de la situación en Alemania, en general, y dentro del partido. Yo me esforcé en informarle con la mayor claridad y objetividad posibles, aduje hechos y cifras. De vez en cuando, Lenin me hacía preguntas poniendo los puntos sobre las íes, y tomaba notas. No oculté mis preocupaciones acerca de los peligros que, a juicio mío, amenazaban al partido alemán y a la Internacional Comunista si el congreso mundial abrazaba la “teoría de la ofensiva”. Lenin se echó a reír con su magnífica risa de hombre seguro de sí mismo.

—¿Desde cuándo —me preguntó— se ha pasado usted al campo de los pesimistas? Esté usted tranquila, que en el congreso los

árboles de los «teóricos de la ofensiva» no van a llegar al cielo. Todavía estamos nosotros aquí. ¿O es que cree usted que hemos «hecho» la revolución sin aprender nada de ella? Queremos, además, que ustedes aprendan de ella también. ¿Acaso esa posición es una teoría? ¡Nada de eso! Es una ilusión, romanticismo y nada más que romanticismo. Por eso ha sido fabricada en el «país de los poetas y los pensadores», con ayuda de mi querido Bela, que pertenece también a un país de poetas, y se cree obligado a ser siempre más «izquierdista» que los de la izquierda. No; nosotros no podemos soñar ni hacer poesía. Tenemos que contemplar la situación económica y política del mundo con mirada fría, muy fría, si queremos dar la batalla a la burguesía y vencer. Y queremos vencer, tenemos necesariamente que vencer. La decisión que adopte el congreso acerca de la táctica de la Internacional Comunista y de todos los problemas en litigio que con ella se relacionan, deberá estar necesariamente enlazada y ser enfocada en relación con nuestras tesis sobre la situación económica internacional.

Todo tiene que formar una unidad. Por ahora, todavía hacemos más caso de Marx que de Thalheimer y de Bela, aunque no puede negarse que Thalheimer es una buena y bien disciplinada cabeza teórica, y Bela un magnífico y leal revolucionario. Sin embargo, todavía se puede aprender más de la Revolución rusa que de la «acción de marzo» en Alemania. Como he dicho, a mí no me inquieta la posición que el Congreso pueda adoptar.

—El Congreso ha de emitir también juicio acerca de la “acción de marzo”, que es, evidentemente, el fruto, la aplicación práctica de la “teoría de la ofensiva”, su modelo histórico —dije yo, interrumpiendo a Lenin—. ¿Acaso puede desligarse la teoría de la práctica? Sin embargo, yo veo que aquí muchos camaradas, aun rechazando la “teoría de la ofensiva”, defienden apasionadamente la “acción de marzo”. Yo encuentro esto poco lógico. Indudablemente que todos nos inclinamos con sincera simpatía ante aquellos proletarios que se lanzaron a la lucha por creerse objeto de una provocación y por querer defender sus legítimos derechos. Todos nos

declaramos solidarios con ellos, fuesen cientos de miles, como quieren hacernos creer los que nos cuentan ese cuento o solamente unos cuantos millares. Pero la posición táctica y de principio que adopte nuestra Central ante la “acción de marzo” es cuestión aparte. Esta acción ha sido y sigue siendo un pecado putchista, y no hay jabón teórico, político o literario capaz de lavar la mancha de este hecho.

—Claro está que la acción defensiva de aquellos proletarios dispuestos para la lucha y el avance ofensivo del partido mal aconsejado o, mejor dicho, de sus dirigentes, deben ser enjuiciados de distinto modo —dijo Lenin, rápidamente y con tono resuelto—. Pero ustedes, los “adversarios de la acción de marzo” tienen también su parte de culpa si no se ha hecho así. Ustedes no han visto más que la política equivocada de la dirección y sus malas consecuencias, sin tener presentes a los proletarios que luchaban en la Alemania Central. Además, la crítica puramente negativa de Paul Levi, en la que no se echa de ver el sentimiento de solidaridad con el Partido,

y que acaso haya disgustado más a los camaradas por su tono que por su contenido, ha desviado la atención de los aspectos más importantes del problema. Por lo que se refiere a la probable posición del Congreso ante la “acción de marzo”, vaya usted haciéndose a la idea de que ha de encontrarse una base para llegar incondicionalmente a una transacción. Sí, míreme usted asombrada y con cara de reproche; usted y sus amigos tendrán que tragarse una transacción. Tendrán que contentarse ustedes con llevarse la mejor parte en el botín del Congreso. Su línea política de principio obtendrá un triunfo brillante. Esto impedirá, además, que la “acción de marzo” se repita. Los acuerdos del Congreso deberán llevarse a la práctica estrictamente. Ya se encargará de ello la Ejecutiva. A mí esto no me inspira la menor duda.

“El Congreso retorcerá el pescuezo a la famosa “teoría de la ofensiva” y decretará la táctica que corresponde a la concepción de ustedes. Pero, para poder hacer esto tiene que echar también unas migajas de consuelo a los que defienden aquella “teoría”. Esto

puede conseguirse si, al enjuiciar la “acción de marzo”, destacamos en primer plano el hecho de que se trataba de unos proletarios lanzados a la lucha por una provocación de los lacayos de la burguesía, y teniendo, por lo demás, un poco de indulgencia “histórica” paternal. Ya sé que usted, Clara, se resolverá contra esto como contra un embrollo y qué sé yo cuántas cosas más. Pero no le servirá a usted de nada. Para que la táctica que acuerde el Congreso pueda llevarse a la práctica lo antes posible y sin fuertes rozamientos, para que presida en lo sucesivo la actuación de todos los partidos comunistas, es necesario que nuestros queridos “izquierdistas” no se vuelvan a sus casas demasiado humillados y amargados.

Además, tenemos que pensar también, y sobre todo y antes que todo, en el estado de espíritu de los obreros verdaderamente revolucionarios que militan dentro y fuera de nuestro Partido. Recuerdo que usted me decía hace tiempo en una carta que los rusos debíamos estudiar un poco mejor la sicología occidental y no dar en seguida a las gentes

con la escoba en la cara. Pues bien; yo he tomado buena nota de su consejo –dijo Lenin, sonriendo satisfecho–. No demos a los “izquierdistas” sin más ni más con la escoba en la cara y pongamos un poco de bálsamo en sus heridas. Ya verá usted qué pronto se ponen a trabajar con satisfacción y energía a su lado por aplicar la táctica del tercer Congreso de nuestra Internacional. Pues esto equivale a reunir, movilizar y lanzar a la lucha contra la burguesía y por la conquista del Poder a grandes masas proletarias, bajo la dirección comunista y en la línea política que usted profesa.

“Por lo demás, las líneas fundamentales de la táctica a seguir están claramente dibujadas en la proposición presentada por usted al Comité central del partido alemán. Esta proposición no era, ni mucho menos negativa, como el folleto de Paul Levi; era, a pesar de todas sus críticas, algo muy positivo. No me explico cómo pudo ser desechada, y encima después de aquella discusión y con aquellas razones. Además, esta posición era completamente impolítica. En vez de aprovecharse

de la diferencia entre una actitud positiva y otra negativa para separarla a usted de Levi, la obligaron, a fuerza de azotes, a pasarse a su lado”.

—¿Acaso cree usted, querido camarada Lenin —le interrumpí— que yo necesito también algunas migajas de consuelo para ayudarme a tragar la transacción? Conmigo puede prescindir del bálsamo y del consuelo.

—No —replicó Lenin—, no era esa mi intención. Y para probarle que no era esa, voy a administrarle inmediatamente una buena tanda de azotes. Diga usted, ¿cómo pudo cometer una tontería tan enorme, sí, una tontería tan enorme, saliéndose del Comité Central? ¿Dónde tenía usted la cabeza? Yo me indigné, me puse furioso de indignación, cuando lo supe. No me explico cómo pudo obrar tan aturdidamente, sin fijarse en las consecuencias del paso que daba y sin ponernos una letra ni pedir nuestra opinión. ¿Por qué no escribió a Zinoviev o por qué no me escribió a mí? Pudo, por lo menos, haber puesto un telegrama.

Le expuse las razones a que había obedecido mi determinación dictada repentinamente

por la situación planteada en aquel entonces. Pero él no admitió mis razones.

—Nada de eso —exclamó enérgicamente—. Usted no había recibido su puesto en el Comité central de aquellos camaradas, sino del partido en conjunto, y no podía tirar por el suelo la confianza en usted depositada.” Y como yo no reconociese mi falta, Lenin continuó criticando duramente mi separación del Comité central, y luego añadió, sin transición: “¿Habría de considerar acaso como una pena merecida el que ayer, en la Conferencia femenina se desencadenase un asalto organizado en toda regla contra usted, como personificación del peor de los oportunistas? Fue bajo la dirección personal del bueno de Reuter (Friesland), quien tomaba parte por vez primera, que yo sepa, en la labor comunista entre las mujeres. Fue una tontería, una verdadera tontería. ¡Creer que se puede salvar la “teoría de la ofensiva” atacándola a usted por la espalda en la Conferencia femenina! Claro está que andaban también en juego otras especulaciones y esperanzas.” Y con ingeniosas y sarcásticas

palabras, acerca de determinadas personas, y, sobre todo, acerca de la “pequeña política femenina, manejada entre bastidores por unos cuantos grandes hombres”, se puso a explicarme la preparación y los objetivos de aquel “asalto”, del que, desgraciadamente, se había enterado cuando ya era tarde. Luego, continuo:

“Espero que tomará usted este episodio, políticamente, por el lado alegre, aunque humanamente tenga un regusto bastante desagradable. No hay que mirar más que hacia los obreros, hacia las masas, querida Clara, y pensar siempre en ellas y en nuestra meta, que alcanzaremos, y todas esas menudencias se quedan en nada. ¿Quién de nosotros no ha tenido que pasar por ellas? También yo he tenido que tragarme mi parte, se lo aseguro. ¿O cree usted que este partido bolchevique, que tanto admira, surgió de golpe y de una pieza? También aquí los amigos han cometido más de una vez cosas que no se pueden llamar precisamente habilidades. Pero, volvamos a su pecado. Tiene usted que prometerme aquí, ahora mismo, que no volverá a

cometer un acto irreflexivo como ese; si no, nuestra amistad ha terminado”.

Después de este intermedio, la conversación volvió a recaer sobre el tema principal. Lenin desarrolló a grandes rasgos su concepción acerca de la táctica de la Internacional Comunista, tal como había de exponerla más tarde en el Congreso, en aquel grandioso discurso, lleno de claridad, y como la mantuvo polémicamente, con mayor nitidez todavía, en los debates de las comisiones que precedieron al pleno. “La primera oleada de la revolución mundial se ha apagado. La segunda no se ha alzado todavía —me explicó—. Sería peligroso que nos hiciésemos ilusiones acerca de esto. Nosotros no somos como Jerjes, aquél que mandó a azotar el mar con cadenas. Pero ¿es que el reconocer los hechos y el tenerlos en cuenta equivale acaso a cruzarse de brazos, a renunciar a todo? ¡Nada de eso! ¡Aprender, aprender y aprender! ¡Obrar, obrar y obrar! Estar preparado, bien preparado y enteramente preparado, para poder aprovechar conscientemente y con toda energía la próxima oleada revolucionaria

que se desencadene. He aquí la táctica. Agitación y propaganda incansables de partido que culminen en acciones de partido, pero en acciones de partido libres de la quimera de que pueden sustituir a acciones de masas. ¡Cuánto hemos tenido que trabajar entre las masas los bolcheviques, antes de poder decir: ¡ha llegado la hora, en pie! Por tanto, ¡acercarse a las masas! Conquistar a las masas como condición previa para la conquista del Poder. Creo que con esta actitud del Congreso pueden estar verdaderamente satisfechos ustedes, los de la acera de enfrente.”

“¿Y Paul Levi? ¿Qué piensa usted de él, qué piensan sus amigos y qué actitud adoptará el Congreso ante esta cuestión?” Esta pregunta me estaba bailando en la lengua desde hacía mucho tiempo. “Paúl Levi – contestó Lenin– es, desgraciadamente, un caso aparte. Y la culpa de ello la tiene, principalmente, el propio Paúl. Se ha alejado de nosotros y ha ido a meterse tozudamente en un callejón sin salida. De esto ha tenido usted que convencerse, en sus campañas tan intensivas de agitación entre los delegados.

A mí no necesita usted someterme a esa agitación. Sabe usted en cuánta estima tengo a Paul Levi y a sus dotes. Le conocí en Suiza y cifré en él, en seguida, grandes esperanzas. Se mantuvo firme en los tiempos de las más duras persecuciones; era valiente, inteligente, pronto al sacrificio. Le creía firmemente unido al proletariado, aunque notaba cierta frialdad en sus relaciones con los obreros. Algo así como un querer “guardar las distancias”. Desde la publicación de su folleto, he comenzado a dudar de él. Me ha asaltado el temor de que haya en él una ‘fuerte tendencia a la intriga y al fraccionalismo, y también un poco de vanidad de literato. Era indispensable, indudablemente, someter a una crítica despiadada la “acción de marzo”. Pero, ¿qué es lo que ha aportado Paul Levi? Una trituration cruel del partido. No solo critica con la mayor parcialidad, exageradamente, hasta la repugnancia, sino que no ofrece nada que permita al partido orientarse. En su crítica, no se echa de ver el menor espíritu de solidaridad con el partido. Y esto es lo que tanto ha indignado a los camaradas en bloques,

haciéndolos ciegos y sordos respecto a las muchas cosas acertadas que se contienen en su crítica, y, sobre todo, respecto a su punto de vista político fundamental, bien orientado. De este modo, fue creándose un estado de espíritu –que se propagó también a los camaradas no alemanes–, en el que la polémica versaba ya exclusivamente en torno al folleto y, sobre todo, en torno a la persona de Levi, en vez de girar sobre la falsa teoría y la mala práctica de la «teoría de la ofensiva» y de los «izquierdistas». Estos tienen que agradecerle a Paúl Levi el que hasta hoy hayan salido tan bien parados, demasiado bien. Paul Levi es el peor enemigo de sí mismo.”

Con las últimas afirmaciones me mostré conforme; pero, en cambio, hube de oponerme enérgicamente a otras. “Paul Levi –dije– no es un literato vanidoso o complacido de sí mismo, ni es tampoco un arribista político ambicioso. Tuvo la fatalidad, y no el deseo, de verse al frente del partido en plena juventud, sin gran experiencia política ni una profunda disciplina teórica. Después del asesinato de Rosa, de Carlos y de Leo, no tuvo

más remedio que hacerse cargo de la dirección, cosa contra la que se resistió bastantes veces. Esto es un hecho. Y si nuestros camaradas no se sienten bastante en la intimidad con él, porque Levi es un solitario, yo estoy firmemente convencida de que vive entregado al partido y a los obreros con todas las fibras de su ser. La desdichada «acción de marzo» le conmovió en lo más hondo. Creía firmemente que aquella acción había puesto y jugado a una carta, frívolamente, la existencia del partido por el que Carlos, Rosa, Leo y muchos otros habían dado sus vidas. Y lloró, lloró literalmente de dolor, ante la idea de que el partido estaba perdido. Solo creía posible su salvación empleando los recursos más heroicos. Escribió su folleto con el estado de espíritu de aquel romano legendario que se arroja voluntariamente al abismo para salvar a la patria con el sacrificio de su vida. Las intenciones de Paul Levi no han podido ser más puras ni más altruistas.”

—No voy a discutir eso con usted —replicó Lenin—. Desde luego, es usted mejor abogado de Levi que él mismo. Pero usted sabe

que en política no interesan las intenciones sino los efectos. ¿No hay un proverbio alemán que dice que “el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones”, o algo parecido? El Congreso condenará a Paul Levi, será duro contra él. Es inevitable. Sin embargo, la condena de Paul se basará solamente en quebrantamiento de disciplina y no en su punto de vista político fundamental.

“Esto no sería posible tampoco, precisamente en el momento en que va a reconocerse, en realidad, la exactitud de ese punto de vista. Por esto, le queda abierto el camino para volverse a nosotros. ¡Ojalá que no se lo cierre él mismo! Su suerte política está en sus manos. Tendrá que someterse al acuerdo del Congreso como un comunista disciplinado y desaparecer de la vida política durante algún tiempo. Esto le sabrá muy amargo, indudablemente. Yo siento con él, y sinceramente me da pena. Puede usted creerme; pero no puedo evitarle esta dura prueba.

“Paul debe recogerse en sí mismo, como nosotros, los rusos, bajo el zarismo, cuando nos enviaban a la deportación o a la cárcel.

Puede ser, para él, un período de estudio intenso y de sereno examen de conciencia. Todavía es joven en años y joven dentro del Partido. Su cultura teórica es muy deficiente. En Economía política, no ha pasado todavía del abecé del marxismo. Volverá a nosotros con conocimientos teóricos más profundos, fortalecido en sus principios y como un buen dirigente del partido, inteligente y hábil. No debemos perder a Levi. Ni por él ni por la causa. No andamos tan sobrados de talentos para que no nos esforcemos por conservar, en lo posible, lo que tenemos. Y si la opinión que usted tiene de él es acertada, su alejamiento definitivo de la vanguardia revolucionaria del proletariado le asestaría a él mismo una herida incurable. Háblele usted afectuosamente, ayúdele a ver las cosas como son, desde el punto de vista general y no desde su punto de vista personal de hombre que quiere «tener razón». Yo le ayudaré a usted en esta tarea. Si Levi se somete a la disciplina, si sale adelante —puede, por ejemplo, colaborar anónimamente en la prensa del Partido, redactar algunos buenos folletos—, le prometo que, de

aquí a tres o cuatro meses, pediré en una carta abierta su rehabilitación. Tiene ante sí la prueba del fuego. Confiemos en que la resistirá.”

Suspiré, como ante algo inevitable cuyos efectos no era fácil prever. “Querido Lenin –dije–, ¡haga usted cuanto pueda! Ustedes, los rusos, tienen la mano ligera para pegar. Sus brazos se abren con rapidez para estrechar al enemigo. Por la historia del partido ruso, sé que aquí las maldiciones y las bendiciones cruzan como el viento ligero sobre la estepa. Pero nosotros, los «occidentales», tenemos la sangre más densa. Sobre nosotros gravita aquella pesadilla histórica de que hablaba Marx. Vuelvo a rogarle encarecidamente que haga cuanto pueda por evitar que perdamos a Paul Levi.” Lenin me contestó: “No tenga usted cuidado. Cumpliré la promesa que le he hecho. Siempre y cuando que no se hunda él mismo.” Y echó mano de su gorra, aquella gorra sencilla de visera, ya un poco usada, y se fue, con su paso tranquilo y enérgico.

Los “oposicionistas” de la delegación alemana –los camaradas Malzahn, Neumann,

Franken y Müller— tenían el ardiente deseo, muy comprensible, de hablar con Lenin, para informarle, a base de su experiencia propia, acerca del carácter y consecuencias de la “acción de marzo”. El camarada Franken, respecto a una parte del Rhin; los otros tres, como elementos sindicales. Insistían, y con razón, en la gran importancia que podía tener el describir ante el primer guía indiscutido de la Internacional Comunista, el estado de espíritu reinante en amplios sectores de buenos proletarios de temple revolucionario y con conciencia de clase, exponiéndole su opinión personal acerca de la “teoría de la ofensiva” y de la táctica que juzgaban necesaria. Además, tenían, naturalmente, mucho interés en conocer personalmente la opinión de Lenin acerca de los problemas que les preocupaban. Avisado Lenin, juzgó “natural” satisfacer el deseo de los camaradas. Se convino el día y la hora en que había de reunirse con ellos en mi cuarto. Los camaradas llegaron bastante antes que él, pues queríamos ponernos de acuerdo acerca de nuestras intervenciones en los debates del Congreso.

Lenin era siempre muy puntual. Entró en el cuarto casi en el minuto convenido, sin que su aparición, sencilla como siempre, fuese advertida apenas por los camaradas, empeñados en una calurosa discusión. “Buenos días, camaradas.” Estrechó la mano a todos y se sentó entre ellos, tomando parte inmediatamente en la conversación. A mí, todo aquello me era familiar y me parecía la cosa más natural del mundo que todos los camaradas conociesen a Lenin. Por eso no se me ocurrió presentárselo. Después de unos diez minutos de conversación sobre temas generales, uno de los camaradas me llamó aparte y me preguntó en voz baja: “Diga usted, camarada Clara, ¿quién es este camarada?” “Pero, ¿cómo: no le ha conocido usted? –contesté–. Es el camarada Lenin.” “¿Es posible –replicó mi amigo–. ¡Yo creía que nos tendría esperando como un personaje! ¡Ni el más sencillo de los camaradas puede ser más sencillo y afectuoso que él! ¡Cuando recuerda uno cómo paseaba solemnemente por el Reichstag los faldones de su levita nuestro ex camarada Hermann Müller, al ser nombrado canciller!”

Me pareció que los camaradas oposicionistas y Lenin resistían recíprocamente, en el examen mutuo a que se estaba sometiendo. A Lenin le interesaba más, manifiestamente, oír, comparar, comprobar y orientarse que recitar ante sus interlocutores “artículos de fondo”, aunque no recatase precisamente su opinión. Era inagotable haciendo preguntas y seguía con vibrante interés las manifestaciones de los camaradas, sugiriéndoles con frecuencia explicaciones y aclaraciones. Insistió enérgicamente en la importancia de desarrollar una labor sistemática y organizada entre las grandes masas obreras y en la necesidad de centralización y de rígida disciplina. Más tarde, me dijo que aquella entrevista le había alegrado mucho.

“¡Magníficos elementos, esos proletarios alemanes del corte de Malzahn y sus amigos! Confieso que acaso no serían nunca capaces de presentarse como números sensacionales en una feria demagógica radical. No sé si servirán como tropas de choque; pero de lo que sí estoy seguro es de que, hombres como estos, son los que forman los sólidos batallones del

proletariado revolucionario, los que constituyen la fuerza de sostén y de resistencia en las fábricas y los sindicatos. Hay que reunir y movilizar a elementos como esos, que serán los que nos unan a las masas.” Abramos un paréntesis al margen de la política. Cuantas veces venía a visitarme Lenin, era un día de fiesta para toda la casa. Desde los soldados rojos que montaban la guardia a la entrada, hasta la chica de la cocina, y no digamos las delegadas del cercano y del lejano Oriente, alojadas conmigo en aquella espaciosa villa, que la revolución había convertido de propiedad de un rico fabricante en propiedad del Municipio de Moscú. Ha llegado ¡Vladimir Ilich! La noticia corría de boca en boca. Todo el mundo se ponía al acecho y corría hacia el vestíbulo o hacia la puerta de la calle para saludar a Lenin y decirle adiós con el brazo. Y las caras se transfiguraban de alegría cuando él pasaba por delante de todos, saludándolos con su cordial sonrisa y dirigiendo un par de palabras a unos y a otros. Y todo sin que, de un lado, se notase ni el más leve asomo de rebajamiento, y mucho

menos de sumisión lacayuna, ni de desdén o efectismo, de la otra parte. Los soldados rojos, los obreros y los empleados, los delegados venidos al Congreso desde Persia y Dagestán, con los “turquestanos”, que tanto ha popularizado Paul Levi, envueltos en sus vestidos legendarios, todos amaban a Lenin como a uno de los suyos, y él se sentía también como uno de ellos. Les unía un sentimiento de entrañada fraternidad, como a hijos de la misma madre.

Los “teóricos de la ofensiva” no habían conseguido el menor éxito en los debates sobre el magnífico informe de Trotsky acerca de “La situación económica y los nuevos objetivos de la Internacional Comunista”, ni en las comisiones ni en el pleno. Pero todavía confiaban en conseguir la victoria por medio de enmiendas y adiciones a las tesis sobre la “táctica de la Internacional Comunista”. Estas enmiendas fueron presentadas por los delegados alemanes, austríacos e italianos. Las defendió el camarada Terracini, desarrollándose una apasionada agitación por conseguir que fuesen aceptadas. ¿Cuál

sería la decisión? Una atmósfera de tensión extraordinaria llenaba el alto y amplio salón del Kremlin, donde el color rojo resplandeciente de la Casa del Pueblo comunista quita pompa y frialdad al oro centelleante del antiguo palacio regio. Los cientos de delegados, el auditorio apretujado, seguían los debates con todos los nervios en tensión.

Lenin se levanta a hablar. Su intervención es un modelo de elocuencia leniniana. Sin adornos retóricos de ningún género. La retórica es suplida por el peso de la idea, clara y diáfana, por la lógica inflexible de la argumentación, por la línea consecuentemente mantenida. Los períodos se lanzan como bloques sin tallar, y se unen, formando un todo armónico. Lenin no pretende fascinar ni arrebatarse; quiere, sencillamente, convencer. Y convence y arrebatarse. No por la belleza resonante de las palabras que embriagan, sino por el espíritu luminoso, que enfoca sin engaños ni transfiguraciones, tal como es, en su auténtica realidad, el mundo de los fenómenos sociales y que, con cruel sinceridad, “dice lo que es”. Ahora, las afirmaciones de

Lenin caen como latigazos, más aún, como porrazos, sobre aquellos “que se hacen un deporte de la batida contra los derechistas” y que no comprenden qué es lo que puede llevarnos al triunfo. Solo podremos vencer verdaderamente si, luchando, sabemos traer a nuestro lado a la mayoría de la clase obrera, y no a la mayoría de los obreros exclusivamente, sino a la mayoría de los “explotados y oprimidos”. Todos presentimos que la batalla decisiva está dada. Al acercarme a estrechar la mano de Lenin con resplandeciente entusiasmo, no pude contenerme, y le dije:

—¿Sabe usted, Lenin, que en nuestros países ningún jefe de una asamblea, revestido de pontifical, se atrevería a hablar con la sencillez y la naturalidad con que usted habla? Temería que no se le considerase “bastante culto”, Yo solo conozco algo comparable a’ su modo de hablar: el formidable arte de Tolstoi. Tienen ustedes de común la gran línea armónica, cerrada, el inexorable amor a la verdad. Eso sí que es belleza. ¿Se trata, acaso, de una característica específicamente eslava?

—No lo sé —dijo Lenin—. Solo sé que yo cuando “me hice orador” hablaba siempre mentalmente para los obreros y los campesinos. Mi única preocupación era que ellos me entendiesen. Y donde quiera que habla un comunista, debe pensar en las masas, hablar para ellas. Pero, dejemos esto. Menos mal que nadie ha escuchado esas hipótesis de psicología racial de usted. De otro modo, hubieran murmurado: “¡Escucha, escucha cómo el viejo se deja arrullar por los halagos!” Tenemos que ser cautos, no vayan a sospechar que los dos viejos conspiramos contra la izquierda. En la izquierda, naturalmente, nadie intriga ni conspira —y riéndose con todas sus fuerzas, Lenin abandonó la sala, en busca del trabajo que le esperaba.

El día de mi marcha, vino Lenin a despedirse de mí y a darme “algunos buenos consejos” que, en opinión suya, “me hacían falta”.

—Usted, naturalmente, no se ve del todo satisfecha con el resultado del congreso —me dijo—. No oculta usted que le parece poco lógico que el congreso, colocándose, en principio,

tácticamente, en las líneas de Paúl Levi, le expulsase. Pero tenía que imponérsele alguna sanción, Y al decir esto, no pienso solamente en las faltas de Levi, de las que ya he hablado con usted. Piense sobre todo en lo difícil que se nos ha hecho, por culpa suya, llevar a la práctica la táctica de conquistar las masas. También él debe reconocer y confesar sus errores, para aprender de ellos; si lo hace con sus dotes políticas, no tardará en volver a verse al frente del partido.

—Yo creo —le contesté— que hay un camino por el que Paul podría someterse a la disciplina de la Internacional Comunista, sin acusarse de nada ni arrepentirse de nada, en su opinión personal: renunciar a su acta de diputado y suspender la publicación de su revista con un número en el que enjuicie con una absoluta objetividad y desde una alta plataforma histórica la obra de nuestro tercer congreso mundial. Esto no excluye, indudablemente, la posibilidad de criticar esta obra, sino que, por el contrario, la lleva implícita. Y al mismo tiempo, una declaración en la que diga que, aun considerando injusto y

poco lógico el fallo del congreso, respecto a su persona, se somete, sin embargo, a él por amor a la causa. Con este acto de renuncia viril, Paul Levi no perdería nada, antes al contrario, ganaría, ni como político ni como hombre. Demostraría, dando un mentís a las sucias sospechas de sus adversarios, que el comunismo está para él por encima de todo.

—Su proposición es excelente —manifestó Lenin—; pero, ¿estará el expulsado dispuesto a seguirla? De todos modos, yo deseo que se confirme su caluroso optimismo en el modo de juzgar a Levi y no el pesimismo de muchos otros. Y vuelvo a prometerle que abogaré en una carta abierta por la readmisión de Levi en el partido, si él mismo no lo imposibilita. Pero, vayamos a lo más importante. A grandes rasgos, tenemos razones para estar satisfechos de los acuerdos de nuestro tercer congreso. Estos acuerdos tienen una importancia histórica muy grande y marcan, en realidad, un “jalón fundamental” en la marcha de la Internacional Comunista. Cierran la primera etapa de su desarrollo como partido revolucionario de masas. Por eso el

congreso tenía que liquidar radicalmente esas ilusiones izquierdistas de que la revolución mundial avanza ininterrumpidamente con su arrollador ritmo inicial, de que vivimos en una segunda oleada revolucionaria y de que el arrancar el triunfo para nuestras banderas depende, única y exclusivamente, de la voluntad del partido y de su acción. Naturalmente, sobre el papel y en la sala de un congreso, en una atmósfera limpia de condiciones objetivas, en el vacío, es fácil “hacer” la revolución, como “hazaña gloriosa del partido exclusivamente”, sin masas. En realidad, esta manera de pensar no tiene nada de revolucionaria, es en un todo pequeñoburguesa. Las “tonterías izquierdistas” encontraron su expresión concreta y más aguda en Alemania, en la “acción de marzo” y en la “teoría de la ofensiva”. Por eso hubieron de liquidarse sobre las espaldas de ustedes, por eso ustedes sirvieron en este caso de cabezas de turco. Pero, en realidad, el ajuste de cuentas ha sido internacional.

“Ahora, lo que hace falta es que ustedes, en Alemania, implanten la táctica acordada,

formando un bloque, como un partido coherente y disciplinado.

“Para esto no basta con “el tratado de paz” que hemos amañado aquí entre ustedes. Este acuerdo será un papel mojado si ustedes, los de la izquierda y los de la derecha, no ponen en él la voluntad firme y honrada de actuar como partido, con una línea política clara y concreta. Pese a toda su repugnancia y a su resistencia, no tiene usted más remedio que entrar en el Comité Central. Y no debe usted volver a echarse fuera, aun cuando personalmente se le antoje que tiene usted el derecho y hasta el deber le hacerlo. El último derecho que tiene usted, en estos tiempos difíciles, es servir al partido, y, a través de él, al proletariado. Su deber, ahora, es mantener la cohesión del partido. La hago a usted personalísimamente responsable de que no se producirá ninguna escisión; a lo sumo, un pequeño desgajamiento. Tiene usted que ser severa con los camaradas que no tienen todavía una disciplina teórica grande ni una gran experiencia práctica, y al mismo tiempo debe usted tratarlos con mucha paciencia. Le

ruego que eche usted una mano sobre todo al camarada Reuter (Friedland). Ha colaborado durante varios años con, nosotros con todo entusiasmo y muy bien. Hay que meterlo en el Comité Central, como jefe de los “radicales” de Berlín. Por este mero hecho, mejorarán las relaciones entre ellos y el Comité central. Conociendo como conozco a Reuter, puedo asegurar que se considerará obligado por el “tratado de paz” y que colaborará en un plano de camaradería con los llamados derechistas. No niego que durante el Congreso he advertido en él cierta rigidez y cierta estrechez, que le hacen poco apto para jefe, y si esas cualidades se echan a rodar por la pendiente, ya no habrá quien las contenga”.

Al llegar aquí, interrumpí los “buenos consejos” de Lenin con esta pregunta asombrada:

—¿Es que presume usted concretamente algo? —Mi consejero se echó a reír.

—Presunciones no tengo, pero sí experiencia —y prosiguió—: Lo más importante es que retengan ustedes bajo nuestras banderas a los camaradas de valor, acreditados ya de

antes en el movimiento obrero. Al decir esto, pienso en camaradas como Adolfo Hoffman, Fritz Geyer, Dñumig, Fries y otros. También con ellos hay que tener paciencia, y no creer que la “pureza del comunismo” va a peligrar y a perderse, porque de vez en cuando no acierten a formular con la suficiente claridad y precisión una idea comunista. Estos camaradas están animados de la mejor voluntad de ser buenos comunistas. Y deben ustedes ayudarles a serlo. Naturalmente, que no deben ustedes hacer concesiones a ningún resabio reformista. Hay que evitar que el reformismo se cuele de contrabando bajo ningún pabellón falso. Pero deben ustedes colocar a camaradas de esta especie en posiciones en las que no puedan hablar más que como comunistas. Tal vez, más aún, probablemente, sufrirán ustedes algún desengaño, a pesar de todas las precauciones. Pero, aunque pierdan ustedes a un camarada que “retroceda”, si saben proceder con firmeza y habilidad, por cada uno que pierdan obtendrán dos, tres, diez, que vendrán a ustedes y se harán verdaderos comunistas. Camaradas

como Adolfo Hoffman, Dáumig, etc., aportan al partido experiencia y conocimientos de las cosas y son, sobre todo, eslabones vivos entre el partido y las grandes masas obreras que tienen depositada en ellos su confianza. Y lo que interesa son las masas. Hay que tener cuidado de no ahuyentarlas ni con torpezas “izquierdistas” ni con “temores derechistas”. Las masas vendrán a nosotros si sabemos actuar siempre, en las cosas pequeñas y en las grandes, como comunistas consecuentes. En Alemania tienen ustedes que aprobar ahora el examen de táctica en la conquista de las masas. No nos desilusionen ustedes comenzando por la escisión del partido. Pensar siempre en las masas, Clara, y llegarán ustedes a la revolución como nosotros hemos llegado: con las masas y por las masas.

* * *

Después de esta conversación de despedida, estuve dos veces en Moscú, y las dos veces pesó como una sombra negra sobre mi estancia la contrariedad de no poder ver a Lenin ni hablar con él. Aquel hombre de fuerza

primaria, capaz de resistirlo todo, había tenido que rendirse a una dura enfermedad. Contra los más sombríos rumores y profecías, se repuso. Y cuando, a fines de octubre de 1922, me puse en camino para asistir al cuarto congreso mundial de la Internacional Comunista, sabía que había de volver a ver a Lenin. Su convalecencia estaba tan avanzada, que se le había encargado un informe sobre “Cinco años de revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial”. ¿Qué más hermosa fiesta de jubileo podía apetecer la revolución rusa que este discurso en que su caudillo más genial, ya repuesto, había de exponer sus resultados ante los representantes de la vanguardia revolucionaria del proletariado? Al segundo día de mi estancia en Moscú, vino el camarada que guardaba mi cuarto y que, a todas luces, era un hombre paliado del antiguo al nuevo “régimen”, y me dijo, con alegre emoción:

—Camarada, va a venir a visitarla Vladimir Ilich. Vladimir Ilich es el señor Lenin. Llegará en seguida.

El aviso me conmovió de tal modo que, por el momento, apenas me di cuenta de lo cómico que era aquello del “señor Lenin”. Allí estaba ya Vladimir Ilich, embutido en un chaquetón peludo de color gris, magnífico de aspecto, fuerte, como antes de los malignos días de la enfermedad.

—No tenga usted preocupación —contestó a mis preguntas acerca de su salud—. Me encuentro perfectamente bien, muy fuerte. Hasta me he vuelto “razonable”, o como lo llamen los señores doctores. Trabajo, pero me cuido, ateniéndome estrictamente a las prescripciones médicas. ¡No tengo ningún deseo de volver a caer enfermo! No tiene ninguna gracia. Da uno muchísimo que hacer, y Nadejda Constantinovna y María Ilinichna están completamente esclavizadas cuidando al enfermo... Bien, la historia ha seguido su curso sin mí, en Rusia y en todas partes. Los camaradas dirigentes de nuestro partido han colaborado con mucha, mucha camaradería, y esto es lo principal. Pero todos ellos tenían demasiado trabajo, y estoy contento de poder ayudarles en algo.

El camarada Lenin me preguntó, cordialmente, como siempre que nos veíamos, por mis hijos, y me invitó a que le informase acerca de Alemania y del partido alemán. Lo hice brevemente, dominada por la preocupación de no fatigarle. Lenin parecía empalmar mentalmente mis informes a las conversaciones que habíamos sometido durante el tercer congreso de la Internacional. Se burló de mí por lo que él llamaba mi “psicología de la bondad en el caso Levi”, con referencia a las pasadas conversaciones.

—Menos psicología y más política —me dijo—. Por lo demás, en su polémica con Levi respecto a la posición de Rosa ante la revolución rusa, ha demostrado usted que también sabe hacerlo, si quiere. Se tenía muy bien merecida la dura sanción que usted le ha impuesto. Levi se ha liquidado él mismo para nosotros, más rápida y concienzudamente de lo que su peor enemigo hubiera podido hacerlo. Ya no puede sernos peligroso. Para nosotros, ya no es más que un número dentro de la socialdemocracia, ni más ni menos. No importa que le esté reservado acaso cierto

papel allí. Dada la decadencia de ese partido, la cosa no es difícil. Para un camarada de luchas y amigo íntimo de Rosa y de Carlos, era el desenlace más lamentable que podía pensarse; sí, el desenlace más lamentable.

Por eso dábamos también por descontado que su deserción y su traición no estremecerían ni pondrían en peligro seriamente al partido comunista. Algunas sacudidas en pequeños sectores y el desgajamiento de unas cuantas personas. El partido es sano, sano en su medula. Está en el mejor de los caminos para convertirse en partido de masas, en partido revolucionario dirigente de las masas del proletariado alemán. ¿Y qué hay de la oposición? —preguntó Lenin, después de una pequeña pausa—. ¿Ha aprendido, por fin, a hacer política, política comunista?

Le hice un resumen de la situación en este aspecto, al que puse término diciéndole que la “oposición berlinesa” había asignado al cuarto congreso internacional la misión de revisar y revocar el punto de vista del congreso anterior. Su divisa era: “¡Vuelta al segundo congreso!” ...

A Lenin le hizo gracia esta “ingenuidad sin precedentes”, que tal fue, literalmente, su expresión.

—Los camaradas “izquierdistas” creen, por lo visto, que la Internacional Comunista es algo así como Penélope —exclamó alegremente—. Pero nuestra Internacional no teje de día para destejer de noche lo tejido. No puede permitirse el lujo de dar un paso hacia adelante y en seguida otro hacia atrás. ¿Es que los camaradas no tienen ojos para ver lo que ocurre? ¿Qué es lo que ha cambiado en la situación del mundo, para que la conquista de las masas no sea ya nuestra principal misión? Esos “izquierdistas” son como los Borbones, que no aprenden nada ni olvidan nada. Según mis informes, detrás de la crítica “izquierdista” de los errores deslizados en la aplicación de la táctica de frente único, se esconde el deseo de mandar al diablo esta táctica. Nada de revocar, sino por el contrario, confirmar y subrayar, subrayar con toda energía: eso es lo que el próximo congreso de la Internacional Comunista tiene que hacer con los acuerdos del congreso anterior.

Estos acuerdos representan un avance respecto a la labor del segundo congreso. Hay que construir sobre ellos, si queremos llegar a ser un partido de masas, el partido revolucionario dirigente de clase del proletariado. ¿Queremos la conquista del Poder, la dictadura de los obreros, la revolución, sí o no? Si la queremos, no hay, ni hoy ni ayer, otro camino que el trazado por el tercer congreso.

En otra entrevista que tuvimos durante la celebración del congreso, Lenin volvió sobre sus manifestaciones acerca de la “oposición izquierdista” en Alemania. Entre tanto, había tenido ocasión de asistir a una reunión de los delegados alemanes, en la que Arturo Kiónig y, sobre todo, Ruth Fischer, como representantes y dirigentes de los “izquierdistas”, mantuvieron su posición frente a la del Comité central y a la de la mayoría del partido. Lo hicieron, políticamente, con una falta de energía extraordinaria y, además, con una suavidad y una mesura sorprendentes; también en el pleno del congreso, la “oposición izquierdista” se caracterizó, con gran sorpresa de todos, por su actitud “moderada”, que

contrastaba con el estrépito y la rebeldía que adoptaban en Alemania. Lenin seguía los debates con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante y la mano puesta en la oreja. Pero no tomó parte en la discusión, limitándose a mascullar por dos o tres veces contra las manifestaciones opositoras algo que no era precisamente simpatía ni adhesión. ¿Qué impresión le habían producido los debates? Cuando, por casualidad, me encontré con él, se lo pregunté.

Lenin me contestó meneando la cabeza:

—¡Hum, hum! Comprendo que, en la situación actual, pueda haber en Alemania algo así como una “oposición izquierdista”. Hay, indudablemente, obreros descontentos, apenados, que sienten revolucionariamente, pero que políticamente son gentes indisciplinadas y confusas. Les parece que las cosas van demasiado despacio. La historia no parece tener prisa, y esos obreros descontentos creen que la que no tiene prisa es la Dirección del partido. Hacen a esta responsable del ritmo lento de la revolución mundial, critican y refunfunan. Todo esto lo comprendo. Pero lo

que no comprendo son esos jefes de la “oposición izquierdista” que acabo de escuchar.

Con un sarcasmo mordaz, se puso a hablarme de la “mitad mejor” de la delegación izquierdista. Creía que su “izquierdismo” era un “azar personal”, falta de todo rumbo político.

—La unión de los izquierdistas con Maslof es algo lamentable. Yo no he cambiado de opinión acerca de este hombre —y terminó con estas palabras enérgicas—: No; a mí esa oposición, esa dirección no me imponen en lo más mínimo. Pero, lo digo francamente, tampoco me imponen ese Comité central, que no acierta, que no despliega la energía necesaria para acabar con esos demagogos de vía estrecha. Por fuerza tiene que ser fácil liquidar a esa gentecilla, separar de ella y educar políticamente a los obreros de temple revolucionario. Precisamente por ser obreros de temple revolucionario, pues los radicales de esa casta no son, en el fondo, más que oportunistas de la peor especie.

Pero volvamos a la visita de Lenin, punto de partida de mi recuerdo.

Lenin me expresó su satisfacción acerca de la tendencia segura, aunque lenta todavía, hacia la vitalización económica de la Rusia soviética. Adujo hechos y apuntó cifras demostrativas de los progresos realizados.

—Pero de esto hablaré en mi informe—dijo, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—. El tiempo que mis tiranos médicos me conceden para las visitas se ha agotado. Ya ve usted qué disciplinado soy. Sin embargo, tengo que contarle todavía algo que sé que la alegrará mucho. Imagínese usted, hace pocos días recibí una carta de la aldea remota de... (desgraciadamente, se me ha borrado de la memoria el nombre complicado de la aldea citado por Lenin). Como unos cien niños de un asilo me escriben: “Querido abuelito Lenin: Te escribimos para contarte que somos muy buenos. Estudiamos mucho. Ya leemos y escribimos bien. Hacemos muchas cosas muy bonitas. Nos lavamos bien lavados todas las mañanas, y además nos lavamos las manos siempre antes de comer. Lo hacemos por darle una alegría a nuestro maestro, que no nos quiere si andamos sucios”, etc. Como

usted ve, querida Clara, hacemos progresos, progresos muy serios en todos los terrenos. Acumulamos cultura y ya nos lavamos y todo, incluso diariamente. Los niños de las aldeas trabajan ya en la edificación de la Rusia soviética. ¿Hemos de temer, en estas condiciones, no triunfar? —y Lenin se echó a reír, con su vieja risa llena de alegría, en la que rezumaban tanta bondad y tanta seguridad de triunfar.

Escuché el informe de Lenin sobre la Revolución rusa, el informe de un convaleciente con una voluntad férrea de vivir para modelar creadoramente, con la suya, la vida social; las palabras de un hombre curado hacia el que, sin embargo, la muerte alargaba ya, implacable, su brazo esquelético. Pero, al lado de esta última aportación histórica se me han quedado grabadas también inextinguiblemente en el alma las últimas palabras de la última conversación personal que tuve con Lenin, aparte de unas cuantas manifestaciones breves cruzadas entre nosotros en diversas ocasiones en que por casualidad nos encontramos. Estas palabras venían a cerrar el ciclo de la primera conversación “no política” que había tenido

con él. En ambas era el mismo Lenin, el Lenin de cuerpo entero, quien hablaba. El Lenin que sabía ver en lo pequeño lo grande, enfocar y enjuiciar lo pequeño en íntima conexión con lo grande. El Lenin que, siguiendo las huellas del espíritu de Marx conocía la íntima interdependencia entre la cultura popular y la revolución, para el que la educación popular era la revolución, y esta, educación popular. El Lenin que amaba cálidamente, entregándose a él por entero, al pueblo trabajador y sobre todo a los niños, el porvenir de este pueblo, el porvenir del comunismo. El Lenin cuyo corazón era tan grande como su espíritu y su voluntad, y que por ello mismo se había convertido en el guía más descollante del proletariado. El Lenin que había marchado, fuerte e intrépido, hacia el triunfo, porque en él solo vivía y palpitaba una cosa: el amor hacia las masas trabajadoras, la confianza en la grandeza y en la bondad de la causa a la que había entregado su vida, la fe en su triunfo. Por eso pudo hacer el “milagro” histórico. Aquel hombre movía montañas.

Moscú, fines de enero de 1924.

* * *

Lenin me había hablado muchas veces del problema de la mujer. Se veía que atribuía una importancia muy grande al movimiento femenino, como parte esencial, en ocasiones incluso decisiva, del movimiento de las masas. Huelga decir que, para él, la plena equiparación social de la mujer con el hombre era un principio incommovible, y que ningún comunista podía ni siquiera discutir. Fue en el gran despacho de Lenin en el Kremlin donde, en el otoño de 1920, tuvimos la primera conversación un poco larga acerca de este tema. Lenin estaba sentado en su mesa de escribir, que, cubierta de papeles y de libros, hablaba de estudio y de trabajo, sin que reinase en ella ningún “desorden genial”.

—Tenemos que crear a todo trance un fuerte movimiento femenino internacional sobre una base teórica clara —dijo Lenin, encauzando la conversación después de las palabras de saludo—. Sin teoría marxista no puede haber una buena actuación práctica, esto es evidente. Nosotros, los comunistas, necesitamos también de una gran pureza de principios en esta cuestión. Tenemos que

distinguirnos nítidamente de todos los demás partidos. Desgraciadamente, nuestro segundo congreso internacional ha fallado en el modo de plantear el problema de la mujer. Planteó el problema, pero sin llegar a tomar una posición ante él. El asunto se halla todavía en poder de una comisión. Esta se encargará de redactar una proposición, tesis, líneas directrices. Sin embargo, hasta hoy no ha hecho gran cosa. Es necesario que usted eche una mano.

Lo que Lenin me decía lo había oído ya por otro conducto, manifestando mi asombro ante ello. Estaba entusiasmada de todo lo que las mujeres rusas habían aportado a la revolución y de lo que todavía aportaban para defenderla y sacarla adelante. El partido bolchevique me parecía también un partido modelo, el partido modelo por excelencia, en lo tocante a la posición y actuación de la mujer dentro de él. Este partido aportaba, por sí solo, elementos valiosos, disciplinados y expertos y un gran ejemplo histórico al movimiento femenino comunista internacional.

—Sí; eso es cierto, y es magnífico y está muy bien —dijo Lenin, con una sonrisa silenciosa,

apenas esbozada—. En Petrogrado, aquí, en Moscú, en las ciudades y centros industriales y en el campo, las proletarias se han portado maravillosamente en la revolución. Sin ellas, no habríamos triunfado. O habríamos triunfado a duras penas. Yo lo creo así. No puede usted imaginarse lo valientes que fueron y lo valientes que están siendo todavía. Represéntese usted todas las penalidades y privaciones que soportan estas mujeres.

“Y las soportan porque quieren que los Soviets salgan adelante, porque quieren la libertad, el comunismo. Sí; nuestras proletarias son unas magníficas luchadoras de clase. Merecen que se las admire y se las quiera. Por lo demás, hay que reconocer que también las damas de la “democracia constitucional” demostraron en Petrogrado mucha más valentía contra nosotros que los hombrecillos terratenientes. Eso es verdad. En el partido, tenemos camaradas de confianza, inteligentes e incansables para la acción. Con ellas, hemos podido cubrir no pocos puestos importantes en los soviets y comités ejecutivos, en los comisariados del pueblo y en las oficinas públicas. Algunas trabajan

día y noche en el partido o entre las masas de los proletarios y los campesinos y en el Ejército rojo. Esto, para nosotros, tiene mucha importancia. Y lo tiene también para las mujeres del mundo entero, pues demuestra la capacidad de la mujer, la gran importancia que tiene su valor para la sociedad. La primera dictadura del proletariado está siendo su verdadero campeón en la lucha por la plena equiparación social de la mujer. Desarraiga más prejuicios que muchos volúmenes de literatura feminista. Pero, a pesar de todo y con todo, todavía no existe un movimiento femenino comunista internacional, y es necesario crearlo a todo trance. Es necesario entregarse inmediatamente a esta tarea. Sin esto, la labor de nuestra Internacional y de sus partidos no es ni será nunca lo que debe ser. Y hay que conseguir que lo sea, pues lo exige la revolución. Cuénteme usted en qué situación está la labor comunista en el extranjero”.

Le informé acerca de esto, todo lo bien que podía hacerlo, dada la mala e irregular articulación que por aquel entonces existía en los partidos afiliados a la III Internacional.

Lenin escuchaba mis palabras atentamente, con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante, sin asomo de cansancio, de impaciencia o de hastío, siguiendo con reconcentrado interés hasta los detalles más secundarios. No he conocido a nadie que escuchase mejor que él ni que mejor ordenase lo escuchado, sacando de ello las conclusiones generales. Así lo denotaban las preguntas rápidas y siempre muy concretas con que interrumpía de vez en cuando los informes y el modo certero con que volvía después sobre este o aquel detalle de la conversación. Lenin tomaba algunas notas rápidas.

Como era natural, analicé con especial detenimiento la situación alemana. Expusé a Lenin la insistencia con que Rosa Luxemburgo planteaba la necesidad de ganar para las luchas revolucionarias a las grandes masas femeninas. Al fundarse el partido comunista, acuciaba porque se lanzase un periódico para la mujer. Cuando Leo Jogischés, en la última entrevista que tuvimos – dos días antes de que le asesinasen – discutió conmigo las tareas inmediatas del partido y

me encomendó algunos trabajos, figuraba entre estos un plan para la organización de la labor entre las mujeres trabajadoras. En su primera conferencia clandestina, el partido se había ocupado de este asunto. Las agitadoras y dirigentes que antes de la guerra y durante esta se habían destacado como mujeres disciplinadas y expertas dentro del movimiento, se habían quedado casi sin excepción dentro de la socialdemocracia, reteniendo con ellas a las proletarias más inquietas. No obstante, se había logrado reunir ya un pequeño núcleo de camaradas muy enérgicas y dispuestas a todos los sacrificios, tomaban parte en todos los trabajos y en todas las luchas del partido. Este núcleo de mujeres se había puesto ya a organizar la actuación sistemática entre las proletarias. Naturalmente, estaba todo en sus comienzos todavía; pero eran ya, desde luego, comienzos muy prometedores.

—No está mal, nada mal —dijo Lenin—. La energía, la capacidad de sacrificio y el entusiasmo de las camaradas, su valentía y su habilidad en tiempos clandestinos abren una

buena perspectiva sobre la labor futura. Son elementos muy valiosos para el desarrollo del partido y su robustecimiento, para su capacidad de atracción sobre las masas y para planear y desarrollar acciones. Pero, ¿qué tal andan las camaradas y los camaradas en punto a claridad y a disciplina en cuanto a principios? Esto tiene una importancia fundamental para el trabajo entre las masas. Influye enormemente sobre lo que pasa entre las masas, saber lo que las atrae y entusiasma. De momento, no recuerdo quién fue el que dijo que “para hacer grandes cosas hay que entusiasmarse”. Nosotros y los trabajadores del mundo entero tenemos todavía, realmente, grandes cosas que hacer. Veamos, pues, ¿qué es lo que entusiasma a esas camaradas, a las mujeres proletarias de Alemania? ¿Cómo andan de conciencia proletaria de clase? ¿Concentran su interés, su actuación, en las reivindicaciones políticas de la hora? ¿Cuál es el eje de sus pensamientos?

“Acercas de esto, he oído contar cosas muy curiosas a algunos camaradas rusos y alemanes. Voy a decirle a usted una. Me

han contado, por ejemplo, que una comunista muy inteligente de Hamburgo edita un periódico para las prostitutas, y quiere organizar a estas en la lucha revolucionaria. Rosa sentía y obraba humanamente como comunista cuando, en un artículo, salió en defensa de unas prostitutas a quienes no sé qué trasgresión cometida contra las ordenanzas de Policía por las que se rige el ejercicio de su triste profesión, había llevado a la cárcel. Estos seres son víctimas de la sociedad burguesa, dignas de lástima por dos conceptos. Son víctimas de su maldito régimen de propiedad y son además víctimas de su maldita hipocresía moral. Esto es evidente, y solo un hombre zafio y miope puede no verlo. Pero una cosa es comprender esto y otra cosa muy distinta querer organizar a las prostitutas —¿cómo diré yo?— gremialmente como una tropa revolucionaria aparte, editando para ellas un periódico industrial. ¿Es que en Alemania no quedan ya obreras industriales que organizar, para quienes editar un periódico, a quienes atraer a nuestras luchas? Se trata, evidentemente, de un brote enfermizo. Esto me

recuerda demasiado aquella moda literaria que convertía poéticamente a cada prostituta en una santa de los altares. También aquí era sana la raíz: un sentimiento de solidaridad social, de rebeldía contra la hipocresía virtuosa de los honorables burgueses. Pero este sentimiento sano degeneraba y se corrompía en manifestaciones burguesas. Por lo demás, también a nosotros nos va a plantear más de un problema difícil el asunto de la prostitución. Hay que tender a incorporar a las prostitutas al trabajo productivo, a la economía social. Pero esto es difícil y complicado de conseguir en el estado actual de nuestra economía y bajo todo el conjunto de circunstancias actuales. Ahí tiene usted un fragmento del problema de la mujer que se presenta ante nosotros después de la conquista del Poder por el proletariado y que reclama una solución práctica. En la Rusia soviética, esto nos dará todavía mucho que hacer. Pero, volvamos al caso especial de Alemania, El partido no puede, ni mucho menos, cruzarse de brazos ante esos desaguisados que cometen sus individuos. Esto crea confusión y dispersa

fuerza. Y usted, vamos a ver, ¿qué ha hecho por impedir estas cosas?

Antes de que pudiese contestar, Lenin prosiguió:

—En su “Debe”, Clara, hay más cosas apuntadas. Me han contado que en las veladas de lectura y discusión que se organizan para las camaradas son objeto preferente de atención el problema sexual y el problema del matrimonio, y que sobre estos temas versa principalmente el interés y la labor de enseñanza y de cultura políticas. Cuando me lo dijeron, no quería dar crédito a mis oídos. El primer Estado de la dictadura proletaria lucha con los contrarrevolucionarios del mundo entero. La misma situación de Alemania reclama la más intensa concentración de todas las fuerzas proletarias, revolucionarias, para cortar los avances cada vez mayores de la contrarrevolución. ¡Y he aquí que las camaradas activas se ponen a discutir el problema sexual y el problema de las formas del matrimonio “en el pasado, en el presente y en el porvenir”! Creen que su deber más apremiante en esta hora es

ilustrar a las proletarias acerca de esto. Se me dice que la publicación más leída es un folleto de una joven camarada vienesa sobre la cuestión sexual. ¡Valiente mamarrachada! Lo que interesa de estas cuestiones a los obreros hace ya mucho tiempo que lo han leído en Bebel... Pero no en un estilo aburrido, pétreo, esquemático como el del folleto, sino en un estilo recio de agitación, de agresividad contra la sociedad burguesa. Querer ampliar eso con las hipótesis freudianas, podrá parecer “culto” y hasta pasar por ciencia, pero no es más que una estupidez de profanos. La teoría freudiana es también, hoy, una de esas tonterías de la moda. Yo desconfío de las teorías sexuales expuestas en artículos, ensayos, folletos, etc., en una palabra, de esa literatura específica que crece exuberante en los estercoleros de la sociedad burguesa. Desconfío de esos que solo saben mirar al problema sexual como el santo indio a su ombligo. Me parece que esa exuberancia de teorías sexuales, que, en su mayor parte, no son más que hipótesis, y no pocas veces hipótesis arbitrarias, brota de una necesidad

personal, de la necesidad de justificar ante la moral burguesa, implorando tolerancia, las aberraciones de la propia vida sexual anómala o hipertrofiada. A mí me repugna por igual ese respeto hipócrita a la moral burguesa y ese constante hociquear en la cuestión sexual. Por mucho que se las dé de rebelde y de revolucionaria, esta actitud, es, en el fondo, perfectamente burguesa. Es, en realidad, una tendencia favorita de los intelectuales y de los sectores afines a ellos. En nuestro Partido, en el seno del proletariado militante, con conciencia de clase, no tienen nada que hacer estas cuestiones.

Yo objeté que, bajo el régimen de la propiedad privada y el orden burgués, el problema sexual y el problema del matrimonio envolvían múltiples preocupaciones, conflictos y penalidades para las mujeres de todas las clases y sectores sociales. Que la guerra y sus consecuencias habían venido precisamente a agudizar para la mujer los conflictos y las penalidades que las relaciones sexuales llevan consigo, poniendo al desnudo problemas que antes quedaban ocultos. La atmósfera de

la revolución en marcha se prestaba magníficamente para esto. El viejo mundo de sentimientos y de ideas comenzaba a vacilar. Los antiguos vínculos sociales se aflojaban y se rompían, descubriéndose atisbos de nuevas relaciones y actitudes humanas. Dije que el interés por estas cuestiones era un signo de la necesidad que se sentía de claridad y de nuevas orientaciones. Que en esto se revelaba también una reacción contra la falsedad y la hipocresía de la sociedad burguesa. Que el tránsito de las formas del matrimonio y de la familia a lo largo de la historia, bajo la dependencia de la economía, se prestaba para destruir en la conciencia de las proletarias la fe supersticiosa en la eternidad de la sociedad burguesa. Que una actitud de crítica histórica ante estos problemas tenía necesariamente que conducir a un análisis despiadado del régimen burgués, a poner al desnudo sus raíces y sus efectos, a marcar con el hierro candente la hipocresía de la moralidad sexual. Que todos los caminos llevaban a Roma. Que todo lo que fuere analizar con un criterio verdaderamente marxista una parte importante de la

superestructura ideológica de la sociedad, un fenómeno social destacado, tenía que conducir necesariamente al análisis de la sociedad burguesa y del régimen básico de la propiedad, tenía forzosamente que desembocar ¡en el *Carthiginem est delendam!*

Lenin asentía sonriendo:

—Acaso lo tenemos. ¡Defiende usted como un verdadero abogado a sus camaradas y a su partido! Claro está que lo que usted dice es cierto. Pero, en el mejor de los casos, eso no hace más que disculpar, y no justificar el error cometido en Alemania. Esa conducta es y sigue siendo un error. ¿Podría usted asegurar seriamente que en aquellas lecturas y discusiones se estudian el problema sexual y el problema del matrimonio, desde el punto de vista del marxismo maduro, del materialismo histórico vivo y real? Esto exige una cultura amplísima y profunda, el dominio completo de un enorme material. ¿Dónde tienen ustedes los elementos para eso? Si los tuviesen, no se daría el caso de tomar por norma de enseñanza en esas lecturas y discusiones un folleto como el que he citado. En

vez de criticarlo, se le recomienda y se le difunde. ¿Y adónde conduce esa manera superficial y antimarxista de tratar el problema? A que el problema sexual y el del matrimonio no se enfoquen como una parte del gran problema social, sino, por el contrario, este, el gran problema social, como una parte, como un apéndice de los problemas sexuales. Lo principal se convierte en lo accesorio. Y esto no solo siembra la confusión en estos problemas, sino que empeña los pensamientos, la conciencia de clase de las proletarias, en general.

“Además, y no es esto lo menos importante, ya el sabio Salomón decía que todo requería su tiempo. Y dígame usted, ¿acaso es este el momento de entretener meses y meses a proletarias explicándoles cómo se ama y se hace el amor, ¿cómo se corteja y se dejan las mujeres cortejar? Claro está que todo es “en el pasado, en el presente y en el porvenir” y en los más diversos pueblos. ¡Y luego dicen, muy orgullosas, que esto es materialismo histórico! No; en estos momentos, todos los pensamientos de las camaradas, de las mujeres

del pueblo trabajador, deben concentrarse en la revolución proletaria. Esta echará también las bases para la necesaria renovación del matrimonio y de las relaciones sexuales. Hoy, son, en verdad, otros los problemas que están en primer plano, y no precisamente el de las formas matrimoniales de los negros australianos y el matrimonio entre hermanos en la antigüedad. El problema primario para los proletarios alemanes siguen siendo los Soviets. El Tratado de Versalles y sus efectos en la vida de las masas femeninas, el paro, la baja de salarios, los impuestos y muchas otras cuestiones: estos son los problemas que hoy están a la orden del día. En una palabra, me sostengo en mi idea de que esa clase de cultura política social que se da a las proletarias es falsa, completamente falsa. ¿Cómo pudo usted callarse ante estos hechos? Usted debió interponer su autoridad para evitarlo”.

Explicué al indignado amigo que, por falta de críticas y de reproches a las camaradas dirigentes de distintos sitios no había quedado, pero que ya sabía que nadie era profeta en su tierra ni entre su gente. Que mis

críticas habían hecho recaer sobre mí la sospecha de que conservaba todavía “fuertes resabios de prejuicios socialdemócratas y de concepciones pequeñoburguesas pasadas de moda”. Pero que, al fin de cuentas, la crítica no había sido en balde, pues el problema sexual y el del matrimonio no eran ya el eje de los cursos y de las discusiones. Pero Lenin siguió desarrollando la idea tratada.

—Ya sé, ya sé —dijo—; también a mí se me acusa en este respecto de filisteo por ciertas gentecillas, a pesar de lo que el filisteísmo me repugna, por lo que encierra de hipocresía y de estrechez. Pero, yo soporto pacientemente todo eso. Esos pajarillos de pico amarillo, salidos apenas del cascarón de los prejuicios burgueses, son siempre terriblemente listos. Pero, ¡qué se va a hacer! Hay que resignarse a eso, y no corregirse. También el movimiento juvenil adolece de modernismo en su actitud ante el problema sexual y en su exceso de preocupación por él —Lenin ponía en la palabra “modernismo” un acento irónico, haciendo al pronunciarla un gesto desdeñoso Según me han informado muchos

—continuó—, el problema sexual es también tema favorito de estudio en las organizaciones juveniles alemanas. Los conferenciantes no dan abasto, al parecer, a la apetencia del público. Y en el movimiento juvenil, este estrago es especialmente nocivo, especialmente peligroso. Fácilmente puede conducir, en no pocos jóvenes, a la exaltación y a la sobreexcitación de la vida sexual, destruyendo la salud y la fuerza juveniles. Es necesario que luchen ustedes también contra esto. No en vano el movimiento femenino y juvenil tienen muchos puntos de contacto. Nuestras camaradas debieran colaborar sistemáticamente en todos los países con la juventud. Esto sería una continuación y una exaltación de la maternidad de lo individual a lo social. Y hay que fomentar en la mujer todo lo que en ella apunte de vida y de actuación social, para ayudarla a vencer la estrechez de su psicología individual y pequeñoburguesa de hogar y de familia. Pero esto es una consideración incidental.

“También aquí una gran parte de la juventud se entrega apasionadamente a “revisar”

las “concepciones burguesas y de la moral” en los problemas sexuales. Y debo añadir que se trata precisamente de una gran parte de nuestros mejores jóvenes, de los que realmente prometen. Es como usted decía antes. En la atmósfera de los estragos de la guerra y de la revolución en marcha, los viejos valores ideológicos se disuelven, al estrearse las bases económicas de la sociedad, y pierden su fuerza coactiva. Y los nuevos valores cristalizan lentamente, a fuerza de luchas. También en punto a las relaciones humanas, a las relaciones entre hombre y mujer, se revolucionan los sentimientos y las ideas. Se trazan nuevos linderos entre el derecho del individuo y el derecho de la colectividad y, por tanto, el deber individual. Las cosas se hallan todavía en plena fermentación caótica. La orientación en la fuerza evolutiva de las diversas tendencias encontradas, no se destaca todavía con absoluta claridad. Es un proceso lento, y no pocas veces doloroso, de destrucción y de creación. Donde más se nota esto es precisamente en las relaciones sexuales, en

el matrimonio y la familia. La decadencia, la podredumbre, la suciedad del matrimonio burgués, con su difícil disolubilidad, con su libertad para el hombre y su esclavitud para la mujer, la hipocresía repugnante de la moral y de las relaciones sexuales, llenan de profundo asco a los seres espiritualmente más sensibles y mejores.

“La coacción del matrimonio burgués y de las leyes por que se rige la familia de los Estados burgueses, agudiza los males y los conflictos. Es la coacción de la “santa propiedad”, que santifica la venalidad, la vileza y la porquería. La hipocresía convencional de la honesta sociedad burguesa se encarga del resto. La gente busca satisfacción a sus legítimos anhelos contra el orden repugnante y antinatural que impera. En tiempos como estos, en que se derrumban reinos poderosos, en que se vienen a tierra instituciones antiquísimas y en que todo un mundo social amenaza con hundirse, los sentimientos individuales se transforman rápidamente, la apetencia y el anhelo de cambios en el goce se desbocan con harta facilidad.

“No basta con reformar las relaciones sexuales y el matrimonio en un sentido burgués. Es una revolución sexual y matrimonial la que se prepara, como corresponde a la revolución proletaria. Es lógico que este intrincado complejo de problemas que aquí se plantea interese muy especialmente a las mujeres y a la juventud, puesto que ambas son las primeras víctimas del falso régimen sexual imperante. La juventud se rebela contra este abuso con todo el ímpetu de sus años. Y se comprende. Nada sería más falso que predicar a la juventud un ascetismo monacal y la santidad moral burguesa. Pero es peligroso que en esos años se convierta en eje de la vida la cuestión sexual, ya bastante fuerte de suyo por imperativo fisiológico. Las consecuencias de esto son fatales. Infórmese usted acerca de esto por nuestra camarada Lilina. Esta mujer ha podido recoger grandes experiencias en su larga labor en establecimientos de enseñanza de toda clase y usted sabe que se trata de una comunista de cuerpo entero y sin prejuicios.

“El cambio de actitud de los jóvenes ante los problemas de la vida sexual es, por supuesto, una cuestión “de principio”, y pretende apoyarse en una teoría. Muchos llaman a su actitud “revolucionaria” y “comunista”.

Y creen honradamente que lo es. A mí, que soy viejo, eso no me impone. Y aunque no tengo nada de asceta sombrío, me parece que lo que llaman “nueva vida sexual” de los jóvenes —y a veces también de hombres maduros— no es, con harta frecuencia, más que una vida sexual puramente burguesa, una prolongación del prostíbulo burgués. Todo eso no tiene nada que ver con la libertad amorosa, tal como la concebimos los comunistas. Seguramente conoce usted la famosa teoría de que, en la sociedad comunista, la satisfacción del impulso sexual, de la necesidad amorosa, es algo tan sencillo y tan sin importancia como “el beberse un vaso de agua”. Esta teoría del vaso de agua ha vuelto loca, completamente loca a una parte de nuestra juventud, y ha sido fatal para muchos chicos y muchas muchachas. Sus defensores afirman que es una teoría marxista. Yo no doy tres perras chicas

por ese marxismo que quiere derivar todos los fenómenos y todas las transformaciones operadas en la superestructura ideológica de la sociedad directamente y en línea recta de su base económica. No; la cosa no es tan sencilla, ni mucho menos. Ya lo puso de manifiesto hace mucho tiempo, por lo que se refiere al materialismo histórico, un tal Federico Engels.

“La famosa teoría del vaso de agua es, a mi juicio, completamente antimarxista y, además, antisocial. En la vida sexual, no solo se refleja la obra de la naturaleza, sino también la obra de la cultura, sea de nivel elevado o inferior. En su obra sobre los “orígenes de la familia”, Engels ha demostrado la importancia que tiene el que el instinto sexual fisiológico se haya desarrollado y refinado hasta convertirse en amor sexual individual. Las relaciones entre los sexos no son un simple reflejo del intercambio entre la Economía social y una sociedad física aislada mentalmente por la consideración fisiológica. El querer reducir directamente a las bases económicas de la sociedad la

transformación de estas relaciones, aislándolas y desglosándolas de su entronque con la ideología general, no sería marxismo, sino racionalismo. Es evidente que quien tiene sed debe saciarla. Pero, ¿es que el hombre normal y en condiciones normales, se dobla sobre el barro de la calle para beber en un charco? ¿O, simplemente, de un vaso cuyos bordes conservan las huellas grasientas de muchos labios?

Pero, todavía más importante que todo esto es el aspecto social. Pues el acto de beber agua es, en realidad, un acto individual, y en el amor intervienen dos seres y puede nacer un tercero, una nueva vida. En este acto reside un interés social, un deber hacia la colectividad.

“Como comunista, yo no tengo la menor simpatía por la teoría del vaso de agua, aunque se presente con la vistosa etiqueta de “emancipación del amor”. Por lo demás, esta pretendida emancipación del amor no es ni comunista ni nueva. Como usted recordará, es una teoría que se predicó, principalmente, a mediados del siglo pasado en la literatura con

el nombre de “libertad del corazón”. Luego, la realidad burguesa demostró que de lo que se trataba era de libertar no al corazón, sino a la carne. Por lo menos, la predicación de aquel entonces denotaba más talento que la de hoy; por lo que se refiere a la realidad práctica, no puedo juzgar. Y no es que yo, con mi crítica, quiera predicar el ascetismo. Nada de eso. El comunismo no tiene por qué aspirar a una vida ascética, sino, por el contrario, a una vida gozosa y plena de fuerza, colmada, aun en lo que se refiere al amor. Pero, a mi parecer, esa hipertrofia de lo sexual que hoy se observa a cada paso, lejos de infundir goce y fuerza a la vida, se los quita. Y en momentos revolucionarios, esto es grave, muy grave.

“La juventud, sobre todo, necesita alegría y fuerza vital. Deportes sanos, gimnasia, natación, marchas, ejercicios físicos de todo género, variedad de intereses espirituales. ¡Aprender, estudiar, investigar, haciéndolo, siempre que sea posible, colectivamente!

“Todo esto dará a la juventud más que las eternas conferencias y discusiones sobre

problemas sexuales y sobre el dichoso derecho a “vivir su vida”. ¡Cuerpo sano, espíritu sano! Ni monje ni don Juan, pero tampoco ese término medio del filisteo alemán. Seguramente, conoce usted a nuestro joven camarada X. I. Z., un muchacho magnífico, inteligentísimo. Pues, a pesar de todo, temo que no saldrá nada de él. No hace más que saltar de aventura en aventura femenina. Eso no sirve para la lucha política, ni sirve para la revolución. Yo me fío muy poco de la solidez, de la perseverancia en la lucha de esas mujeres en quienes la novela personal se entreteje con la política. Y tampoco me fío de los hombres que corren detrás de cada falda y se dejan pescar por la primera mujercita joven. Eso no se concilia con la revolución” —Lenin se puso en pie, golpeó la mesa con la mano y dio unos cuantos pasos por la habitación—.

“La revolución exige concentración, exaltación de fuerzas. De las masas y de los individuos. No tolera esas vidas orgiásticas propias de los héroes y las heroínas decadentes de un D’Annuzio. El desenfreno de la vida sexual es

un fenómeno burgués, un signo de decadencia. El proletariado es una clase ascensional. No necesita embriagarse, ni como narcótico ni como estímulo. Ni la embriaguez de la exaltación sexual ni la embriaguez por el alcohol. No debe ni puede olvidarse, ni olvidar lo abominable, lo sucio, lo salvaje que es el capitalismo. Su situación de clase y el ideal comunista son los mejores estímulos que pueden impulsarle a la lucha. Necesita claridad, claridad y siempre claridad. Por tanto, lo repito, nada de debilitarse, de derrochar, de destruir sus fuerzas. El que sabe dominarse y disciplinarse no es un esclavo, ni aun en amor. Pero, perdone usted, Clara. Me he desviado considerablemente del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado usted al orden? Las preocupaciones me han soltado la lengua. Me inquieta mucho el porvenir de la juventud. Es un fragmento de la revolución. Y si apuntan fenómenos nocivos que entran al mundo de la revolución arrastrándose desde el mundo de la sociedad burguesa —como las raíces de esas plantas parásitas, que se arrastran y se

extienden a grandes distancias—, es mejor darles la batalla cuanto antes. Por lo demás, estos problemas forman también parte de los problemas de la mujer”.

Lenin había hablado con gran vivacidad y una gran energía. Se veía que cada palabra le salía del alma, y la expresión de su cara lo confirmaba así. De vez en cuando, un enérgico movimiento hecho con la mano subrayaba un pensamiento. A mí me asombraba que Lenin no se preocupase solamente de los grandes problemas políticos, sino que dedicase también gran atención a las manifestaciones concretas y aisladas, ocupándose de ellas. Y no solo en la Rusia soviética, sino también en los Estados gobernados todavía por el capitalismo. Como gran marxista que era, enfocaba lo concreto, dondequiera y bajo la forma que se presentase, en conexión con lo general, con los grandes problemas, y en cuanto a su importancia respecto a estos. Su voluntad, la meta de su vida, se encaminaban en bloque, incommovibles como una fuerza natural irrefrenable, a un solo fin: acelerar la revolución como obra de las masas. Por eso

lo valoraba y lo enjuiciaba todo por la reacción que pudiera producir sobre las fuerzas conscientes propulsoras de la revolución. De la revolución nacional e internacional, pues ante sus ojos se alzaba siempre, abarcando en su integridad la realidad histórica concreta de los diversos países y las diversas etapas de la evolución, la revolución proletaria mundial, una e indivisible.

—¡Cómo siento, camarada Lenin —exclamé—, que no hayan oído sus palabras cientos, miles de personas! A mí, ya sabe usted que no necesita convencerme. Pero hubiera sido conveniente que los amigos y los enemigos escuchasen su opinión.

Lenin sonrió burlescamente:

—Tal vez escriba o hable algún día acerca de estas cuestiones. Más adelante; ahora no. Ahora, hay que concentrar toda la fuerza y todo el tiempo en otras cosas. Tenemos cuidados mayores y más graves. La lucha por afirmar y consolidar el Estado soviético no ha terminado todavía, ni mucho menos. Tenemos que digerir las consecuencias de la guerra con Polonia y procurar sacar lo

mejor que podamos de su terminación. En el Sur está todavía Wrángel. Claro está que tengo la firme convicción de que terminaremos con él. Esto dará también que pensar a los imperialistas ingleses y franceses y a sus pequeños vasallos. Pero tenemos todavía delante de nosotros la parte más difícil de nuestra tarea: la edificación. Esta pondrá también de relieve, como problemas actuales, los problemas de las relaciones sexuales, del matrimonio y la familia. Mientras tanto, tendrán ustedes que arreglárselas como puedan, cuando y donde esos problemas se planteen. Impidiendo que se traten de un modo antimarxista y que sirvan para alimentar desviaciones sordas y manejos ocultos. Y con esto, pasamos a hablar, por fin, de su labor —Lenin miró el reloj—.

—El tiempo de que dispongo para usted va ya promediado —dijo—. He charlado más de la cuenta. Debe usted redactar líneas directrices para la labor comunista entre las masas femeninas. Como conozco la posición de principio de usted y su experiencia práctica, nuestra conversación acerca de esto puede

ser breve. Vamos, pues, allá. ¿Cómo concibe usted esas líneas directrices?

Tracé un resumen rápido de ellas. Lenin asentía constantemente con la cabeza, sin interrumpirme. Cuando hube terminado, le miré como interrogándole.

—De acuerdo —manifestó—. Trate usted, además, del asunto con Zinoviev. Conveniría también que informase usted y discutiese acerca de esto en una sesión de los camaradas dirigentes. Es lástima, de veras es lástima, que no esté aquí la camarada Inessa. Ha tenido que irse enferma al Cáucaso. Después de la discusión, escriba usted las líneas directrices. Una comisión las estudiará y la Ejecutiva decidirá en último término. Yo solo me manifestaré acerca de algunos puntos principales, en los que comparto en absoluto su criterio. Estos puntos los juzgo también de importancia para nuestra labor corriente de agitación y propaganda, si esta labor ha de preparar y hacer triunfar la acción y la lucha.

“Las líneas directrices deberán expresar nítidamente que la verdadera emancipación

de la mujer solo es posible mediante el comunismo. Hay que hacer resaltar con toda fuerza la relación indisoluble que existe entre la posición social y humana de la mujer y la propiedad privada sobre los medios de producción. Con esto, trazaremos una divisoria firme e imborrable entre nuestro movimiento y el movimiento feminista. Además, de este modo echaremos las bases para enfocar el problema de la mujer como una parte del problema social, del problema obrero, firmemente unida, por tanto, a la lucha proletaria de clases y a la revolución. Hay que conseguir que el movimiento femenino comunista sea también un movimiento de masas, una parte del movimiento general de las masas. No solo de los proletarios, sino de los explotados y oprimidos de toda clase, de todas las víctimas del capitalismo y de cualquier otro poder. En eso estriba también su importancia para la lucha de clases del proletariado y para su creación histórica: la sociedad comunista. Podemos sentirnos legítimamente orgullosos de tener dentro del partido, dentro de la Internacional Comunista una “elite” de mujeres

revolucionarias. Pero esto no es decisivo. De lo que se trata es de ganar para nuestra causa a los millones de mujeres trabajadoras de la ciudad y del campo. Para nuestras luchas, y muy especialmente para la transformación comunista de la sociedad. Sin atraer a la mujer, no conseguiremos un verdadero movimiento de masas.

“De nuestro punto de vista ideológico se deriva el criterio de organización. Nada de organizaciones especiales de mujeres comunistas. La que sea comunista, tiene su puesto en el partido, lo mismo que el hombre. Con los derechos y deberes comunistas. Acerca de esto, no puede haber discrepancias. Sin embargo, hay que reconocer un hecho. El partido debe poseer órganos, grupos de trabajo, comisiones, comités, secciones, o como quieran llamarse, cuya misión especial sea despertar a las grandes masas femeninas, ponerlas en contacto con el partido y mantenerlas de un modo constante bajo su influencia. Para esto, es necesario, naturalmente, que laboremos de una manera sistemática entre esas masas femeninas, que disciplinemos a

las mujeres más despiertas y las reclutemos y pertrechemos para las luchas proletarias de clase bajo la dirección del partido comunista. Y al decir esto, no pienso solamente en las proletarias, las que trabajan en la fábrica o las que atienden al fogón. Pienso también en las campesinas humildes, en las pequeñas burguesas de los diversos sectores sociales. También ellas son víctimas del capitalismo, y desde la guerra más que nunca. La psicología apolítica, asocial, rezagada de estas masas femeninas; su círculo aislado de acción, el corte todo de su vida son hechos que sería necio, absolutamente necio desdeñar. Para trabajar en este campo, necesitamos órganos especiales de trabajo, métodos de agitación y formas de organización especiales. Y esto no es feminismo: es eficacia práctica revolucionaria”.

Le dije que sus palabras eran para mí un valioso estímulo, pues muchos camaradas, camaradas muy buenos, combatían de la manera más enérgica el que el partido crease órganos especiales para trabajar sistemáticamente entre las masas femeninas. Según

ellos, esto era feminismo y reincidencia en las tradiciones socialdemócratas. Daban como razón el que los partidos comunistas; al reconocer que la mujer era en un todo igual al hombre, lógicamente tenían que actuar entre las masas trabajadoras sin admitir diferencia alguna, tratándose de mujeres. Estas debían atraerse a la par que los hombres y bajo las mismas condiciones. Y todo lo que fuese reconocer en el terreno de la agitación y de la organización las circunstancias apuntadas por Lenin, era calificado por los defensores de la opinión contraria de oportunismo, de deserción y traición a los principios.

—Esto no es nada nuevo, ni prueba nada —dijo Lenin—. No se deje usted sugestionar por esos argumentos. Vamos a ver, ¿por qué en ninguna parte —ni siquiera aquí en la Rusia soviética— militan en el partido tantas mujeres como hombres? ¿Por qué es tan insignificante la cifra de las obreras organizadas sindicalmente? Los hechos dan qué pensar. La resistencia a admitir estos órganos especiales indispensables para trabajar entre las grandes masas femeninas es un

indicio de las concepciones muy de principio también, muy radicales, de nuestros queridos amigos del Partido Comunista Obrero. Según ellos, solo puede haber una forma de organización: la unión obrera. En no pocas cabezas de mentalidad revolucionaria, pero confusa, se invocan los principios siempre que “faltan los conceptos”, es decir, cuando la conciencia se cierra a los hechos reales y, objetivos, que no hay más remedio que reconocer. ¿Cómo se avienen esos guardianes de los “principios puros” a las necesidades imperativas, que la historia nos impone, de nuestra política revolucionaria? Ante la necesidad inexorable, fallan todos los discursos. Sin tener a nuestro lado a millones de mujeres, no podremos ejercer la dictadura, ni podremos edificar la sociedad comunista. A todo trance tenemos que encontrar el camino que nos lleve a ellas, estudiar, ensayar, para encontrar ese camino. Por eso estamos también en lo cierto cuando planteamos reivindicaciones a favor de la mujer. No se trata de ningún programa mínimo ni reformista, como los de la socialdemocracia, los de la II

Internacional. Con esto no hacemos ninguna profesión de fe en la eternidad, ni siquiera en la larga duración de las maravillas de la burguesía y de su Estado. No intentamos domesticar con reformas a las masas femeninas ni desviarlas de la lucha revolucionaria. No se trata de nada de esto ni de ninguna otra maniobra reformista. Nuestras reivindicaciones son otras tantas deducciones prácticas derivadas de las irritantes penalidades y humillaciones vergonzosas de la mujer, de su posición como ser débil y privado de derechos dentro de la sociedad burguesa. Al plantearlas, demostramos conocer todas estas miserias, sentir como una injusticia las humillaciones de la mujer y los privilegios del hombre. Que odiamos todo eso, sí; que odiamos y queremos suprimir todo lo que oprime y atormenta a la obrera, a la mujer del obrero, a la campesina, a la mujer del hombre humilde y, hasta en ciertos respectos, a la mujer de las clases acomodadas. Los derechos y las medidas sociales que reclamamos para las mujeres de la sociedad burguesa son una prueba de que comprendemos y de que,

bajo la dictadura del proletariado, reconoceremos la situación y los intereses de la mujer. Naturalmente que no como reformistas adormecedores y tutelares. No; nada de eso. Como revolucionarios, que llaman a la mujer a colaborar, como igual en derechos al hombre, en la transformación de la Economía y de la superestructura ideológica de la sociedad.

Yo le aseguré que compartía sus ideas, pero que estas chocarían con la resistencia de muchos, que los espíritus inseguros y miedosos las rechazarían como sospechosas de oportunismo. Y que tampoco podía negarse que nuestras actuales reivindicaciones, en punto a la mujer, eran susceptibles de ser concebidas e interpretadas de un modo falso.

—¿Cómo? —exclamó Lenin, un poco bruscamente—. A ese peligro está expuesto todo cuanto digamos y hagamos. Y si, por miedo a incurrir en él, nos abstenemos de hacer lo que creamos conveniente y necesario, nos convertimos en los santos indios de las columnas. ¡No moverse, no tocar, pues podríamos caer desde lo alto de la columna de nuestros principios!

Por lo demás, en nuestro caso no hay que mirar solamente a lo que pedimos, sino a cómo lo pedimos. Creo haber apuntado bastante claramente a esto. Ya se sabe que nosotros no vamos a rezar propagandistamente nuestras reivindicaciones por la mujer como las cuentas de un rosario, sino que debemos luchar tan pronto por unas como por otras, a medida que lo requieran las circunstancias. Y siempre, naturalmente, en relación con los intereses generales del proletariado. Cada una de estas batallas nos coloca enfrente de la honorable hermandad burguesa y de sus no menos honorables lacayos reformistas. Obliga a estos a una de dos cosas: o a luchar bajo nuestras banderas —cosa que no quieren—, o a desenmascararse. Por tanto, estas luchas deslindan nuestro campo y presentan a la luz del día nuestra faz comunista. Con ellas, ganamos la confianza de las grandes masas femeninas que se sienten explotadas, esclavizadas y pisoteadas por la supremacía del hombre, por la fuerza del patrono, por la sociedad burguesa entera. Traicionadas, abandonadas por todos, las mujeres trabajadoras reconocen

que tienen que luchar a nuestro lado. Y no necesito jurarle ni hacerle jurar a usted que las luchas por las reivindicaciones femeninas deben ir asociadas también a la meta de la conquista del Poder, de la implantación de la dictadura proletaria. Esto es, en los momentos presentes, el alfa y el omega de nuestro movimiento. La cosa es clara, perfectamente clara. Pero las grandes masas femeninas del pueblo trabajador no se sentirán irresistiblemente arrastradas a compartir nuestras luchas por el Poder, si nos limitamos a soplar una y otra vez este solo grito, aunque lo soplemos con las trompetas de Jericó. ¡No y no! Nuestras reivindicaciones deben ir políticamente asociadas también en la conciencia de las masas femeninas a las penalidades, a las necesidades y a los deseos de las mujeres trabajadoras. Estas deben saber que, para ellas, la dictadura proletaria significa la plena equiparación con el hombre ante la ley y en la práctica, dentro de la familia, en el Estado y en la sociedad, así como también el estrangulamiento del poder de la burguesía.

—El ejemplo de la Rusia soviética —exclamé yo, interrumpiéndole— lo prueba, y ese será nuestro gran modelo.

Lenin prosiguió :

—La Rusia soviética presenta nuestras reivindicaciones femeninas bajo un ángulo visual nuevo. Bajó la dictadura del proletariado, ya no son objeto de lucha entre el proletariado y la burguesía. Implantadas, se convierten en piedras para el edificio de la sociedad comunista. Esto demostrará a las mujeres de otros países la importancia decisiva que tiene la conquista del Poder por el proletariado. Hay que subrayar claramente la diferencia, si queremos atraernos a las masas femeninas para las luchas revolucionarias de clase del proletariado. La movilización de la mujer, realizada con una conciencia clara de los principios y sobre una base firme de organización, es una cuestión vital para los partidos comunistas y para su triunfo. Pero no nos engañemos. Nuestras secciones nacionales no ven todavía claro esto. Se comportan de un modo pasivo, indolente, ante el problema de organizar el movimiento de

masas de las mujeres trabajadoras bajo la dirección comunista. No comprenden que el desarrollo y el encauzamiento de este movimiento de masas es una parte importante de las actividades globales del partido, más aún, el cincuenta por ciento de labor general del partido. Y si de vez en cuando reconocen la necesidad y el valor de organizar un movimiento femenino enérgico, con una clara meta comunista, no es más que un reconocimiento platónico de labios afuera, al que no corresponden un desvelo constante y la conciencia del deber de laborar día tras día.

“Se considera la actuación agitadora y propagandista entre las masas femeninas, la obra de despertar y revolucionar a la mujer, como algo secundario, como incumbencia de las camaradas solamente. Y se las reprocha, a ellas, el que las cosas no vayan más de prisa y se desarrollen con más fuerza. ¡Eso es falso, rematadamente falso! Verdadero separatismo y feminismo *rebours*, como dicen los franceses, ¡feminismo a contrapelo! ¿Qué hay en el fondo de esta manera falsa de plantearse el problema nuestras secciones nacionales? No hay,

en última instancia, más que un desdén hacia la mujer y hacia la obra que esta puede realizar. Sí, señor. Desgraciadamente, también de muchos de nuestros camaradas se puede decir aquello de “escarbad en el comunista y aparecerá el filisteo”. Escarbando, naturalmente, en el punto sensible, en su mentalidad acerca de la mujer. ¿Se quiere prueba más palmaria de esto que la tranquilidad con que los hombres contemplan cómo la mujer degenera en ese trabajo mezquino, monótono, de la casa; trabajo que dispersa y consume sus fuerzas y su tiempo, y sumisión al hombre? Se le facilita, con arreglo a sus dotes y a su vocación, plena intervención dentro de la sociedad. Los niños obtienen de este modo condiciones más favorables para su desarrollo que dentro de la familia. Poseemos las leyes más avanzadas del mundo en materia de protección a las obreras, y los mandatarios de los obreros organizados las ejecutan. Creamos establecimientos de maternidad, asilos para madres y niños de pecho, organizamos centros técnicos para aconsejar a las madres, cursos para la crianza de los niños de pecho

y de edad temprana, etc. Hacemos los mayores esfuerzos posibles por aliviar las penalidades de las mujeres abandonadas y sin trabajo.

“Sabemos perfectamente que todo esto no es mucho, comparado con las necesidades de las masas femeninas trabajadoras, que dista muchos de ser todavía su emancipación completa y efectiva. Pero, comparado con lo que ocurría en la Rusia zarista y capitalista, representa un progreso enorme. Y puede incluso compararse sin miedo con la realidad de aquellos países en los que todavía impera sin traba ni cortapisa el capitalismo. Es un buen principio de la dirección acertada. Principio que hemos de seguir desarrollando consecuentemente con toda energía; pueden ustedes, en el extranjero, estar seguros de ello. Pues cada día que pasa y se mantiene la existencia del Estado soviético viene a demostrar todavía más claramente que no podremos salir adelante sin contar con los millones de mujeres. Imagínese usted lo que esto representa en un país en que más de un ochenta por ciento

de la población son campesinos. La pequeña explotación campesina es inseparable de la economía doméstica y de la esclavitud familiar de la mujer. En este respecto, ustedes tendrán que luchar con menos dificultades que nosotros. Siempre y cuando, naturalmente, que los proletarios de sus países acaben por comprender de una vez que las cosas están maduras para la conquista del Poder, para la revolución. Sin embargo, nosotros, a pesar de las grandes dificultades que se nos oponen, no desesperamos. Conforme crecen las dificultades, crecen también nuestras fuerzas. Las necesidades prácticas nos trazarán también nuevos caminos para la emancipación de las masas femeninas. El cooperativismo prestará en este punto grandes servicios, aliado al Estado soviético. Naturalmente, un cooperativismo comunista, no ese cooperativismo burgués que predicán los reformistas, cuyo antiguo entusiasmo revolucionario se ha convertido en vinagre barato. A la par con el cooperativismo, deberá desarrollarse la iniciativa personal, convertida en actuación

colectiva y fundida con ella. Bajo la dictadura proletaria, la emancipación de la mujer avanzará también en la aldea, conforme se vaya realizando el comunismo. En este punto, yo cifro las mejores esperanzas en la electrificación de nuestra industria y de nuestra agricultura. ¡Grandiosa obra, esta! Grandes, inmensas son las dificultades con que tropieza su realización. Para resolverlas, será necesario desplegar, educar las más gigantescas fuerzas de las masas. En esta obra deberán colaborar millones de fuerzas femeninas”.

Durante los últimos diez minutos, habían llamado por dos veces a la puerta. Lenin siguió hablando. Al terminar, abrió la puerta y dijo:

—Voy en seguida:

Luego se volvió a mí y añadió riéndose:

—Ahora me aprovecharé de haber estado reunido con una mujer. Excusaré, naturalmente, mi tardanza con la consabida elocuencia femenina, aunque la verdad es que esta vez no ha sido precisamente la mujer, sino el hombre, el que se ha excedido hablando. Por

lo demás, puedo certificar que sabe usted escuchar de un modo admirable. Tal vez haya sido eso precisamente lo que me haya tentado a hablar tanto.

Mientras pronunciaba estas palabras en broma, Lenin me ayudaba a ponerme el abrigo:

—Abríguese usted bien —me dijo cariñosamente—. Moscú no es Stuttgart. Ya la atenderán a usted. No se vaya a enfriar. Hasta la vista.

Hacia unas dos semanas más tarde volví a sostener otra conversación con Lenin acerca del movimiento femenino. Vino a visitarme. Su visita fue, como era casi siempre, inesperada, una improvisación en medio del gigantesco agobio de trabajo que pesaba sobre el guía de la revolución triunfante. Lenin parecía estar muy fatigado y preocupado. La derrota de Wrángel no era un hecho todavía y el aprovisionamiento de víveres de las grandes ciudades tenía sus ojos clavados en el gobierno soviético como una esfinge inexorable.

Me preguntó en qué estado se hallaban las líneas directrices o las tesis. Le dije que se

había reunido una gran comisión en la que habían intervenido y expuesto su criterio todas las camaradas presentes en Moscú, y que las directrices estaban terminadas y serían pronto discutidas en una comisión menos numerosa. Me dijo que debíamos procurar que el tercer Congreso mundial tratase de este asunto a fondo, como la cosa lo requería. Con este solo hecho se vencerían muchos de los prejuicios de los camaradas.

Aparte de esto, era necesario que las camaradas se destacasen atacando, de firme.

—Nada de cuchichear, como buenas comadres, sino hablar alto y claro, como luchadoras —exclamó Lenin, con energía—. Un Congreso no es ningún salón en el que las mujeres hayan de brillar por sus gracias, como en las novelas. Es un campo de batalla, en el que cada cual tiene que luchar por ideas claras paró la actuación revolucionaria. Prueben ustedes que saben luchar. Con el enemigo, ante todo, naturalmente; pero también dentro del partido, cuando haga falta. No hay que olvidar que se trata de las grandes masas femeninas. Nuestro partido ruso

apoyará todas las proposiciones y todas las medidas que ayuden a conquistarlas. Si estas masas no vienen a nosotros; los contrarrevolucionarios pueden conseguir llevárselas con ellos. No hay que perder de vista esto.

—Sí, hay que conquistar a las masas femeninas, aunque, como se decía de Stralsund, estén atadas con cadenas al cielo —intervine yo, recogiendo el pensamiento de Lenin—. Aquí, en el ambiente de la revolución, con su plétora de vida y sus rápidas y fuertes pulsaciones, he concebido el plan de una gran acción internacional entre las masas femeninas trabajadoras.

Este plan me lo han sugerido, muy especialmente, los grandes congresos y conferencias de mujeres sin partido que aquí se celebran. Hay que intentar trasplantar estos métodos del campo nacional al campo internacional. Es innegable que la guerra mundial, con sus estragos, han conmovido en lo más profundo a grandes masas de mujeres de las más diversas clases y sectores sociales. Las ha agitado, ha sembrado en ellas la inquietud. En forma de las más angustiosas preocupaciones por el

sustento y el contenido de su vida, se alzan hoy ante la mujer problemas que la mayoría de ellas apenas sospechaban y que muy pocas enfocaban claramente. La sociedad burguesa es incapaz de dar una solución satisfactoria a estos problemas. Esto solo puede hacerlo el comunismo. Y esto es lo que tenemos nosotros que llevar a la conciencia de las grandes masas femeninas de los países capitalistas, organizando con este objeto un gran Congreso internacional de mujeres sin partido.

Lenin no me contestó inmediatamente. Con la mirada como vuelta hacia adentro, la boca apretada y el labio inferior un poco saliente, meditaba.

—Sí —dijo al cabo de un rato—, habrá que hacerlo. El plan es bueno. Pero el mejor plan, el más excelente, no sirve de nada si no se lo sabe manejar. ¿Ha pensado usted ya acerca de su ejecución? ¿Cómo concibe usted esta?

Le expuse minuciosamente mis ideas acerca de esto. Le dije que lo primero era formar un Comité integrado por unas cuantas camaradas de distintos países y que, manteniéndose

en constante y estrecho contacto con nuestras secciones nacionales, se encargase de preparar, ejecutar y utilizar el Congreso. Si este Comité podía comenzar a actuar inmediatamente de un modo oficial y público o no, era una cuestión de oportunidad que habría que meditar. En todo caso, la primera tarea de sus miembros en cada país sería establecer contacto con las dirigentes de las obreras sindicalmente organizadas, con las dirigentes del movimiento político proletario de la mujer, y de organizaciones femeninas burguesas de todas las clases y tendencias, como médicas, profesoras, escritoras, etc., de prestigio, y formar un Comité nacional y sin partido de trabajo y de preparación del Congreso. Con miembros de estos Comités nacionales se formaría un organismo internacional, cuya misión sería preparar y convocar el Congreso internacional, fijar su orden del día y sitio y fecha para su celebración.

El Congreso debería tratar en primer término, a mi juicio, el derecho de la mujer al trabajo profesional. En relación con esto, podrían plantearse los problemas del paro, del salario y del sueldo iguales para rendimiento

igual; de la jornada legal de ocho horas y de las leyes de protección para las obreras, de la organización sindical y profesional, de la asistencia social para la madre y el niño, de las instituciones sociales para aliviar de sus labores a las mujeres de casa y a las madres, etc. En el orden del día deberían figurar, además, el problema de la posición de la mujer ante el derecho matrimonial de familia y ante el derecho público. Razoné estas proposiciones y seguí exponiendo cómo los comités nacionales habrían de preparar concienzudamente el Congreso en cada país, por medio de una campaña sistemática de mítines y en la prensa. Dije que esta campaña tenía una importancia especial para poner en pie a las grandes masas de mujeres, para impulsarlas a que se ocupasen seriamente de los problemas puestos a discusión y para encauzar su atención hacia el Congreso y, por tanto, hacia el comunismo y hacia los partidos de la Tercera Internacional. Que esta campaña debía orientarse hacia las mujeres trabajadoras de todas las capas sociales, asegurando la asistencia y la colaboración en el Congreso de representantes de todas las

organizaciones femeninas invitadas y de delegadas de todos los mítines de mujeres que se organizaran. Y el Congreso debía ser una verdadera “representación popular, aunque en un sentido muy distinto al de los parlamentos burgueses.

Que, indudablemente, los comunistas debían ser, no solo la fuerza propulsora, sino también, y, sobre todo, la fuerza dirigente del trabajo de preparación. Que para ello debían contar con el apoyo más enérgico de nuestras secciones. Y que esto se refería también, naturalmente, a la actuación del Comité internacional, a los mismos trabajos del Congreso y al modo de utilizar en gran escala los resultados de este. Que en el Congreso se debían presentar tesis o bien proposiciones comunistas a todos los problemas, nítidamente perfiladas, en cuanto a los principios, y procurando, además, que estuviesen objetivamente, razonadas y con un dominio científico de los hechos sociales. Que estas tesis debían ser previamente discutidas y aprobadas por la Ejecutiva de la Internacional Comunista. Que las soluciones y consignas comunistas

debían ser el eje de los trabajos del Congreso, haciendo girar en torno a ellas la atención pública. Que, una vez celebrado el Congreso, estas consignas debían difundirse por medio de la agitación y la propaganda entre las más amplias masas femeninas y presidir las acciones internacionales de masas de la mujer. Que una condición inexcusable para ello era, evidentemente, que las comunistas actuaran en todos los comités y en el mismo Congreso como una unidad cerrada y firme, que colaborasen de un modo fundamentalmente claro y sistemáticamente incommovible, sin permitir que nadie danzase por su cuenta.

Durante la exposición de mis ideas, Lenin había asentido varias veces con la cabeza y hecho varias interrupciones breves de conformidad, con lo que yo decía.

—Creo, querida camarada —dijo cuando hube terminado—, que ha enfocado usted la cosa muy bien en el aspecto político y también en lo fundamental, por lo que se refiere a la organización. Yo opino en absoluto que, en las circunstancias actuales, ese Congreso podría tener una gran importancia. Podría

ponernos en contacto con grandes masas de mujeres, y, muy especialmente, con masas de mujeres de todas las profesiones, obreras industriales, obreras domiciliarias, y también con las maestras y otras empleadas públicas. ¡Sería magnífico, magnífico! No hay más que pensar en la situación que se plantearía en las grandes luchas económicas, e incluso en las huelgas políticas. ¡Qué incremento más enorme de fuerza significarían para el proletariado revolucionario esas masas de mujeres puestas conscientemente en rebeldía! Siempre, naturalmente, que consiguiésemos atraérnoslas y supiésemos retenerlas a nuestro lado. Saldríamos ganando con ello mucho, muchísimo. Pero, vamos a ver, ¿qué criterio tiene usted acerca de algunos puntos concretos? Es muy probable que los gobiernos no viesen con buenos ojos la obra del Congreso, que pretendiesen impedirlo. Claro está que difícilmente se atreverían a reprimirlo brutalmente. Ya sé que a usted esto no la intimida. Pero, ¿no teme usted que en los comités y en el mismo Congreso las comunistas podrían verse arrolladas por

la preponderancia numérica de las mujeres burguesas y reformistas y por su rutina? Y además, y sobre todo, ¿confía usted realmente en la formación marxista de nuestras camaradas, cree usted que podría reclutarse entre ellas una tropa de choque capaz de sostener la lucha con honor?

Le contesté que las autoridades difícilmente procederían contra el Congreso por la violencia y que las mortificaciones y las brutalidades que se cometiesen contra él no conseguirían más que hacer campaña en su favor y en el nuestro. Que al número y a los métodos rutinarios de los elementos no comunistas, nosotras, las comunistas, opondríamos la superioridad científica del materialismo histórico en el modo de concebir y esclarecer los problemas sociales y en la consecuencia de nuestras medidas para resolverlos, y, por último, el triunfo de la revolución proletaria en Rusia y la obra fundamental de esta por la emancipación de la mujer. Que los flacos y las faltas que hubiese en cuanto a la formación y a la capacidad de algunas camaradas se podían compensar con una preparación y

una colaboración sistemáticas. Que, en este respecto, cifraba mis mejores esperanzas en las camaradas rusas, que serían el núcleo de hierro de nuestra falange. Que del brazo de ellas yo me lanzaría con toda tranquilidad a batallas mayores que las de un Congreso. Y que, además, si nos derrotaban por votos, esta batalla haría pasar a primer plano la causa del comunismo y tendría una importancia propagandista enorme, procurándonos puntos de contacto y elementos para seguir trabajando.

Lenin se echó a reír con todas sus ganas:

—¡Siempre la misma entusiasta defensora de las revolucionarias rusas! Sí, sí, acero viejo no se oxida. En el fondo, creo que tiene usted razón. También la derrota después de una dura lucha sería un avance, una preparación para futuras conquistas entre las masas de mujeres trabajadoras. Bien mirado todo, se trata de una empresa digna de todo lo que en ella se aventure. La derrota nunca podría ser completa. Y, naturalmente, yo confío en el triunfo, deseo el triunfo de todo corazón. Este triunfo reforzaría enormemente nuestro

poder, extendería y consolidaría en grandes proporciones nuestro frente de lucha, traería a nuestras filas vida, movimiento, actividad. Y esto siempre está bien. Además, ese Congreso sembraría y avivaría en el campo de la burguesía y de sus amigos reformistas la inquietud, la inseguridad, los antagonismos, los conflictos. ¡Hay que imaginarse todos los elementos que se reunirían en el Congreso bajo un mismo techo con las “hienas de la revolución”, y, si las cosas viniesen bien dadas, bajo su dirección: las buenas y sumisas socialdemócratas que acatan la alta jefatura de Scheidemann, Dittmann y Legien; las piadosas cristianas, bendecidas por el Papa o arrodilladas ante Lutero; respetables hijas de altos consejeros y consejeras de gobierno recién salidas del horno; pacifistas inglesas con porte de “*ladies*”, y apasionadas feministas francesas! ¡Qué estampa de caos, de decadencia, de mundo burgués, sería este Congreso! ¡Qué magnífico reflejo de su incapacidad para encontrar un camino y una solución! Los efectos de este Congreso acentuarían la descomposición y debilitarían con ello las fuerzas de la contrarrevolución. Todo

lo que sea debilitar la potencia del enemigo, es robustecer nuestra propia fuerza. Yo soy partidario de ese Congreso; hable usted de ello con Grigory. Ya verá usted cómo comprende en todo su alcance la importancia del asunto. Nosotros lo apoyaremos enérgicamente. ¡Manos, pues, a la obra, y mucha suerte!

Todavía hablamos un rato acerca de la situación en Alemania y principalmente acerca del próximo “Congreso de unificación” de los viejos “espartaquistas”, con el ala de izquierda de los independientes.

Luego, Lenin se fue corriendo, y, al pasar por una habitación, en la que estaban trabajando algunos camaradas, los saludó cordialmente. Mi plan encontró también la aprobación del camarada Zinoviev. Me entregué llena de esperanza a los trabajos preparatorios. Desgraciadamente, la idea del Congreso se estrelló contra la intransigencia de las camaradas alemanas y búlgaras, que, por aquel entonces, eran las que, fuera de la Rusia soviética, acaudillaban el mejor movimiento femenino comunista. Cuando se lo conté a Lenin, este exclamó:

—¡Qué lástima, qué lástima! Estas camaradas han desperdiciado una magnífica ocasión para abrir a grandes masas de mujeres una perspectiva de esperanza y atraerlas así a las luchas revolucionarias del proletariado. ¡Quién sabe si esa ocasión propicia volverá a presentarse tan pronto! El hierro hay que machacarlo cuando está al rojo. Pero el problema queda en pie. Deben ustedes buscar el camino de llegar a las masas de mujeres, lanzadas por el capitalismo a la miseria más espantosa. ¡Tienen ustedes que buscarlo, cueste lo que cueste! Ante este imperativo, no hay escapatoria posible. Sin un movimiento organizado de masas bajo la dirección de los comunistas no podremos triunfar sobre el capitalismo ni edificar el comunismo. Por eso el Aquerón de las masas femeninas no tiene más remedio que moverse, más tarde o más temprano.

* * *

El primer año del proletariado revolucionario sin Lenin. Este año ha venido a comprobar la firmeza de su obra, la descollante genialidad

del guía y del maestro. Nos ha hecho sentir cuán grande y cuán insustituible es la pérdida sufrida. Los cañonazos sordos anuncian la hora sombría, en que hoy hace un año Lenin cerró para siempre aquellos ojos que sabían mirar tan lejos y tan hondo. Veo las filas interminables de hombres y mujeres del pueblo trabajador que marchan, envueltos en tristeza, hacia la tumba de Lenin. Su duelo es mi duelo, es el duelo de millones de seres. Pero del dolor reavivado se alza con fuerza arrolladora el recuerdo, que es una realidad ante la que el presente angustioso se derrumba. Me parece estar escuchando cada palabra pronunciada por Lenin ante mí. Me parece estar viendo todos los gestos de su cara... Miles de banderas se inclinan ante su tumba; son banderas teñidas con la sangre de las luchas revolucionarias. Miles de coronas de laurel se depositan sobre ella. Todo es poco. A ello uno y yo estas modestísimas páginas.

Moscú, fines de enero de 1925.

Capítulo 4

Tesis, manifiestos y resoluciones
para la propaganda entre las mujeres
(III Congreso de la Internacional
Comunista)

ИНТЕРНАЦИОНАЛ

Revista de la Internacional Comunista



№

МОСКВА-
КРЕМЛЬ.



ПЕТРОГРАД-
СМОЛЬНЫЙ.

9

Tesis, manifiestos y resoluciones adoptados por el tercer Congreso de la Internacional Comunista (1921) en relación con la tarea de los partidos comunistas entre las mujeres.

Textos tomados de la 2ª edición digital de las EIS - Edicions Internacionals Sedov, Valencia, mayo de 2017, cotejados con Thèses, manifestes et résolutions adoptés par les Ier, IIe, IIIe et IVe Congrès de l'Internationale Communiste (1919-1923). Textes complets, Reimpresión en facsímil de François Maspero, París, 1972, de la edición de Bibliotheque Communiste de Librairie du Travail, París, junio de 1934. En caso de duda o error de imprenta manifiesto los textos han sido cotejados con The Communist International de la sección en inglés del Marxists Internet Archive.

Tesis para la propaganda entre las mujeres

Principios generales

I. El III Congreso de la Internacional Comunista, juntamente con la II Conferencia Internacional de las Mujeres Comunistas, confirma la opinión del I y II congresos relativa a la necesidad para todos los partidos comunistas de occidente y de oriente de reforzar el trabajo entre el proletariado femenino y, en particular, la educación comunista de las grandes masas de obreras que es preciso arrastrar a la lucha por el poder de los soviets o por la organización de la República Obrera Soviética.

La cuestión de la dictadura del proletariado es primordial para la clase obrera de todo el mundo y, en consecuencia, también para las obreras.

La economía capitalista se encuentra en un callejón sin salida. Las fuerzas productivas ya no pueden desarrollarse en el marco del régimen capitalista. La impotencia de la burguesía para hacer renacer la industria, la creciente miseria de las masas trabajadoras,

el desarrollo de la especulación, la descomposición de la producción, el paro, la inestabilidad de los precios, la carestía de la vida que no mantiene relación con los salarios, provocan un recrudecimiento de la lucha de clases en todos los países. En esta lucha, se trata sobre todo de saber quién ha de organizar la producción, si un puñado de burgueses y explotadores sobre las bases del capitalismo y de la propiedad privada o la clase de los verdaderos productores sobre la base comunista.

La nueva clase ascendente, la clase de los verdaderos productores, debe apoderarse, conforme a las leyes del desarrollo económico, del aparato de producción y crear las nuevas formas económicas. Solo así se podrá imprimir su máximo desarrollo a las fuerzas productivas, a las que la anarquía de la producción capitalista impide alcanzar todo el rendimiento de que son capaces.

Mientras el poder esté en manos de la clase burguesa, el proletariado se encontrará impotente para restablecer la producción. Ninguna reforma, ninguna medida propuesta

por los gobiernos democráticos o socialistas de los países burgueses serán capaces de salvar la situación y de aliviar los sufrimientos insuperables de los obreros, pues esos sufrimientos son un efecto natural de la ruina del sistema económico capitalista y persistirán mientras el poder esté en manos de la burguesía. Solo la conquista del poder por parte del proletariado le permitirá a la clase obrera adueñarse de los medios de producción y asegurarse, así, la posibilidad de restablecer la economía en su propio interés.

Para adelantar la hora del choque decisivo del proletariado con el mundo burgués expirante, la clase obrera debe adecuarse a la táctica firme e intransigente preconizada por la III Internacional. La realización de la dictadura del proletariado tiene que estar a la orden del día. Ese es el objetivo que definirá los métodos de acción y la línea de conducta del proletariado de ambos sexos.

Partiendo del punto de vista de que la lucha por la dictadura del proletariado figura en la orden del día del proletariado de todos los estados capitalista y que la construcción

del comunismo es la tarea más inmediata en los países donde la dictadura ya está en manos de los obreros, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista declara que tanto la conquista del poder por el proletariado como la realización del comunismo en los países que ya acabaron con la opresión burguesa no podrán ser realizadas sin el apoyo activo de la masa del proletariado y del semiproletariado femenino.

Por otra parte, el congreso llama una vez más la atención de las mujeres sobre el hecho que sin el apoyo de los partidos comunistas, las iniciativas tendentes a la liberación de la mujer, al reconocimiento de su igualdad personal total y su verdadera liberación no son realizables.

II. Los intereses de la clase obrera exigen, particularmente en el momento actual, el ingreso de las mujeres en las filas organizadas del proletariado que lucha por el comunismo. Lo exigen en la medida en que la ruina económica mundial se hace cada vez más intensa e intolerable para toda la población

pobre de las ciudades y del campo y la revolución social se le impone, inevitablemente, a la clase obrera de los países burgueses capitalistas, mientras que al pueblo trabajador de la Rusia Soviética le urge iniciar la reconstrucción de la economía nacional sobre nuevas bases comunistas. Esas dos tareas se realizarán con mayor facilidad si las mujeres participan de forma más activa, consciente y voluntaria.

III. En todos los lugares donde el problema de la conquista del poder surja directamente, los partidos comunistas deben saber apreciar el gran peligro que representa en la revolución las masas inertes de las obreras no integradas en el movimiento de las amas de casas, de las empleadas, de las campesinas, no liberadas de las concepciones burguesas, de la Iglesia y de los prejuicios, y no vinculadas por ningún nexo al gran movimiento de liberación que es el comunismo. Las masas femeninas de oriente y occidente no integradas en ese movimiento constituyen inevitablemente un apoyo para la burguesía y un motivo para su

propaganda contrarrevolucionaria. La experiencia de la revolución húngara, durante la cual la inconsciencia de las masas femeninas desempeñó tan triste papel, debe servir de advertencia al proletariado de los países atrasados que se encaminan por la vía de la revolución social.

La experiencia de la República Soviética ha demostrado en la práctica cuán esencial es la participación de la obrera y de la campesina tanto en la defensa de la república durante la guerra civil como en todos los órdenes de la organización soviética. Es sabida la importancia del papel que las obreras y las campesinas desempeñaron en la república de los soviets, en la organización de la defensa, en el fortalecimiento de la retaguardia, en la lucha contra la deserción y contra todas las formas de la contrarrevolución, el sabotaje, etc.

La experiencia de la república obrera debe ser aprendida y utilizada en los demás países.

De todo lo que acabamos de decir se desprende que la tarea inmediata de los partidos comunistas consiste en extender la influencia del partido y del comunismo a los vastos sec-

tores de la población femenina de su país, mediante un organismo especial que funcione en el seno del partido y de métodos particulares que permitan abordar más fácilmente a las mujeres, para sustraerlas de la influencia de las concepciones burguesas y de la acción de los partidos coalicionistas, para hacer de ellas verdaderas combatientes por la liberación total de la mujer.

IV. Al imponer a los partidos comunistas de oriente y occidente la tarea inmediata de reforzar el trabajo del partido entre el proletariado femenino, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista demuestra al mismo tiempo a los obreros del mundo entero que su liberación de la injusticia secular, de la esclavitud y de la desigualdad, solo es realizable mediante la victoria del comunismo.

Lo que el comunismo le ofrecerá a la mujer, en ningún caso podrá dárselo el movimiento femenino burgués. Mientras exista la dominación del capital y de la propiedad privada, la liberación de la mujer es imposible.

El derecho electoral no suprime la causa primordial de la servidumbre de la mujer en

la familia y en la sociedad, y no soluciona el problema de las relaciones entre ambos sexos. La igualdad no formal sino real de la mujer solo es posible bajo un régimen en el que la mujer de la clase obrera sea la poseedora de sus instrumentos de producción y distribución, participe en su administración y tenga la obligación de trabajar bajo las mismas condiciones que todos los miembros de la sociedad trabajadora. En otros términos, esta igualdad solo es realizable después de la derrota del sistema capitalista y su reemplazo por las formas económicas comunistas.

Solo el comunismo creará una situación en la que la función natural de la mujer, la maternidad, no esté en conflicto con las obligaciones sociales y no obstaculice su trabajo productivo para bien de la colectividad. Pero el comunismo es, al mismo tiempo, el objetivo final de todo el proletariado. En consecuencia, la lucha de la obrera y del obrero por ese objetivo común debe realizarse conjuntamente en interés de los dos.

V. El III Congreso Mundial de la Internacional Comunista confirma los principios

fundamentales del marxismo revolucionario según los cuales no existen problemas “específicamente femeninos”. Toda relación de la obrera con el feminismo burgués, al igual que toda ayuda aportada por ella a la táctica de medidas tibias y de franca traición de los socialcoalicionistas y de los oportunistas, no hace sino debilitar las fuerzas del proletariado y, al retardar la revolución social, impide a la vez la realización del comunismo, es decir la liberación de la mujer.

Solo llegaremos al comunismo mediante la unión en la lucha de todos los explotados y no por la unión de las fuerzas femeninas de las dos clases opuestas.

Las masas proletarias femeninas deben, en su propio interés, apoyar la táctica revolucionaria del partido comunista y participar de la forma más activa y directa en las acciones de masas y en la guerra civil bajo todas sus formas y aspectos, tanto en el marco nacional como a escala internacional.

VI. La lucha de la mujer contra su doble opresión, el capitalismo y la dependencia familiar y doméstica, debe adoptar en

la próxima fase de su desarrollo un carácter internacional transformándose en lucha del proletariado de ambos sexos por la dictadura y el régimen soviética bajo la bandera de la III Internacional.

VII. Al disuadir a las obreras de todos los países de cualquier tipo de colaboración y de coalición con las feministas burguesas, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista les previene a la vez que todo apoyo proporcionado por ellas a la II Internacional o a los elementos oportunistas que se le aproximen será muy perjudicial para el movimiento. Las mujeres siempre deben recordar que su esclavitud tiene sus raíces en el régimen burgués. Para acabar con esta esclavitud, es preciso acceder a un orden social nuevo.

Al apoyar a las Internacionales II y II y $\frac{1}{2}$, y grupos análogos, se paraliza el desarrollo de la revolución, y en consecuencia se impide la transformación social, retrasando la hora de la liberación de la mujer.

Cuanto más se alejen las masas femeninas con decisión e irreversiblemente de la

II Internacional y de la Internacional II y $\frac{1}{2}$, en mayor medida se asegurará la victoria de la revolución social. El deber de las mujeres comunistas es condenar a todos los que temen la táctica revolucionaria de la Internacional Comunista y dedicarse firmemente a excluirlo de las filas cerradas de la Internacional Comunista.

Las mujeres deben recordar también que la II Internacional todavía no ha intentado crear un organismo destinado a la lucha por la liberación total de la mujer. La unión internacional de las mujeres socialistas, en la medida que existe, se ha organizado al margen del marco de la II Internacional, por propia iniciativa de las obreras.

La III Internacional formuló claramente, desde su primer congreso en 1919, su actitud frente al problema de la participación de las mujeres en la lucha por la dictadura. A iniciativa suya y con su apoyo fue convocada la primera conferencia de mujeres comunistas y en 1920 fue fundada la Secretaría Internacional para la Propaganda entre las Mujeres, con representación permanente en el Comité

Ejecutivo de la Internacional Comunista. El deber de las obreras conscientes de todos los países consiste en romper con la II Internacional y con la Internacional II y $\frac{1}{2}$ y apoyar firmemente la política revolucionaria de la Internacional Comunista.

VIII. El apoyo que prestarán a la Internacional Comunista las obreras y las empleadas debe manifestarse ante todo por su entrada en las filas de los partidos comunistas de sus respectivos países. En los países y en los partidos donde la lucha entre la II y la III Internacionales aún no ha finalizado, el deber de las obreras consiste en apoyar con todas sus fuerzas al partido o al grupo que sigue la política de la Internacional Comunista y luchar despiadadamente contra todos los elementos vacilantes o abiertamente traidores, sin tener en cuenta su autoridad. Las mujeres proletarias conscientes que luchan por su liberación no deben permanecer en un partido no afiliado a la Internacional Comunista.

Todo adversario de la III Internacional es un enemigo de la liberación de la mujer.

Todo obrero consciente de occidente y oriente debe colocarse bajo la bandera revolucionaria de la Internacional Comunista. Toda vacilación de las mujeres del proletariado en romper con los grupos oportunistas, o con sus autoridades reconocidas, retrasa las conquistas del proletariado en el campo de batalla de la guerra civil, que adquiere el carácter de una guerra civil mundial.

Métodos de acción entre las mujeres

Partiendo de los principios indicados anteriormente, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista establece que el trabajo entre el proletariado femenino debe ser llevado a cabo por los partidos comunistas de todos los países sobre las siguientes bases:

1. Admitir a las mujeres como miembros con idénticos deberes y derechos que el resto de los miembros en el partido y en todas las organizaciones proletarias (sindicatos, cooperativas, consejos de fábrica, etc.).

2. Tomar conciencia de la importancia de la participación activa de las mujeres en todos los sectores de la lucha del proletariado (inclusive su defensa militar), de la construcción de nuevas bases sociales, de la organización de la producción y de la existencia de acuerdo con los principios comunistas.

3. Reconocer a la maternidad como una función social, adoptar y aplicar todas las medidas necesarias para la defensa de la mujer en su calidad de madre.

A la vez que se pronuncia enérgicamente contra todo tipo de organización especial de mujeres en el seno del partido, de los sindicatos o de otras asociaciones obreras, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista reconoce la necesidad para el partido comunista de emplear métodos particulares de trabajo entre las mujeres y estima la utilidad de formar en todos los partidos comunistas organismos especiales encargados de este trabajo.

El congreso adopta estas medidas guiado por las siguientes consideraciones:

a) la servidumbre familiar de la mujer no solo en los países burgueses capitalistas sino también en los países donde ya existe el régimen soviético, en la fase de transición del capitalismo al comunismo.

b) la gran pasividad y el estado político de atraso de las masas femeninas, defectos explicados por el alejamiento secular de la mujer de la vida social y por su esclavitud en el ámbito familiar.

c) las funciones especiales impuestas a las mujeres por su naturaleza, es decir la maternidad y las particularidades que de ello derivan, y la necesidad de una mayor protección de sus fuerzas y de su salud en interés de toda la sociedad.

Esos organismos dedicados al trabajo entre las mujeres deben ser secciones o comisiones que funcionen junto a todos los comités del partido, comenzando por el comité central y hasta en los comités de barrio o de distrito. Esta decisión es obligatoria para todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista.

El III Congreso Mundial de la Internacional Comunista indica las tareas a realizar por los partidos comunistas a través de las secciones dedicadas al trabajo con las mujeres:

1. Educar a las grandes masas femeninas en el espíritu del comunismo y atraerlas a las filas del partido.

2. Combatir los prejuicios relativos a las mujeres en las masas del proletariado masculino, fortaleciendo en el espíritu de los obreros y las obreras la idea de la solidaridad de intereses de los proletarios de ambos sexos.

3. Afirmar la voluntad de la obrera haciéndola participar de la guerra civil en todas sus formas y aspectos, movilizarla en las acciones de masas, en la lucha contra la explotación capitalista en los países burgueses (contra la carestía de la vida, la crisis de la vivienda y el paro), en la organización de la economía comunista y de la existencia en general en las repúblicas soviéticas.

4. Poner a la orden del día del partido y de las instituciones legislativas los problemas

relativos a la igualdad de la mujer y a su defensa como madre.

5. Luchar sistemáticamente contra la influencia de la tradición, de las costumbres burguesas y de la religión, a fin de preparar el camino para relaciones más sanas y armoniosas entre los sexos y el saneamiento moral y físico de la humanidad trabajadora.

Todo el trabajo de las secciones femeninas se deberá realizar bajo la dirección inmediata y la responsabilidad de los comités del partido.

Entre los miembros de la comisión o de la dirección de las secciones habrán de figurar también, en la medida de lo posible, camaradas comunistas de sexo masculino.

Todas las medidas y las tareas que se le imponen a las comisiones y a las secciones de las obreras deberán ser realizadas por ellas, de forma independiente, pero en los países de los soviets por intermedio de los órganos económicos y políticos respectivos (secciones de los soviets, comisariados, comisiones,

sindicatos, etc.) y en los países capitalistas con ayuda de los órganos correspondientes del proletariado (sindicatos, consejos, etc.).

En todas aquellas partes donde los partidos comunistas tengan existencia legal o semi-legal, deben formar un aparato ilegal para el trabajo con las mujeres. Este aparato debe estar subordinado y adaptado al aparato ilegal del partido en su conjunto. Aquí, al igual que en el aparato legal, cada comité deberá incluir a una camarada encargada de dirigir la propaganda ilegal entre las mujeres.

En el período actual, los sindicatos profesionales y de producción deben constituir para los partidos comunistas el campo fundamental del trabajo entre las mujeres, tanto en los países donde la lucha por la liquidación del yugo capitalista aún no ha finalizado como en las repúblicas obreras soviéticas.

El trabajo entre las mujeres debe ser llevado a cabo en el siguiente sentido: unidad en la línea política y en la estructura del partido, libre iniciativa de las comisiones y de las secciones en todo aquello que tienda a procurar a

la mujer su total liberación e igualdad, lo que solo podrá ser obtenido por el conjunto del partido. No se trata de crear un paralelismo sino de completar los esfuerzos del partido en pro de la actividad y la iniciativa creadoras de la mujer.

El trabajo político del partido entre las mujeres en los países de régimen soviético

El papel de las secciones en las repúblicas soviéticas consiste en educar a las masas femeninas en el espíritu del comunismo atrayéndolas a las filas del partido comunista. Consiste también en desarrollar la actividad, la iniciativa de la mujer, incorporándola al trabajo de construcción del comunismo y convirtiéndola en una firme defensora de la Internacional Comunista.

Las secciones deben lograr por todos los medios la participación de la mujer en todos los sectores de la organización soviética, desde la defensa militar de la república hasta los planes económicos más complicados.

En la república soviética, las secciones deben controlar la aplicación de las decisiones

del III Congreso de los Soviets concernientes a la participación de las obreras y de las campesinas en la organización y en la construcción de la economía nacional, así como en todos los órganos dirigentes, administrativos, que controlan y organizan la producción.

Por intermedio de sus representantes y de los órganos del partido, las secciones deben colaborar en la elaboración de nuevas leyes y en la modificación de las que deben ser transformadas de cara a la liberación real de la mujer. Las secciones deben dar prueba de particular iniciativa en el desarrollo de la legislación que protege el trabajo de la mujer y de los menores.

Las secciones deben movilizar al mayor número posible de obreras y de campesinas en las campañas por la elección de los soviets y procurar que entre los miembros de estos y de los comités ejecutivos sean elegidas obreras y campesinas.

Las secciones deben favorecer el éxito de todas las campañas políticas y económicas llevadas a cabo por el partido.

Corresponde también a las secciones velar por el perfeccionamiento y la especialización del trabajo femenino mediante la expansión de la enseñanza profesional, facilitando a las obreras y campesinas el acceso a los establecimientos correspondientes.

Las secciones facilitarán el desarrollo de toda la red de establecimientos públicos tales como guarderías, lavanderías, talleres de reparaciones, instituciones existentes sobre las nuevas bases comunistas, que aliviarán a las mujeres del peso de la época de transición, facilitarán su independencia material y harán de la esclava doméstica y familiar la libre colaboradora del creador de las nuevas formas de vida.

Las secciones deberán facilitar la educación de las afiliadas a los sindicatos en el espíritu del comunismo por intermedio de las organizaciones destinadas al trabajo con las mujeres, constituidas por las fracciones comunistas de los sindicatos.

Las secciones procurarán que las obreras asistan regularmente a las reuniones de los delegados de fábrica.

Las secciones distribuirán sistemáticamente a las delegadas del partido de forma rotativa en los diferentes sectores de trabajo: soviets, economía nacional, sindicatos.

En los países capitalistas

Las tareas inmediatas de las comisiones para el trabajo entre las mujeres están determinadas por las condiciones objetivas. Por una parte, la ruina de la economía mundial, la increíble agudización del paro, que tienen como consecuencias particulares la disminución de la demanda de mano de obra femenina, el aumento de la prostitución, de la carestía de la vida, de la crisis de vivienda, de la amenaza de nuevas guerras imperialistas y, por otra parte, las incesantes huelgas económicas en todos los países, las renovadas tentativas de levantamiento armado del proletariado, la atmósfera cada vez más agobiante de la guerra civil que se extiende por el mundo, todo esto aparece como el prólogo de la inevitable revolución social mundial.

Las comisiones femeninas deben dar prioridad a las tareas propias del combate del

proletariado, luchar por las reivindicaciones del partido comunista, lograr la participación de la mujer en todas las manifestaciones revolucionarias de los comunistas contra la burguesía y los socialistas coalicionistas.

Las comisiones velarán no solamente para que las mujeres sean admitidas con los mismos derechos y deberes que los hombres en el partido, en los sindicatos y en las demás organizaciones obreras de lucha de clases, combatiendo todo intento de aislamiento y de particularización, sino también para que las obreras sean elegidas, en idénticas condiciones que los obreros, en los organismos dirigentes de los sindicatos y de las cooperativas.

Las comisiones ayudarán a las grandes masas del proletariado femenino y de campesinas a ejercer sus derechos electorales en las elecciones parlamentarias y otras a favor del partido comunista, destacando el escaso valor de esos derechos tanto para la disminución de la explotación capitalista como para la liberación de la mujer, y oponiéndole al parlamentarismo el régimen de los soviets.

Las comisiones también deberán velar para que las obreras, las empleadas y las campesinas tomen parte activa y consciente en las elecciones de los soviets revolucionarios, económicos y políticos, de delegados obreros. Se esforzarán para atraer a la actividad política a las amas de casa y para propagar la idea de los soviets particularmente entre las campesinas.

Las comisiones dedicarán la mayor atención a la aplicación del principio de a trabajo igual, salario igual.

Las comisiones deberán movilizar a las obreras en esta campaña por medio de cursos gratuitos y accesibles, capaces de despertar el interés de la mujer.

Las comisiones deben controlar que las mujeres comunistas colaboren en todas las instituciones legislativas, municipales, para preconizar en esos organismos la política revolucionaria de su partido.

Pero al participar en las instituciones legislativas, municipales y en los otros organismos del Estado burgués, las mujeres comunistas deben seguir estrictamente los

principios y la táctica del partido. Deben preocuparse no de obtener reformas bajo el régimen capitalista sino de tratar de transformar todas las reivindicaciones de las mujeres trabajadoras en consignas capaces de despertar la actividad de las masas y de encauzar esas reivindicaciones por el camino de la lucha revolucionaria y de la dictadura del proletariado.

En los parlamentos y en las municipalidades, las comisiones deben permanecer en estrecho contacto con las fracciones comunistas y deliberar en común sobre todos los proyectos, etc., relativos a las mujeres. Las comisiones deberán explicar a las mujeres el carácter retrógrado y antieconómico del sistema de hogares aislados, la defectuosa educación burguesa que se imparte a los niños, reuniendo las fuerzas de las obreras alrededor de los problemas que tienen que ver con un real mejoramiento de la existencia de la clase obrera, problemas estos planteados por el partido.

Las comisiones deberán favorecer la adhesión al partido comunista de las obreras afiliadas a los sindicatos, y las fracciones comunistas de estos últimos designarán organi-

zadores para el trabajo con las mujeres que actuarán bajo la dirección del partido y las secciones locales.

Las comisiones de trabajo político con las mujeres deberán encauzar su propaganda de modo tal que las mujeres proletarias difundan en las cooperativas la idea del comunismo y, entrando en la dirección de esas cooperativas, lleguen a influir en ellas y a ganarlas, dado que esas organizaciones tendrán gran importancia como organismos de distribución durante y después de la revolución. Todo el trabajo de las comisiones debe tender hacia ese objetivo único: el desarrollo de la actividad revolucionaria de las masas a fin de alcanzar la revolución social.

En los países económicamente atrasados (Oriente)

El partido comunista, de común acuerdo con las secciones, debe obtener, en los países de débil desarrollo industrial, el reconocimiento de la igualdad de derechos y deberes de la mujer en el partido, en los sindicatos y en las demás organizaciones de la clase obrera.

Las secciones y las comisiones lucharán contra los prejuicios, las costumbres y los hábitos religiosos que pesan sobre las mujeres y realizarán esa acción también entre los hombres.

El partido comunista y sus secciones o comisiones deben aplicar los principios de la igualdad de los derechos de la mujer en la educación de los hijos, en las relaciones familiares y en la vida pública.

Las secciones buscarán apoyo para su trabajo ante todo en la masa de obreras que trabajan a domicilio (pequeña industria), de trabajadoras de las plantaciones de arroz, de algodón y otras, favoreciendo la formación, allí donde sea posible (y en primer lugar entre los pueblos de oriente que viven en los confines de la Rusia soviética), de talleres corporativos, de cooperativas de pequeña industria, y facilitando de ese modo la entrada de las obreras de las plantaciones en los sindicatos.

La elevación del nivel general de cultura de la masa es uno de los mejores medios de lucha contra la rutina y los prejuicios religiosos

difundidos en el país. Las comisiones deben, por lo tanto, favorecer el desarrollo de las escuelas para adultos y para niños y de facilitar el acceso a ellas de las mujeres. En los países burgueses, las comisiones deben llevar a cabo una agitación directa contra la influencia burguesa en las escuelas.

Allí donde sea posible, las secciones y las comisiones deben llevar a cabo la propaganda casa por casa, deben organizar clubes de obreras y atraer a ellos, en general, a los elementos femeninos más atrasados. Los clubes serán centros de cultura y de instrucción y organizaciones modelo que muestren lo que puede hacer la mujer por su propia liberación y su independencia (organización de guarderías, de jardines de infancia, de escuelas primarias para adultos, etcétera).

En los pueblos que lleven una vida nómada, habrá que organizar clubes ambulantes.

En los países de régimen soviético, las secciones, de acuerdo con los partidos, contribuirán a facilitar la transición de la forma económica capitalista a la forma de

producción comunista, colocando a la obrera ante la realidad evidente de que la economía doméstica y la familia, tales como eran hasta ahora, las somete mientras que el trabajo colectivo las liberará.

Entre los pueblos orientales que viven en la Rusia soviética, las secciones deben controlar que sea aplicada la legislación soviética que iguala a la mujer en sus derechos con relación al hombre y que defiende sus intereses. Con ese objeto, las secciones facilitarán a las mujeres el acceso a las funciones de jurados en las tribunas populares.

Las secciones también harán participar a la mujer en las elecciones de soviets y controlarán que las obreras y las campesinas entren en los soviets y en los comités ejecutivos. El trabajo entre el proletariado femenino de oriente debe ser realizado sobre la plataforma de la lucha de clases. Las secciones revelarán la impotencia de las feministas para hallar una solución a los diferentes problemas de la liberación de la mujer, utilizarán las fuerzas intelectuales femeninas (por ejemplo, las maestras) para difundir

la instrucción en los países soviéticos de oriente. Evitando los ataques groseros y carentes de tacto a las creencias religiosas y a las tradiciones nacionales, las secciones y las comisiones que trabajan con las mujeres de oriente deberán luchar claramente contra la influencia del nacionalismo y de la religión sobre los espíritus.

Toda la organización de las obreras debe estar basada, tanto en oriente como en occidente, no en la defensa de los intereses nacionales sino en el plano de la unión del proletariado internacional de ambos sexos en las tareas comunes de clase.

La cuestión del trabajo con las mujeres de oriente, que es de gran importancia y a la vez presenta un nuevo problema para los partidos comunistas, debe ser detallado mediante una instrucción especial sobre los métodos de trabajo con las mujeres de oriente, apropiados a las condiciones de los países orientales. Las instrucciones se adjuntarán a las tesis.

Métodos de agitación y de propaganda

Para realizar la misión fundamental de las secciones, es decir la educación comunista de las grandes masas femeninas del proletariado y el fortalecimiento de los cuadros de los campeones del comunismo, es indispensable que todos los partidos comunistas de oriente y de occidente asimilen el principio fundamental del trabajo con las mujeres, que es el siguiente: “agitación y propaganda por medio de los hechos”.

Agitación por medio de hechos quiere decir ante todo acción para despertar la iniciativa de la obrera, para destruir su falta de confianza en sus propias fuerzas y, movilizándolas en el trabajo práctico en el dominio de la organización y de la lucha, para enseñarle a comprender por medio de la realidad que toda conquista del partido comunista, toda acción contra la explotación capitalista, es un progreso que alivia la situación de la mujer. “De la práctica a la acción, al reconocimiento del ideal del comunismo y de sus principios teóricos”, ese es el método con el cual los partidos

comunistas y sus secciones femeninas deberán abordar a las obreras.

Para ser realmente órganos de acción y no solamente de propaganda oral, las secciones femeninas deben apoyarse en las células comunistas de las empresas y de los talleres y nombrar, en cada célula comunista, un organizador especial del trabajo con las mujeres de la empresa o del taller.

Con los sindicatos, las secciones deberán relacionarse mediante sus representantes o sus organizadores, designados por la fracción comunista del sindicato y que realicen su trabajo bajo la dirección de las secciones.

La propaganda de la idea comunista mediante los hechos consiste, en la Rusia de los soviets, en introducir a la obrera, la campesina, el ama de casa y la empleada, en todas las organizaciones soviéticas, comenzando por el ejército y la milicia y terminando por todas las instituciones que tienden a la liberación de la mujer: alimentación pública, educación social, protección de la maternidad, etc. Una tarea particularmente importante es la recuperación económica en

todas sus formas, a la que es preciso atraer a la obrera.

La propaganda por medio de los hechos en los países capitalistas tenderá ante todo a movilizar a la obrera en las huelgas, en las manifestaciones y en la insurrección en todas sus formas, para que templen y eleven la voluntad y la conciencia revolucionarias en el trabajo político, en el trabajo ilegal (particularmente en lo servicios de enlace), en la organización de los sábados y domingos comunistas, mediante los cuales las obreras simpatizantes, las empleadas aprenderán a ser útiles al partido con su trabajo voluntario.

El principio de la participación de las mujeres en todas las campañas políticas, económicas o morales emprendidas por el partido comunista sirve también al objetivo de la propaganda por medio de los hechos. Los órganos de propaganda con las mujeres dependientes de los partidos comunistas deben ampliar su actividad a categorías cada vez más numerosas de mujeres socialmente explotadas y sometidas en los países capitalistas y, entre las mujeres de los estados soviéticos, liberar su espíritu

encadenado por supersticiones y resabios del antiguo orden social. Deberán considerar todas las necesidades y todos los sufrimientos, todos los intereses y las reivindicaciones mediante las cuales las mujeres tomarán conciencia de que el capitalismo tiene que ser destruido por ser su enemigo mortal y que es preciso allanar los caminos hacia el comunismo, su liberador.

Las secciones deben llevar a cabo metódicamente su agitación y su propaganda por medio de la palabra, organizando reuniones en los talleres y reuniones públicas ya sea para las obreras y empleadas de las diferentes ramas de la industria o para las amas de casa y para las trabajadoras de todo tipo, por barrios, sectores de la ciudad, etc.

Las secciones deben controlar que las fracciones comunistas de los sindicatos, de las asociaciones obreras, de las cooperativas, elijan organizadores y agitadores especiales para realizar el trabajo comunista con las masas femeninas de los sindicatos o cooperativas, asociaciones, etc. Las secciones también controlarán que en los Estados soviéticos las obreras sean elegidas en los consejos de industria y

en todos los organismos encargados de la administración, del control y de la dirección de la producción. En resumen, las obreras deben formar parte de todas las organizaciones que, en los países capitalistas, sirvan a las masas explotadas y oprimidas en su lucha por la conquista del poder político o que, en los Estados soviéticos, contribuyan a la defensa de la dictadura del proletariado y a la realización del comunismo.

Las secciones deben destacar a mujeres comunistas de confianza en las industrias, ubicándolas como obreras o como empleadas en los lugares donde trabaje un gran número de mujeres, tal como se practica en la Rusia soviética. Se enviará también a esas camaradas a las grandes circunscripciones y centros proletarios.

Siguiendo el ejemplo del partido comunista de la Rusia soviética, que organiza reuniones de delegados y conferencias de delegadas sin partido con éxito considerable, las secciones femeninas de los países capitalistas deben organizar reuniones públicas de obreras, de trabajadoras de todo tipo, campesinas, amas

de casa, con el objeto de considerar las necesidades, las reivindicaciones de las mujeres trabajadoras, y elegir comités *ad hoc* para profundizar los problemas planteados en contacto permanente con sus delegados y las secciones femeninas del partido. Las secciones enviarán a sus oradores para que participen de las discusiones en las reuniones de los partidos hostiles al comunismo.

La propaganda y la agitación por medio de las reuniones y de otras instituciones similares deben ser completadas con una agitación metódica y prolongada llevada a cabo en los hogares. Toda comunista encargada de esta tarea visitará a lo sumo diez mujeres en su domicilio, pero deberá hacerlo regularmente, al menos una vez por semana y ante cada acción importante de los partidos comunistas y las masas proletarias.

Las secciones deben crear y difundir una literatura sencilla y adecuada, folletos y volantes tendentes a exhortar y a agrupar a las fuerzas femeninas.

Las secciones velarán que las mujeres comunistas utilicen del modo más activo todas

las instituciones y medios de instrucción del partido. A fin de profundizar la conciencia y de templar la voluntad de las comunistas aún atrasadas y de las mujeres trabajadoras que despiertan a la actividad, las secciones deben invitarlas a los cursos, y discusiones del partido. Solamente en casos de excepción pueden ser organizados cursos separados, sesiones de lectura y de discusión únicamente para obreras.

Para desarrollar el espíritu de camaradería entre obreras y obreros, es preferible no crear cursos y escuelas especiales para las mujeres comunistas. En cada escuela del partido debe haber obligatoriamente un curso sobre los métodos del trabajo con las mujeres. Las secciones tienen derecho a delegar un cierto número de sus representantes a los cursos generales del partido.

Estructura de las secciones

Se organizarán comisiones para el trabajo con las mujeres adscritas a los comités regionales y de distrito y finalmente al comité central del partido.

Cada país designará por sí mismo a los miembros de la sección. Los partidos de los distintos países tienen libertad para fijar, según las circunstancias, el número de miembros de la sección designados por el partido.

La responsable de la sección deberá ser a la vez miembro del comité local del partido. En el caso que eso no ocurriera, deberá asistir a todas las sesiones del comité con voto deliberativo en las cuestiones concernientes a la sección femenina y con voto consultivo en todos los demás problemas.

Aparte de las tareas generales enumeradas anteriormente, que incumben a las secciones y a las comisiones locales, estarán encargadas de las siguientes funciones: mantenimiento de la vinculación entre las diferentes secciones de la región y con la sección central, reuniones de información sobre la actividad de las secciones y de las comisiones de la región, intercambio de informaciones entre las diferentes secciones de la región y con la sección central, reuniones de información sobre la actividad de las secciones y de las comisiones de la

región, intercambio de informaciones entre las diferentes secciones, suministro de literatura a la región o provincia, distribución de las fuerzas de agitación, movilización de las fuerzas del partido para el trabajo con las mujeres, convocatoria al menos dos veces por año de conferencias regionales de las mujeres comunistas, de las representantes de las secciones a razón de una o dos por sección, finalmente organización de conferencias de obreras y de campesinas sin partido.

Las secciones regionales (de provincia) estarán compuestas por cinco a siete miembros, los miembros del secretariado serán nombrados por el comité correspondiente del partido a propuesta de la responsable de la sección. Esta será elegida, al igual que los otros miembros del comité de distrito o de provincia, en la correspondiente conferencia del partido.

Los miembros de las secciones o de las comisiones serán elegidos en la conferencia general de la ciudad, del distrito o de la provincia, o también podrán ser nombrados por

las secciones respectivas en contacto con el comité del partido. La comisión central para el trabajo con las mujeres estará compuesta de dos a cinco miembros, de los cuales al menos uno será pagado por el partido.

Además de todas las funciones enumeradas anteriormente que corresponden a las secciones regionales, la comisión central tendrá también las siguientes tareas: instrucción a impartir a las localidades y a sus militantes; control del trabajo de las secciones; distribución, en contacto con los organismos correspondientes del partido, de las fuerzas que realizan el trabajo entre las mujeres; control, por intermedio de su representante o del encargado de este, de las condiciones y del desarrollo del trabajo femenino sobre la base de las transformaciones jurídicas o económicas necesarias en la situación de la mujer; participación de los representantes, de los apoderados, en las comisiones especiales que estudian el mejoramiento de la existencia de la clase obrera, de la protección al trabajo, de la infancia, etc.; publicación de una “hoja” central y redacción de

publicaciones periódicas para la obreras; convocatoria, al menos una vez por año, de los representantes de todas las secciones provinciales, organización de giras de propaganda a través de todo el país; envío de instructores del trabajo con las mujeres; entrenamiento de las obreras para participar en todas las secciones en las campañas políticas y económicas del partido; vinculación permanente con el secretariado internacional de las mujeres comunistas y celebración anual de la jornada internacional de la obrera.

Si la responsable de la sección femenina ante el comité central no fuera miembro de ese comité, tendrá derecho a asistir a todas las sesiones con voz deliberativa en las cuestiones relativas a su sección y voz consultiva en los demás problemas. Será nombrada por el comité central del partido o bien elegida en el congreso ordinario de este último. Las decisiones y los decretos de todas las comisiones deberán ser confirmados por el comité respectivo del partido.

El trabajo a escala internacional

La dirección del trabajo de los partidos comunistas de todos los países, la reunión de las fuerzas obreras, la solución de las tareas impuestas por la Internacional Comunista y la movilización de las mujeres de todos los países y de todos los pueblos en la lucha revolucionaria por el poder de los soviets y la dictadura de la clase obrera a escala mundial, le corresponde al Secretariado Internacional Femenino adscrito a la Internacional Comunista.

El número de miembros de la comisión central y el número de miembros con voz deliberativa serán fijados por el comité central del partido.

Resolución concerniente a las relaciones internacionales de las mujeres comunistas y el Secretariado Femenino de la Internacional Comunista

(Resolución adoptada en la sesión del 12 de junio después del informe de la camarada Kollontái y de la enmienda de la camarada Zetkin)

La II Conferencia Internacional de las Mujeres Comunistas propone a los partidos comunistas de todos los países de occidente y de oriente la elección, por parte de su Sección Central Femenina y de acuerdo con las directivas de la III Internacional, de corresponsales internacionales. El papel del corresponsal de cada partido comunista consiste, como lo indican las “directivas”, en mantener relaciones regulares con las corresponsales internacionales de otros países así como con el Secretariado Internacional Femenino de Moscú, que es el organismo de trabajo del Ejecutivo de la III Internacional. Los partidos comunistas

deben proporcionar a los corresponsales internacionales todos los medios técnicos y todas las posibilidades de comunicarse entre sí y con el secretariado de Moscú. Las corresponsales internacionales se reunirán una vez cada seis meses para deliberar e intercambiar opiniones con los representantes del Secretariado Femenino Internacional. Sin embargo, en caso de necesidad, este último puede reunir a dicha conferencia en cualquier momento.

El Secretariado Internacional Femenino realizará, de acuerdo con el Comité Ejecutivo y en estrecho contacto con los corresponsales internacionales de los diferentes países, las tareas fijadas por las “directivas”. Lo que debe hacer sobre todo es alcanzar en cada país, por medio del consejo y la acción, el desarrollo del movimiento femenino comunista aún débil y dar una dirección única al movimiento femenino de todos los países de occidente y de oriente, provocar y orientar bajo la dirección y con el enérgico apoyo de los comunistas acciones nacionales e internacionales tendentes a intensificar y ampliar, mediante la labor de las mujeres, la lucha revolucionaria

del proletariado. El Secretariado Femenino Internacional de Moscú designará en occidente un organismo auxiliar a fin de asegurar una vinculación más estrecha y regular con los movimientos comunistas femeninos de todos los países. Este organismo deberá realizar los trabajos preparatorios y suplementarios para el secretariado internacional, es decir que será puramente ejecutivo y no tendrá el derecho de decidir sobre nada. Estará sujeto a las decisiones y a las indicaciones del Secretariado General de Moscú y del Comité Ejecutivo de la III Internacional. Con el organismo auxiliar de Europa occidental deberá colaborar al menos una representante del Secretariado General.

Dado que la constitución y el campo de actividad del secretariado no están fijados por las “directivas”, esas cuestiones serán reglamentadas por el Comité Ejecutivo de la III Internacional de acuerdo con el Secretariado Femenino Internacional, así como la composición, la forma y el funcionamiento del organismo auxiliar.

Resolución concerniente a las formas y métodos del trabajo comunista entre las mujeres

(Adoptada en la sesión del 13 de junio después del informe de la camarada Kollontái)

La II Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas realizada en Moscú declara:

El derrumbe de la economía capitalista, y del orden burgués basado en esta economía, así como el progreso de la revolución mundial hacen de la lucha revolucionaria por la conquista del poder político y por el establecimiento de la dictadura una necesidad cada vez más vital e imperiosa para el proletariado de todos los países donde ese régimen aún impera, un deber que solo podrá realizarse cuando las mujeres trabajadoras participen en esta lucha de manera consciente, resuelta y abnegada.

En los países donde el proletariado ya conquistó el poder del Estado y estableció su dictadura bajo la forma de los soviets, como

en Rusia y en Ucrania, no podrá mantener su poder contra la contrarrevolución nacional e internacional y comenzar la construcción del régimen comunista liberador mientras las masas obreras femeninas no hayan adquirido la conciencia clara e inquebrantable de que la defensa y la construcción del Estado deben ser también su obra.

La II Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas propone en consecuencia a los partidos de todos los países, conforme a los principios y a las decisiones de la III Internacional, movilizarse con la mayor energía a fin de despertar a las masas femeninas, agruparlas e instruir las en el espíritu del comunismo, de atraerlas a las filas de los partidos comunistas y de fortalecer, constante y resueltamente, su voluntad de acción y de lucha.

Para que ese objetivo sea alcanzado, todos los partidos adheridos a la III Internacional deben formar en todos sus organismos e instituciones, desde los más inferiores hasta los más elevados, secciones femeninas presididas por un miembro de la dirección del partido, cuyo objetivo será el trabajo de

agitación, organización e instrucción entre las masas obreras femeninas, y que tendrán sus representantes en todas las formaciones administrativas y dirigentes de los partidos. Esas secciones femeninas no forman organizaciones separadas, solo son organismos de trabajo encargados de movilizar e instruir a las obreras con vistas a la lucha por la conquista del poder político y la construcción del comunismo. Actúan en todos los sectores y en todo momento bajo la dirección del partido, pero poseen también la libertad de movimientos necesaria para aplicar los métodos y formas de trabajo y para crear las instituciones que más convengan a las características especiales de la mujer y su posición particular siempre subsistente en la sociedad y en la familia.

Los organismos femeninos de los partidos comunistas siempre deben tener conciencia, en su actividad, del objetivo de su doble tarea:

1) Arrastrar a las masas femeninas cada vez más numerosas, más conscientes y más firmemente decididas, a la lucha de clases

revolucionaria de todos los oprimidos y explotados contra el capitalismo y en favor del comunismo.

2) Convertir a esas masas, tras la victoria de la revolución proletaria, en las colaboradoras conscientes y heroicas de la construcción comunista. Los organismos femeninos del partido comunista deben, en su actividad, tomar conciencia de que los medios de agitación y de instrucción no son los discursos y los materiales escritos sino que también es preciso apreciar y utilizar, considerándolos como los medios más importantes, la colaboración de las mujeres comunistas organizadas en todos los ámbitos de la actividad (lucha y construcción) de los partidos comunistas, la participación activa de las mujeres obreras en todas las acciones y luchas del proletariado revolucionario, en las huelgas, en las insurrecciones generales, en las manifestaciones callejeras y rebeliones a mano armada.



[Ir a portada](#)